

debates

AMERICANOS

No.7-8 LA HABANA
ENERO-DICIEMBRE 1999

ISSN 1026-5015



Los nombres
de América

REVISTA SEMESTRAL DE ESTUDIOS
HISTORICOS Y SOCIOCULTURALES

CASA de ALTOS ESTUDIOS **Don Fernando Ortiz**

en L y 27, a unos pasos de la colina universitaria,
en la residencia que fuera del sabio cubano y legada por él
a la Univesidad de La Habana, ha iniciado su quehacer
en el contexto de la vida cultural e intelectual cubanas.

- Promoción de doctorados, maestrías y posgrados.
- Realización de coloquios, seminarios, talleres y conferencias.
- Encuentros con distinguidos intelectuales del país y el extranjero.
- Intercambio científico y académico con instituciones nacionales y del exterior.
- Desarrollo de series de investigaciones temáticas y eventos acerca de las problemáticas cubana, latinoamericana, caribeña y universal.
- Ampliación de la información especializada en los estudios históricos de Cuba, América Latina y el Caribe, con sus servicios bibliotecológicos.
- Actualización del conocimiento de los investigadores por medio de un Centro de Información y Computación.
- Publicaciones de libros de temáticas dedicadas a las Ciencias Sociales con las *Ediciones Imagen Contemporánea* y la revista *Debates Americanos*.

Quienes deseen participar en esta actividad universitaria

de cuarto nivel, puede dirigirse a: **Casa de Altos Estudios**

Don Fernando Ortiz

L y 27, Vedado

Ciudad de La Habana, Cuba

Teléfono: 32-6841

DEBATES AMERICANOS

Director:

Eduardo Torres-Cuevas

Subdirector:

Sergio Guerra Vilaboy

Consejo de Dirección:

Jorge Luis Acanda, Sophie Andioc,
María del C. Barcia, Ana Cairo,
Oscar Loyola, Rigoberto Pupo,
Ramón Sánchez, Arturo Sorhegui,
Oscar Zanetti y Rubén Zardoya.

Miembros invitados al

Consejo de Dirección:

Aurelio Alonso, Pedro Álvarez-Tabío,
Eramis Bueno, Luisa Campuzano,
Áurea M. Fernández, Julio García
Luis, Jesús Guanache, Fernando
Martínez Heredia, Esteban Morales,
Olga Portuondo, Daisy Rivero, Pedro
Pablo Rodríguez y Rolando Rodríguez.

Miembros de honor y

consultantes:

Miguel Barnet, Salvador Bueno,
Jorge Ibarra, Eusebio Leal y
Hortensia Pichardo.

Consejo de Redacción:

Subdirector: Luis M. de las Traviesas
Administradora: Esther Lobaina
Editora: Gladys Alonso González
Diseño y maquetación: Earles de la O
Composición de textos:
Equipo editorial IC

**Correspondencia y suscripciones
en Cuba:** Casa de Altos Estudios Don
Fernando Ortiz, L y 27, Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba.
Teléfono: 32-6841

en Europa: 17 rue de Boyrie, 64000,
Pau, Francia.

Representante: Sophie Andioc

ISSN 1026-5015

Impresión

Combinado del Libro "Alfredo López"

*Revista académica promovida por
profesores universitarios y científicos
sociales de Cuba, tiene su centro
en la Casa de Altos Estudios Don
Fernando Ortiz, en La Universidad
de La Habana.*

*Debates Americanos surge con la
intención de buscar respuestas a las
necesidades de información y re-
flexión en el campo de las ciencias
sociales y de las realidades cubana
y americana. Esta revista se publica
gracias a la colaboración y apoyo
del Ministerio de Cultura de Cuba.
Los artículos aquí publicados, sólo
expresan la opinión de sus autores.*

debates

AMERICANOS

No. 7-8 LA HABANA
ENERO-DICIEMBRE 1999

REVISTA SEMESTRAL
DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y SOCIOCULTURALES

- PENSAR EL TIEMPO **3** **Historiografía y nación en Cuba ... Enrique López Mesa**
- 22** **La idea y el nombre de América Latina. El problema de la denominación de nuestro continente ... Sergio Guerra Vilaboy**
- 33** **Conflicto bélico e inmigración... Jesús Guanache Pérez**
- 47** **Evolución de la imagen pictórica y gráfica de José Martí ... Jorge R. Bermúdez**
- 58** **El siglo XVI en la arqueología histórica caribeña ... Lourdes S. Domínguez**
- CRITERIOS **69** **Cultura y desarrollo. Algunas consideraciones para el debate ... Julio Carranza Valdés**
- 81** **Cuba frente a la Ley Helms-Burton en el contexto de la llamada globalización ... Esteban Morales Domínguez**
- 98** **Estilos de vida, segmentación de audiencias y comunicación interactiva ... Jorge C. Potrony García**
- • • • **109** **FELIPE POEY Y ALOY. DESDE LA CONCIENCIA: PARA UNA CIENCIA CUBANA**
- 133** **DOCUMENTOS-MONUMENTOS**
- • • • **139** **DON FERNANDO ORTIZ FERNÁNDEZ. CIENCIA, CONCIENCIA, PACIENCIA**
- ENTRE EL AUTOR Y EL LECTOR **165**

EN EL BICENTENARIO DEL NATALICIO DE

José de la Luz y Caballero

COLOQUIO

CUBA: CULTURA DE LA EMANCIPACIÓN LAS IDEAS DE VARELA A MARTÍ

FÉLIX VARELA JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO JOSÉ MARTÍ

El estudio y comprensión del pensamiento de la emancipación cubana, de la espiritualidad que le es inherente, de su ética, de su estela pedagógica, de sus fundamentos teóricos y de sus aspiraciones, todo ello unido en una cosmovisión emanada de una realidad singular, conforman la necesidad de estudiar las raíces que han sostenido a la cultura y pueblo cubanos.

Este Coloquio presenta como subtítulo que convoca, la herencia de los tres hombres que conformaron el pensamiento de la emancipación cubana que fue, a su vez, la emancipación del pensamiento para crear las bases sólidas del accionar social, político, cultural e intelectual cubano: Félix Varela, "el que nos enseñó primero *en pensar*"; José de la Luz y Caballero, "el que nos enseñó a *conocer*" y José Martí, "el que nos enseñó a *actuar*".

Convocado por la *Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana*, tiene el coauspicio de la *Oficina del Programa Martiano*, el *Centro de Estudios Martianos*, el *Museo Nacional de Historia de la Ciencia Carlos J. Finlay*, la *Sociedad Económica de Amigos del País* y el *Instituto de Historia de Cuba*. Para esta reunión en la colina universitaria especialistas cubanos y extranjeros se plantean temáticas acerca de las características del pensamiento cubano en su singularidad y en su universalidad, en su contenido humanista, americanista y como proyecto de realización nacional.

24 AL 27 DE ENERO DEL 2000
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

de José Antonio Saco—, bien como parte de la prédica independentista de José Martí¹ y Manuel Sanguily.

No fue sino hasta la penúltima década de ese siglo que comenzó a abordarse desde una perspectiva histórica. En este artículo nos proponemos dar una visión cronológica de esas aproximaciones y apuntar algunas ideas al respecto.

► I.

El más antiguo acercamiento al tema que hemos localizado es, significativamente, una polémica recogida en las páginas de la *Revista Cubana* en 1889, aún bajo el dominio colonial español. El economista Manuel Villanova sostenía que la “división de los blancos en Cuba” —así llamaba a la oposición entre cubanos y españoles— se había manifestado a partir de 1823, con las primeras conspiraciones separatistas.² El doctor Alfredo Zayas y Alfonso —futuro presidente de la República y entonces autonomista—, al refutarlo, hizo retroceder esa división hasta los primeros años del siglo XVIII, cuando las jefaturas política, militar y eclesiástica de la Isla estuvieron por primera vez en manos de sendos criollos. Para entonces, según él, ya estaban planteadas “las bases de la desunión”.³ Es obvio, dado el momento histórico en que se desarrolló, que esta polémica estuvo marcada por fines más políticos que científicos. El título común empleado por ambos autores, de por sí denotaba un afán de deslinde: “Españoles y cubanos”. No obstante, desde el punto de vista historiográfico reviste el interés de iniciar una tendencia cronologizante dentro de los estudios del tema, cuyo objetivo parecía ser extenderles retroactivos certificados de nacimiento a la nacionalidad y a la nación, basándose sólo en factores superestructurales y sin ahondar en su interacción con la base social y económica.

Treinta y seis años después, ya en plena etapa republicana y en el transcurso de la “década crítica” —como la denominara Juan Marinello—, el doctor Ramiro Guerra y Sánchez —el más acreditado de nuestros historiadores liberales— fue más atrás en el pasado al considerar que el “núcleo social cubano” ya estaba constituido desde la se-

gunda mitad del siglo XVI. Desde entonces había comenzado, según él, “la oposición entre los intereses contradictorios de la comunidad cubana y el sistema colonial”. Este “conflicto de intereses materiales” se fue desarrollando y se transformó en “choque de fuerzas espirituales”, que alcanzó su “momento más trágico y culminante” en el siglo XIX. Guerra equilibró cuidadosamente su enfoque al calificar como *criollos* a nuestros antepasados de los primeros siglos coloniales y reconocer que la “división ostensible entre cubanos y españoles no se produjo hasta los comienzos del segundo tercio del siglo XIX”. A pesar de su brevedad, el de Ramiro Guerra fue el primer análisis realmente serio del proceso de formación nacional.⁴

La dramática coyuntura internacional de fines de la década del 30, propició en nuestro país un resurgimiento del interés por todo lo concerniente a la identidad nacional. Ya en 1938, el profesor Medardo Vitier dejaba sentado en su libro más conocido que “En los procesos de la asociación humana el progreso lo marcan las diferenciaciones”. Para Vitier, a principios del siglo XIX, “El nuevo agregado humano cobraba fisonomía de nacionalidad, aunque incipiente todavía”. En su opinión, la totalidad de los rasgos de nación sólo los poseería a finales de ese siglo.⁵

En noviembre de 1939 —en un ambiente marcado por la convocatoria a la Asamblea Constituyente de 1940 y el inicio en Europa de la Segunda Guerra Mundial—, la Fraternidad

¹ Sobre el concepto de *nación* en Martí, ver Paul Estrade: “José Martí: las ideas y la acción” en *Estudios de Historia Social* (Madrid) (44-47):17-88, enero-diciembre de 1988.

² Manuel Villanova: “Españoles y cubanos (I)”, en *Revista Cubana* (La Habana) 9: 544-551, junio de 1889. Ver pp. 545-546.

³ Alfredo Zayas y Alfonso: “Españoles y cubanos (II)”, en *ibidem*, 10:385-399, noviembre de 1889. Ver pp. 394-395 y 399.

⁴ Ramiro Guerra y Sánchez: *Historia de Cuba*, Librería Cervantes, La Habana, 1922-1925, t. II, p. 15-18.

⁵ Medardo Vitier: “Las ideas en Cuba”, en *Las ideas y la filosofía en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p. 73.

Cultural Estudiantil Iota-Eta inauguró en la Universidad de La Habana un ciclo de conferencias sobre “Historia de la cubanidad”.⁶ En su disertación sobre los siglos XVI y XVII, Elías Entralgo apuntó cómo el “distanciamiento geósico”, originó en los cabildos y juntas de procuradores de nuestra Isla “criterios propios y genuinos”, que se reflejaron en las “medidas legislativas o administrativas” adoptadas. Para Entralgo, esos siglos fueron contexto para el lento surgimiento de “una sociedad mulata”.⁷ Julio Le Riverend, por su parte, al abordar la tercera centuria colonial, expresó: “No existe, propiamente, nacionalidad cubana en el siglo XVIII (...) no existe porque comienza a brotar; se halla, por mejor decirlo, en estado coloidal, como suspendida en un medio favorable (...) se ignoran experiencias totales, abarcadoras de todas las manifestaciones normales de un pueblo ...”.⁸

Pero entre todas las conferencias de aquel ciclo, descuella por derecho propio la dictada el 28 de noviembre por don Fernando Ortiz, padre de la etnología cubana. Ha sido uno de los textos más reeditados. Para ilustrar la mezcla étnica que dio origen a nuestra nacionalidad, don Fernando decidió cubanizar el concepto de *melting pot*, tan usado por otros antropólogos, y recurrió, con feliz acierto, a un símil culinario: el ajijaco, guiso

emblemático de la dieta cubana de entonces, en el cual se cuecen los más variados ingredientes, que van dejando “allá en lo hondo del puchero, una masa nueva ya posada producida por los elementos que al desintegrarse en el hervor histórico han ido sedimentando sus más tenaces esencias en una mixtura rica y sabrosamente aderezada, que ya tiene un carácter propio de creación”. Pero a continuación alertaba que “la cubanidad no está solamente en el resultado sino también en el mismo proceso complejo de su formación, desintegrativo e integrativo, en los elementos sustanciales entrados en su acción, en el ambiente en que se opera y en las vicisitudes de su transcurso”.⁹

Ortiz fue el primero en analizar nuestra nacionalidad con un sentido dialéctico, “no como una realidad sintética ya formada y conocida”, sino “como un concepto vital de fluencia constante (...) como la experiencia de los muchos elementos humanos que a esta tierra llamada Cuba han venido y siguen viniendo en carne o en vida para fundirse en su pueblo y codeterminar su cultura”.¹⁰ O sea, ve la nacionalidad como un proceso dinámico, permanente, que se gesta en la base de la sociedad: “La cubanidad fue brotada desde abajo y no llovida desde arriba...”.¹¹

⁶ La Fraternidad había sido fundada y reconocida por el Consejo Universitario en mayo de 1939. Su presidenta era la alumna Himilce Esteve Abril y su directora de cultura María Eloísa Álvarez del Real. La asociación creó premios especiales para alumnos destacados y promovió el Teatro Universitario. Desconocemos en qué fecha se disolvió, pero, al menos, seguía existiendo en 1943. Cfr. *Boletín Oficial Universitario* (La Habana), 15 de mayo de 1939: 567-568; *Universidad; periódico cultural* (La Habana), años 1940-1945; Carlos E. Sotolongo Peña: “La Universidad de La Habana como centro cultural de 1934 a 1958”. Trabajo de Diploma, 1983, p. 14 (copia existente en la Facultad de Artes y Letras).

De las conferencias pronunciadas en el ciclo de “Historia de la Cubanidad”, además de las aquí citadas, se publicaron: Salvador Massip: “Factores geográficos de la cubanidad”, en *Universidad de La Habana* (La Habana) (30-33): 80-110, mayo-diciembre de 1940 (dictada el 21 de noviembre de 1939 como conferencia inaugural del curso); Felipe Pazos: “La eco-

nomía cubana del siglo XIX”, en *Revista Bimestre Cubana* (La Habana) 47: 83-106, 1941 (dictada el 2 de mayo de 1940. No hemos podido localizar ninguna otra).

⁷ Elías Entralgo: “Síntesis histórica de la cubanidad en los siglos XVI y XVII”, en *Lecturas y estudios*, Publicación de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1962, p. [72]-78. Citas en las pp. 77-78. Conferencia dictada el 12 de diciembre de 1939.

⁸ Julio Le Riverend: *Síntesis histórica de la cubanidad en el siglo XVIII*, Molina y Co., La Habana, 1940, p. 6. Conferencia dictada el 9 de enero de 1940.

⁹ Fernando Ortiz: “Los factores humanos de la cubanidad”, en *Fernando Ortiz y la cubanidad*. Selección de Norma Suárez, Fundación Fernando Ortiz, Ediciones Unión, La Habana, 1996, pp. 11-12. Conferencia dictada el 28 de noviembre de 1939.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 8.

¹¹ *Ibíd.*, p. 34.

Al año siguiente (1940), don Fernando completó su enfoque, al dar a conocer su concepto de *transculturación*, término más abarcador que el norteamericano de *aculturación*, y más ajustado a la realidad histórica cubana. Así lo explicaba: “Entendemos que el vocablo *transculturación* expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz anglo-americana *aculturation*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial *desculturación*, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de *neoculturación*. Al fin, como sostiene la escuela de Malinowski, en todo abrazo de cultura sucede lo que en la cópula genética de los individuos: la criatura tiene siempre algo de ambos progenitores, pero también siempre es distinta de cada uno de los dos. En conjunto, el proceso es una *transculturación*, y este vocablo comprende todas las fases de su parábola.

“(…) Hemos escogido el vocablo *transculturación* para expresar los variadísimos fenómenos que se originaron en Cuba por las complejísticas transmutaciones de culturas que aquí se verifican, sin conocer las cuales es imposible entender la evolución del pueblo cubano, así en lo económico como en lo institucional, jurídico, ético, religioso, artístico, lingüístico, psicológico, sexual y en los demás aspectos de su vida.

“La verdadera historia de Cuba es la historia de sus intrincadísimas transculturaciones...”¹²

Estos conceptos cardinales de Ortiz deben estar en la base de todo intento de comprensión del surgimiento de la nacionalidad cubana y de su evolución en el tiempo.

El doctor Sergio Aguirre Carreras, generalmente reconocido como el iniciador de la historiografía marxista cubana, presentó al Primer Congreso Nacional de Historia, celebrado en septiembre de 1942, su ya clásico estudio “Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX”. Tras discrepar de lo planteado por Ramiro Guerra en 1925, Aguirre afirma: “Para nosotros, no puede hablarse propiamente de nacionalidad cubana

mientras en Cuba no ha aflorado un tipo de cultura que presente rasgos propios, peculiares, diferenciados de la cultura española matriz (...) Cuando el sector criollo logró engendrar su comunidad de cultura propia, se convirtió en cubano”.¹³ En su opinión, esa cultura comenzó a “cuajar” a fines del siglo XVIII y principios del XIX, y de ello concluye que ése fue el momento de surgimiento de nuestra nacionalidad;¹⁴ sin embargo, no se pronunció acerca de la formación de la nación.¹⁵

En lugar muy distinto del espectro ideológico nacional se ubica el discurso de ingreso a la Academia de la Historia leído el 11 de febrero de 1943 por el doctor Jorge Mañach —el más reconocido de nuestros intelectuales conservadores de la primera mitad del siglo XX—, quien ponía de manifiesto su concepción elitista de la historia, aunque rechazaba cualquier filiación con las teorías de Pareto. En su opinión: “Un pueblo no deviene nación por sí solo: hay que actuar sobre él para ganarle ese rango histórico”.¹⁶ Y ese “impulso” debe proceder de las “minorías históricas”, grupos, según él, al margen de las clases y desasidos de toda visión parcial. Pone como ejemplo de tales agentes históricos a la Sociedad Económica de Amigos del País, “la primera de nuestras minorías rectoras”.¹⁷ Su discurso fue puramente teórico, sin adentrarse en análisis concretos; pero sin dejar

¹² F. Ortiz: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* [2ª ed. aument.], Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963, pp. 99 y 103. Sobre el ulterior empleo y acepciones de los vocablos *transculturación* y *aculturación* en la etnología contemporánea, ver Jesús Guanche: “Avatares de la transculturación orticiana”, en *Temas* (La Habana) (4): 121-128, octubre-diciembre de 1995.

¹³ Sergio Aguirre: “Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX”, en *Eco de caminos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp. [73]-96. Cita en la p. 81.

¹⁴ *Ibíd.*

¹⁵ *Ibíd.*, p. 95.

¹⁶ Jorge Mañach Robato: *Discursos leídos en la recepción pública del doctor Jorge Mañach y Robato la noche del 11 de febrero de 1943*, Impr. El Siglo XX, 1943., p. 21, La Habana.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 48.

de señalar que en el propio colonizador español ya se daba “el embrión de la sensibilidad criolla frente a la autoridad oficial”. Igualmente, asegura que en 1836 se produce la “ruptura definitiva”, a partir de la cual, Cuba “se ve responsable ya de su propio destino”.¹⁸

Para Mañach, la nación es “la sustentación social de un hecho de conciencia: de aquel psiquismo colectivo por el cual un pueblo está seguro de sí mismo, y no hace ni consiente como pueblo, nada que lo rebaje o destruya”.¹⁹

Su honestidad intelectual y su sentido del patriotismo, confluyen en una visión pesimista que lo lleva a confundir la frustración republicana con la inexistencia de una nación: “Con la independencia, la autoridad política es ya autóctona; pero el agregado humano que ella rige, aún no se ha solidarizado cabalmente. Ante las resistencias de ese hecho imperfecto de la autoridad política se desmoraliza; la intencionalidad se debilita y rebaja en los grupos rectores; el Estado no logra cobrar sustancia y el pueblo no llega todavía a hacerse nación”.²⁰

En su opinión, Cuba seguía siendo en 1943 “una mera figuración de himno y bandera, sin independencia vital efectiva. Economía precaria y de mando ajeno; tierra en fuga; moneda y banca extranjeras; españolidad enquistada y cubanidad en derrota; cultura perezosa y miméti-

ca; política vacía de sensibilidad social; conato de Estado en una patria sin nación”.²¹

No obstante, Mañach no llegó al escepticismo y consideró que Cuba sí estaba en un rumbo de llegar a ser una nación.²² Quizá sin saberlo, algunos historiadores marxistas que veremos más adelante coincidirían con él. Mas, en su conferencia de apertura del curso de verano de 1945 de la Universidad de La Habana, el profesor Federico de Córdoba aludió acerbamente al discurso de Mañach como a “un juego de palabras de sabor hegeliano” y refutó el papel de las minorías. Paradójicamente, su posición personal no estaba muy lejana de la de su colega del claustro universitario, pues estimaba que las “altas personalidades” de nuestra historia eran “los generadores, o, si se quiere, los engendadores de la nacionalidad”. Admirador de Renan, veía palpar sus ideas en la concepción martiana de patria.²³

Cuando en 1948, Raúl Cepero Bonilla publicó su removedor libro *Ázucar y abolición* incluyó unas líneas tan atinadas como inatendidas por sus colegas de entonces: “El propio desarrollo histórico del régimen esclavista fue creando, con el aumento de la población, una gran masa de desposeídos, libres formalmente, pero que tenían que vender su capacidad de trabajo para subsistir. Este incipiente proletariado, constituido por blancos, negros y mulatos, que nada obtenían del trabajo esclavo y que para nada necesitaban de los prejuicios raciales, constituyó la base social que propició la gradual exclusión del racismo de los movimientos políticos que perseguían la independencia absoluta. Es entonces cuando surge la posibilidad de que la nacionalidad cubana, compuesta de una población heterogénea, cuajara por el esfuerzo conjunto de todos sus miembros, a contrapelo, claro está, de los intereses de la minoría detentadora de los medios de riqueza”.²⁴

Para Cepero, el contacto igualitario de sus etnias integrantes era el presupuesto necesario para el surgimiento de la nacionalidad cubana.²⁵

En 1952, la historiografía oficial cubana saludó el cincuentenario de la República con la publicación de una voluminosa *Historia de la Na-*

¹⁸ *Ibidem*, p. 49. Mañach tuvo el cuidado de aclarar que su discurso era “la parte meramente introductoria y teórica” de un trabajo mayor, “que ya constituye un libro” (p. 12). Ese libro nunca se publicó y tampoco figura en su archivo personal, actualmente depositado en el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba.

¹⁹ *Ibidem*, p. 54.

²⁰ *Ibidem*, pp. 36-37.

²¹ *Ibidem*, p. 51.

²² *Ibidem*, p. 52.

²³ Federico de Córdoba: “Origen de nuestra nacionalidad”, en *Universidad de La Habana* (La Habana) (64-69): 149-160, enero-diciembre de 1946.

²⁴ Raúl Cepero Bonilla: *Ázucar y abolición*, 4ta. ed, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971, p. 126.

²⁵ *Ibidem*, p. 127

ción Cubana; pero, a pesar de su título, sólo contenía un capítulo dedicado a las “Primeras manifestaciones de un espíritu y un sentimiento cubanos propios”, que se limitaba a sintetizar una parte de lo publicado hasta entonces y que, en conjunto, dejaba mucho que desear.²⁶

En 1953, el profesor Otto Olivera, al igual que había hecho Ramiro Guerra en 1925, llamó nuevamente la atención sobre el siglo XVI, en el cual veía un “fuerte y autónomo desarrollo del espíritu local, acaso sin paralelo entonces en el continente”. Advertía en él “los factores iniciales de ese proceso universal y lógico de apartamiento gradual entre colonia y metrópoli; si bien se necesitarían tres siglos más para que tales gérmenes de distanciamiento dentro de lo español, lleguen a convertirse en expresión filosófica y política de separatismo cubano”.²⁷

En agosto de ese mismo año, el profesor santiaguero Jorge Castellanos Taquechel sería el primero en introducir en la historiografía cubana la clásica definición marxista de nación, acuñada por Stalin en 1913. No obstante, sólo se limitó a estudiar uno de los factores enunciados en ella: la comunidad de territorio. Para él, esa comunidad empezó a cimentarse a partir de 1756, con el establecimiento del correo mensual entre La Habana y Santiago de Cuba, y cuajó entre 1800 y 1868. Castellanos apunta la idea, aunque no la desarrolla, de que la nación como tal ya existía antes de la Guerra del 68 y que en ella sólo pretendió “darse Estado propio”.²⁸

Otro de los aspectos más interesantes del ensayo del doctor Castellanos es su análisis dialéctico de localismo y nación: “El localismo desempeña en sus inicios (...) un valioso papel positivo. Ayuda al nacimiento de lo criollo y a su diferenciación progresiva de lo metropolitano (...) El regionalismo es (...) antecedente precioso de un futuro cubanismo integral. Sin embargo, cuando nuestras realidades económicas y sociales exigen la cristalización en Cuba de un cuerpo nacional, resulta hondamente nociva la persistencia de un localismo limitado, feudalizante y fraccionalista, como el que tantos problemas creó a los líderes del 68”.²⁹

Castellanos se vale de una hermosa metáfora para diferenciar la formación de la conciencia nacional en la base de la sociedad y de su expresión por los sectores ilustrados: “la nación es como una gran ceiba que sube, no como un gran bólido que baja. Y, sin embargo, por razones obvias, por ser dueños de la cultura entonces disponible, por tener el monopolio de la letra, los círculos de la clase dominante van a ofrecer los primeros testimonios del sentimiento comunal que bajo sus pies se ha ido elaborando”.³⁰

El triunfo revolucionario de 1959 trajo un clima de euforia y renovación al país. En ese mismo año, el doctor Luis Aguilar León invitó a la revisión y superación del esquema histórico tradicional. En la línea de Guerra (1925) y Olivera (1953), señaló el desdén de los primeros historiadores por los tres primeros siglos coloniales: “Ávidos de encontrar los primeros destellos de la cubanía incipiente, nuestros mejores investigadores han clavado su entusiasmo en las postimerías del siglo XVIII para de ahí en adelante remontar gozosamente la cada vez más torrencial y nutrida corriente de nuestra nacionalidad.

”La tendencia, a mi entender, nos deja oscuras múltiples vinculaciones y anudamientos que ayudan a explicar, precisamente, el emerger impetuoso de la personalidad cubana en mil ochocientos y pico.

”(...) Nos ha faltado el amor cuidadoso que hurga y descubre pequeños detalles, brotes in-

²⁶ Ramiro Guerra y Sánchez, José M. Pérez Cabrera *et al.*: *Historia de la Nación Cubana*, Editorial Historia de la Nación Cubana, La Habana, 1952, t. II, pp. 283-297.

²⁷ Otto Olivera: “La cubanidad, siglo XVI”, en *Revista de la Biblioteca Nacional* (La Habana) 4(3): 96-127, julio-septiembre de 1953. Citas en las pp. 96-97. Olivera era catedrático de literatura hispanoamericana de la Universidad de Tulane, Louisiana.

²⁸ Jorge Castellanos: *Tierra y nación Manigua* [Santiago de Cuba], Manigua [1955]. La conferencia que da título al libro fue leída en agosto de 1953 en el Lyceum de Santiago de Cuba, al mes siguiente de que Fidel Castro encabezara el asalto contra la fortaleza militar de esa ciudad.

²⁹ *Ibíd.*, p. 15.

³⁰ *Ibíd.*, p. 10.

cipientes, parvas manifestaciones y las une y articula cuidadosamente en una visión general que ayude a descubrir el lento pero continuo proceso de sedimentación mediante el cual se fueron fijando y definiendo los elementos vitales que habrían de constituir la osamenta de nuestro organismo nacional ...".³¹

El artículo de Aguilar León fue un llamado de atención, lamentablemente desoído, en el momento en que se iniciaba una nueva etapa en la historia de nuestra nación.³²

► II.

El rápido tránsito que experimentó el proceso revolucionario del antimperialismo a un marxismo no madurado, lógicamente se reflejó en la historiografía.

En 1960, el doctor Aguirre publicó su texto de divulgación *Lecciones de Historia de Cuba*, que alcanzó cuatro ediciones. En él utilizó de manera explícita —como lo había hecho Castellanos— la definición de Stalin y al hacerlo introdujo cierta confusión con respecto a sus planteamientos de 1942. Ahora afirmaba que entre fines del siglo XVIII y principios del XIX habían surgido “las primeras manifestaciones de existencia de la *nación cubana*”.³³

En 1967, víspera del centenario del inicio de nuestra primera guerra independentista, la Dirección Política del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias publicó una *Historia de Cuba* que, sin proponerse ser una historia oficial, de hecho casi lo fue durante un buen tiem-

po. De cierta manera, el enfoque del tema estuvo bajo la influencia de las *Lecciones...* de Aguirre. También se recurría a la definición de Stalin y se planteaba que su contenido era “aplicable en términos generales” al proceso histórico cubano. En el texto se expone que durante la Guerra de los Diez Años se hicieron evidentes las “primeras manifestaciones del carácter nacional cubano, es decir, de una psicología común a blancos y a negros”; esto “hará posible que cuaje definitivamente la nacionalidad cubana. Cuando cristalice este proceso Cuba será una nación”. O sea, en ese manual se sigue identificando nación y nacionalidad, y se ubica su nacimiento en una fecha no determinada, pero posterior al final de la contienda.³⁴

En ese mismo año de 1967, Aguirre rectificó sus planteamientos de 1960 y, de paso, al propio Stalin, al asegurar que su famosa definición de *nación* lo era en realidad de *nacionalidad*.³⁵ Ahora, el profesor Aguirre proponía un nuevo esquema, según el cual en 1603 ya era indudable la existencia del criollo, entre 1790 y 1808 había “asomado” la nacionalidad, y durante la Guerra de los Diez Años había surgido la nación cubana, “transformación de la nacionalidad emotiva en nación organizada jurídicamente”, que sólo alcanzaría su plena soberanía en 1959.³⁶ Además, Aguirre afirma que la discriminación racial “hizo más difícil la incorporación temprana del mulato y el negro a la criollidad”. Es decir, de hecho le adjudica la primacía al blanco nacido en Cuba.³⁷ Quizá sin proponérselo él

³¹ Luis Aguilar León: “Hacia la superación del esquema histórico de Cuba”, en *Nueva Revista Cubana* (La Habana) 1(2): 24-35, julio-septiembre de 1959. Citas en las pp. 29-30.

³² No hemos podido consultar la obra de José Manuel Pérez Cabrera y José Ignacio Rasco: *Los grandes creadores de la nacionalidad cubana*, Universidad de Villanueva, Marianao, 1955. Por otra parte, aún permanece inédita la “Historia de la nacionalidad cubana” del destacado historiador santiaguero Leonardo Griñán Peralta (1892-1962).

³³ S. Aguirre: *Lecciones de Historia de Cuba*, 4ta. ed., Departamento de Instrucción Revolucionaria. [La Habana], 1963, p. 27. El subrayado es nuestro. Un dato curioso de hermenéutica marxista: Aguirre ve

en la definición de Stalin seis requisitos, mientras que Castellanos sólo había visto cinco.

³⁴ Dirección Política de las FAR: *Historia de Cuba*, Empresa Consolidada de Artes Gráficas [La Habana, 1967], pp. 64-68.

³⁵ S. Aguirre: “Nacionalidad, nación y Centenario”, en *Cuba Socialista* (La Habana) 7(66):75-96, febrero de 1967. Al recoger este artículo en su compilación *Eco de caminos*, Aguirre le hizo reformas y añadidos. Ésa es la edición por la que citamos. Loc. cit. (13), p. 408.

³⁶ *Ibídem*.

³⁷ *Ibídem*, p. 409. En 1972, Aguirre volvió sobre el tema, pero no aportó nada nuevo, salvo reconocer, “con

(continúa)

mismo, el planteamiento de Aguirre sobre el momento de plasmación de la nación estaba en consonancia con la línea política cubana de entonces, alentadora de la lucha armada por parte de los movimientos revolucionarios del tercer mundo. ¿Qué mejor aporte que nuestra nación hubiera nacido de una guerra de liberación nacional? Ésta fue la concepción que presidió la conmemoración oficial de los cien años de lucha.

Ya en el año del Centenario, apareció el libro *Formación de la nación cubana*, del capitán Carlos Chaín Soler. La obra alcanzó dos ediciones en el mismo año y hasta ahora es el único libro enteramente dedicado al tema publicado en Cuba. El autor encomia la “claridad y precisión” de la definición de Stalin y la considera aplicable a nuestro país.³⁸ Para él, la nacionalidad se fue “procesando” desde la séptima década del siglo XVIII hasta la cuarta del XIX.³⁹ A diferencia de Aguirre, estima que la Guerra de los Diez Años fundió los “disímiles componentes” de esa nacionalidad y completó su desarrollo, pero la comunidad de vida económica, condición indispensable para el surgimiento de la nación, sólo se alcanzó después del final de la guerra y de la abolición de la esclavitud, con lo cual se creó la gran masa proletaria de desposeídos de toda traba y atadura que surge como condición necesaria para la existencia del capitalismo.⁴⁰

La primera crítica a la aplicación de la definición de Stalin a nuestro proceso histórico, vendría de la mano de un historiador de la antigua comunidad socialista, el polaco Tadeusz Lepkowski, quien visitara la Isla en 1967. Para él, esa definición sólo era aplicable a la Europa

centroriental, y aun así “con grandes restricciones”, realidad histórica muy diferente a la cubana, que él incluía en la categoría de “naciones multirraciales de inmigración masiva, en trance de formación bajo un régimen colonial”. Lepkowski también señalaba lo erróneo de la afirmación de Stalin “de que solamente el conjunto de los ‘requisitos’ mencionados pueden conducir al nacimiento de una nación”.⁴¹

Casi 20 años después, otro historiador de la comunidad socialista, el checoslovaco Josef Opatrný coincidiría con Lepkowski tanto en señalar lo erróneo del último aspecto como en la extrapolación de la fórmula misma: “La complejidad de todo proceso de formación de las naciones, donde se proyectan con diferentes grados de intensidad las contradicciones dialécticas cuyo contenido difiere en cada caso concreto, hace difícil la comprensión de toda una serie de problemas, que no pueden resolverse por medio de una referencia a la generalización de la situación del continente europeo en el siglo pasado, exigiendo estudios de materiales concretos, por más lento y a la larga poco seguro que sea el procedimiento...”.⁴²

En fecha aún reciente, Jorge Ibarra criticó —en cierta forma se autocriticó— aquellos “ensayos apresurados por adaptar la historia de Cuba a los esquemas de la nación de Stalin”.⁴³ Al parecer, resultó inevitable que la joven revolución también padeciera en su historiografía la etapa de “sarampionismo” izquierdista y que, como las hermanas de Cenicienta, se esforzara por introducir el pie en un zapato ajeno.

Pero ésta no fue la única muestra de la excesiva politización de la historiografía cubana en la década del 60. Por ejemplo, una prominente

(viene de la página anterior)

evangélica mansedumbre”, que había sido José Antonio Saco el primer autor cubano en distinguir entre nacionalidad y nación. Cfr. S. Aguirre: “De nacionalidad a nación en Cuba”, en *Universidad de La Habana* (La Habana) (196-197): 30-60, 1972. Ver p. 34.

³⁸ Carlos Chaín: *Formación de la nación cubana*, 2ª ed. corr., Ediciones Granma, La Habana, 1968, pp. 9 y 11.

³⁹ *Ibidem*, p. 113.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 92, 93, 114, 115, 117.

⁴¹ Tadeusz Lepkowski: “Síntesis de *Historia de Cuba*: problemas, observaciones y críticas”, en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 60(2): 43-71, mayo-agosto de 1969. Ver p. 64.

⁴² Josef Opatrný: *Antecedentes históricos de la formación de la nación cubana*. Tr. Antonín Vaculík y Bohumil Zavadil, Universidad de Carolina, Praga [1986], p. 23.

⁴³ Jorge Ibarra: “Historiografía y Revolución”, en *Temas* (La Habana) (1): 5-17, enero-febrero de 1995. Cita en la p. 86.

figura de nuestra intelectualidad, el profesor José Antonio Portuondo, hizo un aporte al tema al aplicar, por primera vez, las categorías filosóficas de *en sí y para sí*. Según él, a fines del siglo XVIII surgió la conciencia de la *nación en sí* entre las capas bajas de la población y más tarde se “robusteció” entre los terratenientes criollos. Sin embargo, hizo una concesión al momento político (1961) al calificar la etapa republicana (1902-1958) como *nación fuera de sí* y afirmar que la *nación para sí*, sólo fue resultado del triunfo revolucionario de 1959.⁴⁴

En el mismo año del artículo de Portuondo, el investigador Walterio Carbonell coincidía con Castellanos al afirmar que la conciencia nacional no había surgido de las cabezas pensantes de los portavoces del reformismo decimonónico, sino que se forjó en la base misma de la sociedad. Para él, “el factor esencial que creó las condiciones para la aparición del tipo cubano, de la Nación y de la cultura nacional, fue la lucha de clases entre esclavos y esclavistas”. En ella, ambas clases se “autodestruyen” ideológicamente, sus respectivas culturas se debilitan y empobrecen, y se prepara así “su reencuentro en una esfera más elevada: la nacionalidad”. Igualmente, Carbonell sostiene que antes de la Guerra de los Diez Años, el español era la lengua oficial, pero no la lengua nacional, pues la mayoría de los esclavos que habitaban en zonas rurales hablaban dialectos africanos.⁴⁵

⁴⁴ José A. Portuondo: “Cuba, nación ‘para sí’”, en *Cuadernos Americanos* (México, D.F.) 20(6):147-172, noviembre-diciembre de 1961.

⁴⁵ Walterio Carbonell: *Cómo surgió la cultura nacional*, [Ediciones Yaka], La Habana, 1961, pp. 56, 49, 88, 113-114.

⁴⁶ J. Ibarra: “Notas sobre nación e ideología”, en *Ideología mambisa*, Instituto del Libro, La Habana, 1967, p. [9]-76. Con posterioridad, Ibarra ratificaría sus criterios en el libro *Nación y cultura nacional*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. [9]-17.

⁴⁷ J. Ibarra: “Respuesta a Marcos Llanos”, en *Casa de las Américas*, (La Habana) (51-52):250-259, noviembre de 1968-febrero de 1969. La crítica de Llanos que dio lugar a esta respuesta aparece en el mismo número de la revista.

Las “Notas sobre nación e ideología” (1967) de Jorge Ibarra fueron, en nuestra opinión, el más interesante análisis del tema publicado en torno al Centenario del inicio de la Guerra Grande.⁴⁶ En ellas, Ibarra plantea que la economía de plantaciones —con su rígida compartimentación y estratificación— sepultó los “gérmenes de solidaridad social” que se habían venido forjando lentamente en la base. Según él, en los barracones de esas plantaciones yacía “incrustada, como un cuerpo extraño, no asimilada aún por el proceso de formación nacional, la cultura de los más diversos grupos étnicos africanos en su más pura esencia”. Incluso, los negros criollos esclavos de plantaciones, por carecer de contacto con los criollos libres, tenían una cultura y psicología que no se diferenciaban sustancialmente de la de sus padres. Era imposible la conformación de la nación sin destruir el régimen esclavista y crear una sociedad burguesa, estructurada sobre la base de clases sociales y no de castas, que permitiera “la integración de los grupos étnicos africanos en la sociedad civil”. Sólo así la comunidad nacional podría transformarse en nación.

Para Ibarra, gracias al régimen de plantaciones se logra la unificación territorial del país en la década de 1840 —con el ferrocarril, el telégrafo y el cabotaje en gran escala— y en ese mismo siglo se alcanza la fusión de las economías locales en una economía nacional. No obstante, esta integración económica y territorial es deficiente —prueba de ello fue la supervivencia del regionalismo y el localismo— y el “ciclo de formación de la nación” sólo se completa en el período que media entre el decreto de la abolición gradual de Céspedes (1868) y la Ley del Patronato (1880). Así, la Guerra de los Diez Años propició que la comunidad de cultura nacional abarcara a toda la población, incluso la de las provincias occidentales, que no fueron escenario de lucha.

Poco después, Ibarra aclararía que su propósito en ese texto había sido “estudiar la formación de la nación, no de la nacionalidad”. En su opinión, esta última “sólo empezó a definirse a principios del siglo XIX con la aparición de una conciencia nacional en Varela y en los primeros conspiradores independentistas de la década de 1820”.⁴⁷

Coincidentemente también con el Centenario, Oscar Pino-Santos hizo suya la opinión oficial sobre el *nacimiento* de la nación cubana en 1868, pero situó su *crystalización* en los años 1959-1968, cuando, según él, culminara el “proceso de creación de nuestra nacionalidad”, después de un siglo de lucha de contrarios entre lo que denomina la nación y la antinación. Moreno Fragnals, por su parte, veía la Guerra de los Diez Años como la “partera de la nacionalidad cubana” y criticaba a la historiografía burguesa tradicional por haber puesto énfasis en que el espíritu nacional era el de la burguesía cubana, conformando el concepto de nacionalidad al de un criollismo blanco sin verdadera raigambre nacional.⁴⁸

Historiadores y etnógrafos de la desaparecida comunidad socialista también abordaron el tema. El soviético Eduard Alexandrénkov coincidió, en sentido general, con las opiniones de Aguirre y de Chaín. Por otra parte, se refería a los negros y mulatos libres y señalaba, en nuestra opinión muy acertadamente, “el hecho de que esta capa de la población perdiera la autoconciencia étnica de sus antepasados (los procedentes de España y los esclavos de diferentes tribus y pueblos de África), así como el aumento sucesivo de dicha población, debía derivar en el surgimiento de una autoconciencia nueva, ‘cubana’”.⁴⁹

El también soviético Borís Lukín publicó una seria y abarcadora síntesis sobre la evolución étnica de nuestro país. Para él, la formación del etnos cubano fue el resultado de un largo proceso de mestizaje biológico y cultural en el que predominaron los componentes étnicos his-

panoeuropeos. Ese etnos ya existía a principios del siglo XIX, “a pesar de las diferencias socio-económicas entre el Oriente y el Occidente de la Isla, el aislamiento de las ciudades y la existencia de elementos inmigrados y bozales”.⁵⁰ Consideraba que la Guerra de los Diez Años, “al crear los gérmenes de la organización estatal burguesa afianzó la nueva forma de existencia del etnos, su transformación en organismo etnopolítico”.⁵¹

Gracias a la lucha armada “Se formó la conciencia nacional de los cubanos como pueblo que había heredado principalmente las tradiciones culturales de los europeos y los africanos, se configuraron los rasgos generales de su carácter nacional. El Ejército Libertador creó el modelo de sociedad basada en la igualdad de derechos de blancos, mulatos y negros”.⁵²

El ya mencionado historiador polaco Tadeusz Lepkowski, al criticar el enfoque dado al tema en el manual del MINFAR de 1967, planteó que en 1880 aún subsistía la diferencia entre la Cuba A y la Cuba B, como dos países distintos dentro de una misma isla, pues la Guerra de los Diez Años la había acentuado. La fusión de esas dos Cuba, señalaba, era “una de las grandes interrogantes en la formación de la nación cubana”.⁵³ Asimismo abordó el “proceso lento y complicado” de tránsito entre la “patria local” y la “patria ideológica”, y esbozó un esquema a guisa de hipótesis: “1) *camagüeyano* 2) *camagüeyano-cubano* 3) *cubano-camagüeyano* 4) *cubano*”.⁵⁴ Pero acertadamente planteaba que el problema crucial en el proceso formativo de la nación cubana era la integración étnica, “saber cuándo, cómo y a través de cuáles dificultades el negro

⁴⁸ J. Ibarra, J., Manuel Moreno Fragnals y Oscar Pino-Santos: “Historiografía y Revolución” (mesa redonda), en *Casa de las Américas* (La Habana) 9(51-52):101-115, noviembre de 1968-febrero de 1969. Ver p. 102.

⁴⁹ Eduard Alexandrénkov: “Aspectos étnicos en la formación de la nación cubana”, en *La Historia de Cuba*, t. I (Período colonial), 2da. ed., Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, 1979, p. 38. No hemos podido consultar los trabajos pioneros de M. I. Mojnachov: “Contribución al problema de la formación de la nación cubana”, en *Cuba: ensayos histó-*

rico-etnográficos, Academia de Ciencias de la URSS, Moscú 1961, pp. 203-233 (en ruso), y “Devenir de la nación en Cuba”, en *Las naciones de América Latina*, Moscú, 1964, pp. 75-104 (en ruso).

⁵⁰ Borís Lukín: “Cuba”, en *Procesos étnicos en los países del Caribe*, Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, 1984, p. 98.

⁵¹ *Ibidem*, p. 107.

⁵² *Ibidem*, p. 112.

⁵³ *Loc. cit.* (41), p. 65.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 66.

cubano pasó de la categoría de un negro teniendo una patria local, luego ideológica a la categoría final de un miembro cabal de la nación cubana”, y conjeturaba una evolución en seis fases: “1) *negro* bozal (africano) 2) *negro* ladino 3) *negro* criollo 4) *negro-cubano* 5) *cubano-negro* 6) *cubano*”.⁵⁵ Y alejándose de una visión unilateral del problema, agregaba: “Pero ¿y los blancos? ¿Cuándo fue que el *cubano* blanco se desembarazó del concepto de nación cubana *blanca* para adquirir primero el concepto de una ‘doble nación’ (nación con dos comunidades, enlazadas, interdependientes, pero diferentes) y luego el de la nación integrada?”

”El proceso de la integración nacional no fue una curva siempre ascendente. La Guerra de los Diez Años estableció las bases de la integración nacional, comenzada desde antes; pero podríamos preguntarnos si no sería exacto afirmar que fue solamente la Revolución socialista la que concluyó victoriosamente la larga marcha de la unión nacional”.⁵⁶

Para Lepkowski, hasta mediados del siglo XIX hubo dos tendencias o corrientes en la formación de la nación cubana: una, según el modelo de *dos* naciones en el mismo territorio —la blanca y la negra—; la otra, la de una sola nación con pueblos distintos en su seno, como el modelo de Estados Unidos. Con posterioridad a la Guerra de los Diez Años empezó a formarse “la nación de modelo racialmente integrado”. El año 1868 “marca solamente el comienzo de un proceso que definitivamente dominó en la historia de Cuba”.⁵⁷ No obstante, esa integración racial “no siguió una línea ascendente”. Los pri-

meros años del siglo XX y, sobre todo, el de 1912, representaron cierta tendencia a la desintegración.⁵⁸ Una de las conclusiones de Lepkowski no ha sido atendida suficientemente: “Para comprender el proceso de la formación nacional cubana hay que investigar el proceso de criollización de los negros cubanos”.⁵⁹

El profesor de la Universidad de Carolina de Praga, Opatrný, publicó en 1986 el más extenso de los estudios sobre el tema. Su criterio metodológico consistió en una interpretación flexible de la definición de Stalin, a la que agregó el importante papel desempeñado por las relaciones políticas, que en Cuba se manifestaron en la contradicción colonia-metrópoli. En esta esfera, según él, en la primera mitad del siglo XIX se plasmó “con el mayor vigor la naciente *conciencia nacional cubana*”. De ahí que valore los aportes directos o indirectos del reformismo y el anexionismo a esa conciencia.

Para Opatrný, “la idea de una *nación cubana unitaria*” se afianzó de manera definitiva a fines del siglo XIX, pues la derrota cubana en la Guerra de los Diez Años no afectó el proceso de formación nacional. La plena irrupción del capitalismo sustituyó la ausencia de un mercado interior sólido por los vínculos con el mercado mundial, “que se convirtió en factor determinante de la evolución económica de la Isla”.

Asimismo, Opatrný coincide con Ortiz en que una de las especificidades de la nación cubana es que surge como una comunidad de varias etnias, ninguna de las cuales tenía su raíz en la Isla, además de ocupar posiciones diferentes tanto en la economía como en la vida política. No obstante: “Su objetivo común llegó a ser la lucha por la transformación del *statu quo*, hecho de que dio cuenta primero y formuló exactamente *la componente criolla* de la futura nación cubana. La misma llegó a ser *el elemento dirigente* durante la fase inicial de la lucha por los cambios económicos y sociales.

”En el momento en que la sociedad de hacendados criollos comenzó a utilizar para sus proyectos a los componentes de la población cubana de color que, desde luego, perseguían en la lucha sus propios objetivos, que crearon *las condiciones para la formación de una comu-*

⁵⁵ *Ibídem*, p. 67.

⁵⁶ *Ibídem*.

⁵⁷ T. Lepkowski: Conferencia dictada en la Academia de Ciencias de Cuba el 28 de noviembre de 1967, p. 9. Agradecemos a las profesoras María del Carmen Maceda y Eurídice González, ambas de la Universidad de La Habana, habernos facilitado las transcripciones de las conferencias dictadas por Lepkowski durante su estancia en Cuba.

⁵⁸ *Ibídem*, p. 10.

⁵⁹ *Ibídem*.

idad caracterizada por una conciencia única y una cultura común...”.⁶⁰

Sin embargo, Opatrný consideraba que esa cultura común o unitaria sólo se formó en el siglo xx, en parte gracias a la contribución de lo que él denomina *negrismo*; es decir, el interés por la cultura afrocubana desplegado en la década de 1920 por intelectuales como Fernando Ortiz, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, José Antonio Fernández de Castro y otros.

Con posterioridad a la publicación de su libro, el profesor Opatrný ha continuado estudiando el tema, haciendo hincapié en uno u otro aspecto de éste. Por ejemplo, en las Primeras Jornadas sobre Cuba y su Historia (1991) señaló la falta de trabajos acerca de la asimilación de los peninsulares por la nacionalidad cubana. En esa ocasión, Opatrný parecía resumir su experiencia investigativa cuando concluyó afirmando que cualquiera que aborde el estudio de la nación cubana siempre va a encontrar “más problemas que soluciones”.⁶¹

En esa misma década del 80, el etnólogo Jesús Guancho hizo suyo el esquema cronológico de Aguirre (1967), incluido el retraso de los negros y mulatos libres en acriollarse. Para Guancho, la nacionalidad cubana es un sistema etnocultural resultante de diez procesos étnicos diferentes, de los cuales el fundamental fue la integración interétnica hispanoaficana, que, a su vez, fue la síntesis dialéctica de todos los otros componentes del sistema, entre los cuales da entrada a los aportes franceses, francohaitianos y chinos. Igualmente estima que el rasgo principal del etnos es la autoconciencia étnica, “la ca-

pacidad de autoidentificarse como pueblo”.⁶² Posteriormente, Guancho ha perfilado su concepto del *etnos-nación cubano*, al que define como “el resultado histórico-cultural y poblacional de los conglomerados multiétnicos hispánico, africano, chino y antillano principalmente (...) Esta entidad étnica pasa a ser mayoritaria en Cuba desde la segunda mitad del siglo xix, período en que se consolida una autoconciencia étnica nacional...”.⁶³

En los últimos años, la historiadora santiaguera Olga Portuondo Zúñiga ha retomado el tema de la patria local, ámbito en el cual, según ella, se fraguó la criollidad: “El criollo concreta su sentido de ser identificado con la jurisdicción, con la localidad en la cual fomenta su vínculo de relaciones económicas más estrechas”. Para ella, “la criollidad jurisdiccional constituye un antecedente directo de la cubanidad”, “el patriotismo local representa un peldaño superior en el ascenso consagrador de la nacionalidad cubana”. También apunta los beneficios que esto les reportó a las clases dominantes y a la metrópoli: “El patriotismo local es una manifestación étnica esencial del criollo. Entre los miembros de la comunidad jurisdiccional era alentado por la oligarquía patricia de los dueños de hacienda (dones) para conciliar todos los intereses a favor de su autoridad, y justificar sus perspectivas de desarrollo como algo de interés común. El sentimiento patriótico del criollo se relaciona íntimamente con la conciencia colectiva de la localidad. Esto fue aprovechado por España para garantizar las defensas del suelo frente a otros imperios...”.⁶⁴

⁶⁰ Loc. cit. (42), p. 244.

⁶¹ J. Opatrný: “Algunos aspectos del estudio de la formación de la nación cubana”, en Consuelo Naranjo Orovio, y Tomás Mallo Gutiérrez: *Cuba, la perla de las Antillas*. Acta de las Primeras Jornadas sobre Cuba y su Historia [CSIC-Ediciones Doce Calles, Madrid, 1994], pp. [249]-259. Otros trabajos suyos sobre el tema, que no hemos podido consultar, son “En torno al problema de la Iglesia y la religión en el proceso de formación de la nación cubana”, en *Iglesia, Religión y Sociedad en la Historia Latinoamericana (1492-1945)*, VIII Congreso de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas de

Europa, III, Szeged, 1989, pp. 257-266; “José Antonio Saco’s Path Toward the Idea of Cubanidad”, en *Cuban Studies* (Pittsburgh) (24):39-56, 1994.

⁶² Jesús Guancho: *Procesos etnoculturales de Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983, pp. 25-37, 339-351.

⁶³ J. Guancho: *Componentes étnicos de la nación cubana*, Fundación Fernando Ortiz, Ediciones Unión, La Habana, 1996, p.135.

⁶⁴ Olga Portuondo Zúñiga: “Criollidad y patria local en campo geométrico”, en *Islas* (Santa Clara) (98):40-46, enero-abril de 1991. Cita en la p. 41.

Por otra parte, al abordar el estallido del 68 coincide con el análisis dialéctico que antes hiciera su coterráneo Jorge Castellanos: “La patrilocalidad cumplía su misión preservadora del amor criollo a la tierra; mas en el crisol de la lucha en que afloró la cubanía, pronto se convirtió para la causa mambisa en deplorable regionalismo. Desde entonces fue signo negativo, flor y espina de la Revolución”.⁶⁵

Para la doctora Portuondo, los gérmenes de la nacionalidad eran anteriores a la economía plantacionista y, en todo caso, “las entradas masivas de bozales y los progresos de la plantación interrumpieron bruscamente un proceso paulatino de integración étnico-cultural cuya raíz hay que buscar desde 1510”.⁶⁶

En 1992, tres años antes de su fallecimiento en Puerto Rico, el doctor Leví Marrero dio remate a su monumental historia de Cuba —un esfuerzo de más de 20 años—, precisamente, con el tema de la nacionalidad y la nación. Marrero se negaba a aceptar que en el espacio histórico que ahora abarca su obra (1510-1870) hubiera emergido “una nacionalidad cubana íntegra y real”, aunque “existía, sí, desde temprano, una vigorosa autoidentificación del cubano, realidad que se intensificaría con el paso de los años”. Prefería denominar este proceso como “la toma de *conciencia de la cubanía*”. Sin embargo, en cierta forma se contradecía al afirmar: “En los inicios del proceso histórico cubano, ya en el siglo *xvi*, la *gente de la tierra* era distinguida del colono peninsular. En el siglo *xviii* el *criollo* era un ente socialmente visible y reconocido en los primeros vagidos literarios, y en el *xviii* se pasaría de las identificadoras *patrias locales* a una visión abarcadora del *cubano* de la *patria isla* anticipada por Arango y Parreño”.⁶⁷

⁶⁵ *Ibíd.*, p. 46

⁶⁶ O. Portuondo Zúñiga: “Protoplantación y nacionalidad”, en *Del Caribe* (Santiago de Cuba) 6(16-17):34-36, 1990. Cita en la p. 36.

⁶⁷ Leví Marrero: *Cuba: economía y sociedad*, Ed. Playor, San Juan-Madrid, 1972-[1992], t. 15, pp. VI-VII.

⁶⁸ “Nación e identidad” (Mesa redonda), *Temas* (La Habana) (1):95-117, enero-marzo de 1995.

Los trascendentales cambios ocurridos en la escena política internacional entre 1989 y 1991, no han dejado de repercutir en la Isla y en sus ciencias sociales. De nuevo se busca en lo más profundo de nuestro pasado la solidez fundacional, como base para una perspectiva independiente de futuro. En los últimos aportes sobre el tema se evidencia un intento por alejarse de todos los esquemas anteriores y emprender un nuevo camino epistemológico.

En 1995, Pedro Pablo Rodríguez criticó que los historiadores cubanos en décadas recientes hubieran establecido una relación de identidad entre la formación de la nación y las luchas populares del siglo *xix*. “Históricamente, la nación o las naciones —afirma— no han estado ni tienen que estar siempre vinculadas con las luchas populares. Cada formación social ha asumido sus propias maneras de irse desarrollando con este proceso”. Aun aceptando “que la Guerra de los Diez Años fue el crisol de formación de la nacionalidad, no se debe ignorar, como hace buena parte de la historiografía marxista cubana después de los años 70, que este no es un proceso que arranca en el siglo *xix*, sino en el siglo *xvi*”.⁶⁸

Por su parte, el politólogo Armando Cristóbal estima que “la nacionalidad cubana se gestó de diversas maneras, simultáneamente y en procesos completamente imbricados casi desde el origen de la llegada de los conquistadores”. Mas, en su opinión, durante los siglos *xvi* y *xviii*, ese proceso “no podría considerarse definitivo; ni siquiera lo era en su base demográfica indispensable”. Fue a principios del siglo *xviii* que comenzó a extenderse, pues entonces dio inicio en la práctica al distanciamiento entre blancos criollos y españoles. Por otra parte, hace una afirmación muy discutible: “el africano, sin asidero alguno, fue el primero en establecer una nueva identidad de las que integrarían mucho después la cubana”. El argumento en que basa su afirmación es que la necesidad de sobrevivencia privilegió la inserción de este hombre en un contexto desconocido, “por un proceso de analogía donde rechazo y asimilación fueron instrumentos fundamentales”. En otro párrafo sí acierta en señalar al mestizo como “portador principal y

primer resultado” del proceso de gestación de la nacionalidad, por cuanto su identidad “tendrá siempre, por razones ideológicas, hacia la nueva nacionalidad”.⁶⁹

Jorge Ibarra es el único historiador radicado en la Isla que ha publicado análisis comparativos entre los procesos de formación nacional de Cuba, Puerto Rico y el Santo Domingo español, viendo en la existencia de una economía de plantación en las dos primeras islas la causa de su retraso histórico respecto de la tercera. Esto le ha permitido volver a sus planteamientos de 1967 ya con la madurez de tres décadas de investigación. Ahora, Ibarra ve la “gestación paulatina y laboriosa” de nuestra nacionalidad como un proceso de *larga duración*, “que abarca desde el Descubrimiento hasta mediados del siglo XIX”, y que durante los primeros siglos tuvo lugar bajo un régimen de esclavitud patriarcal. En su opinión, la plantación azucarera comenzó en la década de 1740 y se expandió por la región occidental de la Isla, subordinando económicamente a la región ganadera centroriental, donde subsistiría una esclavitud patriarcal que “propiciaría la formación de una sociedad más integrada cultural, psicológica y étnicamente que la sociedad plantacionista occidental”, para lo cual tendría, como uno de sus elementos básicos, “la existencia de un estamento de negros y mulatos libres más numeroso e influyente”.

Para Ibarra, los movimientos independentistas por la constitución del Estado nacional se desarrollaron en una coyuntura de *corta duración*. Para él, la Guerra de los Diez Años “sentó las ba-

ses para la formación del pueblo nación cubano”, al crear una conciencia nacional que “comenzó a sobreponerse a la conciencia de grupo étnico y a la conciencia regional”, y la Guerra del 95 la coronó, “en la medida que incorporó a la región occidental del país al proceso revolucionario y tuvo una mayor representación popular en las distintas instancias de poder”. Ibarra concluye que “el análisis comparativo del proceso de formación nacional cubano, dominicano y puertorriqueño arroja luz sobre el carácter antiétnico de la plantación esclavista en relación con los movimientos independentistas”.⁷⁰

En un reciente artículo de título muy significativo —“En busca de la cubanidad”—, Eduardo Torres-Cuevas plantea que la autodefinición y autocomprensión es una necesidad vital que deviene una exigencia para la subsistencia. A la vez, critica “cierto nominalismo categórico” que pretende definir de manera conceptual una realidad no estudiada factualmente. Considera que se ha partido de “esquemas teóricos que nada tienen que ver con la historia y con los procesos reales ocurridos en la formación de nuestro pueblo”, pues resulta imposible reducir los orígenes del pueblo cubano a los requisitos y conceptos clásicos, ya que éste no se formó siguiendo la evolución lineal de una etnia y su cultura.

Torres-Cuevas define tres etapas en la formación del pueblo y de la nación. La primera abarca desde la conquista hasta 1763 y es la etapa de la patria del criollo o *sociedad criolla*; es decir, la patria local o patria-región, “volcada hacia sí misma, más emocional que racio-

⁶⁹ Armando Cristóbal: “Precisiones sobre nación e identidad”, en *Temas* (La Habana) (2):103-110, abril-junio de 1995.

⁷⁰ Cfr. J. Ibarra: “Los nacionalismos hispano-antillanos del siglo XIX”, en Juan Pablo Fusí y Antonio Niño (eds.): *Vísperas del 98, orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Biblioteca Nueva [Madrid] [1997], pp. [151]-162; “Cultura e identidad nacional en el Caribe hispánico: el caso puertorriqueño y el cubano”, en Consuelo Naranjo Orovio, Miguel Ángel Puig-Samper y Luis Miguel García Mora (eds.): *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante*

el 98. Actas del Congreso Internacional celebrado en Aranjuez del 24 al 28 de abril de 1995, Ediciones Doce Calles [Madrid] [1997], pp. [85]-95, y *loc. cit.* (27) también deben consultarse los autores siguientes Paul Estrade: “Observaciones sobre el carácter tardío y avanzado de la toma de conciencia nacional en las Antillas Españolas”, en *Ibero-América Pragmática* (Praga) (5), 1991; Jorge Duany: “Ethnicity in the Spanish Caribbean: Notes on the Consolidation of Creole Identity in Cuba and Puerto Rico, 1762-1868”, en *Ethnic Groups* (London):15-39, 1985.

nal”, pero el punto de partida de la nacionalidad cubana; o sea, del “proceso de racionalización, de autocomprensión y autodefinición del criollo”. Durante ella se originan “estructuras funcionales *dentro y para la hispanidad*, en que la diferenciación de lo criollo ocurre como singularidad que no rompe la coherencia del universo ideológico del imperio”; surge el sentimiento “de una personalidad propia que singularizaba a la sociedad criolla dentro del conjunto hispano”.

La segunda etapa formativa abarca desde 1763 hasta la década de 1840 y es la de la *sociedad esclavista*, la cual subvierte la composición social y los paradigmas de la sociedad criolla. La plantación azucarera esclavista acarrió la reducción proporcional del sector criollo —tanto blanco como negro— “ante la presencia de africanos y europeos sin raíces profundas en el país”. No obstante, esta avalancha migratoria “enriqueció el mosaico étnico cubano y amplió su horizonte cultural”. Debíó mediar más de una generación “para que se extendiera de nuevo el proceso de acriollamiento”. La dinámica social, comercial y productiva de esta etapa, contribuyó al desarrollo de una conciencia patriótica, una autoconciencia, y aceleró el proceso de *formación* nacional, pero, tal vez, retardó el de *integración* nacional. En esta segunda etapa ya se pasa de la idea de patria local o patria-región a la de patria-nación, que se sintetiza en el gentilicio *cubanos*.

La tercera etapa abarca desde la década de 1840 hasta la crisis de 1929 y corresponde a la transformación de la sociedad esclavista en la sociedad capitalista y dependiente. Tuvo su expresión política en la formación del Estado nacional y de la *sociedad nacional*. A diferencia de sus colegas, Torres-Cuevas no entra a analizar el posible momento de surgimiento de la nación. Para él, ese concepto europeo “sería extremadamente difícil de imponer a la evolución de la sociedad cubana”, pues ni siquiera fue aplicable a toda Europa, sino al ejemplo clásico de Francia y, “en cierta medida”, al caso inglés. De ahí que prefiera utilizar el concepto de *patria*, el cual “se vincula más con la expresión del sentimiento común del pueblo que el

de nación, que responde a factores constitutivos de las estructuras económico-sociales”.⁷¹

Torres-Cuevas define el conjunto de las tres etapas como un proceso de creación de una *nación patriótica*, por su profundo sentido popular y su dimensión nacional e internacional, a la vez que define la *cubanidad* como *la pasión de lo posible*, “como la búsqueda constante del deber ser”.⁷²

► III.

Lo tradicional en este tipo de balances es finalizarlos diciendo que aún queda mucho por investigar, y el caso que nos ocupa no resulta una excepción, máxime cuando se trata de un tema sumamente complejo y propicio para la especulación teórica sin suficiente basamento factual. Un tema sobre el cual todo intelectual cubano, con independencia de su especialidad, se siente con derecho a opinar.

Mas, consideramos que el saldo es positivo. Con la ayuda de la etnología y otras disciplinas auxiliares, los historiadores han ido conformando una imagen más nítida del proceso de formación nacional. La diversidad de puntos de vista, en ocasiones contrapuestos, ha sido enriquecedora.

En algunos autores se aprecia cierta imprecisión en el uso de los términos *nacionalidad* y *nación*, acaso derivada de la literatura teórica asumida como referente. Ya en cuanto a perio-

⁷¹ Además, en la Cuba decimonónica, el concepto de *patria* —ya usado en la Isla en su acepción más restringida desde el siglo xvii— era preferido al de *nación*, el cual, al emplearse por los liberales de la península desde 1812, llevaba implícita la unidad con España.

⁷² Eduardo Torres-Cuevas: “En busca de la cubanidad (I, II y III)”, en *Debates Americanos* (La Habana) (1):2-17, enero-junio de 1995;(2):3-11, julio-diciembre 1996; (3):3-10, enero-junio de 1997. Aspectos complementarios de su concepción del tema los expone en “Cuba: el sueño de lo posible”, en *Contracorriente* (La Habana) 2(6):8-20, noviembre-diciembre de 1996, y “Patria, pueblo y revolución: conceptos bases para la historia y la cultura en Cuba”, en *Nuestra común historia; poblamiento y nacionalidad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, p. 1-22.

dización, nos parecen insostenibles las afirmaciones de que la nación haya surgido antes o durante la Guerra de los Diez Años, no obstante la poderosa contribución de ésta a su formación.

El concepto moderno de nación es un concepto genéticamente europeo, basado en la doctrina del Derecho Natural, concebido en y para países que pasaron del feudalismo al capitalismo. Ninguno de ellos tenía una base social tan heterogénea como las colonias americanas de España, ni tenía enquistada en su seno una institución tan antimoderna como la llamada “esclavitud moderna”. Fue un concepto creado por y para la burguesía liberal europea del siglo XVIII, la clase llamada históricamente a encabezar el proceso de formación nacional y a beneficiarse de él.

La clase económicamente dominante en nuestra colonia —denominada, por unos, como terratenientes esclavistas y, por otros, como burguesía esclavista— no estaba apta aún para asumir ese papel de vanguardia. ¿Cómo esperar que una burguesía “a medias”, como la llama Torres-Cuevas, o “anómala”, como definía Marx a la del sur de Estados Unidos, pudiera encabezar una nación burguesa moderna? ¿Qué nación podía surgir? En la base, una gran masa de esclavos africanos no integrada a la nacionalidad. En la cúspide, una burguesía “a medias”. Era necesario que desapareciera esa anomalía para que pudiera surgir la nación plena. De ahí que todo análisis sobre el hipotético momento de su formación sólo resulte factible a partir de la abolición definitiva de la esclavitud, en 1886.

Consideramos que el concepto de nación sí es aplicable en el caso cubano y que —a diferencia de lo ocurrido en la América continental— en nuestra Isla ésta precedió al Estado nacional. Si analizamos todas las definiciones, tanto las “espiritualistas” como las “materialistas”, vemos que nación es sinónimo de unión, unidad, comunidad. “La nación —ha escrito Kaltajchian— no es un conglomerado de ‘aspectos’ o ‘partes’, sino la unidad de su esencia y existencia...”⁷³ Es de esta médula del concepto y de su adaptación flexible a nuestro caso específico que debemos partir.

18 Uno de los defectos generales de la historiografía cubana ha sido estudiar nuestros siglos co-

loniales descontextualizados del resto de la América hispana. Esto también se manifiesta en el tema que nos ocupa.⁷⁴ Contrariamente a sus colegas especializados en la Historia de América, ninguno de los autores ha abordado el papel del Estado colonial en la formación de la nación. En Cuba, el Estado colonial —prolongación del metropolitano, aunque con cierto grado de autonomía, dadas la distancia y las deficientes comunicaciones— coadyuvó a la unificación territorial del país; sobre todo, a partir de la política borbónica de centralización, que acarreó la merma de poderes de las oligarquías municipales. Pero quedan otros aspectos de su actuación por estudiar —positivos y negativos—, para los que se precisa de un análisis comparativo con la de sus homólogos continentales. Hay que tener en cuenta que bajo ese Estado colonial se gestó paulatinamente una nacionalidad que, a la postre, aspiró a darse su propia forma de Estado como culminación de todo un proceso histórico.

Otro ángulo importante, el papel del catolicismo en el proceso de formación y desarrollo de la nación sólo se ha abordado por Opatrný —loc. cit. (61)— y por Eduardo Torres-Cuevas, cuya “Historia de la religión y la religiosidad católica en Cuba” permanece inédita.

Un tema de investigación más arduo es el del surgimiento de esa nacionalidad, base de la nación, su “levadura espiritual”, como la llamaría Martí.⁷⁵ El análisis de la urdimbre etnoclasista

⁷³ S. Kaltajchian: *La teoría marxista-leninista de la nación y la actualidad*. Tr. Víctor Médnikov, Progreso, Moscú, 1987, p. 237.

⁷⁴ Un intento solitario en este sentido fue el debate científico sobre la formación de la nación en Cuba y América Latina, celebrado en la Universidad de La Habana el 5 de junio de 1987, y en el cual participaron profesores de los departamentos de Historia de Cuba e Historia de América. Agradecemos a los profesores Eurídice González Navarrete y Sergio Guerra Vilaboy haber podido consultar una transcripción de él. Por otra parte, los únicos análisis comparativos con el resto de las Antillas españolas son los antes citados de Ibarra, Estrade y Duany. Ver nota (70).

⁷⁵ José Martí: “Albertini y Cervantes”, en *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1973, t. 4, p. 414.

que la generó ha sido más abordado por los etnólogos que por los historiadores, pero se requiere de un estudio multidisciplinario. Por ejemplo, hasta ahora, nuestros lingüistas no han investigado el origen y propagación del gentilicio *cubano*. Rodríguez Herrera aseguraba que antiguamente había designado a los naturales de la ciudad de Santiago de Cuba.⁷⁶ De ser esto cierto, nos hace suponer que, al menos en nuestro caso, la autoconciencia étnica no coincidió cronológicamente con la adopción del correspondiente etnónimo. Dada la rivalidad existente entre Santiago de Cuba y La Habana desde fines del siglo *xvi*, la adopción de ese gentilicio por los habaneros —que siempre se autoidentificaron como tales— debió ser un proceso lento, con independencia del momento en que tomaran conciencia de su nacionalidad. Algo parecido debió ocurrir con los principieños, trinitarios, espirituanos y bayameses.

El esquema del proceso de concreción de la nacionalidad cubana resultaría algo muy sencillo de no ser por el africano. Este elemento “incómodo” lo complica todo, pues se aspira a que el modelo teórico quede diseñado de forma tal, que culmine con la plena integración en el etnos cubano de todos los componentes exógenos. Para el esclavo africano —“bozal” o “negro de nación”, como se le llamaba—, Cuba era una tierra impuesta, a donde lo habían traído contra su voluntad y donde lo hacían trabajar de sol a sol. Su único objetivo era regresar a su país natal, como algunos lograron. Si después de 1886 se quedó aquí fue por inercia, o por vejez, o por incapacidad económica de regresar a África, o por haber logrado crear una familia. Tal

vez murió sin haberse integrado psíquicamente a nuestra nacionalidad, aunque sí formara parte de nuestra nación.

Algo distinto era el esclavo criollo o ladino. Para él, África sólo constituía el lugar del cual le hablaban sus padres —si los había conocido— o los esclavos viejos. La libertad era el paso que le faltaba para integrarse a nuestra nacionalidad.

Ya Lepkowski señaló acertadamente que para comprender el proceso de formación nacional cubano hay que estudiar el proceso de criollización del negro. Ésta es una de las tareas pendientes de nuestra historiografía. Negros y mulatos libres hubo en Cuba desde el mismo siglo *xvi*. Las actas capitulares y los protocolos notariales dan cuenta de ello. En La Habana, muchos se dedicaron al pequeño comercio y a la agricultura de subsistencia. Es lógico que su número haya ido creciendo tanto vegetativamente como por la emancipación de esclavos, y que, paralelamente al proceso de acriollamiento del blanco haya tenido lugar un proceso similar entre estos hombres y mujeres. Según todos los especialistas, el criollo es un producto del siglo *xvii* americano. No resultaría arriesgado conjeturar que para esa fecha ya los negros y mulatos libres nacidos en Cuba se sintieran tan criollos como sus coterráneos blancos. De esa cantera social surgiría buena parte de los soldados, clases y oficiales del Ejército Libertador en la Guerra del 68.

Para nosotros, el origen de la nacionalidad cubana sólo es concebible como la mezcla, básicamente, de dos culturas: la blanca criolla y la negra criolla. Independientemente del lugar de privilegio de la primera como retoño de la cultura española dominante, ambas se fueron gestando de manera paralela e interactiva, a la vez que en contrapunto con la cultura metropolitana. ¿Cuánto de cada una tomó la otra a lo largo de ese proceso? ¿Cuándo las particularidades fueron superadas por los aspectos comunes? ¿En qué momento convergieron en la corriente central de la nacionalidad? Existen no pocos estudios sobre la cultura criolla blanca, pero escasean sobre la cultura de los negros y mulatos libres criollos, investigaciones necesarias para completar sus imágenes recíprocas.

⁷⁶ Esteban Rodríguez Herrera: *Léxico mayor de Cuba*, Lex, La Habana, 1958-1959, v. I, p. 398. La mención documental más antigua que hemos podido localizar de este gentilicio data de 1759. En ese año, uno de los alcaldes ordinarios de Sancti Spíritus, Joseph de Fábrega, remitió a la cárcel a un individuo conocido por Patricio *el Cubano*, jornalero de una estancia del partido de la Angostura. Se le acusaba de vivir “torpemente” con Josefa Salgueiro. Desconocemos si era oriundo de Santiago de Cuba. Archivo Histórico Nacional, Madrid, *Consejos*, leg. 21468, pieza 12, letra M, f. 155.

En ocasiones tenemos la impresión de que algunos historiadores lo ven todo “en bloque”. O sea, primero todos fuimos criollos y después todos fuimos cubanos. No se tiene en cuenta la posibilidad de que criollos y cubanos hayan coexistido; es decir, de que el proceso de surgimiento de la nacionalidad haya tenido distintas “velocidades” regional y coyunturalmente.

Manuel Moreno Fragnals y Jorge Ibarra han explicado a grandes rasgos, cómo al generalizarse la economía de plantación en la región occidental de la Isla —a partir del *boom* azucarero—, en la región ganadera centrorientada subsistió una esclavitud semipatriarcal que propició una sociedad más integrada étnicamente, con un campesinado que tenía un alto porcentaje de negros y mulatos libres.⁷⁷

Por nuestra parte, en una reciente investigación sobre la fuerza de trabajo en la agricultura tabacalera, encontramos indicios documentales de que ese cultivo contribuyó, en algunas regiones del país, a la integración social de negros y blancos desde mucho antes de la Guerra de los Diez Años. Las vegas pequeñas y medianas eran verdaderos microcosmos etnicolaborales. Por ejemplo, un padrón de Vuelta Abajo —extremo occidental de la Isla— levantado alrededor de 1820 nos proporciona un dato que resultaría inconcebible en cualquier zona urbana del país: 13 negros y mulatos libres que eran propietarios o arrendatarios de sendas vegas, tenían no menos de 21 blancos trabajando como jornaleros para ellos.⁷⁸ No dudamos que en otros sectores

de la agricultura no azucarera también existieran elementos de integración. Si la nacionalidad cubana fue resultado de un mestizaje biológico y cultural, como bien afirmara Lukín, es lógico buscar su cuna allí donde se daba físicamente la mezcla propiciatoria.

Los hechos anteceden al concepto. La nacionalidad surge históricamente antes de que se tenga conciencia de ella. De ahí que se precise hurgar con mayor denuedo en nuestros primeros siglos coloniales, aunque sin caer en el error —justamente criticado por Bernard Lavallé para el caso andino— de tratar de hallar los orígenes más remotos de nuestra nacionalidad a costa de “malabarismos intelectuales”.⁷⁹

En nuestra opinión, la gestación de la nacionalidad no pudo ser un proceso rectilíneo y monolítico. Tuvo que ser zigzagueante y atravesar por períodos de aceleración y desaceleración. Tampoco pudo ser simultáneo en un país con grandes diferencias regionales en lo económico y en lo social. Pero resultaba inevitable, si algo es inevitable en la historia, que, como parte de la realidad nueva que se había creado en la Isla, surgiera una nacionalidad nueva. Estimamos que esta nacionalidad debió surgir primero entre las clases bajas del sector no esclavo de la población: artesanos y campesinos, tanto blancos como negros y mulatos libres, cuya aproximación debió empezar tempranamente, atraídos por el eje gravitacional de la pobreza. Sus manifestaciones en la alta cultura o en el discurso político de los ideólogos de la clase económicamente dominante, sólo fueron un reflejo elaborado de una realidad precedente, gestada de manera instintiva en “las capas profundas y no sistematizadas de la conciencia social”, para decirlo con palabras de Porshnev.⁸⁰

Pero, desgraciadamente, el hombre común —la gente sin historia, como decían Juan Pérez de la Riva y Pedro Deschamps Chapeaux— muy raramente asoma en los folios de la documentación oficial y notarial de los tres primeros siglos coloniales, y cuando lo hace sus palabras aparecen trasmutadas al lenguaje burocrático-jurídico, asimiladas a la retórica al uso, en la cual no había cabida para ninguna insinuación de sesgo nacionalista. Sin

⁷⁷ Cfr. J. Ibarra: “Los nacionalismos hispano-antillanos...”, p. 156; Manuel Moreno Fragnals: “Hacia una historia de la cultura cubana”, en *Universidad de La Habana* (La Habana) (227):41-63, enero-junio 1986. Ver p. 60.

⁷⁸ Enrique López Mesa: “Trabajo esclavo y cultivo del tabaco en Cuba: una aproximación al tema” (inédito).

⁷⁹ Bernard Lavallé: “Elementos para un balance del criollismo colonial andino. Siglos XVI y XVII”, en Jorge Núñez Sánchez (ed.): *Nación, Estado y conciencia nacional*, Editora Nacional [Quito] [1992], pp. 11-26.

⁸⁰ Borís F. Porshnev: “Psicología social e ideología; espontaneidad y conciencia”, en John Dumoulin (comp.). *Cultura, sociedad y desarrollo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 149.

embargo, no podemos caer en el error, criticado por Ortega a nuestra disciplina, de confundir “la inexistencia de datos con la inexistencia de los hechos”.⁸¹ El mandato de Lucien Febvre tiene vigencia permanente: “ser historiador es no resignarse nunca”.⁸²

El proceso de etnogénesis y formación nacional en nuestro país es y seguirá siendo un tema abierto, en el cual los modelos de inteligibilidad se irán sustituyendo paulatinamente.⁸³ Y mientras los historiadores discurren sobre su origen, la nación cubana —aun en medio de la crisis actual— se mantiene erguida, como la

gran ceiba con que la comparara Castellanos, árbol sagrado para los creyentes en los cultos sincréticos, azotado por los vientos, pero respetado por los rayos.



⁸¹ José Ortega y Gasset: *El tema de nuestro tiempo*, 8va. ed., Espasa-Calpe [Madrid] [1955], p. 132.

⁸² Lucien Febvre: *Combates por la historia*. Tr. Francisco J. Fernández Buey y Enrique Argullol, Ariel, Barcelona [1986], p. 233.

⁸³ Cfr. Elena Hernández Sandoica: *Los caminos de la Historia: cuestiones de historiografía y método* [Ed. Síntesis, Madrid, 1995], p. 132.

La idea y el nombre de América Latina. El problema de la denominación de nuestro continente

Sergio Guerra Vilaboy Sugerentes informaciones dadas en las páginas de este artículo, aportan **nuevas valoraciones** referidas a la **determinación del nombre** de nuestro continente: **América**, que al fin prevaleció ante Indias Occidentales, Nuevo Mundo, Las Españas o Ultramar. **América Latina**, como bien se expone, es la **aspiración de una sola comunidad económica y política**, desde los tiempos de Miranda, Bolívar y Martí. ● ● ●

22 **E**n los albores de la invasión y conquista europeas, el territorio casualmente encontrado por Cristóbal Colón careció de su propio apelativo, pues el Gran Almirante murió en 1506 convencido de que había llegado a la antesala de las ansiadas Indias. A pesar de que los castellanos no tardaron en darse cuenta del error, lo bautizaron como Indias —por lo que pronto fue necesario añadirle Occidentales—, nombre que poco a poco sería reemplazado por el más sonoro y singular de América. Esta palabra había sido sugerida en 1507 para bautizar al también

llamado Nuevo Mundo por el cosmógrafo alemán Martin Waldseemüller en honor de Américo Vespucio a quien, por otra equivocación, le atribuyó el hallazgo de este continente. Al parecer, ello se debió al contenido de la carta de Vespucio denominada *Mundus Novus*, dirigida a los Médicis entre septiembre de 1502 y mayo de 1503 e impresa por primera vez hacia 1503 o 1504. Esta misiva resultó muy divulgada en su tiempo y alude a cierto viaje por las costas de Brasil realizado por Vespucio, al servicio de Portugal, a partir de mayo de 1501 y en que, por

primera vez, identifica claramente el nuevo territorio. Gracias a sus amplias experiencias como viajero y sobresaliente preparación intelectual, Vespucio se percató de que las tierras encontradas por Colón constituían, contra la creencia generalizada entonces, una masa continental única y diferente, independiente de Asia y desconocida por los europeos: “Días pasados muy ampliamente —dice Vespucio al inicio de *Mundus Novus*— te escribí sobre mi vuelta de aquellos nuevos países, los cuales, con la armada y a expensas y por mandato de este serenísimo rey de Portugal hemos buscado y descubierto; los cuales Nuevo Mundo nos es lícito llamar, porque en tiempo de nuestros mayores de ninguno de aquéllos se tuvo conocimiento, y para todos aquellos que lo oyeran será novísima cosa, ya que esto

SERGIO GUERRA VILABOY
Doctor en Ciencias
Históricas y Ph. D. en la
Universidad de Leipzig, es
Jefe del Departamento de
Historia de la Facultad de
Filosofía e Historia en la
Universidad de La Habana.
Profesor titular de
Historia de América
Latina, a su vez preside la
ADHILAC —sección
Cuba—; es autor de
diversos ensayos y
artículos en publicaciones
especializadas, y de
varios libros editados en
el país y en el exterior.

excede la opinión de nuestros antepasados, puesto que de aquéllos la mayor dice que más allá de la línea equinoccial y hacia el mediodía no hay continente, sólo el mar, al cual han llamado Atlántico; y si alguno de aquéllos ha afirmado que había allí continente, han negado, con muchas razones, que aquélla fuera tierra habitable. Pero que esta opinión es falsa y totalmente contraria a la verdad, lo he atestiguado con esta mi última navegación, ya que en aquella parte meridional yo he

descubierto el continente habitado por más multitud de pueblos y animales [que] nuestra Europa, o Asia o bien África, y aún el aire más templado y ameno que en otras regiones por nosotros conocidas...”¹

En definitiva, América acabó por prevalecer como denominación de las Indias Occidentales, también conocidas como Nuevo Mundo, Las Españas o Ultramar, cuya existencia como continente independiente sólo pudo comprobarse

fehacientemente en 1741 cuando Vitus Bering recorrió el estrecho que lleva su apellido.

Durante el siglo XVIII, en la medida en que fue emergiendo entre los criollos una incipiente conciencia “nacional” americana, se fue popularizando el empleo de otros términos; entre ellos, América del Sur, América Meridional, Nuestra América, Nuestra Nación, América Española e Hispanoamérica —o Iberoamérica cuando se incluía a Brasil—, para distinguir a los naturales de las colonias de este hemisferio de los europeos y también de los habitantes de las 13 colonias inglesas de Norteamérica que se habían apropiado del nombre genérico del continente para dárselo a su recién constituida nación: Estados Unidos de América.² Inconforme con muchas de estas denominaciones que, como el gentilicio de “españoles-americanos” —el jesuita peruano Juan Pablo Viscardo lo utilizó en una famosa carta contestaria (1792) para designar a quienes ya preferían ser denominados americanos o criollos—, tendían a perpetuar los vínculos con la metrópoli o no servían para identificar de manera singular a la joven nacionalidad que se forjaba en las entonces colonias de España, Francisco de Miranda, enfrascado en los prolegómenos de la lucha independentista, ideó el de Colombia para señalar, de una manera inconfundible y original, a la totalidad de las posesiones españolas en este hemisferio.³ Así en 1792, en carta redactada en inglés desde París a su amigo Alexander Hamilton,

¹ Américo Vespúcio: *El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*. Estudio preliminar de Roberto Levillier, Editorial Nova, Buenos Aires, 1951, pp. 171 y 173.

² Según John Lynch, la *Gaceta de Literatura* de México ya utilizó en 1788 la frase “nuestra Nación Hispano Americana”. Véase su libro *Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826*, Ariel, Barcelona, 1985, p. 45.

³ Ya Bartolomé de las Casas, en su *Historia de las Indias* (Editora Nacional, México, 1951, t. I, p. 422), había escrito que esta tierra debía llamarse “Columba, de Colón o Colombo que la descubrió”, aunque esta obra, como se sabe, no se conoció en vida de Miranda, pues estuvo inédita hasta media-

(continúa)

escribió: “han madurado las cosas para la ejecución de los grandes y benéficos proyectos que contemplábamos cuando, en nuestra conversación de Nueva York, el amor de nuestra tierra exaltaba nuestros espíritus con aquellas ideas por el bien de la infortunada *Colombia*”.⁴ Por eso, cuando el Precursor elaboró su primer manifiesto independentista le puso como título *Proclamación a los Pueblos del Continente Colombiano, alias Hispano-América*,⁵ de la misma manera que llamaría después “Ejército *colombiano*” al contingente militar que en 1806 guiara a las costas de Venezuela o *El Colombiano* al periódico que editara más tarde en Londres (1810).

La impronta de Miranda es bien visible en el texto de la Constitución de la primera República de Venezuela, aprobada en Caracas el 21 de diciembre de 1811, que se vale del término mirandino de “Continente *Colombiano*” como sinónimo de América Hispana, acepción que desde entonces se haría de uso común en el vocabulario de los principales patriotas. Sin duda, en los años de la lucha independentista de las colonias españolas (1808-1826), la conciencia de una identidad hispanoamericana común, y de la necesaria unión de todos los que se enfrentaban a España, estuvo ampliamente extendida entre los criollos levantados en armas contra la metrópoli. Para los protagonistas de aquella gesta, el “Continente *colombiano*”, como le había llamado Miranda, era un común horizonte “nacional”.

(viene de la página anterior)

dos del siglo XIX. Según Ardao, a Miranda se le ocurrió este nombre en Estados Unidos (1784), donde era común utilizarlo a fines del siglo XVIII para denominar diversos lugares geográficos. Véase Arturo Ardao: *La idea de la magna Colombia de Miranda a Hostos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1978.

⁴ *Ibid.*, p. 8. El propio Ardao cita una carta anterior, fechada el 11 de abril de 1788, en la cual ya Miranda se refiere a la “desgraciada *Colombia*”. Los subrayados en estas como en las siguientes citas son míos, salvo que se indique lo contrario (S.G.V.).

⁵ En una de las partes de este texto, en el cual usa también el nombre de América Meridional para referirse a las posesiones de España, escribe Miranda: “Los cabildos y Ayuntamientos de las Villas y Ciuda-

El propio Simón Bolívar, el 27 de noviembre de 1812, encontrándose en Cartagena tras el fracaso de la I República de Venezuela, en carta al Soberano Congreso de la Nueva Granada, denomina a Caracas “cuna de la independencia *colombiana*”,⁶ expresión que reitera en su conocido *Manifiesto de Cartagena* preparado a mediados del siguiente mes y en otros textos de esta etapa. Mas, ya en su *Carta de Jamaica* (septiembre de 1815) se inclina por circunscribir el término a un ámbito geográfico más limitado, al proponer, por primera vez, el uso de Colombia para designar exclusivamente al nuevo Estado que debería formarse de la unión de Venezuela y Nueva Granada, proyecto materializado en 1819.

Muchos próceres de la misma generación, inspirados también por la prédica del Precursor, emplearon el apelativo de Colombia para identificar a Hispanoamérica. Uno de ellos fue el líder chileno Bernardo O’Higgins, quien todavía en noviembre de 1818 escribía a Bolívar: “La causa que defiende Chile es la misma en que se hallan comprometidos Buenos Aires, la Nueva Granada, México y Venezuela, o mejor diríamos, es la de todo el continente de *Colombia*”.⁷ A su vez, el sacerdote mexicano fray Servando Teresa de Mier proponía en 1812: “Un congreso, pues, junto al istmo de Panamá, árbitro único de la paz y la guerra en todo el continente *colombiano*, no sólo contendría la ambición del Principino del Brasil, y las pretensiones que pudiesen formar los Estados Unidos, sino a la Europa toda”.⁸

des que componen las colonias del Continente *Colombiano*, enviarán sin dilación sus diputados al cuartel general del Ejército”. Véase Francisco de Miranda: *Proclamación a los pueblos del Continente Colombiano*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1978, p. 16.

⁶ Simón Bolívar: *Obras completas*, Editorial Piñango, Caracas, s.f., t. I. p. 40.

⁷ En Ardao: *La idea de la magna Colombia...*, ed. cit., p. 19.

⁸ Citado por Ricaurte Soler en su obra: *Idea y cuestión nacional latinoamericana. De la independencia a la emergencia del imperialismo*, Siglo XXI, México, 1980, p. 47. Obsérvese la temprana preocupación de Mier por el futuro papel de Estados Unidos.

La creación por Bolívar en Angostura (1819) de la “gran” Colombia, mediante la integración de Venezuela, Nueva Granada y Quito, invalidó hasta 1830 el uso del término mirandino para denominar a toda Hispanoamérica. Pero después de la desintegración de la Colombia bolivariana en esa fecha, el apelativo se volvió a usar para aludir a todo el vasto territorio que se extiende de México a la Patagonia, aunque otorgándole un nuevo significado: se trataba de afirmar y definir la identidad común ya no en contraposición a España, sino frente al brutal expansionismo de Estados Unidos, entonces en pleno apogeo. Así, el panameño Justo Arosemena, alarmado por las pérdidas territoriales de México (1848), las actividades piratescas de William Walker por Centroamérica (1855-1856), los intentos de apoderarse de Cuba y la irritante presencia norteamericana en su tierra natal —que había provocado el incidente de la “Tajada de Sandía” el 15 de abril de 1856—, rehabilitó el nombre de Colombia para designar a la América Hispana en un discurso en Bogotá, en presencia de varios diplomáticos del continente, el 20 de julio de ese año, en el cual también llamó a rescatar el legado bolivariano de integración: “Señores: Hace más de veinte años —señaló entonces Arosemena— que el águila del Norte dirige su vuelo hacia las regiones ecuatoriales. No contenta ya con haber pasado sobre una gran parte del territorio mexicano, lanza su atrevida mirada mucho más acá. Cuba y Nicaragua son, al parecer, sus presas del momento, para facilitar la usurpación de las comarcas intermedias, y consumir sus vastos planes de conquista un día no muy remoto. Nosotros, los hijos de España, sucesores de ella en el inmenso patrimonio que arrancó a la barbarie, pudimos y debemos imitar la conducta de nuestros adversarios, dueños del Norte y sucesores del frío Bretón. Lo que el cálculo hizo para la Confederación del Norte, el tiempo, la experiencia y el peligro deben hacer por la Confederación del Sur Tal es la suerte deparada a las dos grandes nacionalidades que se dividirán el continente. Siga la del Norte desarrollando su civilización, sin atentar a la nuestra. Continúe, si le place, monopolizando el nombre de América hoy común al hemisferio. Nosotros, los hijos del Sur, no le disputaremos una denominación usurpada, que impuso también un usurpa-

dor. Preferimos devolver al ilustre genovés la parte de honra y de gloria que se le había arrebatado: nos llamaremos *colombianos*; y de Panamá al Cabo de Hornos seremos una sola familia, con un solo nombre, un Gobierno común y un designio. Para ello, señores, lo repito, debemos apresurarnos a echar las bases y anudar los vínculos de la Gran confederación *colombiana*.⁹

Una preocupación semejante por la dramática coyuntura creada por las depredaciones norteamericanas sobre México y América Central, manifestó el neogranadino José María Samper. En un extenso ensayo en favor de la unidad continental, titulado significativamente *La Confederación Colombiana* (1859), se opuso a la búsqueda de la identidad hispanoamericana en un simple parentesco racial o sólo por la comunidad de lengua, cultura o religión. En este sentido arguyó: “La raza no es una forma física sino moral; y por lo mismo, es en analogías íntimas que afectan a los pueblos en su vida moral e intelectual, en su literatura, su historia, su legislación, etc., donde deben buscarse esos rasgos de fisonomía que hacen de varios pueblos una gran comunidad. ¿Y cuál es la *raza colombiana*? Ella no es ni latina, ni germánica, ni griega, ni etíopica, ni azteca, ni chibcha, ni quichua, ni cosa parecida (...) El hecho determinante de las razas es la civilización. Y la *civilización colombiana* es una, la democrática, fundada en la fusión de todas las viejas razas en la idea del derecho. Tal es la obra que debemos conservar y adelantar, y es para ese fin de unificación que conviene crear la *Confederación Colombiana* (...) Las repúblicas denominadas Bolivia, Buenos Aires, Chile, Confederación Argentina, Confederación Granadina, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo, Uruguay y Venezuela [formarán, *S.G.V.*], bajo el nombre de *Confederación Colombiana*, una asociación de Estados independientes, pero aliados y mancomunados...”¹⁰

⁹ El texto completo aparece en Justo Arosemena: *Panamá y Nuestra América*. Introducción de Ricaurte Soler, México, Universidad Autónoma de México, 1981, pp. 157-160.

¹⁰ Tomado de Ardao: *La idea de la magna Colombia...*, ed. cit., p. 25.

Dos años después, Samper publicó en París su libro *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las Repúblicas Colombianas (Hispano-americanas)* (1861), en cuyo prefacio llevaba más lejos su anterior planteamiento, al proponer ahora emplear el término de Colombia para designar ya no sólo a las antiguas colonias de España, sino a todos los territorios al sur de Estados Unidos: “Esta última palabra exige una explicación de nuestra parte. Hemos creído tener plena razón para iniciar en la prensa una innovación en la terminología histórico geográfica del Nuevo Mundo. Hasta ahora la parte continental de ‘América’, al sur del istmo de Panamá ha sido llamada *América del sur ó meridional*, y el conjunto de las antiguas colonias continentales de España, *América española*. Pero los ciudadanos de la Confederación del Norte llamada ‘Estados Unidos’, se han arrogado para sí solos, y con razón, el nombre de *Americanos*, como expresión de su nacionalidad política, —así como designan con el nombre general de *América* la Confederación fundada por Washington. Esta denominación ha defraudado la gloria de Cristóval Colomb [sic], y atribuídole al descubridor secundario, Américo Vespucci, lo que no le pertenece. —La justicia

exige que el mundo moderno restablezca la clasificación histórica; tanto más cuanto así desaparecerá toda confusión en las denominaciones. Por tanto, nos permitimos proponer (y damos el ejemplo en este escrito) que en lo sucesivo se adopte lo siguiente: *COLOMBIA*, —la parte del Nuevo Mundo que se extiende desde el Cabo de Hornos hasta la frontera septentrional de Méjico. *AMÉRICA*, —lo demás del continente”.¹¹

También el puertorriqueño Eugenio María de Hostos se pronunció por utilizar Colombia en lugar de Hispanoamérica, inclusive lo siguió usando más de una vez aun cuando el nombre, en su acepción continental, era abandonado al adoptarse después de 1861 como título oficial y exclusivo de una sola república americana.¹² Todavía en 1870, estando en Lima, auguraba en un artículo con motivo de un aniversario de la batalla de Ayacucho: “Entonces el Continente se llamará *Colombia*, en lugar de no saber cómo llamarse”¹³ y, más adelante, titulaba “La Confederación *Colombiana*” a una serie de artículos periodísticos en favor de la unidad hispanoamericana. Pero la realidad lo obligaría a reconocer en Nueva York, cuatro años después, en un trabajo titulado “La América Latina”: “No obstante los esfuerzos hechos por Samper, por algunos

¹¹ En José M. Samper: *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1969. pp. VIII-X. Los subrayados en el original. En su concepto de Colombia, Samper también incluía a Brasil, Haití y todo el Caribe, para lo cual distinguía varias colombias: “española, portuguesa, francesa, británica, holandesa, etc.”, con lo cual superaba la tradición mirandina limitada, como vimos, a la hispana.

¹² La adopción de Colombia como nombre específico de una república estuvo inicialmente asociada a la recuperación del legado bolivariano. El triunfo en Nueva Granada de la insurrección liberal y federalista el 18 de julio de 1861, encabezada por Tomás Cipriano de Mosquera, viejo compañero de Bolívar, tenía entre sus propósitos la restauración de la desaparecida Colombia. Así, dos días después de su victoria, el 20 de julio, Mosquera declaró que la redención de Colombia era su objetivo y, en consecuencia, la Convención de Río Negro (1863) creó los Estados Unidos de Colombia con el declarado propósito (artículo 90) de “iniciar con los Gobiernos existentes

en Venezuela y el Ecuador, las negociaciones que conduzcan a las tres secciones en un cuerpo de nación”. En *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX. Textos para su Estudio*, Congreso de la República, Caracas, 1983, t. 6, p. 154. En este frustrado intento estarían concordes, además del propio Mosquera, otras destacadas personalidades contemporáneas, como el venezolano Antonio Leocadio Guzmán, el panameño Justo Arosemena, el granadino Aquileo Parra y el ecuatoriano Eloy Alfaro. Así, Guzmán exclamaría en 1863, en su discurso ante la mencionada Convención de Río Negro: “¡Ojalá pudiera hacerse de toda la América una nación! Pero como eso no es posible, hagamos a Colombia”. (En Soler, op. cit., p. 176.) Ese aliento bolivariano reaparece incluso en 1901 al fundarse en Quito una Junta Patriótica Colombiana que proclamó a Alfaro, Supremo Director de la Antigua Colombia.

¹³ Eugenio María de Hostos: *El día de América. Ayacucho*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1978, p. 19

otros escritores latinoamericanos y por el autor de este artículo, reforzados por la autoridad de la Sociedad Geográfica de Nueva York, no prevalece todavía el nombre colectivo de *Colombia* con que han querido distinguir de los anglosajones de América a los latinos del Nuevo Continente. En tanto que se logra establecer definitivamente la diferencia, es bueno adoptar para el Continente del Sur y la América Central, México y Antillas, el nombre colectivo que aquí le damos y el de neolatinos usado por el señor A. Bachiller y Morales, o el de latinoamericanos que yo uso para los habitantes del Nuevo Mundo que proceden de la raza latina y de la ibérica”.¹⁴

Tal como constataba Hostos, el obligado abandono del término Colombia, en su acepción mirandina, tenía lugar precisamente en un momento en que ya había surgido la alternativa de América Latina para denominar los territorios del río Bravo a la Patagonia, nombre nacido al calor de los ascendentes antagonismos con el poderoso vecino del Norte. Resulta muy significativo que la expresión América Latina surgiera con un indudable y definido acento antinorteamericano. La aparición del novedoso concepto, a mediados del siglo XIX, estaba vinculado al resultado de las luchas por la independencia del período de 1791 a 1826, cuando tras la emancipación política pasaron a un segundo plano las contradicciones con las antiguas metrópolis europeas y, en su lugar, se alzaron las agudas pugnas con Estados Unidos, que iniciaba entonces su voraz política expansionista. En varios textos de la época, la creciente contradicción con Estados Unidos se fue relacionando con las evidentes diferencias —culturales, religiosas, lingüísticas, étnicas, etc.— que separaban la América del Norte, de origen anglosajón, de una América del Sur que contaba con un importante componente latino en su ascen-

dencia. La búsqueda de las causas de este diferendo en una distinta matriz étnica resultó prácticamente simultánea, como ha demostrado Arturo Ardao, al surgimiento de la idea de la latinidad de la Europa meridional y por extensión de las antiguas colonias ibéricas.¹⁵

Uno de los primeros autores que se refirió al origen latino de los pueblos que habitaban las colonias españolas, fue Alexander von Humboldt, quien ya en 1825 escribió en su *Viaje a las regiones equinocciales*: “Hoy, la parte continental del Nuevo Mundo se encuentra como repartida entre tres pueblos de origen europeo: uno, y el más poderoso, es de raza germánica; los otros dos pertenecen por su lengua, su literatura y sus costumbres, a la Europa latina”.¹⁶ Otro escritor europeo que tuvo un relevante papel en este proceso fue el escritor francés Michel Chevalier, quien, en medio del debate que entonces apenas se insinuaban sobre las razas y que iría subiendo de tono hasta llegar muy pronto al racismo gobinista, contrapuso la latinidad de las antiguas colonias de España, Portugal y Francia a la América sajona, tal como aparece por primera vez en este texto suyo de 1836: “Nuestra civilización europea procede de un doble origen, de los Romanos y de los pueblos germánicos. Haciendo, por un instante, abstracción de Rusia, que es una recién llegada y que ya sin embargo iguala a los más poderosos de los antiguos pueblos, se subdivide en dos familias, de las cuales cada una se distingue por su semejanza especial con una de las dos naciones madres que han concurrido a engendrarlas a la una y a la otra. Así, hay la Europa latina y la Europa teutónica; la primera comprende los pueblos del Mediodía; la segunda, los pueblos continentales del Norte e Inglaterra. Esta es protestante, la otra es católica. Una se sirve de idiomas en los que domina el latín, la otra habla lenguas germanas.

¹⁴ En Ardao: *La idea de la magna Colombia...*, ed. cit., p. 27.

¹⁵ Véase al respecto el exhaustivo análisis de Arturo Ardao: *América Latina y la latinidad*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1993. También

puede consultarse *Actas del simposio sobre “la latinidad y su sentido para América Latina”*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1986.

¹⁶ En Ardao: *América Latina y la latinidad*, ed. cit., pp. 40-41.

”Las dos ramas, latina y germana, se han reproducido en el Nuevo Mundo. América del Sur es, como la Europa meridional, católica y latina. La América del Norte pertenece a una población protestante y anglosajona”.¹⁷

De esta manera se fue extendiendo, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, la idea de la latinidad de Iberoamérica. Pero todavía no se había producido el alumbramiento de una nueva expresión que designara a los países ubicados de México al estrecho de Magallanes, pues los autores que mencionaban la latinidad de esta parte del planeta seguían usando el término América del Sur para denominar al conjunto de las antiguas colonias de España, Portugal y Francia. Tampoco los primeros escritores hispano-americanos que aludieron a la latinidad del subcontinente, como el dominicano Francisco Muñoz del Monte, el cubano Antonio Bachiller y Morales o el chileno Santiago Arcos, proponían otro nombre para estos territorios, sino sólo lo hacían para destacar la importancia de esa herencia en la conformación de sus pueblos. Así, el propio Arcos se refería en 1852 a “la luz que ya viene para la América Española, para las razas latinas que están llamadas a predominar en nuestro continente”.¹⁸

En rigor, el neologismo América Latina, que al parecer hizo su aparición a mediados del XIX, tuvo como verdaderos padres al colombiano José María Torres Caicedo y al chileno Fran-

cisco Bilbao, ambos entonces residentes en París. Este último empleó el vocablo, por primera vez, en una conferencia dictada en la capital francesa el 24 de junio de 1856 con el título “Iniciativa de la América”, en la cual también se valió del gentilicio “latino-americano”.¹⁹ Paralelamente, Bilbao defendió, en varios textos, a la “raza latino-americana” frente al expansionismo anglosajón, añadiendo además que la “América latina” ha de integrarse, pues en el Norte desaparece la civilización y emerge la barbarie. Tres meses después de este discurso fundacional de Bilbao en relación con la denominación de América Latina, Torres Caicedo también lo utilizó, el 26 de septiembre de 1856, en la primera estrofa de la parte IX de su poema “Las dos Américas”:

*Mas aislados se encuentran, desunidos,
Esos pueblos nacidos para aliarse:
La unión es su deber, su ley amarse:
Igual origen tienen y misión;
La raza de la América latina,
Al frente tiene la sajona raza,
Enemigo mortal que ya amenaza
Su libertad destruir y su pendón.*²⁰

Poco después, en febrero de 1861, Torres Caicedo dio a conocer en París sus “Bases” para la *Unión Latino-Americana. Pensamiento de Bolívar para formar una Liga Latino-Americana; su origen y sus desarrollos*, dirigida a la integración económica y política de las que llamó “Repúblicas latino-americanas”, texto que cuatro años después editaría en forma de libro en la propia capital francesa. El colombiano, a diferencia de Bilbao —quien no seguiría usando el neologismo, en protesta por la intervención francesa en México—, sería un incansable propagandista de la novedosa expresión y su más tenaz difusor —al extremo de corregir las segundas ediciones de sus trabajos anteriores a 1856, para sustituir América española por América Latina—. Incluso fundó en Francia (1879) la Sociedad de la Unión Latinoamericana, con el propósito de “promover de manera sistemática la unión de los países latinos de América”, y en cuya mesa directiva figuraron personalidades tan conocidas

¹⁷ *Ibíd.*, p. 47. En la misma dirección pueden citarse los textos de Benjamin Pourcel y Claude-François Lallemand. Este último avizoraba en 1843 la futura creación de una unión federal latina, con capital en Marsella, integrada por los pueblos de Iberia, Francia e Italia. Por su parte, Pourcel escribía: “¿No es claro, en efecto, que la unión más estrecha debería confundir los intereses franceses y el interés de la América del Sur en un mismo fin, a saber: Conservar a la raza latina la posesión soberana de esta magnífica parte del continente americano?” (*Ibíd.*, p. 50.)

¹⁸ *Ibíd.*, p. 55.

¹⁹ En Miguel Rojas Mix: *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*, Editorial Lumen, Barcelona, 1991, p. 344.

²⁰ En Ardao: *América Latina y la latinidad*, ed. cit., p. 80.

como el ex presidente dominicano Gregorio Luperón y el patriota puertorriqueño Ramón Emeterio Betances.²¹ En su libro *Mis ideas y mis principios*, publicado en París en 1875, el propio Torres Caicedo, quien representaba a Venezuela, Colombia y El Salvador ante el gobierno francés, se atribuyó la primacía en la adopción del nuevo término, lo que ha llevado a algunos historiadores a adjudicarle su exclusiva paternidad, desconociendo el papel de coautor que con justicia corresponde a Bilbao: “Desde 1851 empezamos a dar a la América española el calificativo de latina; y esta inocente práctica nos atrajo el anatema de varios diarios de Puerto Rico y de Madrid. Se nos dijo: —‘En odio a España desbautizáis la América’. —‘No, repusimos; nunca he odiado a pueblo alguno, ni soy de los que maldigo a la España en español’. Hay América anglo-sajona, dinamarquesa, holandesa, etcétera; la hay española, francesa, portuguesa; y a este grupo ¿qué denominación científica aplicarle sino el de latina? Claro es que los Americanos-Españoles no hemos de ser latinos por lo Indio, sino por lo Español (...) Hoy vemos que nuestra práctica se ha generalizado; tanto mejor”.²²

El uso de la palabra latino, como adjetivo detrás del sustantivo América, se haría cada vez más frecuente en la segunda mitad del siglo XIX. Entre los escritores hispanoamericanos que ya en la década del 60 lo utilizaban se hallan Juan Montalvo, Carlos Calvo y Eugenio María de Hostos, precisamente en los momentos cuando los franceses, en el contexto de su intervención en México (1861-1867) y la consiguiente imposición del Imperio de Maximiliano, relanzaban el término para intentar cubrir, con el manto de un supuesto panlatinismo, las aventuras expansionistas de Napoleón III en este hemisferio.²³ Tan extendido se iba haciendo ya en esa década el uso de América Latina, que de él se valieron los delegados hispanoamericanos al Congreso de Lima (1864-1865) y poco después, en septiembre de 1866, el presidente de Colombia, Tomás Cipriano de Mosquera, lo empleó incluso en una comunicación oficial al gobierno de Perú.²⁴

El propio José Martí, que acuñó expresiones entrañables como Madre América o Nuestra América, también utilizó en algunas ocasiones la expresión América Latina —sólo para consta-

²¹ En Soler, op. cit., p. 182, y Ardao, *América Latina y la latinidad*, ed. cit., pp. 91-91, 121 y ss. En el memo elaborado en 1879, Torres Caicedo añadía “fundar una asociación práctica con objeto definido y medios de acción enérgicos y leales con el fin de que, países divididos por su reciente historia, pero pertenecientes a un mismo origen, se unan y comprendan; de que hombres de diferentes latitudes, pero de la propia familia, se convengan de que en el estrechamiento de las nacionalidades reside la influencia y la fuerza”. Y luego agregó: “por medio de una confederación, unión o liga que ate en un solo haz todas las fuerzas dispersas de la América Central o Meridional para formar una gran nacionalidad...”. En J. M. Yepes: *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas 1826-1954. El Genio de Bolívar a través de la Historia de las Relaciones Interamericanas*, Taller de Cromotip, Caracas, 1955, t. I, p. 199.

²² En Ardao: *América Latina y la latinidad*, ed. cit., p. 58. Ardao considera que en realidad Torres Caicedo no empleó esa expresión antes de 1856.

²³ Sin duda, la cultura francesa contribuyó de manera significativa al surgimiento del término América Latina, no sólo creando el ambiente intelectual que permitió su invención por Bilbao y Torres Caicedo,

sino porque después Francia también fue importante en la difusión internacional del pegajoso nombre dado al subcontinente. Desde 1857 se publicaba en París *La Revue des Races Latines* —que ya en 1861 se valió, por primera vez de manera expresa, de *l'Amérique latine* para designar a Hispanoamérica— y en la década siguiente apareció en la misma ciudad un periódico titulado *La América latina*, encargado de sustentar la política panlatinista de Michel Chevalier (1806-1879), su principal ideólogo, los cuales sirvieron de vehículos para popularizar la nueva expresión. Véase Rojas Mix: *Los cien nombres...*, ed. cit., p. 357-358. John L. Phelan atribuye en *El origen de la idea de América* (Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1979) la paternidad de este nombre a los franceses. Sobre las polémicas en torno al origen y validez del término también pueden consultarse los trabajos de Paul Estrade: “Observaciones a don Manuel Álvarez y demás académicos sobre el uso legítimo del concepto América Latina”, en *Rabida*, 13, Huelva, 1994, pp. 79-82, y Mónica Quijada: “Sobre el origen y difusión del nombre América Latina”, en *Revista de Indias*, 214, 1998, pp. 595-616.

²⁴ Ardao: *América Latina y la latinidad*, ed. cit., p. 70.

tar la existencia de una comunidad lingüística y cultural, no racial, pues para él “No hay odio de razas, porque no hay razas”²⁵ —, reafirmando su sentido integracionista y, al mismo tiempo, reivindicador frente a Estados Unidos; tal como hizo, por ejemplo, en su discurso de Nueva York dirigido a los emigrados cubanos el 24 de enero de 1880, “para descargo de las culpas que injustamente se echan encima de los pueblos de la América latina”, o en un texto escrito tres años después en que anotó: “Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra *América Latina*”.²⁶

El mismo sentido martiano conferido al término América Latina sería el validado, después de la muerte en combate del Apóstol de la independencia de Cuba (1895), por muchas otras destacadas figuras revolucionarias del continente; entre ellas, el patriota nicaragüense Augusto César Sandino.²⁷ Por su parte, el filósofo uruguayo José Enrique Rodó adoptó el concepto para esgrimir el legado de la tradición latina (Ariel) y contraponerlo al brutal expansionismo anglosajón (Calibán).

En definitiva, a lo largo del siglo xx, el uso de América Latina terminaría por imponerse de manera categórica sobre los otros nombres que ya se venían usando indistintamente: Hispanoamérica, América Meridional (reiterado por Simón Bolívar), Nuestra América (preferido por José Martí); o que se inventarían después: Eurindia (Ricardo Rojas), Indoamérica (Víctor Raúl Haya de la Torre), América Indo-íbera o

América indoespañola (José Carlos Mariátegui) y Esperica (Ramón de Basterra).

Por último, en las postrimerías del siglo xix y primeros lustros del xx —sobre todo, después de la aplastante derrota de España en 1898 en la guerra con Estados Unidos— resurgió con gran fuerza la idea del hispanismo —proceso que en realidad había comenzado a gestarse durante las celebraciones del cuarto centenario del descubrimiento de América por los europeos y que llevaría a muchos países latinoamericanos a declarar festivo al 12 de octubre como “día de la raza” — y la utilización del nombre de Hispanoamérica para designar a las naciones del subcontinente que eran víctimas de los apetitos del naciente imperialismo norteamericano. Entre los hitos de este segundo aire del hispanoamericanismo estuvo la reunión en Madrid (1900) de un Congreso Hispano-Americano, inaugurado por el polígrafo mexicano Justo Sierra sin la presencia de delegaciones oficiales de gobiernos, cuyo propósito era adelantarse al II Congreso Panamericano que se realizaría al año siguiente en México promovido por Estados Unidos.²⁸ Este cónclave, a iniciativa del español Rafael María de Labra, aprobó la creación de la Unión Iberoamericana, encargada de promover el panhispanismo, para contraponerlo al panamericanismo promovido desde 1889 por el secretario de Estado de Estados Unidos James G. Blaine. En relación con el panhispanismo hay que advertir, como oportunamente hiciera Fernando Ortiz, que también

²⁵ *Obras completas*, Editorial Lex, La Habana 1953, t. II, p. 112.

²⁶ *Ibid.*, t. I, p. 690, y t. II, p. 277.

²⁷ El 20 de marzo de 1929, desde las Segovias (Nicaragua), Augusto César Sandino dio a conocer la convocatoria de un congreso latinoamericano en su *Plan de realización del supremo sueño de Bolívar*. Para ello elaboró una propuesta de alianza continental en su *Proyecto original que el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua presenta a los representantes de los gobiernos de los veintidós estados latinoamericanos*. En su segundo artículo, el General de Hombres Libres escribió: “La Conferencia de Representantes de los veintidós Es-

tados integrantes de la NACIONALIDAD LATINOAMERICANA declara expresamente reconocido el derecho de alianza que asiste a los veintidós Estados de la América Latina Continental e Insular, y, por ende, establecida una sola NACIONALIDAD denominada NACIONALIDAD LATINOAMERICANA, haciéndose de ese modo efectiva la ciudadanía latinoamericana”. Véase Augusto César Sandino: *Realización del sueño de Bolívar*. Presentado por Jorge Mario García Laguardia, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1979, p. 11.

²⁸ Ana Cairo Ballester: “Contra el panhispanismo. De José Martí a Fernando Ortiz”, en *Temas*, no. 12-13, La Habana, octubre de 1997-marzo de 1998, p. 99.

venía acompañado de intenciones tutelares e, incluso, aspiraciones imperialistas por parte del gobierno español, sustentadas en una supuesta “raza hispana”. Por eso en 1910, en su texto “El panhispanismo”, el sabio cubano alertó contra el carácter nocivo de estas tesis racistas y la falsedad del propio concepto de raza, proponiendo su sustitución por el más apropiado de cultura. Y en “La sinrazón de los racimos” escribió: “Cuando José Ortega y Gasset en su libro *La Rebelión de las Masas*, asegura que ‘con los pueblos de Centro y Sudamérica tiene España un pasado común, raza común y lenguaje común’ y hasta califica a esos grupos de ‘zoológicamente afines’, no está en lo cierto. No hay tal comunidad de pasado, ni de raza, ni de idioma como tampoco de geografía. Grandes confluencias culturales y confraternidad lingüística sí las hay, entre las clases rectoras de España y de las repúblicas que salieron de su imperio indiano, y también profundas simpatías entre sus gentes, pero no una comunidad racial de sus pueblos entre sí, ni en cada uno de ellos. Porque no existe una raza en España, que es abigarrada de naciones, lenguajes y amestizamientos múltiples: ni tampoco en América Latina, que es formada de muy diversos idiomas, culturas y cruzamientos, indígenas y alienígenas, en paso lento de comunión”.²⁹

Pero la revitalización del término Hispanoamérica y la apología de una supuesta “raza hispana” como alternativa frente al imperialismo norteamericano, muy pronto degeneraría —sobre todo, tras el ascenso del fascismo en los años 20—, en una ideología reacciona-

ria, apegada a las concepciones sociales más conservadoras y tradicionales y defensora de un “orden cristiano” —“hispanidad” la llamó Ramiro de Maeztu— que se fundiría con el franquismo.³⁰ Acogida calurosamente por un grupo de intelectuales y políticos de derecha en diversos países de América Latina y elevado a política de Estado por el régimen franquista —en 1940 se creó en Madrid el Consejo de la Hispanidad—, el hispanismo fue convertido en una especie de valladar para tratar de impedir el contagio de Hispanoamérica con las ideas progresistas y, muy en particular, las provenientes del marxismo. Desde entonces, muchos hispanistas, tanto en el Nuevo como en el Viejo Mundo, han preferido la denominación de Hispanoamérica a la de América Latina, pues esta última la asocian con influencias subversivas y movimientos revolucionarios cuyos orígenes remontan a la Revolución Francesa de 1789, como también han objetado el apelativo de Indoamérica surgido entre la intelectualidad de izquierda de Perú de los años 20, bajo el influjo de las reivindicaciones sociales y étnicas de la Revolución Mexicana de 1910. Así, por ejemplo, uno de los portavoces del hispanismo, el historiador chileno Jaime Eyzaguirre escribió en *Hispanoamérica del dolor* (1968): “Si el término Indoamérica sustituye el factor común cristiano y occidental de nuestra cultura por una deificación racista que se repliega ciegamente en bajos estratos de la biología para rechazar todo contacto con el espíritu universal, la otra denominación de Latinoamérica, aunque más inofensiva y menos falsa, disfrazaba malamente el propósito de diluir el nombre español en una fórmula genérica que dará cabida preponderantemente a otras naciones, muy ilustres sin duda, pero que no estuvieron presentes en las etapas culminantes de la conquista y colonización. Cuando el indio americano, rescatado de la oscuridad de sus ídolos, conoció al Dios del amor y se dirigió a Él con las voces tiernas y confiadas del Padre Nuestro, no lo hizo en francés ni en italiano, sino en la viril lengua de Castilla. A España no se le puede disputar el derecho de unir su nombre al de una tierra a las que abrió las puertas del cielo, infundiendo en

²⁹ Fernando Ortiz: “La sinrazón de los racimos”, en *Revista Bimestre Cubana*, Sociedad Económica de Amigos del País, La Habana, vol. LXX, 1955, p. 180. Los subrayados son del propio autor. En este mismo número también pueden consultarse los trabajos de Ortiz “El panhispanismo” y “Ni racimos ni xenofobias”.

³⁰ Por esta época, el filósofo mexicano José Vasconcelos en su libro *La Raza Cósmica: misión de la raza iberoamericana* (1925) depositaba en el mestizaje sus esperanzas de contener el expansivo desbordamiento de la América anglosajona.

el alma triste de sus moradores la virtud para ellos desconocida de la esperanza”.³¹

En los últimos años, sin embargo, sobre todo a partir del fin de las dictaduras fascistas de Franco y Salazar en España y Portugal, se ha vuelto a emplear el término Iberoamérica para vincular a los países latinoamericanos con las metrópolis colonizadoras del pasado ubicadas en la península ibérica. Aunque en sus orígenes este nombre también estuvo asociado al proceso descrito de la hispanidad y al resurgimiento del hispanoamericanismo —ya en 1885 se había creado en Madrid la Unión Ibero-Americana, asociación que desde 1886 a 1926 editó incluso una revista—, en los tiempos actuales se le ha querido dar otra connotación.³² Ahora la intención es oponer una comunidad ibérica, que incluiría países de América y Europa, a la cultura hispánica exaltada por el franquismo y a la vez facilitar los vínculos de la Comunidad Económica Europea con sus antiguas colonias.

Pero tampoco este giro dado al significado de Iberoamérica ha podido sustituir toda la dimensión integracionista que se sintetiza en la noción moderna de América Latina, que ha adquirido una dimensión mayor, anticolonial y antimperialista, que va más allá de vínculos étnicos, culturales o lingüísticos. En específico alude a los pueblos de este continente, hoy económicamente subdesarrollados, surgidos de colonizaciones de muy diversos orígenes y de un profundo proceso de mestizaje, pero en la actualidad cada vez más identificados entre sí, y que se hallan en campos bien diferenciados al de las grandes potencias contemporáneas, deslindados por las contradicciones que existieron y las que se mantienen entre las ex me-

trópolis y sus ex colonias. Así, en los inicios de un nuevo milenio, el término ya consagrado de América Latina no alude a un simple parentesco cultural, lingüístico o étnico, sino a una más profunda identificación surgida de un pasado y un presente común de luchas, aspiraciones, intereses, problemas y destinos históricos.

Hoy el nombre de América Latina, cuyo uso se ha impuesto casi de manera universal, sirve para designar a los países ubicados del río Bravo a la Patagonia —también Brasil, las antiguas colonias francesas y los grandes conglomerados indígenas—, y por extensión al Caribe de lengua inglesa y holandesa, y es el que se asocia a la aspiración de conformar en el subcontinente una sola comunidad económica y política, dando cima al legado que proclamaron y defendieron las más grandes personalidades latinoamericanas desde los tiempos de Miranda, Bolívar y Martí.



³¹ Citado por Miguel Rojas Mix: “El Hispanismo. Ideología de la dictadura en Hispanoamérica”, en *Araucaria de Chile*, Madrid, 1978, no. 2, p. 55.

³² Ya José Carlos Mariátegui, en un artículo titulado “Iberoamericanismo y panamericanismo”, diferenciaba la política oficial metropolitana del “ideal de la mayoría de los representantes de la inteligencia y de la cultura de España y de la América indo-íbera”. En Rojas Mix: *Los cien nombres...*, ed. cit., p. 200.

Conflicto bélico e inmigración

Jesús Guanche Pérez

El tránsito de **colonia a neocolonia** en el caso particular cubano, además de su significación político-económica, constituye un **impacto demográfico** y una influencia en la **composición étnica**. En las páginas que siguen, su autor reflexiona acerca de las **tendencias inmigratorias fundamentales** desde América, Europa y Asia, su **incidencia** en la etnicidad cubana de este siglo, así como las valoraciones referidas a la **dinámica social** de la población nacida en la Isla. ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

► Introducción

Toda confrontación bélica es traumática para cada una de las partes y tiene profundas secuelas que trascienden las generaciones participantes, así como las fronteras de los territorios vinculados al conflicto. La Guerra de Independencia de Cuba (1895-1898) también trascendió las insolubles contradicciones entre la metrópoli española y su más rica colonia antillana, y devino la primera guerra imperialista del continente, tras la intervención norteamericana.

A cien años del Tratado de París, no puede soslayarse la profunda huella de los movimientos migratorios externos y sus respectivas contribuciones demográficas, socioeconómicas y culturales.

España, la otrora metrópoli —donde aún resuena la frase de *más se perdió en Cuba*— se mantuvo como emisora de población en masa, cuya tendencia de desarrollo disminuyó hasta el último tercio del presente siglo, cuando las transformaciones políticas, económicas y socia-

JESÚS GUANCHE PÉREZ

Doctor en Ciencias Históricas, investigador titular en la Fundación Fernando Ortiz, es miembro de diversas instituciones académicas en Cuba y en el exterior. Autor de varios estudios referidos a la temática etnocultural, también ha publicado en revistas especializadas nacionales y extranjeras.

les de la “transición posfranquista” y el nivel de vida alcanzado, ahora les obliga a tomar medidas, como nuevo país receptor, para frenar la inmigración masiva y los brotes de xenofobia en el contexto de la Unión Europea.¹

Cuba, la preciada colonia —donde se formó una nación de vocación independiente, pese a la infinidad de adversidades para lograrlo—, se mantuvo como importante receptor de diferentes corrientes inmigratorias de Europa, América y Asia, en su condición neocolonial y subdesarrollada, hasta el triunfo revolucionario de 1959, pues a partir de 1960 los flujos externos de población (la mayoría cubanos) siempre han superado el ingreso de migrantes de otros países.²

Estados Unidos de América, el nuevo conquistador —donde se fomentó un voraz proceso de expansión territorial imperialista—, se convirtió, debido al peso de la diversidad inmigratoria, en uno de los países más multiétnicos del orbe y también se ha visto presionado de restringir y excluir el ingreso masivo de migrantes y hoy se debate con nueva fuerza ante sus conocidos problemas raciales.³

En el caso particular de Cuba, el tránsito de colonia a neocolonia no sólo debe medirse en los términos político-económicos habituales, sino además en el impacto demográfico y su influencia en la composición étnica, pues el nuevo diseño de dominación va acompañado

de un proceso de asimilación y disolución de la naciente nación en la nueva metrópoli. Por ello, desde el inicio del presente siglo, con el advenimiento de una “república” dependiente en los órdenes económico, político y social, lejos de propiciarse un natural y acelerado proceso de *consolidación intraétnica* a partir del crecimiento ininterrumpido de la población cubana, las migraciones externas se multiplican hasta alcanzar casi el 12 % de la población total durante las tres primeras décadas de este siglo.

En el presente trabajo me propongo evaluar las fundamentales tendencias inmigratorias desde América, Europa y Asia como potenciales desestabilizadoras de la etnicidad cubana durante el siglo xx, así como valorar el dinámico papel de la población nacida en el país en tanto portadora de una etnicidad madura, abierta y muy flexible a la asimilación de influjos externos.

► 1. El proceso inmigratorio desde América

Durante los tres primeros decenios del actual siglo, las migraciones externas van a desempeñar un significativo papel en el repoblamiento de Cuba en relación con la fuerza de trabajo económicamente activa, con el objetivo de rebasar la crisis laboral generada por la guerra de 1895-1898.

En este ámbito geográfico, la inmigración puede subdividirse en tres subregiones de acuerdo con su significación cuantitativa: el Caribe insular, Latinoamérica continental y Norteamérica.

El Caribe insular y una nueva trata negrera

Como he señalado en otros trabajos,⁴ la implantación de la república neocolonial el 20 de

¹ Entre diversas fuentes, la revista *Carta de España* permite seguir la evolución de ese país, de tradicional emisor a nuevo receptor de migraciones.

² Los anuarios demográficos de Cuba constatan el permanente saldo negativo en el mayor flujo de los emigrantes respecto de los inmigrantes.

³ Para 1997, el Departamento de Estado de Estados Unidos se propuso otorgar por sorteo 2 476 visas de residencia permanente a ciudadanos de casi todos los países de América Latina y el Caribe, pero excluían a Colombia, República Dominicana, El Salva-

dor, Jamaica y México por considerarlos países con “gran número de admisiones”, pues en los últimos cinco años ingresaron más de 50 000 inmigrantes. Véase Andrew L. Llubers. Redactor de USIS, Washington, 1996. También Judith S. Siegel (ed.) *et. al.: E.U. Sociedad y Valores. Hacia una sola Norteamérica: diálogo nacional acerca de la raza*, vol. 2, no. 3, octubre de 1997.

⁴ Véase Jesús Guanche y Dennys Moreno: “La inmigración antillana”, en *Caidije*, Santiago de Cuba, 1988,

(continúa)

mayo de 1902, favorece que, paralelamente con el crecimiento de la penetración del capital norteamericano en la industria azucarera, se acelere la introducción de mano de obra barata para el corte de caña y otras labores agrícolas e industriales en condiciones infrahumanas. De este modo se introducen decenas de miles de antillanos franco y anglohablantes en lo fundamental, lo cual equivale al peculiar resurgimiento de una nueva *trata negrera* intracaribeña.

Las oleadas inmigratorias desde el Caribe insular ocupan el segundo lugar (25 %) de toda la migración externa en Cuba durante la primera mitad del siglo xx. Este proceso se acelera entre 1914-1928, durante la Primera Guerra Mundial e inicios de la posguerra.

El índice de masculinidad entre los inmigrantes tiende a elevarse paulatinamente; de 167 hombres por cada 100 mujeres en el censo de 1907, se llega a 632 hombres por cada 100 mujeres en el de 1953. Este hecho favorece la realización de múltiples matrimonios mixtos entre antillanos y mujeres nacidas en Cuba; en especial, de los grupos sociales más humildes.⁵ Sin embargo, durante los años 30 crece la inmigración familiar de haitianos y jamaicanos; sobre todo, hacia la mitad oriental de la Isla.

Durante el período 1912-1929, más del 90 % de la inmigración haitiana y jamaicana está compuesta por personas en edad laboral (de 14 a 45 años). En ellos, las diferencias entre los niveles de escolaridad resultan muy notables. Mientras sólo uno de cada diez jamaicanos son analfabetos, ocho de cada diez haitianos no saben leer ni escribir.

También puede apreciarse una tendencia macrorregional en el asentamiento de la po-

(viene de la página anterior)

pp. 11-18, Jesús Guanche: "Principales tendencias en el poblamiento caribeño de Cuba", en *Universidad de La Habana*, no. 238, La Habana, mayo-agosto de 1990, pp. 109-118, y "Caribe insular", en *Componentes étnicos de la nación cubana*, La Habana, 1996, pp. 88-102.

⁵ En la provincia de Las Tunas aún se recuerda la letra de un son cubano de contenido xenófobo cuyo estribillo dice: "Las mujeres no tienen dignidad porque se casan con haitianos".

blación del Caribe insular que condicionan influencias muy marcadas en el orden cultural, con independencia de sus propias migraciones internas de carácter económico. Ha sido y aún es la mitad oriental de la Isla la que posee el mayor número de residentes del Caribe insular, tal como evidencian todos los censos del presente siglo. Más de las nueve décimas partes de toda esta inmigración se asientan en el área este de la Isla, en correspondencia con los grandes latifundios pertenecientes, en su mayoría, a compañías extranjeras. Ésta es la única corriente inmigratoria de importancia que se asienta mayoritariamente en esa parte del país, pues el resto de las oleadas migratorias externas se ubica hacia la mitad occidental; es decir, en el territorio más densamente poblado, con más centros urbanos y de mayor desarrollo socioeconómico. Lo anterior refuerza el histórico atraso de esta parte del país respecto de occidente y centro, en cuanto a la calificación de la fuerza de trabajo.

En el orden cultural, la peculiar huella haitiano-jamaicana trasciende hasta el presente mediante un rico proceso de interacción social que aún no se ha sedimentado, no obstante el cese de la inmigración masiva. Mientras los jamaicanos (registrados como ciudadanos ingleses) se ubicaron principalmente en los bateyes de los centrales azucareros, debido a su participación en el proceso industrial y en otros servicios para las compañías norteamericanas; los haitianos edificaron sus pequeñas comunidades en las colonias cañeras, cerca de los cortes de caña, su fundamental medio de vida.

Tanto en uno como en otro lugares, los inmigrantes trataron de reproducir sus tradiciones culturales. Los jamaicanos efectuaron sus fiestas —en especial, la del 1º de agosto—, con sus bailes de cinta y el juego del *criquet*. Los haitianos continuaron la práctica de sus creencias mágico-religiosas y durante la semana santa realizan el *bandé rara*; fiesta que atrae cada año a cientos de personas de los lugares vecinos. Unos y otros han legado a sus descendientes nacidos en Cuba manifestaciones bilingües-biculturales que conviven con el resto de la población cubana local.

Latinoamérica continental y la continuidad de un trasvase

De acuerdo con la información que aportan los censos del actual siglo, más de la mitad de la corriente inmigratoria desde América Latina continental se concentra en la ciudad de La Habana. Por orden decreciente, la mayoría está compuesta por *mexicanos*, sudamericanos (sobre todo, *venezolanos*) y del resto de América Central.

La proporción por sexos es relativamente balanceada, y de igual manera que el resto de las corrientes migratorias externas, su mayor monto absoluto se observa durante el censo de 1931 (11 043 residentes), mientras que su mayor peso relativo se efectúa en el de 1919, cuando alcanza el 0,3 % del total de la población del país. Junto a ello, los factores lingüístico-culturales más próximos a los de Cuba, contribuyeron al acelerado proceso asimilatorio de sus descendientes.

Norteamérica y la neocolonización

Durante la primera mitad de la presente centuria, la colonización más importante desde América fue precisamente la de *norteamericanos*, quienes —tras la frustración de la independencia de Cuba— se vuelcan de manera masiva a la inversión de capitales y a la implantación en nuevos territorios.

El período de la primera intervención norteamericana (1898-1902) representa el inicio del cambio del desplazamiento de esta población desde occidente hacia la región oriental y la convierte en el área preferente para la inversión de grandes capitales. Todo ello se encuentra condicionado por las siguientes causas:

- La Orden Militar no. 62 del gobierno interventor relacionada con el deslinde de haciendas comuneras, permite a las compañías norteamericanas la fácil apropiación de inmensas extensiones de tierra.

- Las tierras ricas y fértiles, pero vírgenes en su mayoría, cubiertas de bosques o sabanas, se vendieron a precios irrisorios, lo cual actuó como un estímulo para la colonización.

- El ferrocarril central inaugurado en 1902 por The Cuba Company, es uno de los principales propulsores para el fomento de colonias y comunidades. En el norte de Oriente, los pueblos de Omaja, Bartle, Alto Cedro y Antilla —entre otros— nacieron bajo el impulso prometedor del ferrocarril.

- La relativa despoblación existente en el territorio facilita la operación fundacional de centrales, minas y puertos fundamentalmente, así como la constitución de inmensos latifundios, como el de la United Fruit Company, sin tener grandes tropiezos con los intereses nativos.

- El debilitamiento estructural de la región, herencia de una economía paralizada por la Guerra de Independencia de 1895-1898 que afectó las plantaciones de caña, tabaco, frutos menores y otras, favorece la penetración masiva del capital foráneo. Grandes y pequeños propietarios no tienen otra alternativa que vender bienes y fincas al advenedizo capital norteamericano.

- La inexistencia de sectores sociales y clasistas capaces de presentar resistencia a los intereses estadounidenses. No existía una “burguesía regional” —con excepción de la burguesía comercial gibareña— ni una clase de hacendados o latifundistas con la fuerza necesaria para esgrimir armas políticas o económicas frente a la geofagia yanqui.⁶

Las inversiones norteamericanas en Cuba, que en 1896 alcanzaban los 50 millones de dólares, aumentan sucesivamente en 1906 a 160, en 1911 a 205 y en 1923 a 1 200; ello incluye la propiedad de las tres cuartas partes de la industria azucarera. Todo este proceso de penetración de capitales en los sectores básicos de la economía cubana, que generó una profunda deformación estructural dependiente del capital norteamericano y que perfiló la esencia misma del subdesarrollo socioeconómico, con toda la secuela en el ámbito cultural y en el pensamiento, estuvo acompañado del consecuente poblamiento de familias e individuos.

Como todo proceso de colonización (o de neocolonización, en este caso), los asentamientos

⁶ Véase José Vega Suñol: “La colonización norteamericana en el territorio nororiental de Cuba, 1898-1933”, en *Anales del Caribe*, no. 10, La Habana, 1990, pp. 213-214, y del propio autor *Presencia norteamericana en el área nororiental de Cuba. Etnicidad y cultura*, Holguín, 1991.

tos estadounidenses en Cuba estuvieron directamente relacionados con la actividad económica fundamental. En este sentido, es posible clasificar seis tipos de asentamientos:

- *Urbanos tradicionales*, concentrados ante todo en la ciudad de La Habana y en las capitales provinciales; dedicados al control de los grandes negocios establecidos por las compañías, así como a la construcción y dirección de toda la infraestructura necesaria.

- *Azucareros*, con mayor concentración hacia la región oriental y dedicados no sólo a la remodelación de viejas fábricas de azúcar, sino principalmente a la creación de nuevas y más eficientes industrias, equipadas con la más moderna tecnología de entonces y con una alta capacidad de molienda. Centrales como Boston (1901), Chaparra (1901), Preston (1907), Delicias (1911), Manatí (1912), Cupey (1915), Tánamo (1921), entre otros, constituyeron comunidades del área nororiental de Cuba que se fundaron y crecieron entorno a estas industrias.

- *Mineros*, que se fundaron a partir de estudios geológicos prospectivos desde comienzos de siglo en las provincias de Camagüey y Oriente. Las poblaciones de Felton, Nicaro y Moa, por ejemplo, se desarrollaron en un inicio entorno a la extracción de minerales (hierro y níquel) y —no obstante toda la infraestructura realizada (viviendas, hospitales, hoteles, almacenes, alumbrado público, teléfono, entre otras)— sus períodos de florecimiento o inactividad dependieron de las compañías inversionistas y de las fluctuaciones de la economía y la política de Estados Unidos de América.

- *Portuarios*, una consecuencia lógica de la fuerte penetración de capitales y una necesidad para la extracción de la producción industrial o agrícola. En el área nororiental de Cuba, por ejemplo, debido a lo poco profundo del puerto de la bahía de Gibara, las compañías norteamericanas aprovecharon las condiciones naturales de la región y construyeron o modernizaron los puertos y subpuertos de Banes, Antilla, Preston, Felton, Cayo Juan Claro, Manatí y Tánamo. “La red portuaria más extendida e importante del norte de Oriente, por donde se sustrajeron los recursos naturales del área hacia Estados Uni-

dos quedó prácticamente montada en los primeros diez años de este siglo [debido] a la acción conjunta de los centros financieros e industriales de Boston y New York”.⁷ De ellos, el núcleo urbano portuario más relevante fue el de Antilla, cuya arquitectura (viviendas, hoteles, almacenes, establecimientos de víveres y muchas otras) conjuga el eclecticismo de principios de siglo con las construcciones de madera tipo *ballom frame*, tan comunes en el sur de Estados Unidos.

- *Agrícolas no azucareros*, formada a partir del asentamiento de campesinos norteamericanos por casi todas las provincias del país. Durante ambos períodos de ocupación militar yanqui, la compra de tierras a bajos precios estimuló la inmigración desde Massachusetts y Nebraska hasta Virginia, Luisiana y Florida, así como por los propios sureños que formaban parte del ejército interventor, quienes fomentaron diversas variedades de cítricos en Isla de Pinos (Santa Fe) —la más importante—, Camagüey (La Gloria, Ceballos, Palm City, Riverside y Canet) y Oriente (Omaja y Bartle). “En 1905 se estimaba que en toda Cuba había unos 13 000 colonos norteamericanos que habían adquirido tierras que representaban un valor de \$ 50 000 000”.⁸ El período de florecimiento de estas comunidades no llegó a las dos décadas, pues con la crisis general de 1929-1933, muchos regresaron a sus lugares de origen y sólo una minoría se quedó en Cuba: los colonos independientes.

- *Agrícolas de colonos independientes*, que incluye cientos de campesinos norteamericanos que se asentaron de manera dispersa en diferentes áreas rurales sin llegar a constituir comunidades, sino principalmente acompañados de su familia. A diferencia de las otras formas de asentamiento, ésta estrechó más los vínculos laborales y sociales con la población cubana más cercana a sus propiedades. “La productividad [del trabajo] alcanzada por estos agricultores en Oriente fue tal que en la Exposición

⁷ José Vega Suñol, ob. cit., 1990, p. 214.

⁸ Julio Le Riverend: *La república. Dependencia y revolución*, La Habana, 1975, p. 70.

Nacional de Agricultura de 1912: ‘De los treinta y siete productos de procedencia oriental que figuraron en dicha exposición, tres fueron enviados por cubanos; el resto fue enviado por americanos’.⁹ En la década del 10 sobresalieron los asentamientos de Mayabe y Pedernales con cinco y 12 colonos, respectivamente.

Según los datos censales, la composición por sexo de estos inmigrantes fue bastante equilibrada, reflejo de su presencia familiar; pero a diferencia del resto de los procesos inmigratorios hay un mayor peso femenino desde la década del 30.

Mas, desde el punto de vista cuantitativo, nunca rebasaron el 0,5 % de la población del país (9 555 en 1919), aunque sí ejercieron una fuerte influencia en casi todos los aspectos de la vida sociocultural y económica, debido al *status* neocolonial de la “república” durante más de media centuria. Todo ello confirma el control indirecto por medio de los resortes político-económicos y no de una presencia demográfica significativa.

► 2. Las corrientes inmigratorias desde Europa

Debido al peso y la significación sociocultural de la inmigración hispánica en Cuba respecto del resto de Europa, es necesario para su estudio subdividir estas corrientes en dos áreas principales: España y otros países de Europa.

El trasvase hispánico en las condiciones del capitalismo dependiente

Tras la pérdida del dominio colonial en Cuba, la inmigración hispánica no se detiene, pues como ha señalado de manera oportuna el doctor Sánchez-Albornoz: “No obstante el conflicto que Cuba acababa de sostener con la antigua metrópoli, los españoles acudieron en masa a la Isla, compensando con creces el número de soldados y funcionarios repatriados en aplicación del Tratado de París. La presencia española siguió siendo notoria en la Isla, pero en condiciones distintas, menos ligada al aparato administrativo y más al productivo”.¹⁰

En vísperas del inicio de la Guerra de Independencia de Cuba, la emigración hispánica hacia sus reductos coloniales de ultramar se con-

centra en la mayor de las Antillas —que desde 1868 pugnaba mediante la participación de sus mejores hijos por dejar de ser “*la siempre fiel*”—, seguidos de Filipinas, Puerto Rico, Fernando Poo y el otrora Río de Oro (Guinea Ecuatorial). Durante 1891-1895, Cuba absorbe el 87,90 % de esa emigración, mientras que Filipinas sólo acoge al 6,6 %, y Puerto Rico, el 5,35 %.¹¹

En el orden regional, la tendencia fundamental de la emigración hispánico-peninsular a Cuba desde fines del XIX hasta el primer tercio del presente siglo, se desplaza prácticamente 180 grados; es decir, gira desde el área centro-sur de la península ibérica, propia de los siglos XVI-XVIII e inicios del XIX, durante el intenso proceso de colonización y fundación de más de la mitad de las actuales ciudades, hacia el área septentrional. Al mismo tiempo, debemos exceptuar la habitual emigración de canarios, la cual se mantuvo casi constante desde la segunda mitad del siglo XVI hasta los primeros decenios del XX.

El predominio emigratorio de Galicia, Asturias, Cataluña y Canarias, desplaza la anterior emigración andaluza y castellana, que en centurias anteriores había creado un decisivo sustrato genético y cultural en el modo de vida y las costumbres del etnos cubano en formación. En el caso canario, este sustrato se refuerza de manera notable debido a la creciente continuidad del trasvase humano, tanto de la emigración como del retorno.¹²

Desde varios puntos de vista —como señala la Sánchez-Albornoz—: “Mirada a distancia, la

⁹ José Vega Suñol, ob. cit., p. 217.

¹⁰ Nicolás Sánchez-Albornoz: *La población de América Latina*, Madrid, 1977, p. 181.

¹¹ Para el mismo período 1891-1895 debemos considerar que países de América continental como Argentina, Brasil y Uruguay, ya reciben una significativa emigración hispánica, aunque menor que Cuba. Véase Consuelo Naranjo Orovio: “La emigración española a Iberoamérica desde 1880 a 1930: Análisis cuantitativo”, en *Cuba España. Nuestra común historia. Poblamiento y nacionalidad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, p. 126.

¹² Véanse Jesús Guanche Pérez: “Aspectos etnodemográficos de la inmigración hispánica en Cuba, 1899, (continúa)

migración trasatlántica involucra dos continentes enteros; desde más cerca, vincula áreas: Gran Bretaña con Norteamérica, España con Iberoamérica (...) a la corta, en realidad conecta entre sí regiones: Canarias con Cuba o Galicia con Buenos Aires; a la larga, la migración enlaza comarcas, pueblos o incluso barrios. Cualquier óptica es válida. Depende del problema y del argumento”.¹³

En este sentido, la emigración hispánica a Cuba contribuyó a compensar parte del déficit de fuerza de trabajo, pues la mayoría eran varones solteros en edad laboral. El impacto demográfico negativo de la Guerra de Independencia en la población cubana, se estima en unas 300 000 personas, no sólo debido a las pérdidas de vidas en los combates y en la población civil durante la cruel reconcentración dictada por Valeriano Weyler, sino por la brusca disminución del índice de crecimiento demográfico a 0,5 %, respecto de las tasas precedentes que ascendían al 1,9 %.¹⁴

Según los estudios cuantitativos realizados a partir de los datos que ofrece el Instituto Geográ-

fico y Estadístico de Madrid entre 1882 y 1930, de 3 297 312 españoles embarcados hacia América, 1 594 882 se dirigieron a Argentina (48,36 %), 1 118 968 a Cuba (33,93 %), 233 432 a Brasil (7,08 %), 82 350 a Uruguay (2,49 %) y 267 740 hacia otros países del continente (8,12 %).

De acuerdo con esta fuente, durante 1902-1930 emigraron a Cuba 797 750; o sea, el 71,29 % del total reportado. Si analizamos las corrientes emigratorias por quinquenios, este proceso tiende a crecer hasta el quinquenio 1916-1920, en el cual alcanza un promedio anual de más de 46 000 inmigrantes; es decir, más de un cuarto de todo ese período, para luego decrecer de modo permanente.

En este sentido, aunque existe una relativa correspondencia entre los datos españoles de emigración hacia Cuba y los de inmigración en Cuba, mediante la información registrada por la Secretaría de Hacienda durante 1902-1930,¹⁵ el proceso de asentamiento y residencia de los ciudadanos españoles en Cuba varía respecto del total de la población de la Isla.

El inicial proceso de repatriación masiva de españoles que se efectúa al terminar la guerra en 1898, es esencialmente de tropas y no afecta tanto a los residentes, pues esta población tiende a crecer y a distribuirse de manera más equilibrada en todas las provincias del país. En términos comparativos, si en 1907 la población hispánica representa el 9,05 % del total de habitantes en Cuba (245 644): *su mayor peso histórico en índices relativos*; ya en 1931 el monto total rebasa el cuarto de millón de residentes hispánicos (257 596): *su mayor volumen histórico en cifras absolutas*, lo cual se corresponde con la tendencia global de esta emigración hacia América.

Por su alta significación, los “discutidos tres millones y medio [de emigrantes españoles hacia América] suponen unas 70 000 salidas al año, veinte veces por encima del término medio del siglo XVI, o unas diez veces más si se calibra el mayor tamaño de la población en nuestro siglo. El éxodo transoceánico de 1880 a 1930 no tiene evidentemente parangón, por más ajustes que se hagan, con las migraciones del período colonial”,¹⁶ resulta muy superior.

(viene de la página anterior)

1989”, en *Identidad nacional y cultural de las Antillas hispanoparlantes*, Ibero-Americana Pragensia, Supplementum 5, Universidad Carolina, Praga, 1991, p. 84, y Fe Iglesias: “Características de la inmigración española en Cuba, 1904-1930”, en Nicolás Sánchez-Albornoz (comp.): *Espanoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, pp. 273-276.

¹³ Nicolás Sánchez-Albornoz: “Medio siglo de emigración masiva de España hacia América”, en *Espanoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, ed. cit., 1988, p. 20.

¹⁴ Véase “Evolución de la población total y tasas de crecimiento (1774-1970)”, en *La población de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, p. 14.

¹⁵ El referido trabajo de Consuelo Naranjo Orovio sólo reporta una diferencia de 31 884 emigrantes respecto de los inmigrantes, para un coeficiente de correlación de 0,95; es decir, poco significativa, pues la diferencia incluye los viajes reiterados de la fuerte emigración golondrina o temporera; ob. cit., p. 123.

¹⁶ Nicolás Sánchez-Albornoz: “Medio siglo de emigración masiva de España hacia América”, en *Espanoles hacia América* (continúa)

Aunque el inicial desequilibrio en la composición por sexo muestra un paulatino proceso de equilibrio que oscila de 83,12 % de varones en 1899 a 70,90 % en 1931, la mayoría de la muestra de residentes hispánicos en Cuba biografiados a mediados del presente siglo por Gerardo Monge Muley, contrae matrimonio con mujeres cubanas.¹⁷ De modo que esta regularidad, propia de la época colonial,¹⁸ se conserva durante el siglo xx.

En todo este proceso de arraigo de la población hispánica en Cuba desempeña un decisivo papel la formación y el desarrollo alcanzado por un amplio conjunto de asociaciones, desde 1840 hasta hoy día. La evolución de estas instituciones, como reflejo de la situación de la inmigración, podemos dividirla en tres etapas:

- De 1840 a 1898 se caracteriza por la proliferación de sociedades de beneficencia, centros regionales, casinos, asociaciones o entidades económicas y colonias, destinados inicialmente a proteger y asistir a los contingentes que venían en situaciones paupérrimas, como los terribles casos de asturianos, canarios y gallegos.

- De 1902 a 1958 por el incremento de nuevas sociedades regionales o comarcales que se nuclean en el seno de los centros ya existentes o con carácter independiente; durante esta etapa se fomenta y consolida una amplia infraestructura social, asistencial, recreativa e informativa que refleja el mayor esplendor de

los residentes hispánicos en la Isla y su interés por permanecer en ella.

- De 1959 hasta hoy se caracteriza por la formación de varias federaciones que, a nivel regional o peninsular, agrupan los principales núcleos de residentes hispánicos y sus descendientes, junto con determinadas sociedades de beneficencias ya centenarias y otros centros en menor cantidad que conservan su carácter independiente.¹⁹

La clave de la preservación de estas asociaciones en Cuba ha sido su contenido abierto, no sólo a la participación de los ciudadanos españoles y cubanos nacidos en España, sino principalmente a sus descendientes por una o varias generaciones. Esto les ha permitido a muchos socios formar parte de la membresía de una asociación por la vía de ascendencia patrilineal y, de otra, por la vía de ascendencia matrilineal. En estos instantes, precisamente, los descendientes llevan el peso fundamental en la organización y dirección de estas instituciones, con el fin de asistir a los españoles de origen, cuya mayoría se encuentra ya en la tercera edad.

Por otra parte, con la pérdida del poder colonial y el auge de la emigración, la explotación hispánica de las Antillas ex coloniales no se detuvo. Si el retorno del indiano adinerado ya constituía un mito desde el siglo xix,²⁰ que tuvo una fuerte influencia en la política colonial de la metrópoli, las remesas de dinero y las exportaciones de capital, continúan hasta la crisis de los años 30.

(viene de la página anterior)

les hacia América. La emigración en masa, 1880-1930, ed. cit., pp. 18-19.

¹⁷ Aunque la muestra es una alabanza sólo representativa de los entonces propietarios grandes y medianos, y de los profesionales, la mayoría inmigra muy joven y sin preparación en las postrimerías del siglo xix e inicios del xx, y ya en 1953 muchos poseen la ciudadanía cubana y han creado una amplia descendencia. Véase Gerardo Monge Muley: *Espanoles en Cuba*, Barcelona, 1953.

¹⁸ Como pudo demostrarse en una muestra de 34 382 matrimonios en diez archivos parroquiales del país, en los matrimonios de naturales de Cuba e inmigrantes, en algo más 8 de cada 10 participan individuos registrados como nacidos en España. Véase Jesús Guanche Pérez: *Significación...*, pp. 98-99.

¹⁹ Véase Jesús Guanche Pérez: "Las asociaciones hispánicas en Cuba: fuentes para su estudio", en *Tebeto V*, Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura, Especial Canarias-América, t. II, Fuerteventura, 1993, pp. 131-175.

²⁰ Los estudios realizados en Cuba constatan el predominio de catalanes, santanderinos, vascos y gallegos; por ejemplo: el catalán José Xifré y Casas, dueño de una gran fábrica de curtidos en La Habana, llegó a poseer una de las mayores fortunas en Barcelona; el vasco Julián de Zulueta, dueño de varios ingenios azucareros en Cuba y conocido traficante de esclavos, desarrolló las actividades bancarias con representaciones en España e Inglaterra; el santanderino Juan Manuel de Manzanedo, marqués de Manzanedo

(continúa)

Durante el xx, las cuantiosas remesas de dinero que ahorra el emigrante influyeron a favor de la balanza de pagos en España, pues entre 1904 y 1933 se estima —aún de manera parcial y conservadora— el ingreso de 3 500 millones de pesetas;²¹ y de ellos, por la significación de la emigración, entre el 30 % y el 33 % procedía de Cuba; es decir, unos 1 555 millones de pesetas. El proceso de envío a través de los capitanes de barcos, armadores y comerciantes por medio de las casas de banca, creó una red financiera en regiones antes atrasadas, que desconocían la significación de las instituciones bancarias para el desarrollo, lo cual impulsó sin duda —debido al mayor valor del dinero americano— el crecimiento del sistema financiero español.

En el sentido social, las remesas influyeron directamente a favor del nivel de vida de los familiares del emigrado, ya sea mediante la liquidez, el saldo de deudas, la adquisición o el incremento de los bienes inmuebles y, en especial, de la tierra. De este modo, el indiano —aunque siempre minoritario respecto de la gran masa— aportó “un importante legado cultural [fundó] escuelas y patronatos [financió] obras públicas e [introdujo] los estilos arquitectónicos en boga en América. Bajo esta luz y aunque no quepa generalizar, el indiano aparece como un *agente de la modernización*”.²² El retorno del pródigo indiano rompe hábitos, desarticula las estructuras sociales locales, contribuye a elevar el nivel y secularización de la educación;²³ da continuidad a lo cual se ha convenido en denominar *la cultura del retorno*, que enriquece la inmensa influencia de

América en España, tanto en el orden material como espiritual.²⁴

Los inmigrantes de otros países de Europa

Por otra parte, la población procedente del resto de Europa estuvo caracterizada desde el período colonial por una mayor proporción de *franceses, ingleses, italianos y alemanes*, quienes también se asentaron sobre todo en la capital y en diferentes áreas urbanas. Este predominio se conserva con sus lógicas variaciones proporcionales en todos los censos del presente siglo.

Esta inmigración tiene su punto culminante (como la hispánica y la antillana) en los años 30 de este siglo, cuando alcanza el 0,42 % de toda la población del país (16 707) y luego tiende a decrecer hasta hacerse estadísticamente poco significativa. Ésta es una inmigración masculina y cualitativamente más especializada, pues con independencia del “tráfico golondrino”, propio de jornaleros, muchos de los residentes invertían sus recursos en el comercio, los servicios y la industria.

Una valoración realizada durante la segunda década del presente siglo, permite distinguir a la *colonia francesa* en Cuba como “una de las más apreciadas y de las más laboriosas”,²⁵ mediante el establecimiento de empresas dedicadas a la importación, la industria, fincas agrícolas y casas de modas; junto con el fomento de varias escuelas ubicadas en las ciudades de La Habana, Cienfuegos, Sancti Spíritus y Santiago de Cuba; así como una Sociedad de Beneficencia y una Cámara de Comercio.

(viene de la página anterior)

y duque de Santoña, se enriqueció del comercio de esclavos y se hizo construir un suntuoso palacio en Madrid, entre otros muchos. Véase Áurea Matilde Fernández: “Los indianos: su incidencia en la economía peninsular y en la política colonial”, en *España y Cuba, 1868-1898. Revolución burguesa y relaciones coloniales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988, pp. 94-120.

²¹ Véase Alejandro Vázquez González: “La emigración gallega. Migrantes, transporte y remesas”, en *Españoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, ed. cit., pp. 94-104.

²² La cursiva es mía.(J.G.)

²³ Nicolás Sánchez-Albornoz, ob. cit., p. 29.

²⁴ Junto con lo anterior subyace el intento de reconquistar América después de la pérdida de Cuba y de americanizar España para ponerla a la altura de la modernidad. En esta polémica de las primeras décadas del siglo xx, tuvo una muy destacada labor el sabio cubano Fernando Ortiz. Véase *Fernando Ortiz y España a cien años de 1898*, libro en prensa. Prólogo, compilación y notas de J. Guanche.

²⁵ Adolfo Dollero: *Cultura cubana*, La Habana, 1916, p. 447.

Por su parte, la *colonia inglesa* (excepto la gran inmigración jamaicana —catalogada de indeseable junto con la haitiana por una parte significativa de la prensa periódica de la época—), sólo se componía de varios cientos de residentes europeos dedicados a invertir sus capitales en ferrocarriles, bancos, seguros, comunicaciones y en la fabricación de tabacos; pues éstos —según la propia fuente— “asimilan fácilmente las costumbres del pueblo con el que conviven”.²⁶

Conjuntamente, la *colonia alemana* también invierte su cuantioso capital en las actividades bancaria, comercial, industrial y agrícola; crea un club para los residentes y sus descendientes con escuelas e iglesias, y fomenta una Sociedad de Beneficencia.²⁷

El resto de la comunidad europea de la primera mitad del presente siglo, estaba compuesto por italianos, belgas, rusos, polacos, finlandeses, suecos, noruegos y daneses, entre otros; una buena parte de ellos, personas humildes que, como el conocido caso de los polacos y de otros pueblos vecinos (ucranianos, rusos y hebreos), fueron impunemente engañados y traídos a Cuba durante 1918-1938.²⁸

► 3. Las corrientes migratorias desde Asia

En el presente caso también resulta necesario distinguir la inmigración desde China de las del resto del continente asiático, debido a que la primera representa, durante este siglo, la continuidad de un proceso inmigratorio que se inicia en el anterior; mientras que la del resto de

Asia tiene características propias durante los primeros decenios de la actual centuria.

Los chinos: otra inmigración indeseada

A pesar de la intensa propaganda contra los inmigrantes chinos desatada desde el siglo pasado e inicios de este,²⁹ la corriente continúa y se incrementa durante el primer cuarto de la centuria, lo cual también genera diversas manifestaciones de xenofobia hasta en la propia comunidad de inmigrantes hispanicos.³⁰

Las condiciones creadas por los primeros colonos chinos libres en las ciudades mediante su hábil capacidad asociativa, sirvieron de protección al ambiente social hostil generado por una parte de la opinión pública cubana.

Generalmente, las asociaciones presentan características similares en cuanto a la composición de las directivas: autonomía institucional, dependencia económica de un sistema de cuotas y donaciones, así como celebración de festividades tradicionales. Mas, el único elemento que las tipifica está dado en el *nexo de afiliación*, a partir del cual se clasifican ocho tipos de sociedades:³¹

- *clánicas*, por la conservación de los lazos tradicionales de parentesco;
- *distritales o regionalistas*, debido a la procedencia común de sus miembros;
- *corporativas o gremiales*, por las actividades económicas que desempeñan;
- *secretas*, por la supervivencia de análogas organizaciones en el área meridional de China y, luego, en Estados Unidos de América;

²⁶ *Ibidem*, p. 410.

²⁷ *Ibidem*, p. 439.

²⁸ Véase Marcin Kula: “La emigración polaca en Cuba en el período de entre guerras”, en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 71, 3ª época, vol. XXII, no. 1, La Habana, enero-abril, de 1980, pp. 131-149.

²⁹ Véanse los artículos publicados por J. Quintín Suzarte en el *Diario de La Habana* (1853) y también el referido libro de Adolfo Dollero, pp. 408-409 y 442.

³⁰ Un ejemplo de ello puede apreciarse en la carta antichina enviada por el Partido Nacionalista Cana-

rio al entonces presidente de la república, doctor Alfredo Zayas Alfonso, publicada por la revista *El Guanche*.

Véase Gertrudis Campos Mitjans y Jesús Guanche Pérez: “La revista ‘El Guanche’, el nacionalismo canario en Cuba y la defensa de sus inmigrantes (1924-1925)”, en *Memorias del IX Coloquio de Historia Canario-Americana* (1990), Las Palmas, 1993, t. II, pp. 1019-1040.

³¹ Véase José Baltar Rodríguez: *Los chinos de Cuba. Apuntes etnográficos*, Colección La Fuente Viva, no. 4, La Habana, 1997, pp. 60-77.

- *políticas*, relacionadas con su ideología y la existencia de partidos, principalmente de izquierda;

- *artísticas*, promotoras de la música y el teatro entre sus miembros;

- *deportivas*, vinculadas al entrenamiento psicofísico del *wushu* (artes marciales) y otros deportes, y

- *nacional*, representada en el *Casino Chung Wah* desde fines del siglo pasado hasta hoy.

Debido a que los comercios chinos se dedicaban a la importación y venta de productos de Asia, a Cuba llegan infinidad de piezas de porcelana, maderas preciosas, marfil, metales labrados y esmaltados, piedras duras (sobre todo, jade), trabajos en fibras vegetales, mobiliario, cuadros y rótulos bordados sobre seda y elementos de la indumentaria tradicional. Una cantidad considerable de estas piezas son adquiridas por la membresía para la decoración de sus locales y, gracias a ello, se conservan hasta nuestros días.³²

De manera general, el sistema de asociaciones, cuya presencia data en Cuba de la segunda mitad del *xix*, se mantiene hoy día y ha sido el elemento determinante para la preservación de la cultura tradicional de los inmigrantes chinos y sus descendientes. Por las características etnoculturales y psicosociales del inmigrante se establece una diferenciación en la descendencia chino-cubana. Los hijos de padre y madre chinos tienen acceso a recibir una instrucción sistemática de los elementos propios de la cultura de sus antecesores mediante la participación en las asociaciones, en las cuales aprenden la lengua y las costumbres; pero al hijo de padre chino y madre cubana se le negaba esta

posibilidad por ser un mestizo. No era un “chino legítimo”; por tanto, no podía hacer vida institucional dentro de las sociedades. Esta actitud se explica en la ancestral costumbre china de la endogamia, no sólo étnica sino también racial, hasta el nivel clánico, que censura la realización de matrimonios mixtos.

Durante el presente siglo se mantiene la misma tendencia en el amplio desbalance en la composición por sexo. En todos los cortes censales, la presencia femenina apenas rebasa el 4 %.

Desde el punto de vista macrorregional, del mismo modo que los procesos históricos de poblamiento hispánico y africano, el poblamiento chino poseyó un alto nivel de concentración hacia el área centro-occidental de la Isla, en consonancia con el mayor desarrollo económico y social de esta zona y en dependencia de la propia demanda de fuerza de trabajo.

La presencia china en la cultura nacional ha sido muy diversa, aunque detectable en sus áreas específicas de mayor asentamiento. Desde las tradiciones culinarias, o determinados influjos en la flora y su cultivo, hasta el actual proceso de revitalización y ambientación de sus tradiciones más características a través de la restauración de algunas obras y zonas del antiguo barrio chino de La Habana, permiten preservar vivas en los residentes y sus descendientes esta herencia cultural.

Las migraciones del resto de Asia

Del resto de Asia también arriban inmigrantes de diversas nacionalidades. Desde principios de siglo se observa la presencia de *árabes*, *sirios*, *turcos*, *libaneses*, *palestinos*, *iraquíes* y otros, que al tratar de comunicarse en español con su peculiar acento árabe caracterizan una parte del comercio minorista (tejidos, hilanderías, sastrerías, quincallas) de las ciudades. Muchos de ellos son confundidos por la población cubana y denominados genéricamente “moros” o “polacos”, con independencia de la real presencia de varios miles de estos inmigrados de Europa Central.

Las plantaciones de henequén en Matanzas, por ejemplo, son cultivadas desde inicios del siglo por *coreanos*,³³ quienes se asientan en número reducido.

³² La más reciente exposición de arte chino efectuada a partir de las colecciones de asociaciones incluyó piezas propias de la *Danza del León* (cabeza y cola del león, instrumentos musicales y armas de diversas artes marciales), tejidos, porcelanas, maderas, marfiles, piedras duras, metales, fibras vegetales, muebles, vestuarios y rótulos. *Catálogo. Exposición de arte chino*, Centro Provincial de Artes Plásticas, La Habana, 1984.

³³ Véase Alberto Pedro Díaz: “Grupo de inmigrantes coreanos en Matanzas”, en *Etnografía de la provincia cubana Matanzas*, Moscú, 1988, pp. 84-97 (en ruso).

La industria azucarera también atrae *japoneses e hindúes* a Cuba, durante las tres primeras décadas del presente siglo, como grupos que se asientan de modo disperso o forman pequeñas comunidades. Los primeros *japoneses* vienen engañados por el mito de la abundancia de dinero durante el alza de los precios del azúcar (1914-1918). Ello da lugar a una propaganda que se basa en el resultado de varias construcciones realizadas por ellos al regresar a Japón. Sin embargo, el grueso de la inmigración que está formada por varios cientos, arriba a la Isla en plena depresión económica.

La mayoría son campesinos jóvenes y solteros dedicados al cultivo de arroz, té, almendra y bambú (caña brava), quienes se encuentran acosados por los altos impuestos del militarismo nipón. Quienes llegan en 1924 proceden de diferentes regiones, desde Hokkaido al norte hasta Okinawa al sur.

La inmigración principal se asienta en Isla de Pinos —tras la firma del Tratado Hay-Quesada en 1925—, debido al precedente creado y a la propaganda realizada por la primera migración señalada antes, hasta formar una pequeña comunidad. Aunque ellos habían sido contratados también para el corte de caña, se dedican principalmente a la agricultura no cañera: primero como jornaleros y luego como propietarios de varias parcelas de tierra. Quienes habían ido a Trinidad se les unen más tarde aprovechando el cabotaje propio de esta zona.

A fines de la década del 20 ya hay más de 300 japoneses en Isla de Pinos³⁴ y muchos permanecen hasta crear una descendencia. El censo de 1953 recoge 274 japoneses distribuidos en todas las provincias del país, aunque el 39,78 % aún se mantiene en La Habana, que entonces incluye a Isla de Pinos. El censo de 1970 refleja su virtual decrecimiento; sólo quedan entonces 207, la mayoría ancianos.

A diferencia de sus padres, que tratan de conservar la endogamia étnica y racial, los descendientes de japoneses nacidos en Cuba comienzan a contraer matrimonios mixtos, y de ese modo se intensifican las relaciones familiares y socioculturales con el resto de la población cubana de la zona. El cese de la inmigración japo-

nesa también contribuye a la aceleración de una asimilación étnica natural que se evidencia en la tercera generación (los nietos), con independencia de la conservación de muchos rasgos antropológicos.

Por otra parte, los *hindúes* vienen a Cuba durante los tres primeros decenios del presente siglo, como parte de un tráfico iniciado hacia el Caribe y el océano Índico, y controlado por Inglaterra desde mediados del siglo XIX, en condiciones semejantes al del culí chino.

Inicialmente, el contratista en la India paga el viaje hasta Jamaica y el contratado está obligado a retribuir el importe del pasaje trabajando en el cultivo del plátano, los hombres durante cinco años y las mujeres durante tres. De ahí una parte pasa a Cuba en el contexto general del proceso inmigratorio desde el Caribe insular, aunque su peso cuantitativo es mucho menor.

“La ocupación a la cual se destinaban los hindúes, era el cultivo y corte de la caña de azúcar, al igual que el resto de los braceros antillanos. Sin embargo, en virtud de conocer el inglés, gozaban de una ventajosa posición en los centrales de propiedad [norte]americana. De este modo, algunos pasaron a ocuparse de otras tareas, tales como capataces en los bateyes y colonias”.³⁵

La mayoría de los inmigrantes hindúes son campesinos pobres provenientes del *Hindustán*, de la llanura atravesada por el río Ganges. De acuerdo con los datos aportados por un trabajo de campo, entre 1905 y 1906 entraron en Cuba unos 200 hindúes ilegalmente desde Jamaica y se asentaron de manera dispersa en el valle de Guantánamo. Por 1915, en varios centrales de la zona había trabajadores hindúes: Soledad, Esperanza, Santa Cecilia, Los Caños, Santa Isabel y Romelié. Hacia 1925, nuevos grupos se establecieron en el central Ermita (Costa Rica). Su monto total se estima en unos 2 000.³⁶

³⁴ Véase Jaime Sarusky: “La comunidad japonesa en Isla de Pinos”, en *Bohemia*, no. 11, La Habana, 15 de marzo de 1974, pp. 5-6.

³⁵ Rafael López Valdés: “La inmigración indostana a Cuba y sus antecedentes en las Antillas”, en *Santiago*, no. 25, Santiago de Cuba, marzo de 1977, p. 167.

³⁶ *Ibidem*, pp. 168-169.

Esta pequeña población como la colonia de Ermita se caracteriza por su vestimenta, el régimen y hábitos alimentarios, las costumbres matrimoniales, sus creencias religiosas, así como el trato interpersonal e intergeneracional. Mas, se producen transformaciones como la costumbre de cremar a sus muertos y esparcir sus cenizas, por la tradición occidental del enterramiento; tampoco trasladan elementos de su arquitectura tradicional. En cambio, el propio vestuario es cambiado por sus descendientes al cortarse el pelo y abandonar el turbante; ellos también rompen con los tabúes alimentarios de la carne de res y reemplazan el hábito de consumir los alimentos con las manos por el empleo de cubiertos, junto con la incorporación de platos cubanos.³⁷ El desbalance en la composición por sexo y la procedencia territorial y social, troncha la estructura matrimonial de castas y propicia la unión de parejas mixtas.

Con la crisis económica de los años 30, muchos regresan a sus lugares de origen, principalmente a Jamaica, donde el asentamiento hindú ha sido mucho mayor, y quienes permanecen no llegan a formar comunidades como otros inmigrantes del Caribe insular o los japoneses, sino que se encuentran dispersos en diferentes lugares. Por ello, el proceso de asimilación resultó mucho más acelerado.

► 4. La población cubana y su crecimiento natural

No obstante el permanente flujo migratorio, el crecimiento natural de la población cubana ha sido superior al conjunto de los residentes extranjeros durante todo el presente siglo; lo cual evidencia un predominio constante y creciente de residentes cubanos (nacidos en Cuba, no sólo ciudadanos) que oscilan del 88,26 % en el censo de 1919, cuando la migración externa alcanza su mayor peso relativo, a 98,55 % en el censo de

1981, respecto del total de la población de la Isla. En sentido general puede observarse una tendencia histórica hacia la maduración de un proceso de consolidación intraétnica nacional; es decir, hacia el predominio de las fuerzas centrípetas del etnos-nación en interacción con las peculiaridades socioculturales a nivel regional o local, que no coinciden necesariamente en los parámetros de la cultura material y espiritual,³⁸ pues la diversidad en sus múltiples manifestaciones culturales es otra regularidad que influye sobremanera en su estabilidad.

Al mismo tiempo, se han generado diversos procesos de asimilación étnica natural entre la población cubana y los residentes extranjeros debido, junto con otras causas, a los crecientes matrimonios mixtos efectuados sobre todo entre varones de otros países y mujeres nacidas en Cuba; lo cual con el paso de una o dos generaciones también tiende a la consolidación del etnos-nación. En este sentido, los procesos de endoculturación de las nuevas generaciones, a pesar del impacto de la guerra y sus secuelas, ha estado determinado por la matrilinealidad endógena y por la arraigada tradición cultural de atender a los niños de ambos sexos por igual. De manera, que el desequilibrio en la reproducción natural generada por el conflicto bélico no sólo tendió a equilibrarse por la vía genética (nacimiento de varones y hembras) sino por la equidad de la crianza; es decir, por la vía cultural, independientemente del polimorfismo biológico; o sea, de las denominadas “características multirraciales”³⁹ de la población cubana.

Por otra parte, en el ámbito migratorio se ha efectuado un permanente proceso de división étnica respecto del etnos-nación, en tanto fuerza centrífuga inherente a la dinámica histórica de toda etnia; pero que no ha logrado superar la estabilidad relativa del organismo etno-social fundamental.

³⁷ Véase Jaime Sarusky: “La comunidad hindú en Cuba”, en *Bohemia*, año 68, no. 24, La Habana, 11 de junio de 1976, p. 9.

³⁸ En los procesos de elaboración, tanto del *Atlas etnográfico de Cuba*, como en el del *Atlas de los instrumentos de la música folclórico-popular de Cuba* [ya editado en 1998], se ejemplifican la rica variedad

de manifestaciones culturales no comunes a todo el país, sino propias de determinada localidad o región. Véase Victoria Eli y Jesús Guanche: “Etnología y musicología en Cuba. Dos nuevos Atlas Folklóricos”, en *Folklore Americano*, no. 51, México, enero-junio de 1991, pp. 125-130.

³⁹ Empleo este término en su estricta acepción biológica.

En los dos primeros casos, estos procesos étnicos condicionan un reforzamiento de la identidad cultural en dependencia de los lugares de asentamiento de la población y en el tercer caso, una paulatina transformación y ulterior cambio de identidad, que se acelera o retrasa de acuerdo con las características de inserción social de los emigrantes en los países receptores y, en particular, de sus descendientes.

En este contexto, si los procesos inmigratorios conducen a diversas relaciones etnoculturales en el país receptor, los flujos emigratorios generan variadas formas de división étnica en relación con la etnia emisora principal. Este otro aspecto del movimiento migratorio externo en Cuba, protagonizado en lo fundamental por la población cubana, que durante la segunda mitad de este siglo ha conducido, por un lado, a la disrupción internacional de cientos de miles de emigrantes, y, por otro, a la separación —muchas veces definitiva— de múltiples lazos familiares de consecuencias personales y grupales traumáticas; así como a la reincorporación y adaptación sociocultural y laboral de los emigrantes en los países receptores.

No obstante el permanente flujo inmigratorio de los primeros decenios del siglo xx, que he trazado a grandes rasgos, la etapa que abarca los años 1930-1958 tiene poca significación demográfica en relación con las migraciones internacionales.⁴⁰ En este sentido, el conocido Decreto del 8 de noviembre de 1933 sobre la nacionalización del trabajo, que promulgaba que el 50 % de los puestos de trabajo fueran ocupados por cubanos, frente al empuje de la inmigración hispánica, provoca tanto un rápido proceso de nacionalización de residentes extranjeros en Cuba,⁴¹ como el retorno de unos 66 000 a sus lugares de origen.⁴²

Las secuelas de la guerra también tuvieron una respuesta cubana de orden nacionalista (en su acepción liberadora) encabezada por los movimientos sociopolíticos de participación

obrera, estudiantil, intelectual, cívico, patriótico, antirracista, femenino, científico, profesional, que sin dudas influyeron en la opinión pública para contrarrestar, en lo posible, la injerencia exterior y la entrega interior. Todo ello también aportó un mejor sentido consciente a la capacidad de resistencia de la población ante un proyecto de dominación encaminado a la asimilación y aniquilamiento de la nación mediante la promoción de la inmigración extranjera en función del crecimiento del capital foráneo y a la emigración de la población cubana.

A cien años de 1898, la población cubana como entidad nacional logró rebasar el impacto negativo de la guerra en lo demográfico y en lo cultural (en su amplia acepción), pero se enfrenta a nuevos desafíos para el tercer milenio que no sólo dependen del actual modelo socioeconómico y su viabilidad ante los múltiples y complejos factores exógenos y endógenos que lo impiden; sino en el proceso de envejecimiento de la población y su necesaria renovación mediante el crecimiento natural o mediante un nuevo fomento de la inmigración; en el potencial migratorio externo, portador de fuerza de trabajo calificada, y en la solución de las diversas secuelas de las migraciones internas; en las múltiples influencias del turismo internacional y en el ensanchamiento de las diferencias sociales y sus consecuencias; en los agudos problemas del medio ambiente y la explotación de los recursos naturales para un desarrollo a escala humana y no a través del habitual enfoque macroeconómico; en la rápida asimilación de las nuevas tecnologías y la racional disciplina que ellas exigen; en una respuesta hábil, ágil y flexible ante el nuevo meteorito de la globalización y su empeño de “clonación cultural”; en una apertura multidireccional de ideas y acciones basadas en procesos participativos, incluyentes, tolerantes y con debido respeto de las diferencias. ● ● ● ● ●

⁴⁰ Tal es así que a los pocos años se dejan de publicar los boletines sobre inmigración y movimiento de pasajeros aparecidos a principios de siglo.

Véase la edición citada del Centro de Estudios Demográficos: *La población de Cuba*, La Habana, 1976, p. 77.

⁴¹ La mayoría de los españoles biografiados por Gerardo Monge Muley a principios de la década del 50 son entonces ciudadanos cubanos debido a la anterior medida. Véase *Españoles en Cuba*, Barcelona, 1953, pp. 187-671.

⁴² *La población...*, ed. cit., p. 78.

Evolución de la imagen pictórica y gráfica de José Martí

Jorge R. Bermúdez En este artículo se reflexiona acerca de la **evolución de la imagen visual** de **José Martí**, en nuestras manifestaciones **gráficas y plásticas más representativas**, desde el pasado siglo hasta el presente. El autor aspira, a su vez, a una comprensión de esta **imagen** en tanto **conformadora** de la **identidad visual** del **Héroe Nacional** cubano, sin obviar **objetivos** ideoestéticos e **intereses de clase** dominantes en las etapas más significativas de la historia de la sociedad y el arte cubanos. ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

JORGE R. BERMÚDEZ

Doctor en Ciencias de la Información —Universidad de La Laguna, Tenerife, España—, profesor de Arte y Comunicación en la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana y presidente de la Cátedra Massaguer. Autor de importantes libros referidos a la gráfica y la identidad nacional, también ha publicado en revistas especializadas nacionales y extranjeras.

Por obra y pensamiento, José Martí es nuestro contemporáneo. A esta evidencia se aviene otra no menos significativa: ser constante temática de las más importantes manifestaciones plásticas y gráficas que han conformado nuestra cultura visual desde la independencia hasta la revolución. De hecho, en seguir esta evolución, también seguimos la evolución de lo más representativo de la plástica y la gráfica cubanas.

Esta vigencia icónica, en tanto expresión de la de su vida y obra, ha quedado siempre refrendada por la sensibilidad estética dominante en cada período histórico, generándose tantas variables de codificación visual como estilos personales, institucionales y de grupos han asumido por la plástica o la gráfica de comunicación la interpretación de su ejemplar legado político, artístico y cívico.

► I.

*Arte soy entre las artes,
en los montes, monte soy.*

José Martí, Versos sencillos

En principio, el núcleo conformador de un siglo de iconografía martiana parte de esa otra que él nos legó a través de la imagen fotográfica. Con excepción de sus autorretratos a pluma, los dibujos de Bernardo Figueredo Antúnez y Cirilo Almeida Crespo, y el óleo que le hiciera el pintor sueco Herman Norrman (Nueva York, 1891), el resto de su iconografía es fotográfica.¹ Su obsesión por *hacerse* retratar por la lente, transparenta una conciencia de la nueva imagen técnica, nada ajena a la de su destino histórico, que con mucho lo ubica entre nosotros como uno de los precursores de la llamada más tarde *Galaxia Niepce*.²

No obstante, en los inicios de la República, la mayor parte de la pintura de tema martiano se sitúa distante de esta iconografía. Entre otras razones, puede aducirse el prejuicio que hacia la nueva imagen técnica tenían los pintores, generalmente adscritos al academicismo decimonónico; la identificación de “lo artístico” con la obra única hecha a mano y, sobre todo, el vacío visual que dejó la fotografía en lo relativo a los momentos más trascendentales de la épica independentista cubana. La poca operatividad de las “máquinas” de sacar fotos, el tiempo de exposición de la imagen a impresionar en las placas y el del revelado, dejaban todavía mucho que desear, para aprehender por la lente la dinámica y la dramática de las acciones bélicas que mejor particularizaron esta guerra; por ejemplo, las

cargas de la caballería mambisa. (Téngase presente que los dos grandes hitos del fotorreporterismo de guerra del siglo XIX: las fotos de la Guerra de Crimea [1851] hechas por Roger Fenton y el grupo de fotógrafos que dirigió Matthew Brady para dar testimonio visual de la Guerra de Secesión norteamericana, más que captar la guerra propiamente dicha, captaron el antes y el después de los combates; es decir, la vida en los campamentos y los muertos en los campos de batalla.)

De ahí que, el primer testimonio gráfico de nuestra gesta independentista: *Álbum histórico fotográfico de la Guerra de Cuba* (1870), sólo fuera un inventario visual de retratos de militares y vistas de fortalezas. Al finalizar la Guerra de los Diez Años, el fotógrafo Elías Ibáñez realizó *La Paz de Cuba* (1878). En este fotorreportaje, el fotógrafo abandonó, por primera vez, el estudio, trasladándose a las locaciones reales de los hechos que testimoniaba: las conversaciones que dieron fin a la llamada “guerra grande”. Como se ve, el asunto siguió siendo estático. Pero al invertirse la acción, la fotografía cubana daba un nuevo paso, lo suficientemente largo, como para dejar planteada la forma de hacer fotografía que particularizaría la segunda guerra independentista cubana.

Este cambio, empero, si bien aportaba un punto de vista diferente, no aportó —al menos, por un tiempo— una nueva imagen fotográfica. La dinámica de la guerra y la de los acontecimientos que la particularizaban, todavía no se avenían con una conceptualización de la imagen fotográfica que, en Cuba, como en otras partes del mundo desarrollado de la época, no evolucionaba al unísono de las innovaciones tecnológicas operadas en el medio. Por ejemplo, en el año del inicio de la segunda Guerra de Independencia, la Kodak lanzaba al mercado la famosa cámara Brownie, de cajón. Fácil de manipular, resistente y pequeña, es plausible conjeturar que con el conocimiento que tenía Martí de la fotografía de su tiempo, de haber tenido a mano una de estas cámaras, la hubiera traído consigo a los campos de Cuba. A lo que habría que agregar, teniendo presente la visión que le asiste en su emblemático *Diario de campaña*, iel maravillo-

¹ Esta iconografía está constituida por más de 40 fotos. La primera foto de Martí, le fue tomada en 1862, a los 9 años de edad, por E. Mestre, en su estudio de O'Reilly 63, La Habana.

² Sobre este aspecto poco estudiado de la vida de Martí, el autor del presente trabajo tiene publicado los artículos:

“Martí y la iconografía” (I), en *Bohemia*, 4 de agosto de 1989 y “Martí y la iconografía” (II), en *Bohemia*, 29 de junio de 1990.

so reportaje visual que nos hubiera legado este fotoreportero en potencia, que fue José Martí!

Pero, sueños aparte, se comprende, en razón de lo antes expuesto, que la mayor parte de los testimonios fotográficos de nuestra segunda gesta independentista, también adolecieron de un gran estatismo. En su mayoría, éstos atenderán a las posadas fotos de los Estados Mayores del Ejército Libertador en campaña, a las tropas en los campamentos o durante un alto en la marcha, y a algún que otro simulacro de combate.

Entre los fotógrafos a relacionar con esta temática, sin dudas, el español —nacionalizado norteamericano— José Gómez de la Carrera, es el más importante. Esta doble condición y su trabajo como corresponsal de la revista *El Fígaro* y otras publicaciones extranjeras, le permitieron, entre 1896 y 1897, dejar el mayor cúmulo de testimonios fotográficos sobre la guerra, tanto del frente español como del cubano. Sin embargo, aunque parezca paradójico, las imágenes en dar real testimonio de la crueldad de la contienda no se harían en el campo, sino en las ciudades y poblados del occidente de la Isla; no se les tomarían a los militares, sino a las miles de familias campesinas obligadas a abandonar sus tierras, a causa de la guerra genocida desatada por el general español Valeriano Weyler, con el vano propósito de rendir por hambre a los revolucionarios cubanos. De la vergonzosa reconcentración de Weyler, darían testimonio los fotógrafos J. L. Quintana, Gregorio Casañas, Pedro Pérez, Trelles, Sánchez Capiró y el estudio de Otero y Colominas. Estos testimonios fotográficos, al menos en su conjunto, evidenciaron, por primera vez, la capacidad de la denuncia, porque permitirían por primera vez en Latinoamérica interpretar la fotografía como una forma de crítica.

Ello explica, por último, que, llegada la República (1902), la pintura académica, en tanto pintura de lo establecido, se sintiera a sus anchas en la reconstrucción histórica de aquellos pasajes de la guerra que, aún inéditos como imagen visual, tenían un indudable interés histórico. La burguesía cubana, llegada al poder con un desfase de casi medio siglo en relación con su ho-

mólogo del continente (entiéndase Latinoamérica), y no menos seducida que ésta por un arte que la glorificara, le dio todo su respaldo. Así, se produjo el encuentro de los pintores academicistas cubanos con el género histórico de estricto asunto nacional. El tema mitológico se echó a un lado, y Meissonier se apoltronó en un taburete. Entre la triada constituida por los pintores Armando Menocal, Juan Hernández Giró y Esteban Valderrama, se repartirían las mejores obras del género. A saber: *La muerte de Maceo* (Menocal), *La muerte de Martí en Dos Ríos* (Valderrama), *Martí hablándole a los tabaqueros* y *Desembarco de Martí por Playitas* (Hernández Giró); sin obviar algún que otro pintor como Feliciano Ibáñez, autor de *La carga de Máximo Gómez en Mal Tiempo*, para la cual posó el Generalísimo después del establecimiento de la República. En casi todas estas obras predomina un realismo sin imaginación, desde todo punto de vista injustificado, si se tiene presente el origen oral o escritural de los testimonios que las inspiran. Por ejemplo, *Desembarco de Martí en Playitas*, por el tratamiento de las luces, aspira a remedar la prosa poética de Martí del *Diario de campaña*, en particular, la del pasaje siguiente: “La luna asoma, roja, bajo una nube. Arribamos a una playa de piedras...”. Otro tanto sucede con las obras que recrean las muertes de Maceo y Martí. Sólo que, comparadas entre sí, activan una paradoja visual. Si la muerte de Maceo se representa estática: el desplome del poderoso cuerpo del guerrero, en brazos de sus oficiales más cercanos; la de Martí, por el contrario, es dinámica: el indetenible galope hacia la muerte y la vida, acentuado por la oposición que, en relación con el eje horizontal, ofrece el cuerpo impactado. No por hija de la casualidad, esta paradoja dejará de expresar esta otra histórica, que nutre uno de nuestros más bellos misterios patrios: la muerte de Martí en la tierra de Maceo, y la de éste en la de Martí.

Esta pintura de reconstrucción histórica, más dictada por el cerebro y la evocación que por la sensibilidad, perduraría —con sus altas y sus bajas— durante toda la República. Dos buenos exponentes serían el retrato al óleo de Manuel Díaz Salinero, de 1926, y otro en igual técnica hecho por Esteban Valderrama, en 1945, para el Palacio

Nacional de México. En esta última obra, debe destacarse que el referente visual utilizado fue la famosa fotografía de Martí, solo y de cuerpo entero, que se hiciera en Jamaica en 1892. Sólo que ahora, recontextualizada como pintura, el Apóstol aparece a la vera de un palmar. Sin dudas, ambos obviaron o desconocieron el criterio del Maestro, en cuanto a esta forma de hacer pintura, cuando en carta al pintor mexicano Manuel Ocaranza, de 1877, le comenta: “Un pintor en su gabinete es un águila enferma”.

No obstante, obras como las de Salinero y Valderrama, entre muchas otras, no impidieron que, en la década del 20, con el surgimiento de una vanguardia artística y la búsqueda de una identidad nacional por sus manifestaciones plásticas y gráficas más emblemáticas, se le abriera nuevo cauce de renovación a la iconografía martiana. El primer paso, contra todos los pronósticos, se daría por la escultura, cuando el becado cubano Juan José Sicre, dominado por la nostalgia, esculpe su *Martí*, en Florencia, Italia. El busto, hecho entre 1923 y 1924, aproximadamente, no sólo constituye la primera obra de interés en la vanguardia artística cubana relacionada con el tema martiano —Víctor Manuel, Carlos Enríquez y Antonio Gattorno, viajan por esta época a París—, sino también la cabeza más lograda del Apóstol de las hechas hasta la fecha. Independientemente de las críticas que se le puedan hacer a ésta —como a toda obra—, en verdad, ninguna otra escultura del Maestro, desde la primera concebida por José Vilalta (Parque Central de La Habana, 1905) hasta la última hecha por Alberto Lescay (1995), pasando por las de Esteban Betancourt (Parque Central de Nueva York), Jilma Madera (Pico Turquino, 1953) y José Delarra, entre otras, alcanza la categoría de arte, como la de Sicre. Con ella, el entonces joven escultor cubano hizo expreso en la piedra el conocido pensamiento martiano: “El arte no ha de dar las apariencias de las cosas sino su sentido”.

Igualmente oportuno e inesperado, fue el *Bobo*: personaje caricaturesco creado por Eduardo Abela, cuya punzante crítica a la sociedad republicana del período del “machadato”, se sustentó en su patriotismo y respeto al pasado, simbolizado por Martí. Ejemplo de ello es *El regreso*: el Bobo ha vuelto de la Guerra de Independencia.

Todavía lleva las polainas, la ropa y el sombrero de yarey que usaba en la manigua. En la mano, una bandera cubana. Detrás, un retrato de Martí. El maestro y el niño lo observan. Le preguntan: “¿Y allá queda alguien más...? Sí: la solución”.

A partir de la segunda posguerra, se constata un nuevo momento en la evolución de la plástica y la gráfica de comunicación de asunto martiano. El primer precedente en tal sentido sería el concurso Pro-Centenario por el Natalicio de José Martí, cuya convocatoria, librada en 1937, se hizo efectiva en 1943, cuando se le otorgó el primer premio al proyecto Acrópolis de las Américas, del arquitecto Aquiles Maza y del escultor Juan José Sicre. El proyecto en cuestión, asediado por las críticas y los intereses de grupos, sufriría modificaciones que implicaron a los proyectos ganadores del segundo y tercer lugares, hasta que, finalmente, al obelisco se le eliminó la escultura que lo remataba, y pasó a ocupar la explanada central la monumental escultura sedente de Sicre. En 1953, año del centenario del natalicio de José Martí, se inició la obra, la cual concluyó en 1958.

En tanto, pintores de la talla de Jorge Arche, Carlos Enríquez y Eduardo Abela, al reaccionar contra la Academia, retomaban el asunto martiano, recreándolo y enriqueciéndolo desde sus respectivos presupuestos estéticos de vanguardia. Así, la extrapolación del referente culto (*El caballero de la mano al pecho*, de El Greco³) al imaginario social martiano en Arche (*José Martí*), la transparencia y sensualidad del colorido en Enríquez (*Dos Ríos*), o el contrapunto entre color y naturaleza íntima de la textura en Abela (*Retrato de José Martí*).

³ Este celebrísimo retrato de El Greco, hecho entre 1577 y 1578, sirvió presumiblemente de referente visual a Jorge Arche, para su retrato de Martí, fechado en 1945. Sobre el ademán que le da título al cuadro: la mano derecha sobre el pecho, mucho se ha escrito desde entonces hasta la fecha. Aquí, sólo recogemos dos versiones: una religiosa y otra profana. La primera, lo relaciona con un pasaje de los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio: “cada vez que caemos en el pecado... llevar la mano al pecho”; la segunda, en cambio, cree ver una personificación de la caballerosidad castellana de su tiempo.

Paralelamente a las obras de Arche y Enriquez —no así a la de Abela, de 1960—, en el ámbito artístico cubano irrumpían las nuevas tendencias abstractas. A esta renovación estilística tampoco resultarían ajenos los sectores mejor informados de la gráfica de comunicación cubana, dada la inmediatez de los mensajes visuales que preferenciaban de resultados del auge de la actividad publicitaria y la dualidad pintor abstracto-diseñador gráfico, puesta de manifiesto entonces en no pocos de los creadores más representativos del decenio. Consecuentes con su credo estético no figurativo y cosmopolita, se identificarán con el Héroe Nacional no por la representación propiamente plástica del tópico en un objeto visual dado, sino por su activismo social y político, en ocasiones, de franca oposición a la política cultural del general Fulgencio Batista y Zaldívar. De ello dan fe dos de sus más sonadas exposiciones: la Exposición de la Plástica Cubana Contemporánea, realizada en el Lyceum de La Habana, en homenaje al natalicio de José Martí (28 de enero de 1954), y la llamada Exposición Anti-Bienal, en protesta por la celebración, en el Museo Nacional que lleva el nombre de José Martí, de la Segunda Exposición Bienal franquista (La Habana, 1954).

En cuanto a la gráfica de comunicación de asunto martiano, entre otros carteles se destacaran, el que promocionó el filme mexicano-cubano *Martí en Guatemala* o *La que murió de amor*, y el que rigió las actividades oficiales del centenario del natalicio de José Martí (28 de enero de 1953). El primero se relaciona con el serígrafo cubano Eladio Rivadulla Martínez, quien readecuó a esta técnica gráfica el cartel original impreso en *offset*, en México. El segundo, con el grabador y cartelista Enrique Caravia. Apegado a los criterios estéticos dominantes en el medio desde la década del 30, el cartel de Caravia será un mero contrapunto entre la alegoría de fondo, serena, clásica, y el rostro de frente, a todo color, de José Martí. A un siglo de su nacimiento, y a un año del golpe de Estado del general Fulgencio Batista, el mensaje de este cartel, tal y como lo reclamaba el consenso oficial, da por terminada la obra del Apóstol de Cuba y América.

Con criterio parecido, el escultor Juan José Sicre concebiría su Martí para el ya comentado monumento de la Plaza Cívica —posteriormente, Plaza de la Revolución José Martí—. Esta última versión, a escala monumental, quedaría muy por debajo de la efigie del Apóstol que esculpiera a mediados de la década del 20, al no integrarse del todo al cuerpo sedente que la porta, ni éste al obelisco que culmina el complejo monumental, de evidente estilo ecléctico. La respuesta de más alto vuelo estético-comunicativo a estas manifestaciones del arte y la gráfica oficialistas, la dio entonces la foto *Sin título*, de Ernesto Fernández. Justamente, a expensas de las obras constructivas del referido monumento, este fotógrafo apelará al recurso del *objet trouvé* propio de la fotografía experimental de signo surrealista, generando un mensaje visual de gran significación política: paráfrasis en este campo de aquel otro que dio en generalizar la Generación del Centenario, con el asalto al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953.

► II.

*Junto a la imagen y el recuerdo
de José Martí, en Cuba,
Territorio Libre de América...*

**Primera Declaración de La Habana,
2 de septiembre de 1960**

Con el triunfo de la rebelión popular armada contra la dictadura de Batista, el 1.º de enero de 1959, se abrió un período de profundas transformaciones sociales, políticas y económicas, que implicaron de manera directa al arte y la gráfica de comunicación en el proceso de culturalización, educación y concienciación de la sociedad cubana. En lo tocante a la evolución de la imagen pictórica y gráfica de asunto martiano, estos cambios no obraron de inmediato. La preeminencia del credo abstracto en la pintura de la vanguardia cubana en el primer trienio de revolución, y el cúmulo de las urgencias comunicativas demandadas a la gráfica por el diario acontecer revolucionario, pospondrían cualquier interés realmente renovador en lo relativo a la representación visual del tópico, para los años subsiguientes. En consecuencia, las publicaciones periódicas

cas, libros y otros impresos, aún hicieron uso de los referentes visuales —fotográficos y pictóricos— más emblemáticos del período republicano, a manera de complemento de los contenidos literarios martianos y de aquellos otros alusivos a su vida y obra. No obstante, la intensa actividad informativa desplegada desde el inicio mismo del proceso revolucionario cubano, alentaría propuestas realmente significativas en los medios de comunicación, algunas de las cuales sentarían pautas para empeños posteriores; por ejemplo, la foto que encabezó el número de *Bohemia*, del 8 de febrero de 1959.

Esta foto constituirá el primer aporte de la gráfica de comunicación cubana del período revolucionario al tema martiano, tanto por su tempranía como por la cualidad visual que encierra el simbolismo de su composición piramidal, generadora de una experiencia estética de gran significación histórica. Como la actividad fotorreporteril que la genera, esa foto sería todavía legataria de la tradición fotográfica gestada en las décadas del 40 y 50, cuyo apego a la realidad política y social del país, se había sustentado en la credibilidad del testimonio visual que proponía. Esta producción alcanzaría cotas estético-comunicativas importantes en fotógrafos como Constantino Arias y José Tabío, devendría escuela de no pocos de los más importantes fotógrafos del período revolucionario y contribuiría a elevar el protagonismo informativo y comunicativo de periódicos y revistas; destacándose entre estas últimas, *Bohemia*: verdadero paradigma del periodismo cubano y latinoamericano de la época. Por último, con esta foto también se inició una particular forma de abordar el tema martiano por el fotorreporterismo cubano, el cual, a tono con su inicial acento épico, lo recreará, haciéndolo parte integral de la dinámica y dramática del hecho cotidiano revolucionario. De esta suerte, la imagen de Martí se reincorporó de manera orgánica a la imagen de la historia; es decir, a la imagen que todo revolucionario cubano empezó a hacerse de su revolución.

52 Una foto representativa de ello es *Encuentro en la Plaza*, de Mario García Joya. Igualmente

representativo de este ámbito gráfico-comunicativo, resulta el número monográfico dedicado a Martí, de *Lunes de Revolución* (30 de enero de 1961), destacándose en él el despliegue fotográfico y el diseño de cubierta de Tony Evora.

Hacia 1964, en el cartel cubano —con preferencia, en el de promoción cultural (ICAIC, CNC, etcétera.)— empezó a operarse un cambio de código, que no ajeno a una nueva figuración, pero sobre la base de un uso más sostenido del símbolo y del tropo, hizo prevalecer una lectura más analítica que literal de la imagen. Legatario con mucho de la mejor tradición pictórica y gráfica vernácula, así como de la foránea (*pop art*, *op art*; gráfica polaca, suiza, japonesa, etc.), supo generar un número de mensajes visuales en verdad emblemáticos, que terminaron por resituarse al medio en una posición de avanzada y, tras él, a toda la gráfica de comunicación cubana. De ahí que la imagen del Maestro, convertida ya en tópico visual insoslayable —sobre todo, a partir de la campaña gráfico-simbólica de los Cien Años de Lucha (del pueblo cubano), celebrada en 1968—, se reasumiera con un lenguaje estético-comunicativo de vanguardia, identificándose con el medio de comunicación visual preferente del proceso revolucionario cubano y, por consiguiente, con un discurso visual que lo situó al mismo nivel que lo que se hacía en este campo en el resto del mundo desarrollado de la época.

Para este cartelismo, la iconografía fotográfica martiana también devino el principal referente de codificación visual. El reclamo de este cartel a una imagen más objetiva y directa, aventuró igualmente una figuración o *fotografismo* de corte martiano, que nada ajeno al dominante en su tendencia de vanguardia, lo acercó a ésta, convirtiéndolo en parte integral del código visual de vanguardia.

El texto también refrendó hábilmente el tratamiento de la imagen. Incluso no sólo como basamento verbal del mensaje visual en cuestión, sino como contrapeso de la composición, contribuyendo a su mejor recreación en términos estéticos y espaciales. En este sentido, fragmentos de discursos y pensamientos de Martí fue el recurso que asistió a la idea de que la foto

del héroe por sí sola no podía completar como imagen, dada su inserción como mensaje visual en un contexto estético-comunicativo e histórico-social diferentes.

La pintura, por su parte, aunque se mostró menos activa, hizo asimismo uso de la iconografía fotográfica martiana, aun cuando para ello se situó a idéntica distancia de la pintura academicista precedente y de la gráfica de vanguardia del momento. En unos casos, apelará a un esteticismo de fuerte impronta cromática, afín con algunos de los estilos personales más representativos de la pintura figurativa cubana de los 60, para cuajar en los 70, en las interpretaciones del Héroe Nacional hechas por René Portocarrero (*Martí y Ho Chi Minh*), Servando Cabrera Moreno (*Martí*) y Mariano Rodríguez (*Martí*). En otros, predominará la búsqueda, la posibilidad exploratoria del tópico desde un discurso pictórico más contemporáneo. Esta búsqueda, en algunos casos, como en Manuel Mendive (*Martí*), Juan Moreira (*Donde como una flor al aire puro abre su cáliz verde de palmera*), Roberto Fabelo (*Martí con los obreros*) y Flora Fong (*El Apóstol*), llegarán a ser antecedente distante —pero antecedente al fin— del cambio de código a operarse también en la pintura cubana de asunto martiano a partir de los 80. En tanto, la pintura de Raúl Martínez, inscrita desde mediados de los 60 en la tendencia *pop*, tanto como su obra propiamente gráfica (diseño editorial, cartel, valla, etc.), se ubicaba primera entre las de su tiempo en el tratamiento experimental de la imagen de Martí. La ampliación, repetición, multiplicación, simplificación y recontextualización de la imagen, constituirán algunas de las estrategias de codificación de esta pintura, que la homologarán con la gráfica de comunicación cubana en lo tocante también a esta temática.

De hecho, todavía en los 70, la imagen visual con mayor pertinencia en lo relativo al tópico martiano, siguió siendo gráfica. Esta realidad se constató entonces en toda la gráfica de comunicación cubana. Pero en el cartel y en el diseño editorial obró con mayor sistematicidad y calidad. En el cartel político, la producción más señalada fue la de la COR (Comisión de Orientación Revo-

lucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba), a partir de 1974, DOR (Departamento de Orientación Revolucionaria). Esta producción se vinculó a las efemérides patrias, martianas y revolucionarias, así como a la divulgación de eventos de carácter político-literario y con jornadas patriótico-ideológicas.

Entre estas últimas destacaríase la denominada Martí-Ho Chi Minh, en la cual se metaforizó la coincidencia simbólica entre el día del natalicio del Padre de la patria vietnamita y el de la muerte del Héroe Nacional de Cuba, en Dos Ríos. En la pintura, por el contrario, salvo la ya citada obra de Portocarrero, el tema no tuvo igual preferencia. No así el de Martí-Che, que casi inexistente en el cartel político, resultó tanto del interés de la pintura como del cartel de promoción cultural. De esta forma, en el discurso visual preferente de la plástica y la gráfica cubanas de vanguardia, también se manifestó el continuismo histórico entre el latinoamericanismo del Apóstol y el del Guerrillero Heroico. Y lo más importante: la identificación del pensamiento y la obra de éste con la de Martí, refrendada a su modo por Che, cuando, para encabezar su *Mensaje a los pueblos del mundo*, generalizado por el suplemento especial de la revista *Tricontinental*, en abril de 1967, utilizó como epígrafe la palabra de fuego del Maestro: “Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz”.

Mas, es oportuno acotar que el tratamiento del tema martiano en el cartel político adoleció a veces de un excesivo conservadurismo, que, por momentos, resituó el tópico tan distante del cartel de vanguardia como cercano a las ya superadas posiciones de la estética realista socialista. Uno de estos momentos se dio con el cartel *Autor intelectual* (DOR, 1975), en el cual el pobre tratamiento de dos fotos, en alto contraste: una de Fidel en el juicio del Moncada, la otra de Martí, da por resultado un mensaje visual tan plano como literal. De igual modo sucedió con el que tiene por texto *Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario* (DOR, 1976). En cambio, en *Martí, autor intelectual* (COR/Matanzas, 1973), José R. Chávez asume el asunto con un lenguaje gráfico de evidente contemporaneidad, al hacer un eficaz uso de la técnica del fotomon-

taje en relación con los referentes fotográficos que recodifica: la mejor foto, solo y de cuerpo entero, de Martí (Jamaica, 1892), y la que publicara la revista *Bohemia*, para dar fe de la existencia de Fidel Castro y sus compañeros, luego de los sucesos del Moncada. Igualmente emblemático resulta *Viva el XX Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada* (COR, 1973), tanto por el óptimo empleo que hace de la metáfora tipográfica como por la escasez de carteles tipográficos de asunto martiano. En él, la reiteración del numeral romano (XX), en negro, en alternancia con el pensamiento martiano (“Cuando los hombres llevan en la mente un mismo ideal nada puede incomunicarlos, ni las paredes de una cárcel, ni la tierra de los cementerios”), en rojo, genera una trama visual de inequívoca unidad formal y conceptual. Estos carteles, conjuntamente con otros de igual interés estético-comunicativo realizados por la COR y el DOR, conformarán la producción de mayor relieve del cartel político cubano en lo relativo a Martí.

Sin obviar de esta relación un pequeño número de carteles hechos por otros organismos del Estado cubano vinculados al cartel político, como la OSPAAAL (Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina) y la OCLAE (Organización Continental Latinoamericana de Estudiantes). En el caso de la OSPAAAL, merecen señalarse *Cuba y Martí presentes en el Moncada* (Rafael Morante) y *Cuba al salvarse, salva* (Rafael Enríquez). Ambos tendrán en común con el cartel de la COR y el DOR, una norma de codificación cuyo principal referente visual será la iconografía fotográfica de Martí. En tanto que su particularidad mayor reside en presentar el texto en tres idiomas (español, inglés y francés), a tono con el carácter tercermundista de la organización. El cartel de la OCLAE, por su parte, relacionase con el concurso literario convocado por la organización en 1969, el cual tiene por texto base el siguiente fragmento de Martí: “Y es que en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso a la prosa...”.

En el cartel de promoción cultural, tres serán los organismos con una mayor implicación en el asunto martiano: el ICAIC (Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos), el CNC

(Consejo Nacional de Cultura) y el ICL (Instituto Cubano del Libro). El del ICAIC estará vinculado a su producción documentalística de contenido histórico-patriótico y a determinadas efemérides patrias y revolucionarias. Entre los cartelistas de cine que abordaron el tópico, merecen señalarse Antonio Pérez González (*Ñiko*) y Damián González. Ñiko, iniciado en el diseño gráfico relacionado con la propaganda política, recurrirá una vez más a la foto de alto contraste, como medio de simplificación de la imagen precisa, en interacción visual con el fondo negro (*Martí, autor intelectual* y *Parecía que Martí iba a morir en el año de su centenario*) o el blanco de la cartulina o soporte (*El primer delegado*). Damián, en cambio, más dado a un esteticismo pictórico de raigambre *pop*, generará dos buenos carteles: *Entonces habríamos sido como ellos, ellos hoy habrían sido como nosotros* y *Ésta es la época en que las colinas se van encimando a las montañas*, ambos de 1973, y con los cuales el ICAIC rindió homenaje al XX Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada y al 120 Aniversario del Nacimiento de José Martí. En alusión también a estos aniversarios, merecen destacarse *Martí, autor intelectual* (Eduardo Muñoz Bachs) y *Versos sencillos* (Luis Vega). Muñoz Bachs se distancia aquí del referente fotográfico (es el cartelista que menos uso ha hecho de la imagen fotográfica) a partir de un tratamiento gestual de fuerte impronta abstracta, que enfatiza el contraste entre las manchas de color y el blanco de fondo de la cartulina. Vega, por el contrario, en su cartel para el documental de idéntico título, de Enrique Pineda Barnet, le asiste, a partes iguales, la línea grafista y el colorido *pop*, para entregarnos un símil visual de los versos del Maestro: “Y la alfombra es puro helecho,/ Y los muros abedul,/ Y la luz viene del techo/ Del techo de cielo azul”.⁴ Finalmente, debe relacionarse el cartel de Servando Cabrera Moreno para el documental *Páginas del diario de José Martí*, de José Massip.

⁴ José Martí: “Versos sencillos”, III, en *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 16, p. 68.

Los carteles del CNC —desde 1975, Ministerio de Cultura— también tendrán un marcado interés esteticista, que lo harán parte indivisible del cartelismo de vanguardia del ámbito gráfico revolucionario de los 70. Entre los cartelistas del CNC relacionados con el tema martiano están José Gómez Fresquet (*Frémez*), César Leal y Esteban Ayala. De este último diseñador gráfico es el cartel *José Martí, 125 Aniversario*, en el cual se recontextualiza el notable dibujo a tinta que hiciera del Apóstol el pintor Carlos Enríquez.

La tercera y última producción de interés del cartel de promoción cultural, la del Instituto Cubano del Libro, se relacionaría con el llamado cartel editorial, gestado en los equipos de diseño de las editoriales de Ciencias Sociales, Arte y Literatura y Letras Cubanas. Si bien no muy numerosa, esta producción cartelística se caracterizaría por el alto nivel de poetización visual de sus mensajes, refrendado a su modo por el interés de sus cultores —en su mayoría vinculados al diseño del libro— por la experimentación, así como por su condicionamiento a una concepción del cartel sobre la base de una integral dependencia del diseño a su posterior procedimiento técnico de impresión —en este caso, el *offset*—. Ejemplo de ello es el cartel *Ismaelillo* (Cecilia Guerra). Otro cartel de interés resultó el gestado a reclamo del Ministerio de Cultura y del Centro de Estudios Martianos, para conmemorar el centenario de *La Edad de Oro* (1889-1989).

Sin embargo, lo realmente significativo para el tópico en la gráfica de comunicación del ICL, estaría dado por el diseño de libros; en particular, el diseño de cubierta. En este diseño sería determinante el ingente movimiento editorial generado por el proceso revolucionario cubano, la permanente incidencia de la obra de Martí en la producción editorial del país —habida cuenta del paradigmático protagonismo del Apóstol en casi todos los géneros literarios (poesía, teatro, novela, periodismo, literatura política e infantil)— y la profunda penetración que el código del cartel cubano de vanguardia tuvo en el diseño de cubierta de libros. Sin obviar, en este último punto, que no pocos de los más importantes diseñadores de libros cubanos también

incursionaron en el cartel o fueron prominentes cartelistas. Los buenos ejemplos no son pocos, tanto como las reediciones, completas o parciales, de la obra de Martí, así como las realizadas sobre su vida y obra (ensayos, biografías, recopilaciones, etc.) durante cuatro décadas de revolución. Bástenos citar, entre otros diseños de cubierta, los concebidos para *Páginas escogidas* (Raúl Martínez, Editorial de Ciencias Sociales), *Diario de campaña* (Umberto Peña, Editorial de Ciencias Sociales) y *Atlas histórico biográfico de José Martí* (Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía y Centro de Estudios Martianos). A los que se sumaría recientemente la primera edición de los *Cuadernos Martianos*, de 1996 (diseño de Alberto Cancio e ilustración de cubierta de Pedro Hernández Dopico).

Asimismo, resulta oportuno acotar que este legado visual, propiamente libresco, tendría su correlato en ese otro de las publicaciones periódicas más relevantes del país, en las cuales la imagen del Apóstol, llegado el caso, no sólo tuvo igual pertinencia que en el diseño del libro, sino también un alto nivel estético-comunicativo. Señalemos al paso, entre los periódicos, *Revolución y Juventud Rebelde*, y, entre las revistas, *Casa de las Américas*, *Cuba Internacional* y *Revolución y Cultura*. De esta última, en su número 101 de enero de 1981, merece recordarse el diseño de cubierta de Horacio Maggi, en el cual forma (letra manuscrita) y contenido (carta de Martí a Manuel Mercado) culminan en una imagen propiamente caligráfica.

► III.

*Mi mal es rudo; la ciudad lo encona;
Lo alivia el campo inmenso.
¡Otro más vasto lo aliviará mejor!
—Y las oscuras tardes me atraen,
cual si mi patria fuera la dilatada sombra.*
José Martí, “Hierro”, Versos libres

A inicios de los 80, se evidenció tanto la originalidad y preeminencia de la gráfica de comunicación creada en los dos decenios anteriores,

como la erosión del código visual que había hecho de ésta la manifestación de vanguardia de la cultura visual de la Revolución Cubana. En el cartel de asunto martiano, esta erosión se constató entonces en la sobresaturación de los temas efemérides. Asimismo, la reincidencia indiscriminada, y a veces gratuita, de estilos y procedimientos artísticos con muy poco que aportarle ya a esta gráfica, fue otro factor que atentó contra la oportuna renovación del tópico, al menos, durante más de un quinquenio. En consecuencia, se hizo un espacio visual que vino a llenar la plástica, preferentemente la pintura. Actualizada al influjo de los nuevos códigos visuales generados por el arte y la gráfica internacionales, la pintura volvió por sus fueros, para reasumir el papel de vanguardia perdido a manos de la gráfica desde mediados de los 60.

Esta nueva perspectiva de la cultura visual cubana propiciaría, por una parte, el desencuentro de la gráfica de comunicación con la pintura —y no a la inversa—, al no poder la primera ya superar el paradigma visual gestado dos décadas atrás y, por otra, el reencuentro —uno más— con el tema martiano desde los postulados estéticos y comunicativos de la denominada transvanguardia. De esta suerte, el llamado “renacimiento pictórico cubano” asumió el tema martiano desde una identidad visual inédita, al otorgarles valor estético a objetos y hechos hasta entonces pertenecientes a otras esferas del quehacer social. Asimismo, cualquier prurito o recato de incidencia oficialista, se echó a un lado, para implicar al icono, con toda su carga simbólica, en la irreverente expedientación de sus propuestas visuales más novedosas.

Así lo evidenciaron, en la segunda mitad de los 80, dos de las obras más representativas de este movimiento plástico: *En el mar de América* y *Playitas* y *Granma*, ambas del escultor Alejandro Aguilera. La primera presenta a Martí entre el padre Bartolomé de las Casas, Cristo, Don Quijote, Simón Bolívar y Che Guevara. La individualidad implícita en la tridimensionalidad de las figuras, así como la unidad visual del conjunto, dada a partir de una misma materia y técnica de construcción: desechos de madera y latón ensamblados, propone, ante todo, una re-

flexión en torno a las posibles relaciones a establecer entre estas figuras y el megarrelato que las asume desde un contexto americano. En cambio, la segunda apela a lo martiano desde relatos analógicos (desembarcos de Playitas y Las Coloradas) que oscilan entre el sentimiento patrio y el religioso, desde lo que Cuba fue, es y puede llegar a ser.

En relación con esta renovación plástica, también debe destacarse un número significativo de nuevas obras y autores, cuyo interés por la experimentación y la búsqueda de nuevos referentes visuales, pasados y presentes, dentro y fuera del país, los abocará en los 90, tanto a un continuismo pictórico y hasta gráfico de verdadera esencia progresiva como a una nueva imagen de Martí, entre rutilante y desgarradora. A esta imagen van a avenirse los artistas más jóvenes, quienes, junto a otros de generaciones precedentes —como Roberto Fabelo y Pedro Pablo Oliva, por ejemplo—, darán renovado testimonio del Maestro, justo en el año del centenario de su muerte (1895-1995).

Esta renovación visual, como en otros momentos, argumentará a favor de un nuevo imaginario social martiano, sólo que, por primera vez, tendrá un evidente matiz desacralizador. En casi todos los casos se preferenciará la visualidad de aquellas facetas del ser, el decir y el obrar martianos, que mejor evocan al hombre; esto es, al poeta, al enamorado, al místico, etc. Es decir, al Martí más de todos, con sus debilidades y grandezas; generalmente, poco tratado por la plástica y la gráfica precedentes. Para ello no se escatimará imaginación. Tampoco referentes, mixturas, códigos... Incluso, algunos tan distantes y opuestos entre sí, como el neoclásico y el expresionismo. Las propuestas visuales llamadas a replantearse el asunto martiano desde un pasaje posmoderno, interiorizarán así, en la humanidad del Apóstol, la universalidad de su imagen. En este camino de reencuentros y recapitulaciones, en que la creación se asume como un reciclaje de lo mejor acumulado por el hombre, nada se opondrá a que Martí sea abordado desde un neoexpresionismo de trazo anguloso, agresivo, en *José Absolut* (Sandra Ceballos), o de verdadera impronta nórdica, en *El Maestro*

(Rubén Rodríguez). En *Sin título* (Aimé García), una suerte de posneoclásico, le ofrece la suficiente bonanza al Maestro, como para sentarse a interrogar a la esfinge. ¿Está en juego el futuro del icono, o el de la patria y la humanidad? o ¿está en juego todo? El mensaje es ambiguo, tanto como lo será la respuesta de la esfinge. Allá, *Me duele Cuba* (Reinerio Tamayo); acá —¡otra pintora!: Elsa María Mena—, *Martí enamorado*: tonos fríos: violetas, lilas, destellos de amarillos... Y allí sueña y ama, a la manera de su siglo, en el rincón de un espacio sutil, olvidado de todo y por todos, “exiliado de sí mismo”.

De lo agónico —en el sentido martiano del término— a lo lírico, irán estas obras. Y al encuentro también de nuevos pasajes visuales, a veces, encantadoramente poéticos en los dibujos de Roberto Fabelo y Zaida del Río; orgánicamente posmedievales, en las pinturas de Estereo Segura y Ernesto Rancaño. De Segura es *Martí y el dragón* (pintura sobre tabla), extrapolación de la famosa leyenda medieval a “la guerra necesaria”. Por su parte, Rancaño, en *La izada*, retoma la fusión en la ficción, tal y como en la pintura relativa a los héroes y mártires de la patria, lo hiciera Raúl Martínez años atrás. Sólo que ahora, no es el *pop* su código, sino una figuración que recaba de la pintura renacentista flamenca, si no todo de su paisaje, sí mucho de esa asociación que por entonces concertara el género entre los hombres como individuos y el ser múltiple del mundo. Así, en una pintura de fines de 1997, este joven pintor propone una nueva trinidad, no católica, por cierto, pero sí mística y patriótica, propia de esa religión laica que nos legara Martí, donde él y Che levitan, al influjo de una falta de gravedad no exenta de ternura, mientras descansan sus cabezas amorosamente sobre la amanecida primavera de una Patria tangible, hecha mujer.

Acaso, era éste el arte al cual apelaba el Maestro, cuando en sus apuntes para los debates sobre “El realismo y el idealismo en el Arte”, ocurridos en el Liceo de Guanabacoa, en 1879, escribía: “El arte no puede, lo afirmo en término absoluto, ser realista. Pierde lo bello: lo personal. Queda obligado a lo imitativo: lo reflejo. De aquí dos clases de arte, que sin ninguna Estética separe, y

que no deben de andar unidos, porque aunque suelen reunirse en el medio, no provienen del mismo origen, ni tienen el mismo objeto: Artes Plásticas: que reproducen. Artes Personalísimas: que crean”. Pensamos que sí. Y también que, con una visión como ésta, el fin no existe, ni para él, ni para las manifestaciones inteligentes y bellas, “personalísimas”, que lo han asumido como tema por espacio de un siglo.

Así, también, lo corroboró la exposición Nuevo Cartel Martiano, convocada por la Cátedra de Gráfica Conrado W. Massaguer de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana, e inaugurada en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional José Martí, el 19 de mayo de 1999. Carteles como *Actualidad de un pensamiento* (Grupo SPAM), *Martirio* (Daniel Cruz), *Un verso* (Edubal Cortina) y <http://www.martí.com> (Abel Pérez), entre otros, evidenciaron la capacidad de renovación del tópico de mayor permanencia en la cultura visual cubana, al reinsertar su imagen en la cultura viva y hacerla parte activa de la sensibilidad estética representativa de estos finales de centuria.

En el bienio en que se conmemora el centenario de la Guerra Hispano-Cubano-Americana (1898-1998) y el 40 Aniversario del triunfo de la Revolución Cubana (1959-1999), el expediente visual del “hombre más puro de la raza americana”, al decir de la chilena Gabriela Mistral, no sólo crece y permanece, sino que ya es parte inseparable de ese otro mayor que, durante 130 años de ininterrumpido combate por la dignidad plena del hombre, recoge lo mejor de la evolución gráfica y plástica de la cultura visual cubana. La perennidad y vigencia de este legado, como la vida y la obra del hombre en que se inspira, están garantizados.

El siglo XVI en la arqueología histórica caribeña

Lourdes S: Domínguez En las páginas que siguen, la autora hace un **recuento valorativo** de aquellos trabajos **arqueológicos** realizados en sitios puntuales del descubrimiento, conquista y colonización hispana en el **área caribeña** durante los **siglos XV y XVI**. Estos análisis, sistemáticos y críticos, también referencian la obra de especialistas en estos estudios. ● ● ●

► I.

La Arqueología Histórica o Arqueología del período colonial, incrementada ampliamente en América en las últimas décadas, nos permite ordenar metodológicamente el estudio de los sitios que se ubican de manera cronológica a partir de los viajes de descubrimiento en 1492 y durante todo el inicio del proceso de conquista y colonización de 1494 a 1517, fecha tope de la primera parte, antes de comenzar la gran empresa del continente; estos 25 años se desenvuelven de manera exclusiva en la cuenca del Caribe.

Mucha es la discusión teórica sobre esta disciplina por el gran auge que ha tomado y por sus estrechas relaciones entre la metódica pura y la historia; pero éste no constituye el objetivo para debatir aquí, nos interesa más analizar los trabajos realizados en el espacio antes mencionado y después pasar revista a otros conjuntos de excavaciones que considero acertado enumerar.

En los años precedentes al V Centenario del Descubrimiento de América se acrecentaron las investigaciones referentes a las antigüedades en

el Caribe por resultar el escenario de los acontecimientos iniciales y la documentación dejaba un sin fin de lagunas, las cuales tenían una sola solución: aplicar la metódica arqueológica para afirmar o desmentir muchas de estas incógnitas.¹

Con la llegada del almirante Cristóbal Colón a estos mares, se marca el inicio del llamado Nuevo Mundo y empieza la etapa de contacto indohispánico,² evento que sale del contexto histórico persé y que no puede abordarse por los métodos tradicionales arqueológicos; por esto, la necesidad de tomar una diferente metodología, lo cual ofrece la Arqueología Histórica.³

LOURDES S. DOMÍNGUEZ
Doctora en Ciencias Históricas, arqueólogo investigador y docente del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. Sus diversos trabajos de investigación de arqueología histórica le han permitido, no sólo realizar su labor científica de campo, sino también desarrollar una amplia actividad como docente, conferencista y autora de varios libros y artículos especializados, en Cuba y en el exterior.

Cuando España se lanzó al llamado descubrimiento no fue a ciegas como la leyenda colombina nos ha legado; constituye ya una certeza que Colón conocía más de lo que decía saber. También, al acometer la conquista y la colonización observamos que se traía una experiencia nada despreciable adquirida en la contienda canaria,⁴ y en el transcurso de la reconquista de su territorio. Ambas acciones, sin lugar a dudas, concluyeron en un proceso de expansión territorial.

Las Islas Canarias devinieron obligada escala de los viajes de descubrimiento⁵ y las experiencias hispanas con los habitantes de estas

islas permitieron poner en práctica los sistemas de asentamiento, operaciones estas paralelas a las gestiones que hiciera Colón, antes de 1492.

Las directrices y medidas seguidas para la conquista y colonización se ensayaron en las “Afortunadas” antes de ser introducidas en América; aún más, tuvieron un segundo laboratorio de prueba: las Antillas, de aquí la similitud en cuanto a implantación de modelos de poblamiento entre ambos territorios en los inicios del siglo XVI.⁶

Sobre este asunto nos plantea Ramos Gómez: “La aparente ausencia de dueños efectivos de aquellas tierras y el nivel cultural de los antillanos hallados fue la causa de que Cristóbal Colón los considerase de inmediato como siervos naturales a los que era fácil adscribir a Castilla mediante los mismos principios que se aplicaron en las Islas Canarias: la incorporación pacífica si se aceptaba la soberanía de los Reyes y el cristianismo o la conquista armada si se repudiaba uno u otro elemento”.⁷

Para la Arqueología Histórica constituye un reto la búsqueda de los residuarios más tempranos relacionados con el primer y segundo viajes de Colón.⁸ A partir de esta problemática podemos considerar el estado de la cuestión y proponernos hacer un recuento crítico de lo investigado, de lo que se estudia en este momento y, a nuestro entender, sugerir algo de futuro.

► II.

Este evento no se informará por el “descubierto y conquistado”, es narrado por el hom-

¹ Ch. R. Ewen: “The Archaeology of Spanish South-eastern United States and the Caribbean” en *The Society for Historical Archaeology*, 1990, 34, p. 5

² K. A. Deagan: “The Archaeology of Spanish contact period in the Caribbean”, en *Journal of World Prehistory*, vol. 2 (2): 187-233, 1988, p. 199.

³ L. G. Lumbreras: *Arqueología como ciencia social*, Editorial CASA, 1979.

⁴ A. Tejera Gaspar: “Majos y europeos. El contacto de culturas en Lanzarote en los siglos XIV y XV. Un precedente americano”, en *Serie Informe*, Universidad de la Laguna (3): 1-93, 1992.

⁵ R. Alegría y A. Stevens-Arroyo: “Los pueblos que descubrieron a Colón”, en *Documento*, Proyecto de Investigación P. Rico, 1991, p. 1.

⁶ A. Tejera Gaspar y E. Aznar: “El primer contacto entre europeos y canarios (1312?-1477)”, en *Revista Museo Canario*, Las Palmas, 1985-86-87, pp. 169-185, 170.

⁷ L. J. Ramos Gómez: “El papel del indígena en el primer plan colonizador español”, en *América, hombre y sociedad*, 1988, p. 222

⁸ K. A. Deagan: *La búsqueda arqueológica de Colón en el Caribe*, Madrid, 1988, p. 19 (folleto).

bre que llega vencedor; quienes reciben primero el impacto de este encuentro inmediato y devastador nada dejaron escrito, pues no tenían escritura; pero, aunque la tuvieran, no hubieran podido hacerlo; les faltó el tiempo. No hay “visión de los vencidos” en el Caribe, y por tal razón, sólo la ciencia arqueológica nos permitirá esclarecer cómo eran en verdad, qué les sucedió, pues esta disciplina rompe lo inflexible del documento y suple su falta.⁹

A raíz del V Centenario se ha laborado mucho en diferentes líneas de investigación y hay resultados muy relevantes como lo prueba la bibliografía consultada. Sobresalen los ejecutados por Kathleen Deagan de la Universidad de la Florida, los de José María Cruxent del IVIC de Venezuela, los de Antonio Tejero Gaspar, Francisco Morales Padrón y Luis Ramos Gómez de España, entre otros; Manuel García Arévalo, Elpidio Ortega y Marcio Veloz Maggiolo en República Dominicana, y los de Ricardo Alegría, Carlos Solís y Virginia Rivera de Puerto Rico. En Cuba han trabajado Rodolfo Payarés, Lourdes S. Domínguez, Leandro Romero y Roger Arrazcaeta, entre otros; todos han tratado de solucionar con sus indagaciones parte de los problemas presentados.

En América y, en especial, en el Caribe hay un buen número de pesquisas arqueológicas realizadas, pero estimamos que han sido inconexas, no han tenido una línea de conducción lógica. Sólo conocemos con un seguimiento consecuente a partir del desarrollo colombino en el Caribe, lo trabajado por la profesora Deagan en Haití, Santo Domingo y Florida.

Tanto estas exposiciones referenciadas como las ejecutadas en España, han concluido con resultados brillantes acordes con la celebración del V Centenario; pero, en verdad, resultan pocos los esfuerzos conjuntos y la ciencia arqueológica está cada vez más impelida de investigaciones multidisciplinarias, con línea de continuidad a largo plazo.

► III.

Para entrar en materia metodológica y analizar la tarea arqueológica desarrollada en un área tan especial como el Caribe, consideramos que debemos partir de dos líneas de acción: la primera, basada en la cronología y las áreas geográficas afectadas y, la segunda, el quehacer de los investigadores que se han dedicado de manera consecuente a esta labor; con ello daremos una idea lo más amplia posible de las excavaciones puntuales ejecutadas en sitios relacionados con el descubrimiento y la conquista, la actualidad del tema y lo novedoso de algunos estudios de caso.

Antes de comenzar debemos enmarcar cuál es, para nosotros, el espacio Caribe, qué perímetro tiene y la concepción de cuenca caribeña. Ésta abarca el sur de Norteamérica, la costa atlántica de Centroamérica—incluido el golfo de México—y el norte de América del Sur, como una gran bolsa cuyo interior presenta un rosario de islas como las Bahamas, las Antillas y otras muchas más; existe otra idea del Caribe, la del espacio limitado de acuerdo con el interés que se tenga.

Tomaremos la expresión grande y en ella se desplegará nuestro objeto de estudio, porque fue donde se efectuó el encuentro de dos culturas, donde se desarrollaron los primeros intentos, las primeras escaladas, las primeras victorias y las primeras derrotas, y en él, en un espacio de tiempo récord, se dio el golpe que cercenó el destino de un pueblo para que naciera otro: este Nuevo Mundo donde vivimos.

El curso cronológico empezará a partir de 1492 y concluirá en 1517, al abrirse la contienda en México, 25 años marcados por la acción colombina; utilizar el derrotero del Almirante para señalar la línea de continuidad al trabajo, es una estrategia íntimamente ligada al Caribe.

► IV.

De acuerdo con la maniobra propuesta en la búsqueda arqueológica de Colón, en el Caribe debemos hacer otra división lógica, dos etapas con la finalidad de acortar los espacios de tiempo y narrar con más exactitud el contexto de los viajes—primero y segundo—, diferenciándolos, el inicial como viaje de “encuentros” y de asentamiento el siguiente.

Su estancia en Canarias —escala obligada de su viaje— apenas se marca en el *Diario*,¹⁰ pues al parecer resultaba tan común pasar por allí que apenas se hace referencia; llega el 7 de agosto a Lanzarote y trata de “adobar” sus naves —o sea, ponerlas a punto—, saliendo del puerto de la Gomera el 6 de septiembre de 1492. El itinerario colombino debe iniciarse por las Bahamas, en la clásica isleta del encuentro, la Guanahaní aruaca, actualmente conocida como San Salvador, así bautizada por el Gran Marino. En 1986, esta pequeña isla fue explorada por Brill, estudió el contorno y determinó que el único lugar posible de recalamiento para el intrépido marino fue Long Bay, donde se encontraron evidencias y posteriormente se erigió un monumento que recuerda el hecho histórico.

En ese mismo año se ejecutó una prospección exhaustiva de esta limitada rada por los investigadores Hoffman y Gerace del Bahamas Field Station; el perímetro de la playa se rastreó, las arenas cernidas trajeron por consecuencia el hallazgo de algunos objetos europeos que coinciden con la época.¹¹

El punto siguiente de la narración es el encuentro con Cuba, la isla grande augurada y prevista, donde aún de vez en cuando sale a la palestra la discusión de ¿en qué lugar de las costas nororientales puso su pie el Almirante? La exposición de Morrison en 1940¹² ofreció la información necesaria para que los geógrafos cubanos Van der Gucht y Parajón situaran al puerto de Bariay como el que reunía todas las condiciones enumeradas en el *Diario* colombino.¹³ A raíz de 1992, arqueólogos cubanos dirigidos por J. M. Guarch rastrearon el puerto y hallaron algunas evidencias que bien pu-

dieron originarse por la visita del Almirante. El relato continúa diciendo sobre su estancia en el famoso Río de Mares, para todos conocido como el puerto de Gibara y donde su estancia resultó más larga; aquí mandó emisarios al interior de la Isla y Van der Gucht y Parajón sostienen que el caserío indígena a donde llegaron Rodrigo de Jerez y Luis de Torres no es otro que El Yayal, enclavado en el barrio de Güirabo, pues “si los exploradores partieron de Gibara, como creemos nosotros, la importante población india que encontraron a 12 leguas de distancia, debía estar en la región de Holguín (...) a orillas del Río Pazón y a una media legua del río Matamoros en un punto conocido como Güirabo...”¹⁴

El sitio arqueológico El Yayal está analizado desde 1930 por Ernesto Segeth, que confeccionó un plano de él.¹⁵ En 1938, J. A. García Castañeda realizó numerosas jornadas arqueológicas exhumando la mejor colección existente en Cuba de piezas de contacto y transculturación,¹⁶ un sitio agroalfarero de grandes proporciones excavado arqueológicamente en un 50 %, cuyos materiales estudiamos y pudimos ver en ellos la simbiosis cultural que reflejan.¹⁷

Como lo indica Colon, al continuar su recorrido por la costa norte del oriente de Cuba, el 1ro. de diciembre tomó tierra en lo que es hoy la ciudad de Baracoa y para dar sentido de jurisdicción en esta isla descubierta para los Reyes Católicos clavó una cruz de madera, la cual la encontró con posterioridad Diego Velázquez al iniciar la conquista de 1511; de acuerdo con la información histórica, aquella pasó muchas vicisitudes, pero se conservó y en la actualidad se halla en nuestra ciudad primada;¹⁸ se le co-

¹⁰ C. Colón: *Diario de navegación*, en Comisión Cubana de la UNESCO, La Habana, 1961.

¹¹ Ch. A. Hoffman: “Archaeological investigation at Long Bay site, San Salvador Bahamas”. *Proceedings Firts San Salvador Conference Columbus and his World*, Bahamian Field Station, 1986, pp. 14-19, 15.

¹² S. E. Morrison: *Admiral of the Ocean Sea*, vol. I Little Brorow, Boston, 1950, p. 50.

¹³ J. van der Gucht y M. Parajón: *Ruta de Cristóbal Colón por la costa norte de Cuba*, Editora P. Fernández, Habana, 1943, p. 10.

¹⁴ *Ibídem*, p. 13.

¹⁵ F. Ortiz: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Consejo Nacional de Cultura, 1968, p. 42.

¹⁶ J. A. García Castañeda: “Asiento Yayal”, en *Revista de Arqueología*, Habana (1): 50-62, agosto de 1935.

¹⁷ L. Domínguez: “El Yayal”, en *Revista Cesaraugusta*. Seminario de Arqueología y Numismática Aragonesa, Zaragoza (857-58): 187-249, 1983.

¹⁸ D. Velázquez: *Cartas de Relación de la Conquista de Cuba*, Universidad de La Habana, 1963, p. 5.

noce con el nombre de “Cruz de la Parra” y a ella se le han efectuado una serie de análisis para demostrar su autenticidad.¹⁹

En la última etapa del primer viaje, como es de todos conocido, Colón tuvo desperfectos en una de sus naves, la *Santa María*, y no le quedó otra alternativa que desmantelarla y dejar en tierra a sus tripulantes, en un lugar de la costa norte de la Hispaniola junto a un poblado aborigen arua-co-chicoide.²⁰ Con el maderamen construyó un fuerte al cual llamó La Navidad y continuó viaje de regreso a España con la idea de retornar a esta parte del océano lo antes posible.²¹

En 1975, el director del Museo de la ciudad de Limbé en Haití, realizó una prospección arqueológica en el área posible de enclave del fuerte, localizándolo en el sitio llamado En Bas Saline. En 1983, durante varias jornadas de trabajo arqueológico continuado en esta localidad, un equipo de la Universidad de la Florida dirigido por H. K. Deagan excavó con gran éxito y demostró que el emplazamiento era donde estuvo efectivamente el fuerte La Navidad y también halló el poblado aborigen chicoide: el cacicazgo de Guanacagari.²² Con este estudio arqueológico concluye lo correspondiente al primer viaje; prácticamente quedó cubierta la ruta y verificadas sus escalas mediante la Arqueología Histórica.

En 1493, Cristóbal Colón regresa al Caribe en su segundo viaje; no será un viaje de “encuentros” sino para comenzar a poblar, viene a quedarse. No creemos que haya tenido una idea cla-

ra de qué quería en verdad en ese momento, pero de hecho llegó con 17 barcos, 1 200 hombres, trayendo además animales, plantas, etc. Efectuándose así un contacto por ocupación.²³

El Gran Marino encuentra el fuerte La Navidad destruido y sus ocupantes muertos, y al no ofrecerle seguridad aquel lugar, decide emplazar su comitiva en un área cercana de la costa norte,²⁴ recalando en una pequeña rada favorable. En 1892, La Isabela, que así se llamó este primer poblado colombino, devino motivo de noticia a los 400 años de fundada, al ser hallado por José G. García; pero no es hasta 1915 que Narciso Alberti Bosch, quien publica un largo ensayo sobre esta ciudad, fue al lugar y comprobó que donde el vulgo llamaba “el solar del Almirante” o “El Castillo” estaban los restos de La Isabela.²⁵

No es hasta 1940 que un grupo de investigadores formado por el arqueólogo cubano Renté Herrera Fritot y los también arqueólogos Emile Boyrie de Moya dominicano y John M. Goggin norteamericano, enmarcan el lugar y dan su veredicto acerca de la veracidad arqueológica del asiento; con posterioridad, otros arqueólogos dominicanos excavan y dilucidan aún más el vasto lugar.²⁶

En 1990 se empieza un trabajo auspiciado por Parques Nacionales de Santo Domingo en el cual José M. Cruxent toma la estrategia inicial; después, K. A. Deagan se une al equipo y también llegan arqueólogos de la Universidad Complutense de Madrid y de la Universidad de La Lagu-

¹⁹ R. Dechamp *et. al.*: “Le Croix de Chrisotoph Colomb a Baracoa” (Cuba) son histoire et l’identification de son bois, en *FACT-22* VI (6): 389-400, 1989.

²⁰ R. Cassá: *Los taínos de la Española*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1975, p. 25.

²¹ J. L. Ramos Gómez: “Cristóbal Colón y la estructura sociopolítica indígena antillana durante el Primer Viaje del silenciamiento al pacto”, en *Revista Española de Antropología Americana* (21): 221-241 Editorial Universidad Complutense de Madrid, 1991, p. 221.

²² J. G. Guerrero y M. Veloz Maggiolo: “Los inicios de la colonización en América” en *La Arqueología como Historia*, San Pedro de Macoris, R. Dominicana, 1988, 177, p. 35.

²³ K. A. Deagan, 1988, p. 5. *Ibidem*; L. Arranz: *Emigración española a Indias. Poblamiento y despoblamiento*

to antillano, Ediciones Fundación García Arévalo Inc., S. Domingo, 1979, p. 3.

²⁴ M. Veloz Maggiolo y E. Ortega: “Nuevos hallazgos en la costa norte de S. Domingo”, en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (13): 11-48, año IX, 1980, p. 11.

²⁵ P. L. Santiago: “Noticias y testimonios sobre la Isabela”, en *Revista Isabela* (1): 2-10, 1991.

²⁶ J. A. Encinas: “Primitivas comunidades locales de América”, en *14 Cincuentenario del descubrimiento de América*, Pub. Interamericana, La Habana, 1945, p. 4; E. Rodríguez Demorizi, 1945, p. 5; B. Chiarelli y F. Luna Calderón, 1987: “The excavation of La Isabela. The first european city of the New World”, en *International Journal of Anthropology*, vol. 2 (3):199-209, 1987, p. 200; J. L. Ramos Gómez: “Huellas de la relación man-

(continúa)

na en Canarias, realizando en varias etapas un levantamiento total del sitio con resultados altamente exitosos, no sólo en los emplazamientos europeos sino también en el contexto aborigen aledaño a la ciudad primada.²⁷ La vida de Colón en La Isabela no fue estática, hizo algunas incursiones entre las cuales se encuentra su ruta al Cibao, macizo montañoso central de la Hispaniola; este derrotero fue objeto de estudio del arqueólogo dominicano Elpidio Ortega en 1988, quien con una gran caravana fue marcando el posible camino a Jánico.²⁸

Posteriormente, el Gran Marino decide salir en su segundo viaje, el cual ha sido objeto de estudio arqueológico en el Caribe, por ejemplo la costa sur de Cuba y Jamaica. En el sur de la Gran Antilla, si nos guiamos por el *Diario* y algunas de las cartas generadas por acompañantes de Colón, hay dos puntos cruciales: su entrada al río Güaurabo, donde hoy está enclavada la villa de Trinidad, fundada años más tarde por Velázquez y profusamente explorada por el arqueólogo Alfredo Rankin; como la estancia del Almirante fue en verdad efímera, en este lugar apenas han quedado huellas.²⁹

El *Diario* también señala el hallazgo de la isla del Evangelista, la Isla de Pinos al sur de la Habana —hoy Isla de la Juventud—, lugar controvertido, lleno de incógnitas, pero de difícil trabajo arqueológico, aunque geográficamente el doctor Antonio Núñez Jiménez la ha investigado con amplitud.

En el intermedio de este recorrido sureño, Colón se desvió al sur y descubrió Jamaica,

marcando en el diario de abordo las similitudes con los otros territorios ya vistos en cuanto a sus habitantes. Su punto inicial de recalamiento no se ha ubicado; en cambio, a partir de un proyecto de arqueología subacuática del INA de Texas, se trató de hallar los restos de las dos naves que perdió en 1503, en su cuarto viaje: *La Capitana* y la *Santiago* que zozobraron en la bahía de Gloria, hoy Santa Ana.³⁰

► V.

En la primera parte del trabajo y a partir del método que ofrece la Arqueología Histórica hemos tratado de comprobar que está prácticamente cubierto el itinerario de los dos primeros viajes colombinos; sobre todo, en los sitios puntuales. Pensamos lo útil que resultaría un trabajo conjunto, una amplia recopilación de toda esta información generada.

Colón, después de sus descalabros como conquistador-colonizador, trató de seguir sus viajes de “encuentros”, pero eran muchos sus compatriotas interesados en similar empresa. Perdido el control, la dirección de la gesta se había ido de sus manos y de las de su familia, por lo cual, el campo de acción se amplía en relación con los lugares encontrados después de 1494; se inicia el nuevo siglo, con una pujanza incontrolable. No obstante, enumeraremos algunos de los estudios arqueológicos más sobresalientes efectuados en la cuenca del Caribe enlazados directamente con el quehacer hispano en estas tierras del Nuevo Mundo, por lo menos, en los primeros 25 años del *xvi*.³¹

(viene de la página anterior)

tenida por españoles e indios en La Isabela hasta la partida de Antonio de Torres el 2 de febrero de 1494”, en *Revista Española de Antropología Americana* (22): 75-88, Universidad Complutense de Madrid, 1992.

²⁷ A. K. Deagan: “Report on the Sub-surface test program at La Isabela”, Dominican Republic. Dirección de Parques Nacionales (mecanuscrito), p. 10; J. L. Ramos Gómez: “El inicio de la colonización española en América: el contacto y la conquista del mundo taíno”, Caja de Ahorros Municipal de Burgos, 1ra. Jornada de Historia, Burgos América, 1992, p. 5.

²⁸ E. J. Ortega: *La Isabela y la arqueología en la ruta de Colón*, San Pedro de Macoris, R. Dominicana, 1988, p. 12.

²⁹ C. J. Lara Zerquera: “La villa india de Trinidad en el siglo *xvi*”, en *Boletín de la Biblioteca Nacional José Martí*, 1997, p. 5; F. Portuondo: “El primitivo asiento de Trinidad”, en *Estudios de Historia de Cuba*, ICL, La Habana, 1973, p. 10.

³⁰ J. Parrent *et al*: “Search for Columbus last ships”, en *The 1991 Dield Season*, INA Newsletter, vol. 18 (4): 16-19, 1991.

³¹ F. Morales Padrón: *Teoría y Leyes de la conquista*, Editorial Cultura Hispánica, Centro Iberoamericano de Colaboración, Madrid, 1979.

Para hacer este inventario no utilizaremos el orden cronológico aplicado al primer segmento de este artículo. Comentaremos la labor arqueológica por países y sus principales realizadores. En este período, la plaza principal es indudablemente Santo Domingo, la Hispaniola de ese momento. En 1505 se funda Concepción de la Vega Real investigada en lo arqueológico por Elpidio Ortega y en la actualidad, el objeto de estudio de la profesora K. A. Deagan.³² En el resto del territorio dominicano hay múltiples residuarios arqueológicos estudiados a partir de la metódica colonial, pero donde se concentra el mayor número de sitios es en los predios de la capital fundada en los albores del XVI y de cuyos trabajos hay una gran profusión de publicaciones.

Dentro de los yacimientos que más sobresalen en esta ciudad está el Alcázar de Colón, rodeado de un amplio predio y a “tiro de ballesta” del río Ozama; presenta una restauración excelente y está ambientado con mucho tino; aledaño a este monumento se ubica el conjunto de la Atarazana dedicado como antaño al comercio; como afluente a la plaza de Colón desemboca la calle de las Damas reconstruida en casi su totalidad, con inmuebles tan puntuales como son las Casas Reales y el Palacio de don Nicolás de Ovando. En el resto del ámbito de la ciudad de Santo Domingo se han efectuado innumerables labores arqueológicas, por ejemplo en la Catedral Primada y sus famosos entierros, el convento de San Francisco, la Casa de Gorjón, la casa de la calle Pellerano Alfau no. 1, la Casa del Cordón, etc., estudios de caso que han conformado un conjunto digno de que Santo Domingo constituya el exponente más valioso del Caribe que representa aquella centuria.

Puerto Rico resulta otra de las islas que conforman las Antillas Mayores que presenta un amplio placer colonial. Tiene en Caparra, segunda capital fundada en el Caribe en 1509 por Juan

Ponce de León, el primer reporte de estudio de Arqueología Histórica en el Caribe hecho en 1936 por Adolfo de Hostos.³³ A través de los años, poco quedó en realidad de Caparra, pero Ricardo Alegría, realizó trabajos de restauración y montó un museo de sitio, el cual se considera en la actualidad como una de las atracciones de esta ciudad en cuanto a patrimonio cultural.

La ciudad de San Juan en Puerto Rico constituye un museo viviente concebido desde un principio a partir de esa base, con sus fabulosas calles adoquinadas y su reconstrucción casi total de inmuebles destinados a viviendas; debe destacarse que esta estrategia se la debemos a Ricardo Alegría, descollando los trabajos hechos por él en la iglesia del Cristo, Casa Blanca, Casa Rosada y el Castillo del Morro. Recientemente se llevaron a cabo excavaciones arqueológicas en el antiguo cuartel de Ballajá por los arqueólogos Carlos Solís y Virginia Rivera, y del cual se ha exhumado la colección de cerámica histórica más amplia de todo el Caribe, la cual abarca desde los siglos XVI al XIX. En los predios de este antiguo cuartel se levanta el Museo de las Américas.

El conglomerado de yacimientos arqueológicos constituido en el estado de la Florida, se ha convertido en un estudio de caso multicomponente. Mirando a la costa atlántica nos encontramos el enclave de la ciudad de Santa Elena, excavada en 1980 por Stanley South, y la ciudad de San Agustín de la Florida, objeto de estudio desde los años 50 por los arqueólogos Smith, Fairbanks, Goggin y, con posterioridad, por el equipo de la profesora Deagan. En este pueblo de origen español, fundado en 1565, se ha ejecutado la restauración y el estudio arqueológico de más del 90 % de su territorio, siendo uno de los predios coloniales mejor conservados en América. Actualmente sigue siendo el lugar de trabajo de campo de la Universidad de la Florida en Gainesville.

De la Arqueología Histórica se han generado especialidades a partir de su metódica, el estudio de la dieta, de los artefactos exhumados, como el vidrio, los metales y la cerámica.³⁴

Dos emplazamientos coloniales anexos al Caribe se han estudiado con amplitud: Panamá La Vieja, fundada en 1513 y trabajada arqueoló-

³² E. Ortega: *Arqueología Colonial de Santo Domingo*, Santo Domingo, 1982.

³³ A. Hostos: *Investigaciones Históricas*, Oficina de Historiador, P. Rico, p. 38.

³⁴ J. M. Goggin: *Spanish Majolicaz in the New World*, Yale University, 1968.

gicamente por Reina Torres de Arraus, y Nueva Cádiz en la isla de Cubagua en Venezuela, un fructífero centro perlero entre 1499 y 1518, excavada por los arqueólogos Y. Rouse y J. M. Cruixent en 1950.

Jamaica tuvo la suerte de tener la fundación de la tercera ciudad del Caribe a inicios del *xvi*, Nueva Sevilla. Su fecha de emplace fue 1509, pero sólo duró 23 años; esta villa compartió su espacio con la aldea taína aruaca de Maima y de ellas se han hecho importantes estudios históricos como el de Francisco Morales Padrón,³⁵ así como varios trabajos arqueológicos entre los cuales sobresale el de López y Sebastián de la Universidad Complutense de Madrid.

En el hoy territorio haitiano —en el siglo *xvi* parte de la Hispaniola—, cerca de donde estuvo enclavado el fuerte La Navidad, se fundó en 1503 la ciudad de Puerto Real, la cual ha sido objeto de estudio en un proyecto de largo alcance auspiciado por la Universidad de la Florida; en él han trabajado los profesores Hodges, Fairbanks, Williams, McEwen y Deagan. Esta última ha editado un libro acerca del proceso reconstructivo histórico arqueológico que bien puede considerarse un ejemplo en la especialidad.³⁶

Hemos dejado para el final a Cuba. En ella se ha investigado a partir de una estrategia diferente y con muchos menos recursos. En lo referente a las siete villas fundadas por Diego Velázquez de Cuéllar entre 1511 y 1517, es poco el trabajo arqueológico hecho y nunca como un proyecto conjunto y poco publicado. Entre 1959 y 1960 se restauró y excavó el centro histórico de Santiago de Cuba mediante un proyecto de la Univer-

sidad de Oriente y ejecutado por el arqueólogo Francisco Prats Puig. Un trabajo especial se llevó a cabo en el emplazamiento del Ayuntamiento o Casa de Gobierno, donde el profesor Prats Puig exhumó una colección de mayólicas españolas del *xvi*; también trabajó la llamada casa de Diego Velázquez aledaña al parque central y donde se hallaron los restos de un horno de fundición de oro, pues se plantea que en este lugar estaba la Casa de Contratación.³⁷

En 1972, bajo los auspicios de la Academia de Ciencias de Cuba, se efectuaron excavaciones arqueológicas en el primer emplazamiento de la villa de Santa María del Puerto del Príncipe, enclavado en Nuevitas —norte de la provincia de Camagüey— por los arqueólogos Payarés, Calvera y Domínguez. Dentro de un programa regional entre 1980-1985 se trabajó en el centro-sur de Cuba; allí muy en especial, la villa de Trinidad por el arqueólogo Alfredo Rankin, quien, si bien no logró encontrar el emplazamiento inicial de la villa, aportó conocimientos en torno al enclave colonial del siglo *xviii*, pues esta ciudad quedó convertida en museo de esta época.

Este proyecto también permitió un estudio de la costa centro-sur cubana desde Casilda hasta la bahía de Cienfuegos, parte del recorrido de Colón en su segundo viaje. Pudimos excavar el área donde estuvo enclavada la encomienda del padre Bartolomé de las Casas,³⁸ en el lugar llamado Loma del Convento, anexo a un yacimiento aborigen de grandes magnitudes.³⁹

La arqueología subacuática en Cuba, como parte de la Arqueología Histórica, se ha desarrollado con bastante moderación pero hasta el momento se ha logrado, a partir del programa que realiza la Empresa CARISUB, algunos levantamientos de pecios muy importantes como el *Inés* de Soto, perteneciente al *xvi*, del cual se rescató un monto elevado de plata y oro.⁴⁰

La villa más populosa e importante, La Habana, anexada a su carenero puerto y declarada hoy patrimonio de la humanidad por la UNESCO, está dentro de un proyecto excelente de restauración bajo los auspicios de la Oficina del Historiador de la Ciudad y dirigida personalmente por el doctor Eusebio Leal Spengler; con él se trabaja arqueológicamente desde 1968 y se han afectado,

³⁵ Morales Padrón (1952).

³⁶ A. K. Deagan: *Accommodation and Resistance*, Univ. Florida Gainesville, 1992, pp. 297-300.

³⁷ O. Portuondo Zúñiga: "Trayectoria histórica de Santiago de Cuba (1515-1607)", en *Santiago* (26-27): 110-150, junio-septiembre de 1977.

³⁸ B. Casas (1927), *ibidem*.

³⁹ L. Domínguez *et al.*: "Las comunidades aborígenes de Cuba", cap. I, *Historia de Cuba. La Colonia*, Editora Política, La Habana, 1994, pp. 5-57.

⁴⁰ A. López, comunicación personal CARISUB S.A., 1996.

hacia 1996, 28 manzanas del casco histórico de la ciudad enmarcada intramuros; por desgracia no ha podido seguirse una línea consecuente de investigación, sino que la restauración puntea el orden de la intervención arqueológica.

Entre los estudios de caso ejecutados en la ciudad-capital intramuros tenemos la Casa de la Obrapía o de Martín Calvo de la Puerta, que presenta un conjunto fabuloso de pinturas en las paredes y que resultó ser la primera excavación colonial sistemática en Cuba, realizado por Rodolfo Payarés en 1968 y de la cual realizamos el estudio en laboratorio de la cerámica exhumada.⁴¹ Otro de los ejemplos de excavación es el convento de Santa Clara de Asís, inmueble clásico del siglo XVII y de donde se exhumó en el patio de su primer claustro una magnífica colección de mayólica mexicana de esa centuria. También tenemos los trabajos efectuados en la basílica menor de San Francisco de Asís, aledaña a los muelles y excavada por Roger Arrazcaeta. La Plaza Vieja, en actual proceso de rescate, tiene dos ejecuciones arqueológicas: la casa de los Condes de Jaruco y la de las Hermanas Cárdenas.

La Plaza de Armas, la primera de la ciudad, tiene en uno de sus lados el asentamiento más antiguo de la villa, el de la Parroquial Mayor en los predios del actual Museo de la Ciudad, y que se ejecutó a partir de 1968 dirigido por Eusebio Leal y con posterioridad por Ramón Dacal y Leandro Romero. Esta iglesia corresponde al siglo XVI y sus materiales cerámicos son de gran calidad. Junto a esta plaza también está el castillo de la Real Fuerza, el más antiguo de América.⁴²

Pudiera hablar de muchos otros sitios arqueológicos del Caribe, excavados o tal vez vírgenes, pero este artículo se tomaría muy extenso. Sólo quisiéramos hacer referencia al trabajo que rea-

lizamos en Nicaragua en 1983, en la ciudad de León Viejo, la primera capital de esa nación, enclavada a las orillas del lago Managua y en las faldas del volcán Momotombo; fundada en 1524 por Francisco Hernández de Córdoba tuvo una efímera vida y trágico final, cuando en 1610 queda sepultada al colapsar el inmenso volcán; por esta razón le llaman la Pompeya de América. Fue un proyecto auspiciado por la OEA y la Oficina de Patrimonio Histórico del Ministerio de Cultura de Nicaragua. Realizamos 12 cortes en todo el perímetro de la ciudad, destapando pozos de 1 m x 2 m y con una profundidad de 1, 50 m a 3, 00 m; quedaron movidos 62,4 m de tierra antropogénica y exhumada una muestra arqueológica de más de 15 000 elementos.⁴³

Por último recordemos, dentro de las especialidades que se le incorporan a la Arqueología Histórica la que trata del proceso sociológico de contacto y transculturación, tan sutil y olvidado que, sólo a partir del método propio de esta ciencia, puede estudiarse en nuestras islas, donde la documentación de ese momento es prácticamente nula; ésta sería “la tarea más importante que aguarda en América a los arqueólogos coloniales...”, la resultante del encuentro de las dos culturas, es el reto que queda para el VI Centenario del Descubrimiento en el 2092.⁴⁴

⁴¹ L. Domínguez: “El Yayal”, en *Revista César Augusto*, Seminario de Arqueología y Numismática Aragonesa, Zaragoza (57-58): 187-249, 1983.

⁴² L. Romero Estébanez: *La Habana Arqueológica y otros ensayos*, Editorial Letras Cubanas, 1995.

⁴³ Oramas (1984).

⁴⁴ A. K. Deagan: *La búsqueda arqueológica de Colón en el Caribe*, ed. cit., Madrid.

CONFERENCIA INTERNACIONAL FERNANDO ORTIZ

TRANSCULTURACIÓN, VANGUARDIA Y DIVERSIDAD CULTURAL

La transculturación, la internacionalización de la cultura y la defensa de la diversidad cultural, constituyen el centro de ideas que para este encuentro la Fundación Fernando Ortiz convocara.

El pensamiento de vanguardia de Don Fernando Ortiz, recogido en estudios sobre el mestizaje y los procesos socioculturales que dieron origen a la nación cubana, deviene legado indispensable en el nuevo contexto internacional.

TEMAS CENTRALES PARA EL DEBATE:

*Fernando Ortiz:
concepto de transculturación*

•

*Fernando Ortiz:
pensamiento y vanguardia*

•

Tendencias uniformadoras del mundo de hoy

•

*Fernando Ortiz:
la universalidad de su pensamiento y obra*

Esta Conferencia Internacional (24 al 27 de noviembre de 1999) fue auspiciada por el Ministerio de Cultura, la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, el Instituto de Literatura y Lingüística, la Sociedad Económica de Amigos del País, la Oficina del Historiador de la Ciudad, la Fundación Gustavo Bueno (Oviedo, España) y la Universidad de Alcalá.

HISTORIA A DEBATE

Entre el 14 y 18 de julio de 1999 se desarrolló, en el Palacio de Congresos y Exposiciones de Galicia, el II Congreso Internacional de Historia a Debate, patrocinado por la Universidad de Santiago de Compostela, en ocasión del año Xacobeo. En el acto inaugural del más importante encuentro de historiografía y teoría de la historia a nivel mundial hicieron uso de la palabra, entre otras personalidades, el coordinador del evento profesor Carlos Barros, el rector de la Universidad de Santiago, Dario Villanueva y el presidente de la Xunta de Galicia señor Manuel Fraga Iribarne.

Durante cuatro días sucesivos se desarrolló el intenso trabajo en comisiones de los delegados en que se debatieron más de un centenar de ponencias y se brindaron conferencias magistrales a cargo de los conocidos historiadores Enrique Florescano (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México), George G. Iggers (Universidad de Nueva York y presidente de la Comisión de Historiografía del Comité Internacional de Ciencias Históricas), Jacques Revel (presidente de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París), Harvey J. Kaye (Universidad de Wisconsin) y Carlos Barros (Universidad de Santiago de Compostela).

Entre los temas debatidos en este II Congreso de Historia a Debate por los centenares de historiadores e estudiantes de historia de decenas de países, figuraron los siguientes: balance de la historiografía del siglo xx; la historia del siglo xxi: nuevos enfoques; historia ecológica, historia general; ¿qué historia vamos a enseñar en el nuevo siglo?; crisis de la historia, cambio de paradigmas; retorno del sujeto social y fin de la violencia; mentalidad y multiculturalismo; pasados y presentes, pasados y futuros; oficio de historiador: socialibilidad, condiciones materiales y medios de comunicación; especialidades históricas, convergencias y transversalidad; ¿cómo hacer historia global?; nue-

vas tecnologías y escritura de la historia; historia, historiografía y globalización e historiografías poscoloniales. En la primera jornada del Congreso, en la mesa dedicada al balance de la historiografía del siglo xx presentaron sus ponencias los historiadores de la Universidad de La Habana Sergio Guerra Vilaboy (Las grandes líneas de la producción historiográfica latinoamericana), Constantino Torres (La ciencia histórica ante el nuevo siglo y la producción historiográfica cubana), María del Carmen Barcia, en nombre también de María Antonia Marqués y Alejandro García (La historiografía socioeconómica en Cuba [1959-1998]: balance y perspectivas) y Lilian Moreira (El desarrollo arqueológico y la historiografía caribeña).

En el II Congreso de Historia a Debate también se realizaron mesas redondas entre las cuales sobresalieron las dedicadas a mitos, historiografía y nacionalismo; Chiapas y la historia; el historiador y el poder; el historiador, la ética y el compromiso social; mujeres y hombres ¿una historia común?; el debate de las humanidades: balance y perspectivas; historia y discurso y narración y ficción; historia, empleo y relevo generacional; universidad: acceso al profesorado y carrera docente; posmodernidad, historia y nueva ilustración; la historiografía gallega a debate y el futuro de la historiografía española. En las mesas redondas también intervinieron como ponentes varios historiadores cubanos, como las dedicadas a sexualidad, historia y política (María del Carmen Barcia); la historiografía latinoamericana y su identidad (Sergio Guerra Vilaboy) y la interdisciplinariedad a debate (Constantino Torres y Pablo Arco).

En el Congreso participaron más de 500 delegados procedentes de universidades e institutos de investigaciones de Alemania, Argentina, Argelia, Brasil, China, Estados Unidos, España, Estonia, Finlandia, Francia, Inglaterra, Israel, Japón, México, Nueva Zelanda, Rumania, Rusia, Suiza, Uruguay y Venezuela, entre otros países.

Cultura y desarrollo. Algunas consideraciones para el debate

Julio Carranza Valdés

Valdés Consideraciones generales de sumo valor quedan expuestas en las páginas que siguen, como **advertencias** acerca de lo decisivo que resulta la **relación cultura y desarrollo**, una concepción que en los tiempos actuales presenta esa **importancia transformadora** de la realidad. ● ● ● ● ● ● ● ● ●

JULIO CARRANZA VALDÉS

Doctor en Ciencias Económicas, profesor e investigador adjunto en la Universidad de La Habana y en el Instituto de Relaciones Internacionales, es también especialista de la Oficina Regional de Cultura de la UNESCO para América Latina y el Caribe. Ha publicado diversos ensayos y artículos acerca de Cuba, América Latina y las relaciones internacionales, en Cuba y el exterior.

El presente texto no tiene la pretensión de agotar el tema de la relación entre la cultura y el desarrollo, sino plantear algunas consideraciones generales que adviertan la importancia decisiva que este problema tiene hoy como concepción para la transformación de la realidad.

estos conceptos han estado sujetos a una evolución histórica, al igual que las propias realidades que tratan de identificar. En la definición de un concepto influyen muchos factores, desde el conocimiento que se tenga de la realidad que se pretende representar, hasta los intereses con los cuales se percibe esa realidad.

69

No todos los autores entienden lo mismo cuando asumen estos conceptos, a la vez que

Una de las definiciones históricas más conocidas sobre el desarrollo económico era aquella que

lo definía como la sucesión de diferentes etapas, que de manera inevitable debería recorrer todo país o región.¹ Desde este punto de vista, la diferencia entre los países desarrollados y subdesarrollados consistía en que los primeros ya habían recorrido un ciclo histórico que los demás recorrerían después. A esto se añadía la idea de que el desarrollo correspondía a determinado modelo definido por los valores correspondientes a las sociedades “occidentales”. Finalmente, la idea de que los instrumentos de política económica utilizados para impulsar el crecimiento de la producción son suficientes para que cualquier país pueda alcanzar el desarrollo económico.

La historia de la humanidad durante los últimos siglos ha sido la historia del sistema capitalista de producción y durante casi todo el siglo xx, en una parte de la humanidad, el primer intento de construir una sociedad socialista alternativa. Por razones diferentes, ninguna de estas dos experiencias dieron una respuesta suficiente al problema del desarrollo.

En la experiencia capitalista ha imperado, e impera, una concepción esencialmente economicista: el criterio fundamental que determina los procesos sociales y económicos es el de la rentabilidad y la competitividad que se ponen a prueba en el mercado, en el cual se van determinando de manera progresiva las proporciones, los ritmos y las condiciones del desarrollo económico. El crecimiento económico se asume como expresión y objetivo del desarrollo y la maximización de la rentabilidad a corto plazo, como criterio para la ejecución de cualquier acción de “desarrollo”. La economía desconoce así dos de sus dimensiones fundamentales: la dimensión social y la dimensión ecológica, para decirlo de una manera más sintética: su dimensión cultural.

Desde una perspectiva cultural, ésta es una concepción determinista: a partir de una situación cultural inicial, todas las culturas deben pa-

sar por una serie de etapas históricas necesarias hasta llegar a la última, que sería la de la cultura moderna, industrial, tecnológica, racional, productivista, rentable y eficiente. Esta concepción, dominante en la experiencia histórica del capitalismo, ha tenido diferentes expresiones. En la época actual de capitalismo neoliberal y globalización se expresa con una claridad y una fuerza extraordinarias.

Los resultados sociales y culturales de procesos históricos en los que ha predominado esta concepción economicista y liberal, han resultado muy negativos: establecimiento de una cultura de consumo, concentraciones demográficas en las grandes ciudades, acentuación de las desigualdades sociales, marginación de amplios sectores de la población, profundización de las diferencias económicas entre países pobres y países ricos, destrucción de la naturaleza y el medio ambiente, etcétera.²

Estos problemas no son exclusivos del mundo subdesarrollado. Las recientes expresiones críticas de la economía internacional, resultados de la primacía del criterio de “rentabilidad a todo costo” que caracteriza a los mercados internacionales, en particular los de carácter especulativo y los problemas sociales de crimen, drogadicción, racismo y desigualdad que se acentúan en muchos países del mundo desarrollado, demuestran que también allí se manifiestan las consecuencias de estos procesos.

Finalmente, los tremendos problemas ecológicos de hoy, consecuencia del tipo de relación, que la concepción dominante ha impuesto entre el hombre y la naturaleza, demuestran que las amenazas nos implican a todos.

El discurso “modernizador” resulta falso, en la medida en que asume que solamente con la reproducción de determinado modelo tecnológico, económico y social puede avanzarse en la escala del desarrollo. La prueba definitiva es que la mayoría del mundo que ha seguido este principio, no ha resuelto el problema del desarrollo.

La extensión de este texto no nos permite abundar en estadísticas y caracterizaciones sobre la difícil situación económica, social, cultural y ecológica del planeta, por demás, ya bastante conocidas. Lo que nos interesa afirmar es que

¹ Ver Walt Whitman Rostow: *The Stages of Economic Growth*, University Press, New York C., 1962.

² Ver el libro *Dimensión Cultural del Desarrollo, hacia un enfoque práctico*, Colección Cultura y Desarrollo, Ediciones UNESCO, 1995.

esa realidad expresa la necesidad de producir cambios en las concepciones que impulsan los procesos de desarrollo y ese cambio sólo puede producirse desde una concepción cultural no sólo del desarrollo, sino incluso de la economía en general.

► **Cultura y desarrollo: la cuestión conceptual**

El tratamiento de la relación conceptual entre cultura y desarrollo también tiene su historia, que es necesario referir muy brevemente. Como hemos afirmado, el planteamiento original del desarrollo como proceso económico asumía como criterio rector el crecimiento del producto que iría conduciendo al país en cuestión por las diferentes etapas que necesariamente debía atravesar. La cuestión cultural quedaba totalmente marginada de este esquema.

Hay un avance importante cuando se reconoce la cultura como un factor implicado en los procesos de desarrollo. Pero, en este caso, la cultura se ve en lo esencial como un instrumento que puede favorecer o entorpecer el crecimiento económico y, por tanto, la noción dominante de desarrollo. Son interesantes, por ejemplo, los estudios de Max Weber sobre el papel del protestantismo en el crecimiento económico de los países con esa tradición cultural. De aquí puede derivarse el criterio de usar la cultura de un pueblo cuando se estime que ésta favorece el proceso económico de un país y lo contrario, ignorarla o reprimirla cuando se entienda que ésta lo entorpece. Como puede comprobarse, en este caso se trata de una asunción instrumental de la cultura en su relación con el desarrollo; o sea, como un instrumento en función de un objetivo diferente de él.

Una de las corrientes teóricas actuales, que pretende dar cuenta del carácter de la realidad contemporánea y sus perspectivas, es aquella, cuyo autor principal es el profesor norteamericano Samuel Huntington, quien explica las culturas básicamente como recursos de poder y fuente fundamental de los conflictos internacionales que están por venir. La influencia de una interpretación de esta naturaleza, asumida de manera absoluta, puede conducir a conduc-

tas políticas y sociales excluyentistas, racistas y beligerantes.

En lo fundamental, a partir de 1982, fecha en que se realiza la Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales, se comienza a plantear con fuerza la idea de que la cultura debe ser parte integral, instrumento y, a la vez, objetivo esencial de una adecuada concepción de desarrollo, de aquella que coloca el bienestar material y espiritual de todo ser humano como su razón de ser. En la clausura de esa reunión, el entonces director general de la UNESCO, Amadou-Mahtar M Bow, afirmó: “Si cada sociedad tiene disposiciones particulares y aspiraciones específicas vinculadas a su cultura y a su historia, para florecer le es preciso asumir y vivificar la savia creativa que ha heredado de su pasado. Si hoy en día las cosas frecuentemente escapan al control de los hombres, quizás sea porque éstos han dejado que las leyes de la economía se apartaran de las finalidades de la cultura. Finalmente, si la trama de las relaciones internacionales actuales parece estar tan lejos de las exigencias de la creatividad colectiva e individual, tal vez sea porque las especificaciones de acuerdo con las cuales se ha constituido —las de la uniformación cultural y de la desigualdad económica— ya no corresponden a las exigencias que derivan de la multiplicidad de focos de afirmación cultural y de centros de decisión independientes”.³

A pesar de que estos criterios fueron compartidos por los 126 Estados participantes y las organizaciones internacionales presentes y que desde entonces los planteamientos sobre el desarrollo del PNUD y de notables académicos y políticos incorporan esta visión, la realidad internacional marcha en una dirección muy diferente. En los más de 15 años pasados desde entonces se han consolidado a nivel mundial procesos económicos y culturales que son la negación de los principios allí presentados.

Los diez años que van de 1988 a 1997 fueron declarados por Naciones Unidas “Decenio Mun-

³ Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales: *In-forme Final*, México D.F., 26 de julio-6 agosto de 1982, Ediciones. UNESCO.

dial para el Desarrollo Cultural”. Diversas acciones se ejecutaron por la propia Organización y sus países miembros durante este período, comenzó a hacerse mayor la preocupación internacional por esta problemática. Sin embargo, era notable la falta de una comprensión más precisa acerca del alcance y los contenidos de una concepción cultural del desarrollo económico. Con el propósito de avanzar en esa dirección, la UNESCO, con el respaldo de la Asamblea General de la ONU, constituye en 1992 una Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo presidida por Javier Pérez de Cuéllar.

En 1995, la UNESCO publica el Informe de la Comisión, en el cual de una manera más extensa y reflexionada se vuelve sobre el planteamiento de la relación indivisible entre cultura y desarrollo, a la vez que se realiza un análisis muy crítico de la situación actual. Este Informe constituye un muy valioso instrumento para el avance de la comprensión de este problema, aunque, por supuesto, no se propone agotar su contenido, sino replantear la importancia estratégica del tema y entregar pistas para su seguimiento. En una de sus ideas resúmenes se plantea: “es inútil hablar de la cultura y el desarrollo como si fueran dos cosas separadas, cuando en realidad el desarrollo y la economía son elementos, o aspectos de la cultura de un pueblo. La cultura no es pues un instrumento del progreso material: es el fin y el objetivo del desarrollo, entendido en el sentido de realización de la existencia humana en todas sus formas y en toda su plenitud”.⁴

La cultura debe asumirse no como un componente complementario u ornamental del desarrollo, sino como el tejido esencial de la sociedad y, por tanto, como su mayor fuerza interna.

El segundo planteamiento fuerte de este Informe es la necesidad de defender y promover la diversidad cultural sobre el principio del respeto de todas las culturas cuyos valores sean tolerantes con los de las demás. Obviamente, esta posición cuestiona de manera frontal la tendencia,

hoy prevaleciente, a la imposición de una cultura única o dominante a nivel planetario.

En la preservación de la diversidad cultural está implicado el respeto al derecho de cada pueblo, pero está contenido además un interés universal, pues en la suma e interrelación de las diferentes culturas está atesorado el acumulado de conocimientos que ha generado la humanidad durante siglos, las diferentes maneras de concebir, asumir y hacer las cosas.

Es necesario comprender que, al plantear el desarrollo desde una concepción cultural, no se está excluyendo la importancia que tienen las consideraciones de carácter técnico-económico sobre los equilibrios macroeconómicos, las proporciones sectoriales, la regulación de los mercados, los modelos de acumulación, etc. Lo que se está planteando es que éstas deben realizarse desde una concepción cultural; esto es, partiendo de las realidades, valores y aspiraciones de las grandes mayorías de las poblaciones en las cuales los procesos de desarrollo han de tener lugar y, por tanto, planteando un paradigma que se corresponda con estas realidades. Queda, por supuesto, en pie el tema de cuáles serían las fuerzas políticas y sociales conductoras de esta transformación.

El planteamiento resulta tan esencial como complejo y corre el riesgo de entenderse de una manera superficial. La cultura de un pueblo no es estática, evoluciona constantemente bajo la influencia de diferentes elementos de carácter tanto interno como externo, pero a su vez tiene en su base factores constitutivos de presencia permanente que la definen como lo que es y la distinguen de culturas diferentes. Esa síntesis expresa las creencias, las aspiraciones, el conocimiento y las maneras de hacer las cosas de determinado pueblo. El “progreso económico”, para ser tal, debe corresponder y potenciar esa realidad específica y no plantearse en conflicto con ella. No obstante, es necesario entender que el atraso, la miseria y el subdesarrollo no son valores culturales. La cuestión para un país subdesarrollado es vencer el reto civilizatorio y hacerlo preservando y desarrollando su propia cultura.

El paradigma dominante impone mitos que deben superarse. Uno de ellos es el de la tec-

⁴ Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo “Nuestra Diversidad Creativa”, Ediciones S.M., UNESCO, 1997.

nología, que constituye sin lugar a dudas, un factor esencial en el avance de la civilización humana, aún hoy más que nunca antes cuando se convierte en una fuerza productiva directa. Sin embargo, no toda tecnología significa necesariamente progreso.⁵ Los ejemplos sobran; el más claro de todos el de la tecnología militar, también el de la tecnología que degrada el medio ambiente o aquella que desplaza empleo sin compensaciones o que impulsa a las migraciones campo-ciudad provocando situaciones de hacinamiento y marginalidad, o la manipulación genética irresponsable. Es la cultura la que pone la tecnología al servicio del ser humano.

Para decirlo con una frase del Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, “no se pueden olvidar las exigencias de la economía pero hay que trascenderlas”, lo que podríamos completar afirmando: hay que trascender las exigencias de la economía, pero sin olvidarlas.

Otro mito que es preciso superar: el de la democracia, cuando ésta se reduce a un procedimiento técnico, despojada de su verdadero contenido, que es la suma de un conjunto de valores éticos y culturales históricamente determinados. O el mito de la capacidad reguladora del libre mercado. En realidad, el problema no es el mercado, al cual corresponde objetivamente un lugar determinado en cualquier alternativa económica: el problema es el liberalismo, que plantea el mercado como el único regulador de todas las relaciones sociales.

Una aproximación también limitada al tema de la relación entre el desarrollo y la cultura es aquella que la reduce al lugar de los sectores directamente culturales (industrias culturales, artesanías, bellas artes, cultura comunitaria, enseñanza artística, patrimonio cultural, turismo cultural, etc.) en los procesos y estrategias de desarrollo. Ésta es una dimensión importante que no puede ni excluirse ni subestimarse y que necesita una reflexión propia, pero que debe entenderse como parte de aquella dimensión más general y fundamental, consistente en que las estrategias y los procesos de desarrollo estén concebidos y conducidos desde una con-

cepción cultural en su sentido más abarcador y esencial, cuestión implicada no sólo en la política cultural sino además —y básicamente— en la política económica y en la política institucional, entendida esta última no sólo como un espacio de acción de los gobiernos, sino de la sociedad en su conjunto.

Desde una concepción cultural del desarrollo, la noción de política cultural debe ampliarse, en la medida que toda política de desarrollo debe ser profundamente sensible e inspirada en la cultura. Para decirlo con una frase rescatada por el Informe de la Comisión Mundial, “el desarrollo en el siglo XXI será cultural o no será”.⁶

Para comprender el alcance de esta afirmación se necesita replantearse el contenido tradicional de los conceptos de desarrollo y cultura, y además asumirlos como parte inseparable de un proceso único. El desarrollo no es simplemente el crecimiento más o menos armónico de los diferentes sectores de la economía, medido por estadísticas frías y criterios de rentabilidad. Es un proceso más complejo y abarcador, en función de los intereses y aspiraciones materiales y espirituales de los pueblos, que debe incorporar de manera coherente diversas lógicas socioculturales y experiencias históricas para dar lugar a una sociedad culta, solidaria, justa, políticamente democrática y ecológicamente sustentable. La cultura no es solamente el espacio de la literatura y las bellas artes, sino el conjunto de valores, conocimientos, experiencias, creencias, maneras de hacer actitudes y aspiraciones de los pueblos en una época determinada, vistas además en una interinfluencia creciente.

► La economía de la cultura

Las transformaciones que se producen en el capitalismo internacional durante la segunda mitad del siglo XX, impactaron fuertemente sobre los sectores vinculados directamente a la producción cultural. Es este el período, en lo fundamental a partir las décadas del 60 y 70, en

⁵ Ver el libro de Neil Postman: *Tecnópolis*, Editorial Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1994.

⁶ Ob. cit., p. 155.

que se conforman y expanden las llamadas industrias culturales, reproductoras a gran escala de productos de creación individual o colectiva que son lanzados al mercado y distribuidos a nivel internacional. El rasgo distintivo de este proceso es la mercantilización del “producto cultural”, que entra así en la lógica del beneficio y la capitalización.

Una buena parte de la “producción cultural” se somete a la dinámica económica de la acumulación capitalista: reducir costos, maximizar ganancias, potenciar las economías de escala, lo cual conduce a la homogeneización y estandarización del producto y a la producción en serie para un mercado que debe expandirse reforzando la tendencia al crecimiento de la demanda del tipo de producto que la industria entrega.

La creación cultural se hace producción mercantil o cultura mercantilizada, una actividad de empresa; correspondientemente, el consumo cultural se hace consumo mercantil. La creación cultural no se realiza en libertad, que debe ser su condición natural de realización, sino supeditada al ordenamiento necesariamente jerarquizado y autoritario propio de una actividad de empresa.⁷

En la lógica de la competencia por el control de los mercados, en esta como en otras actividades económicas, los países pobres tienen muy escasa posibilidad de éxito, de modo que la homogeneización se impone a partir de los patrones de quienes dominan los mercados internacionales; o sea, los países ricos y cada vez más uno de ellos: Estados Unidos.⁸ El Informe de la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo advierte aquí amenazas sobre una de las reservas más importantes de la humanidad: su diversidad cultural. En los últimos años,

este fenómeno ha alcanzado una escala cualitativamente superior, como consecuencia del desarrollo de los medios de comunicación e información.

El carácter mercantil de las llamadas producciones culturales ha alcanzado un nivel extraordinariamente importante. En Estados Unidos, “la industria del entretenimiento” es ya el segundo sector de exportación con altos niveles de beneficio; este fenómeno convierte una parte considerable de la literatura, el cine, la televisión, etc., en puro entretenimiento, portador de escaso valor cultural, y a la mayor parte de los países del mundo en importadores netos de este producto.⁹ El conocido autor norteamericano John Grisham afirmaba que, en realidad, él no hacía literatura, sino entretenimiento, a lo cual añadía: “soy un autor leído en un país que no lee”.

En 1992, un artículo de la revista inglesa *The Economist* afirmaba: “La transformación de la cultura y las artes creativas en mercancías descontextualizadas, destruye el significado de las prácticas culturales. Equipara las artes a productos generadores de ingresos, elimina la espiritualidad, la historia y el valor de las prácticas culturales, elemento central que mantiene los valores y exalta las tradiciones de las comunidades desfavorecidas”.

La amenaza sobre la diversidad cultural del mundo resulta tan fuerte, que en 1995, en la Conferencia sobre Información del Grupo de los 7, no sin resistencias y tensiones, se declaró que una economía mundial de la información debería estar al servicio del enriquecimiento cultural de todos los ciudadanos mediante una diversidad de contenidos que reflejase la diversidad cultural y lingüística de los pueblos. La declaración no deja de ser significativa; sin embargo, la práctica, controlada por las grandes transnacionales de estos mismos países, continúa moviéndose en la dirección opuesta.

Claro que es muy importante que los “sectores culturales” generen ingresos que permitan su propia reproducción y desarrollo y que, dentro de ciertos límites y conceptos bien establecidos, sean también pensados en términos in-

⁷ Ver el interesante trabajo de Juan Torres López: “Economía y cultura”, en el libro *El estado crítico de la cultura*, Ediciones FIM, 1993.

⁸ Ver Ignacio Ramonet: *Un mundo sin rumbo*, Ediciones Temas de Debate, Madrid, 1996.

⁹ Ver Armando Mattelar: *La mundialización de la comunicación*, Editorial Parpos, Barcelona, 1998.

dustriales y comerciales. El desafío radica en lograr en los “sectores culturales” el mayor nivel de eficiencia y beneficio posible sin sacrificar objetivos sociales y culturales fundamentales. El problema no es la industria cultural, cuya presencia y desarrollo resulta imprescindible, no sólo como un instrumento generador de ingresos y empleo, sino además como un medio para socializar la cultura. El problema es la supeditación del producto a una concepción eminentemente mercantil.

Como queda demostrado en la experiencia de muchos países, el potencial de ingresos económicos y de generación de empleos de los “sectores culturales” es muy importante y es posible explotarlos de manera conveniente, sin llegar a expresiones absolutamente mercantiles de pobre contenido estético y artístico.¹⁰ Las industrias culturales, adecuadamente montadas y conducidas, pueden tener un impacto muy positivo en el terreno económico, social y cultural. Éste es uno de los desafíos actuales para las políticas culturales.

De otra parte, hay determinadas actividades culturales, así como educacionales, que son imprescindibles a la sociedad y, sin embargo, no generan ingresos suficientes para su propio sostenimiento. Aquí las políticas presupuestarias del gobierno resultan fundamentales, así como la capacidad que tengan otros agentes sociales nacionales e internacionales de movilizar recursos para mantenerlas y desarrollarlas. Como se conoce, la tendencia mundial ha sido a la privatización indiscriminada y al recorte de los presupuestos sociales y culturales, vale para otras áreas sensibles como la salud pública. Éste constituye uno de los problemas más graves que enfrenta el mundo subdesarrollado en términos de su futuro. Los gobiernos no deben ver en la cultura una carga para el presupuesto, sino una inversión imprescindible y, además, en gran medida rentable; pero, sobre todo, un derecho ciudadano de máxima importancia.

¹⁰ Ver el interesante estudio sobre este tema contenido en el libro *La cultura dá trabajo*, de Luis Stolovich, Graciela Lescano y José Mourelle, Editorial Fin de Siglo, Uruguay, 1997.

El turismo merece una referencia específica, por el gran peso económico y social que ha alcanzado en el mundo de hoy. Toda actividad turística, al significar el movimiento hacia un mundo distinto al propio, constituye una experiencia cultural. Mas, éste no es siempre un acto consciente, y aún peor, con frecuencia el turismo se trata como una actividad meramente mercantil, descontextualizada y, por tanto, con efectos depredadores sobre el patrimonio histórico y natural de los países o regiones receptores. Es necesario modificar de manera radical esta deformación.

Todo turismo debería concebirse, organizarse y realizarse como una actividad eminentemente cultural. No sólo aquella que va directamente dirigida a disfrutar de un monumento histórico, de un museo, de una obra de arte o de un espectáculo artístico; sino también aquella que asiste a disfrutar de un paisaje, de una playa o simplemente del sol. Tanto la una como la otra establece una relación con el patrimonio de otro pueblo, que debe respetarse y apreciarse en todo su valor.

El turismo vinculado directamente a propósitos culturales debe potenciarse. Los llamados activos culturales son con frecuencia la motivación principal para que otras personas se interesen en conocer determinado país o lugar. El más importante y sensible de estos activos es la propia cultura viva de la cual es portadora y productora la población de cada lugar. El turismo no debe, ni puede ser, una actividad de enclave distanciada de los pueblos; por el contrario, debe relacionarse con éstos, ofrecerles una fuente nueva y directa de ingresos y de empleos, una vía para potenciar y, a la vez, enriquecer su propia cultura. Existen importantes experiencias que demuestran el nuevo crecimiento alcanzado a través de este concepto por la artesanía, la música, el folclor, las gastronomías locales, etc. Los proyectos de desarrollo turístico deben estar concebidos como parte de una estrategia que conduzca al crecimiento del nivel de vida de la población y a la preservación de su patrimonio. Una concepción cultural de toda la actividad turística, lejos de disminuir, potencia su capacidad de generación de ingresos y, a la vez, la hace compatible con el desarrollo integral de los pueblos.

Como enseñan muchas experiencias lamentables, si la actividad turística no se proyecta y conduce desde una concepción política y cultural, su potencial de desarrollo se desnaturaliza y sus efectos pueden ser muy nocivos: traslado de vicios ajenos y depredación del patrimonio y el medio ambiente. Es la cultura la que puede y debe hacer la diferencia.

El Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo señalaba: “Los gobiernos no pueden determinar la cultura de un pueblo, de hecho es, hasta cierto punto, a la inversa. Lo que sí pueden hacer es influir negativa o positivamente sobre ella”.¹¹ En consecuencia, un gobierno cada vez más débil frente a un poder económico cada vez más fuerte y alienado, influye negativamente sobre la cultura. Aquí hay un límite estructural para los modelos económicos que se sostienen hoy en los países periféricos, pues si el desarrollo económico va acompañado de una cultura empobrecida, estará condenado al fracaso. El desarrollo, para ser, tiene que ser eminentemente cultural.

► El contexto de la globalización

El concepto más general con el que se ha definido la realidad internacional contemporánea es “globalización”. No obstante, este concepto define una realidad extraordinariamente diversa y compleja que exige aproximaciones más precisas para comprenderla y transformarla.¹²

La globalización, concepto con el cual se ha denominado la actual etapa de mundialización del capital, es un proceso doble: de un lado, el avance objetivo de la tecnología que permite una integración internacional cualitativamente diferente a la que habían producido otros procesos históricos pasados. De otro, es una política que pone ese proceso objetivo en función de los grandes intereses transnacionales, que son el sujeto dominante en el mundo de hoy. Las implicaciones de este fenómeno impactan sobre todas las sociedades, pero de manera diferente. Paradójicamente, la globalización también constituye un proceso desintegrador y excluyente.

De una parte, surgen tres grandes centros hegemónicos; de otra, países o regiones menos desarrolladas que se integran a éstos de manera su-

bordinada, y, finalmente, un sector del mundo relativamente importante que es marginado de manera creciente por la nueva dinámica global.

El mecanismo que permite esta articulación estratificada y excluyente es la universalización del mercado capitalista y un modelo económico común, promovido y sostenido por organismos financieros internacionales, en que está claro el dominio de los países del Grupo de los 7 y no se reconocen suficientemente las desventajas con las que asiste el mundo subdesarrollado a ese nuevo orden internacional

El carácter de la globalización vigente resulta contrario a una concepción cultural del desarrollo, en la medida en que no coloca los intereses de las mayorías de la humanidad como el objetivo esencial del proceso económico, profundiza las desigualdades sociales y las desigualdades entre países, degrada al medio ambiente, agrede la diversidad cultural y favorece la imposición de una cultura única.

Como afirma un profesor brasileño: “la globalización es el proceso mediante el cual determinada condición o entidad local extiende (impone) su influencia a todo el globo y, al hacerlo, desarrolla la capacidad de designar como local otra condición social o entidad rival”.¹³

El sistema mundial no tiene mecanismos suficientes de regulación en función de los intereses colectivos o mayoritarios de la humanidad. Su naturaleza resulta profundamente conflictiva.

El impacto de este orden mundial sobre la cultura y la identidad cultural puede resumirse como sigue:

1. Impone fuertes limitaciones de recursos para la producción y conservación cultural; sobre todo, en los países subdesarrollados.

2. Produce polarización y desigualdad social en el consumo cultural.

¹¹ Informe “Nuestra Diversidad Creativa”. ob. cit., p. 11.

¹² Ver Julio Carranza Valdés: “Globalización, economía e identidad cultural”, en el libro *La identidad cultural en el umbral del milenio*, Editorial ICAIC, Cuba, 1996

¹³ Ver Boaventura de Souza Santos: “Una concepción multicultural de los derechos humanos”, en revista *Utopías*, Madrid, vol. 3, 1998.

3. Produce una fuerte mercantilización, en un sentido muy liberal, de la producción cultural.

4. Establece la monopolización de los medios de comunicación masiva que imponen valores culturales y de consumo del “primer mundo”.

5. Impone la monopolización de las tecnologías de avanzada.

6. Genera migración de los talentos intelectuales y artísticos de la periferia al centro del sistema.

► **La experiencia de otras alternativas históricas**

El llamado socialismo real al que dieron lugar los procesos históricos de Europa oriental, como intento de superar la sociedad capitalista, constituyeron experiencias muy complejas, cuyas contradicciones internas y limitaciones no se han estudiado suficientemente. Sin embargo, por las implicaciones que tiene para la búsqueda de alternativas de desarrollo, es necesario tenerlas presentes.

El análisis de la experiencia socialista europea puede abordarse desde diferentes perspectivas; por ejemplo, la incapacidad de resolver el paso del crecimiento extensivo, apoyado en la utilización de cantidades crecientes de recursos materiales y naturales, al crecimiento intensivo, apoyado en una mayor eficiencia tecnológica y productiva.¹⁴ Mas, aquí nos colocaremos en una perspectiva más general y estratégica, la de cultura y desarrollo. Las sociedades socialistas no lograron la ruptura cultural con las sociedades que pretendían superar; de hecho, su modelo continuó siendo productivista y no colocó al ser humano, en el sentido de sus aspiraciones más legítimas, en el centro del proceso de desarrollo; tampoco logró hacer a ese ser humano portador de valores culturales superiores.

La preeminencia de concepciones y mecanismos institucionales burocráticos, la consecución de grandes metas cuantitativas, el gigantismo y, sobre todo, la pérdida del sentido de correspondencia entre los legítimos intereses individuales y los intereses colectivos, y, por último, la presión histórica por imponer su concep-

ción de socialismo como la única válida en todo lugar y momento, condujeron a desdibujar el sentido ético y estético propios del proyecto emancipador. De aquí se derivaron la superposición de los criterios burocráticos por sobre los del conjunto de la sociedad, la uniformación de los diseños industriales y constructivos, la promoción del realismo socialista, limitaciones fuertes a la participación democrática y la obstrucción de los mecanismos científicos y sociales para comprender sus propias limitaciones y rectificarlas, se prefirió la promoción de intelectuales dóciles y no la de portadores de un pensamiento revolucionariamente crítico. La esencia de estas limitaciones estuvo, sin dudas, en el terreno cultural, en la incapacidad de devolverles a la economía y a la sociedad su dimensión verdaderamente humana y ecológica, en la incapacidad de comprender y transmitir la profundidad de la transformación que debe alcanzar el proyecto emancipador en el terreno de los valores y la espiritualidad, en la incapacidad de darle espacio al pensamiento revolucionario. El ser humano, individual y colectivo, es lo que es; de él es preciso partir. Desconocerlo sería caer en un idealismo estéril, pero a la vez, el ser humano puede y debe ser otra cosa, no creer en esto y no luchar por esto condenaría el futuro de cualquier proyecto emancipador. Como afirmó Antonio Gramsci, no puede tomarse el poder político sin haber tomado el poder cultural.

A pesar de haber declarado y asumido objetivos diferentes a los del capitalismo, en el sentido de la búsqueda de la satisfacción de las necesidades del conjunto de la sociedad, el socialismo no superó el esquema productivista del capitalismo; es decir, subordinarlo todo al crecimiento económico. No modificó las aspiraciones a un consumo material siempre creciente, ni la relación del hombre con la naturaleza.

Aunque tuvo algunos logros sociales importantes, abolió la propiedad privada sobre los medios fundamentales de producción, alcanzó avances materiales y produjo una distribución más justa de la riqueza, no logró modificar en esencia la alienación del hombre en el proceso productivo. Esto último es decisivo, en ausencia de los mecanismos de explotación con los cuales cuen-

ta el capitalismo para movilizar al hombre en la producción, la no existencia de una nueva relación que convirtiera a los hombres en sujetos económicos, objetiva y subjetivamente interesados en impulsar el proceso productivo sobre nuevas bases, obstaculiza la reproducción de la economía en el mediano y largo plazos.

La cuestión de cómo resolver el problema del crecimiento de la productividad y la intensidad del trabajo fue en general resuelta por el capitalismo. El desafío radica en cómo resolverla en virtud de un paradigma social y cultural diferente. El reto histórico para el socialismo no era tanto sostener el crecimiento económico como desarrollar el nuevo sujeto que lo hace sostenible en el largo plazo —y éste es un problema esencialmente cultural—. La rearticulación de una nueva concepción socialista tiene que replantearse este asunto como un problema medular.¹⁵ El mundo necesita hoy, nunca más que antes, respuestas alternativas. La gravedad de los problemas sociales, culturales y ecológicos así lo exige, pero es preciso aprender de la historia para replantear sobre nuevas bases los proyectos emancipatorios.

► El desafío para Cuba

La Revolución Cubana ha sido un proceso emancipador cuyas raíces históricas nacen en el siglo XIX, fundadas desde un pensamiento nacional que no sólo se planteó la cuestión central de la lucha por la independencia, sino además un proyecto de república correspondiente con las aspiraciones más legítimas de las mayorías del país. Soberanía, progreso económico, justicia social y participación popular, han constituido los principios esenciales del proyecto nacional. En éstos no sólo está expresado un propósito general, sino también determinada manera de alcanzarlos y constituirlos: “insértese en nuestras repúblicas el mundo pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”; aquí hay un planteamiento eminentemente cultural. El principal obstáculo que ha tenido que enfrentar la realización del proyecto emancipador en Cuba, ha sido la pretensión hegemónica que sobre el país han tenido las grandes potencias imperialistas desde el inicio mismo de la historia de la nación.

El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 creó las condiciones políticas para el avance del proyecto emancipador y para resistir las pretensiones hegemónicas. El carácter socialista que asumió el proceso reforzó la realización de los principios constitutivos del proyecto nacional, en una relación de correspondencia entre el ideal socialista y los contenidos centrales del proyecto nacional histórico. Esto le concede a la experiencia socialista cubana una condición diferente a la que tuvo en varios de los países europeos. Sin embargo, el escenario internacional en el cual este hecho se produce colocó a Cuba, sin pretenderlo, en el centro de la “guerra fría”. La fuerte integración de Cuba al bloque europeo no fue sólo, ni en lo fundamental, el resultado de coincidencias ideológicas, sino la única alternativa a la política de bloqueo y agresiones que los gobiernos norteamericanos impusieron desde los primeros años de la Revolución.

Progresivamente esa integración, no sin tensiones y contradicciones, generó por casi tres décadas un tipo de relación económica que en gran medida permitió escapar de las difíciles condiciones que el mercado mundial impone a los países subdesarrollados, las relaciones de colaboración contribuyeron al crecimiento de la infraestructura física e industrial del país y al sostenimiento de un gasto social en expansión. De otra parte, a pesar de las diferencias históricas y sobre todo culturales, esa relación de manera inevitable trasladó a Cuba determinados rasgos y limitaciones de aquel modelo socialista. La fuerza de la cultura y la historia nacional fue precisamente la que preservó, aun en estas complejas condiciones internacionales, la autenticidad del proceso cubano.

A partir de 1990 se fracturan abruptamente las articulaciones internacionales de la economía cubana. El país queda expuesto al mercado mundial y se refuerza el bloqueo norteamericano con las nuevas leyes Torricelli y Helms-Burton. La crisis económica que estas circunstancias desatan en el país es respondida con un complejo proceso de cambios, que tratan de reconstruir la viabi-

¹⁵ Ver Francisco Fernández Buey y Jorge Riechmann: *Ni tribunos*, Editorial Siglo XXI, España, 1996.

lidad económica del proceso socialista cubano. De hecho se abre un período de resistencia activa que mantiene la vitalidad del proyecto emancipador aun en tan difíciles circunstancias; sin embargo, inevitablemente los cambios y la propia crisis producen modificaciones en los perfiles de la economía y la sociedad, se presentan nuevas contradicciones y riesgos.

La mayor diferenciación social y económica, la doble circulación monetaria, la llamada inversión de la pirámide social, el peso de las remesas familiares, la avalancha de turistas, la presencia creciente de empresas extranjeras, el impacto de la agresión externa y las presiones que la crisis impone para resolver las necesidades del día a día, exponen al país a peligros de una naturaleza diferente a los que conoció el proceso revolucionario en cualquiera de sus etapas anteriores. De nuevo, la riqueza cultural de la nación, entendida ésta en su sentido más abarcador, es la reserva más importante que, activada, puede garantizar la preeminencia de los principios fundamentales del proyecto emancipador.

En este contexto, parece fundamental el planteamiento de la relación entre la cultura y el desarrollo en toda su dimensión. Una primera y más estratégica referida a la concepción cultural desde la cual deberían conducirse los cambios económicos que se van produciendo en el país, para que, a pesar de su profundidad, correspondan y refuercen los principios que han regido históricamente a la Revolución Cubana. Una segunda dimensión referida al sostenimiento y desarrollo de los “sectores culturales”, protegiéndolos del impacto que sobre ellos provoca la nueva situación. Desde esta perspectiva, continuar el esfuerzo por financiar y, a la vez, potenciar los sectores culturales, incluida la educación, resulta tan estratégico como el que se hace en otros sectores sociales. Ha sido en este campo donde se han alcanzado los logros más trascendentes y estratégicos, de aquí emana, precisamente, la mayor fuerza del país para asumir los retos del futuro.

► Una nueva era con desarrollo cultural

En correspondencia con la importancia del tema de cultura y desarrollo, debe promoverse la

mayor reflexión para profundizar en sus contenidos y su influencia en la transformación de la realidad; esto plantea para cada país un esfuerzo particular, comprometer a lo más avanzado del pensamiento y la creación, y a las poblaciones en general en la discusión de estos temas desde la perspectiva de la experiencia de cada nación y su posición en el contexto internacional. Claro que el regreso a las raíces propias de cada cultura, como condición necesaria para plantearse el rumbo que debe seguir cada país en su futuro, no puede significar quedarse al interior de cada frontera; de hecho, las culturas no tienen fronteras claramente delimitadas. El mundo es, como se ha dicho, cada vez más único e interdependiente, sin embargo, es también profundamente desigual, injusto y conflictivo, por tanto, exige cambios y éstos tendrán también una naturaleza diversa. Como se afirma en el Informe “Nuestra diversidad creativa”, la base de esos cambios debería ser el establecimiento de una ética global, que suministre los requisitos mínimos que deben observarse por cualquier gobierno o nación, pero que reconozca expresamente su diversidad y deje un amplio campo de posibilidades para la creatividad política, la imaginación social y el pluralismo cultural.

El diálogo y el respeto mutuo entre culturas constituyen hoy uno de los principales desafíos para garantizar la coexistencia pacífica y una cultura de paz, cuyo primer principio debe ser la oposición firme y activa a todo acto de violencia contra los derechos de otro. Es preciso impedir que la globalización continúe favoreciendo los intereses exclusivos de los más fuertes y afectando la diversidad y el pluralismo culturales, el respeto mutuo es un imperativo. La creatividad cultural es la fuente fundamental del progreso humano y un factor esencial de desarrollo.

El desarrollo sustentable y el florecimiento de la cultura son interdependientes, la esencia del desarrollo humano, la realización cultural y social de las personas. El acceso a la información y la participación plena en la vida política y cultural de la sociedad, así como la igualdad social, forman parte de los derechos fundamentales del ser humano en cualquier comunidad. Los Esta-

dos tienen el deber de crear las condiciones y velar por el pleno ejercicio de estos derechos.¹⁶

La armonía entre la cultura y el desarrollo, el respeto para todas las identidades culturales en un contexto democrático, participativo, de equidad socioeconómica, así como el respeto a la soberanía, son precondiciones de la paz. Es necesario construir y reconocer el poder de las mayorías como condición para que a partir de su propia creatividad forjen y consoliden sus modos de vida en comunidad y conduzcan un desarrollo humano y cultural.

Una concepción cultural del desarrollo exige el replanteamiento del alcance y el carácter de la política cultural. Su principal propósito debe ser establecer objetivos, construir voluntades, montar estructuras y asegurar los recursos para crear las condiciones que conduzcan a la más plena realización del ser humano, para que cada cual pueda desarrollar sus potencialidades. No hay un solo campo de la actividad social y económica que no tenga algún nivel de impacto cultural; por tanto, la política cultural debe tener un alcance inter-institucional y articulador de la estrategia de desarrollo.

Les presentamos un conjunto de recomendaciones, inevitablemente incompletas, que contribuirían a darle a la política cultural el lugar que debe ocupar en la estrategia de desarrollo:

- Establecer la mayor articulación entre las instituciones que conducen las diferentes dimensiones de las políticas gubernamentales; por ejemplo, cultura-ciencias, cultura-medio ambiente, cultura-economía y planificación, cultura-turismo, cultura-educación, cultura-salud pública, cultura-deportes, cultura-relaciones exteriores, etcétera.

- Contribuir a que se comprenda y se asuma políticamente el concepto de que la cultura, en su sentido más abarcador, constituye la esencia del desarrollo, para que las políticas de gobierno en los diversos campos actúen en correspondencia con esta concepción.

- Definir formas específicas de financiamiento para las actividades de los llamados sectores culturales que lo requieran, a partir de formas de distribución de parte de los ingresos que se

generan en otras actividades del “sector”, así como la solicitud a los gobiernos de las partidas presupuestarias que sean imprescindibles.

- Velar y contribuir a que existan las condiciones económicas, políticas y sociales para la más amplia, diversa y auténtica creación cultural.

- Desarrollar las “industrias culturales”, potenciando sus aportes en términos de ingresos y empleo, pero conducidas desde objetivos y principios eminentemente culturales.

- Priorizar la conservación del patrimonio tangible e intangible, histórico y natural, como el principal referente de la cultura del pueblo. Es preciso impedir que cualquier acción o inversión con criterio estrechamente económico o comercial afecte o empobrezca de manera indiscriminada el patrimonio.

- Incorporar a la política cultural una dimensión de género y de edad. Esto es, estimular conscientemente la mayor participación de las mujeres, los niños y los jóvenes en el desarrollo cultural. Es necesario contrarrestar la tendencia histórica, reforzada por la globalización, de excluir o menospreciar a estos sectores sociales.

- Levantar, como un principio fundamental vinculado directamente a la realización plena del ser humano, el sostenimiento y desarrollo de un sistema de educación, salud y seguridad social de cobertura universal para todos los ciudadanos.

- Estimular la mayor actividad de investigación académica de carácter multidisciplinario sobre el tema de cultura y desarrollo, tanto a nivel más teórico como específico. Es preciso generar los instrumentos analíticos que permitan medir el desarrollo cultural de la sociedad en cada etapa, así como la evolución de sus aspiraciones.

- Favorecer, sobre la base de determinados principios, un ambiente de intercambio y debate entre la comunidad científica e intelectual y las estructuras políticas y de gobierno. Y de ambas con el conjunto de la sociedad.

- Velar por la mayor presencia del tema cultura y desarrollo en los medios de comunicación para contribuir a una mayor conciencia y participación de todo el pueblo en la concepción, decisión, ejecución y control de las políticas que tienen como fin su propio bienestar material y espiritual.



Cuba frente a la Ley Helms-Burton en el contexto de la llamada globalización

Esteban Morales Domínguez En las reflexiones que siguen, se nos entrega un conjunto de **criterios que distan** de aquellos que **venden la globalización** “como el mejor de los mundos posibles”. En el **contexto actual** de los procesos de la globalización, la **Ley Helms-Burton** conforma una acción compatible con ellos y, ante los cuales, **Cuba desarrolla sus posiciones**. He aquí el análisis de tan presente vivencia para la Isla.



Se ha hablado mucho sobre la globalización. Existe además todo un discurso que nos la vende como el mejor de los mundos posibles.¹ Debemos recordar que el capitalismo es internacional por su naturaleza y espíritu expansionista.

Aunque los procesos de concentración y centralización de la producción y del capital, y, por tanto, los fenómenos de la globalización, como sus hijos legítimos, no cubren todos los espacios geográficos de manera homogénea, ni al mismo

¹ “El término globalización se ha utilizado para designar el amplio proceso de transformación tecnológica, institucional y de orientación que está ocurriendo en la economía internacional (...) Aún no se ha convertido en una categoría de análisis, teniendo en cuenta que el

fenómeno y sus elementos constitutivos no están claramente delimitados y que globalización es tanto un proceso como una fuerza propulsora y un resultado (...) su significado se vuelve más riguroso cuando aparece en *(continúa)*

ESTEBAN MORALES DOMÍNGUEZ
Doctor en Ciencias Económicas especialista del Centro de Estudios sobre Estados Unidos, ha trabajado acerca de las temáticas referidas a la contemporaneidad política y económica. Autor de varios libros, sus artículos y ensayos se han publicado en nuestro país y en el exterior.

tiempo. Tales procesos no han sido capaces siquiera de borrar las asimetrías heredadas del colonialismo.

El desarrollo desigual del capitalismo a nivel internacional no ha dejado de tener lugar, al contrario, estos procesos se han agudizado.² Una prueba de ello es que, como nunca antes, el fenómeno de la pobreza ha estado presente en el discurso de los líderes políticos de casi todo el mundo.³

El proceso mundial a que ingresamos a partir de finales de la década del 80 y que se ha dado en llamar globalización, se caracteriza por la superación progresiva de las fronteras nacionales en el ámbito del mercado mundial, en lo referente a las estructuras de producción, circulación y consumo de bienes y servicios, así como por alterar la geografía política y las relaciones internacionales, la organización social, las escalas de valores y las configuraciones ideológicas propias de cada país.⁴

“La creciente homogeneización internacional de los métodos de producción y de consumo y, principalmente, la reducción del precio relativo de las comunicaciones y los transportes, como consecuencia de los avances tecnológicos, fueron algunas de las precondiciones de la transformación de la estructura de la economía

mundial. Ésta va dejando de ser sólo un agregado de economías nacionales vinculadas por flujos de comercio e inversión, para convertirse progresivamente en una red única de mercados y producción”.⁵

Sobre la base del alto nivel de internacionalización del capital y de la producción alcanzado durante los años 70 y 80, apa-

rece la globalización, que se corresponde con una nueva etapa del capitalismo, en la cual se origina un desarrollo redoblado de las fuerzas productivas y su difusión gradual a escala mundial.

En este contexto, el neoliberalismo, como ideología conservadora y política económica, ha devenido la palanca de que se están valiendo los centros capitalistas más desarrollados para trasponer las fronteras nacionales con el fin de despejar el camino para liderar los flujos de mercancías y capital.⁶

La globalización también es un proyecto político de dominio mundial, aunque tiene su base objetiva en procesos reales que están sucediendo en el campo de la tecnología, el comercio mundial, las finanzas y la economía en general, junto al creciente predominio de las corporaciones transnacionales, que operan con los países como meros departamentos de sus producciones, la inversión, el comercio y las finanzas.

(viene de la página anterior)

conjunto con otros términos, como en las expresiones ‘globalización de los mercados’, ‘globalización de la producción’ o ‘globalización de la competencia’ ”.

Para ampliar sobre este asunto, ver “Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe”, CEPAL, LC/6 1941/ Corr. 1, 19 de enero de 1997, edición 1996, ONU, pp. 19-26.

² Basta consultar el “Informe sobre desarrollo humano”. Organización de Naciones Unidas, 1995, para comprobar esta afirmación. Ver también “Panorama de la inserción internacional...”, ed. cit., pp. 25-26.

³ Ver “Declaración de Santa Cruz, Conferencia Cumbre sobre Desarrollo Sostenible, 7 y 8 de diciembre de 1996,” punto 6, USIA, Washington D.C., p. 2; Ver “Declaración de Viña del Mar”, Chile, 7 al 11 de diciembre de 1996, VI Cumbre Iberoamericana de Je-

fes de Estado y de Gobierno, punto 3, p. 1.

⁴ “La teoría social latinoamericana”; cuestiones contemporáneas (T. IV). Coordinadores: Ruy Mauro Marini y Margara Millán, Universidad Nacional Autónoma de México, Ediciones El Caballito, S.A., México, D.F., 1996, p. 149.

⁵ El proceso de globalización podría definirse como un sistema de producción en el cual una fracción cada vez mayor del valor y la riqueza se genera y distribuye mundialmente por un conjunto de redes privadas relacionadas entre sí y manejadas por las grandes empresas transnacionales, que constituyen estructuras concentradas de oferta, aprovechando plenamente las ventajas de la globalización financiera, núcleo central del proceso. Ver “Panorama de la inserción...”, ed. cit., p. 23.

⁶ Para ampliar, ver Ruy Mauro Marini y Margara Millán, ob. cit., pp. 49-68.

“Las ventas realizadas por las filiales de las empresas transnacionales ascendieron a 5 200 millones de dólares en 1992 (...) lo que significa que estas empresas generan las dos terceras partes de todo el comercio mundial, a través de las transacciones intrafirmas e interfirmas, lo que deja sólo un tercio de todo el comercio bajo el régimen de libre mercado. Al mismo tiempo, las inversiones directas de estas empresas en el extranjero y las redes de producción y las transacciones económicas internacionales creadas en torno a ellas han superado al comercio como principal factor de la integración económica internacional”.⁷

Sin embargo, estos procesos no pueden considerarse como concluidos, como si ya constituyeran el escenario único en el cual se desenvuelven las naciones, el sujeto económico y los actores internacionales. Es decir, no podemos hablar de globalización como si se tratara de la única tendencia presente en el contexto mundial, aunque sí apunta como la dominante.

Considero que también hay que hablar de ciertas tendencias a la bloquización y la regionalización; dinámica que se combina con rasgos de la internacionalización del capital al nivel más alto. Dentro de un fenómeno más general de “transición del sistema de relaciones internacionales”, de la cual los fenómenos de la globalización son una parte sustancial de la esencia de esa transición. Por esto, el mundo de la llamada posguerra fría resulta más complejo, impredecible e ingobernable que el de la vieja contradicción entre los dos sistemas mundiales, tanto en términos propiamente económicos como de la seguridad internacional.⁸

Otro fenómeno que hace más complicado el actual escenario internacional, lo constituye

la transición hacia la economía de mercado de un grupo de naciones, que, con posterioridad al derrumbe del modelo socialista en Europa del Este y la desaparición de la URSS como Estado socialista multinacional, “Han rechazado en su totalidad o en gran parte la planificación central y han iniciado el paso —o transición— hacia mecanismos de mercado descentralizados basados en un sistema generalizado de propiedad privada...”.⁹

Se trata de un proceso muy complejo, caracterizado en principio por las diferencias que estas economías ya presentaban como partes componentes del desaparecido sistema socialista de economía mundial. Esta transición, sobre todo en Rusia y las repúblicas ex socialistas de Europa del Este, no significa simplemente “la adopción o modificación de algunas políticas o programas, sino el paso de un modo de organización económica a otro completamente diferente”.¹⁰

Pero hablar de cosas en proceso como fenómenos concluidos, también tiene como objetivo inducir a formas de comportamiento para contribuir al tránsito de lo ideal a lo real; objetivo fundamental del discurso político de la globalización, esgrimido por los líderes de las principales potencias del capitalismo mundial.

La globalización no significa una homogenización de las economías, diría incluso de la mayoría de ellas, a un alto nivel de desarrollo, sino un proyecto de “modernización” del capitalismo, que, apoyándose en los procesos objetivos que tienen lugar en la economía mundial, traiga como resultado un sistema más interconectado y estandarizado de dominio económico y político por parte de las principales naciones desarrolladas.

“Probablemente, una de las manifestaciones más visibles de la globalización de los mer-

⁷ Ver “Panorama de la inserción...”, ed. cit., p. 25.

⁸ La regionalización, junto al proceso de formación de bloques que le es inherente, no está aún suficientemente estudiada, pues se trata de un regionalismo de “nueva generación” diferente al fenómeno en las primeras décadas de la segunda posguerra. Dando lugar al surgimiento de formas de integración diferentes, que ya se extiende a todos los continentes: TLC, Mercosur, Cooperación Económica en Asia y en el Pacífico (APEC). Ver “Panorama de la inserción...”, ed. cit., pp. 29-31.

⁹ “Qué es la transición”, Informe sobre Desarrollo Mundial, 1996, Banco Mundial, Washington D.C., EUA, p. 4.

¹⁰ Para ampliar sobre la complejidad de este fenómeno, ver “De la planificación centralizada a la economía de mercado”, Informe sobre el Desarrollo Mundial, 1996, Banco Mundial, Washington D.C., EUA, pp. 1-7, 159-168. Según el informe, “estas economías en transición se están reincorporando a un mercado internacional cada vez más integrado”.

cados sea la integración de los mercados financieros, sobre todo debido a la magnitud y al ritmo de variación de las corrientes internacionales. Los capitales altamente volátiles se han convertido en un factor de vulnerabilidad para las economías nacionales, y han planteado nuevas interrogantes sobre la capacidad de los gobiernos para seguir definiendo su política monetaria y fiscal con eficacia”.¹¹

Proceso dentro del cual, el Estado-nación, heredado del desarrollo del capitalismo, va cediendo su lugar a un sistema interdependiente de bloques económicos, liderados por los países capitalistas más desarrollados, en el cual la economía nacional, como entidad independiente, pierda finalmente su capacidad para servir de base cimentadora de la soberanía nacional y la autodeterminación de los pueblos.

Ello se vería complementado por un proceso de aculturación y estandarización de ciertos valores de las “sociedades de consumo”, facilitado por el extraordinario desarrollo de los medios de comunicación e información, que transforman a las hoy culturas nacionales en parte de un sistema liderado por los países que monopolizan el desarrollo económico y la más alta tecnología, con la consiguiente pérdida de identidades y de la independencia nacional. Se trata del proyecto para llegar al nuevo “sistema neocolonial”; todo ello, sin haber logrado vencer los problemas de la desigualdad económica, la miseria, el hambre, la incultura, la insalubridad y otros tantos males que aún padece una buena parte de la humanidad.

“Los indicadores sociales que reflejan el profundo desequilibrio existente en términos de

movilidad y beneficios entre capital y trabajo constituyen el aspecto menos alentador del actual proceso de transformación. Los avances tecnológicos que deberían permitir a los hombres y mujeres tener mejores empleos y recibir salarios más altos, dejando a las máquinas las tareas rutinarias, insalubres y peligrosas, se reflejan en elevadas tasas de desempleo de largo plazo, reducción sostenida de los puestos de trabajo y creación de nuevos puestos mal remunerados, concentración del ingreso y de la riqueza, acentuación de la heterogeneidad salarial, eliminación de los beneficios sociales de los trabajadores y aumento de la carga de trabajo para los que tienen el privilegio de no haber sido despedidos en el proceso de reducción de costos de las empresas”.¹²

Entonces, me preguntaría: ¿La Ley Helms-Burton¹³ es compatible con los procesos de la globalización? ¿Es posible una Ley Helms-Burton en el contexto de la globalización? Diría que sí es compatible; por cuanto aún y cuando la Helms-Burton está en contradicción con muchas de las tendencias comerciales, de libre movilidad de los capitales, mercados y sistemas financieros integrados, etc., presentes en los procesos de globalización, esta ley resulta compatible con otras tendencias a la búsqueda de liderazgos, hegemonías, presiones a la estandarización del comportamiento y control supranacional, de la economía y la política, que acompañan a estos mismos procesos de la globalización, liderados, en definitiva, por las naciones capitalistas más desarrolladas. Leyes como la Helms-Burton forman parte de ese proceso, dentro del cual Estados Unidos pretende

¹¹ Ver “Panorama de la inserción...”, ed. cit., p. 23.

¹² Ver “Panorama de la inserción...”, ed. cit., p. 25.

¹³ La llamada Helms-Burton o “Acta para la Libertad y Solidaridad Democrática de 1996”, se trata de un paquete legislativo formado por varias iniciativas presentadas por los congresistas Jesse Helms y Dan Burton, dirigido a recrudecer la política de bloqueo contra Cuba, firmada por el presidente Clinton, bajo la coyuntura electoral de 1996, el 12 de marzo de ese año. Por medio de ellas se ejercen presiones sobre Cuba, conminando a la aceptación de hacer una supuesta “transición a la democracia”, y se ataca el proceso inversio-

nista en Cuba, al crear la denominada figura del “tráfico”; negando toda posibilidad de recibir inversiones en aquellos bienes que antes hubiesen sido propiedad norteamericana en la Isla. La ley cuenta con cuatro capítulos denominados del modo siguiente:

- Título I. Fortalecimiento de las sanciones internacionales contra el gobierno de Castro.
- Título II. Ayuda a una Cuba libre e independiente.
- Título III. Protección a los derechos de propiedad de los nacionales estadounidenses.
- Título IV. Exclusión de determinados extranjeros.

imponer al mundo sus intereses de política exterior, aunque para ello tenga que afectar a sus más cercanos aliados.

La Ley Helms-Burton apareció en el escenario interno norteamericano como consecuencia de la acción de una extrema derecha radicada en la política del país, ahora representada con fuerza estremecedora en el Congreso de Estados Unidos.¹⁴ Extrema derecha a la cual no interesa la globalización en el sentido positivo que puedan encerrar estos procesos, sino sólo hegemonizar para controlar e inducir el modo de hacer política a nivel interno e internacional. Se trata así de una expresión del debate político interno de cómo y hacia dónde conducir a la nación norteamericana y al mundo en el próximo siglo.

Por ello, Cuba no sólo aparece como el objeto directo de la ley, sino también como el “*test case*” que le permitiría a esa extrema derecha comprobar si puede imponer en el orden interno y a los aliados de Estados Unidos su forma de hacer política. Razón por la cual, Cuba lucha contra la ley, pero los demás países no deben mantenerse al margen de esa batalla si quieren defender sus propios intereses.

Ha sido precisamente una actitud de rechazo a lo que la ley representa y pretende, lo que ha dado lugar a la concertación gobierno-empresa y entre gobiernos, que está ocurriendo a nivel internacional, y de una forma nunca vista. Fenómeno sobre el cual no es posible hacerse ilusiones, por cuanto si bien en él está presente el componente solidario hacia Cuba, ésta no deviene la esencia de las intenciones de los aliados de Estados Unidos, ni su objetivo fundamental al oponerse a la ley.¹⁵

Tampoco puede desconocerse que, a pesar de que los llamados “internacionalistas” han vuelto a tomar la delantera, la política norteamericana se halla sumergida en un debate similar al que ocurrió entre las dos guerras mundiales. Debate dentro del cual la estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos que se está forjando no ha logrado aún, ni parece podrá lograr hacia el futuro, la coherencia que tuvo en el período de la denominada “contención del comunismo”.

Una expresión particular de este debate es la lucha que se desató entre la extrema derecha del Congreso, auspiciadora de la Helms-Burton y la posición de la administración liderada por W. Clinton, al considerar la Ley Torricelli¹⁶ como el basamento para llevar adelante la política hacia Cuba en las condiciones actuales. Situación que, a mi entender, no ha cambiado en esencia, a pesar de las presiones impuestas por la coyuntura electoral.

W. Clinton, consecuente con la actitud asumida en 1992 frente a la Torricelli, aprobó la Helms-Burton, en marzo de 1996, por razones netamente electorales. Pero salvo esa coyuntura, en mi opinión, la Torricelli continúa siendo, por su contenido, la ley que más corresponde a las exigencias actuales de la política hacia Cuba.

En medio del año electoral y presionado ante todo por la oposición internacional, Clinton pospuso la fecha de los procedimientos para la aplicación del capítulo III. Su puesta en marcha, según declaraciones reiteradas por el propio presidente, quedaba supeditada, después del plazo otorgado hasta el mes de enero, a lo que resultase de las negociaciones con los aliados.

¹⁴ En las elecciones congresionales de 1994, el Partido Republicano, representado por figuras, principalmente de extrema derecha, ganó la mayoría tanto en la Cámara como en el Senado de Estados Unidos. Situación que se mantiene después de las elecciones de noviembre de 1996. Ver “The numbers behind a divided decision”, revista *Newsweek*, 18 de noviembre de 1996, EUA, p. 13, en el cual podemos observar cómo en 1996 el Senado quedó compuesto por 45 demócratas y 54 republicanos, mientras la Cámara, por 225 republicanos frente a 208 demócratas (más dos independientes).

¹⁵ Se ha producido una oposición casi generalizada a la Helms-Burton a nivel internacional. Dentro de tal oposición existen importantes expresiones de solidaridad hacia la Revolución Cubana. Pero las coaliciones para atacar la ley responden en lo fundamental a que ella afecta los intereses comerciales e inversionistas de muchos países que se relacionan con Cuba y que son, al mismo tiempo, aliados de Estados Unidos.

¹⁶ La llamada Ley Torricelli o “Acta de Democracia para Cuba”, se aprobó en 1992, durante la campaña

(Continúa)

Sin dudas, el presidente obtuvo buenos resultados para sí con esa primera posposición (la cual se produjo en medio de la campaña presidencial, julio de 1996), por cuanto mantuvo el efecto intimidatorio de la ley contra Cuba, tranquilizó a los aliados para evitarse conflictos no deseados a nivel internacional y limpió de obstáculos el año electoral en relación con la política hacia Cuba. Hasta logró satisfacer a Jorge Mas Canosa, líder de la FNCA,¹⁷ quien valoró la maniobra presidencial como una medida inteligente.

Pero, evidentemente, la Helms-Burton pasó desde entonces a constituirse también en un obstáculo (a pesar de ser al unísono un instrumento de presión) para el proceso de coordinación de política que el nuevo asesor presidencial y subsecretario de Estado para asuntos de comercio internacional, Stuart Eizenstat, empezó a realizar con los aliados de Estados Unidos; en especial, la Unión Europea (UE), los miembros del Tratado de Libre Comercio (TLC) y Japón.

Considero que en esas negociaciones, más allá de convencer a los aliados de que aceptasen la Helms-Burton, Clinton estaba tratando de que éstos acompañasen a Estados Unidos en una política que, en esencia, es la que todos quisieran para Cuba, correspondiente a la coincidencia estratégica existente. Es decir, trabajar por uniformar a Cuba, por estandarizar su comportamiento a los de una economía de mercado y una democracia liberal pluripartidista, llevándola de nuevo al ramillete de repúblicas latinoamericanas que, a casi 200 años de sus procesos

independentistas, no han podido solucionar uno solo de los problemas que ya Cuba ha resuelto y que ahora lucha por preservar como conquistas alcanzadas. Siendo así como en el orden político también se manifiestan las tendencias de la globalización para Cuba en la actualidad.

Se observa incluso que Cuba ni siquiera podría enfrentar los procesos globalizadores de manera independiente, sino que aun para acceder a éstos se le impone el bloqueo como mediación. Por lo cual bloqueo, globalización y presiones a la estandarización de su régimen político, constituyen el reto combinado que hoy enfrenta la Isla en el proceso de reestructuración de sus relaciones económicas internacionales.¹⁸

Pero resulta importante, además, entender que la política de William Clinton hacia Cuba no se había concebido para aceptar la rigidez que ahora trata de imponerle la Helms-Burton. Como sabemos, los aliados no aceptan el componente transnacional de la Helms-Burton, aunque pienso que Clinton no se está anotando con ello una derrota, sino más bien acumulando argumentos para tratar de convencer, más adelante, al Congreso de que ése no es el camino en la política hacia Cuba. Pues ni la Helms-Burton resulta lo más importante para Clinton, ni los aliados la aceptarán. Clinton más bien está utilizando a la Helms-Burton para presionar a los aliados hacia un consenso de subversión política contra Cuba.¹⁹

En definitiva, en esta coyuntura lo relevante para Clinton no es que los aliados acepten la Helms-Burton, sino el trasfondo de política hacia Cuba, que fue negociado en las giras del

(viene de la página anterior)

presidencial en que contendieron George Bush y William Clinton. La ley tenía entre sus objetivos básicos eliminar el comercio de Cuba con filiales de empresas norteamericanas en terceros países y dejar algunos espacios para la posterior instrumentación del denominado Carril II (*Second Track*). Fue firmada por Bush a instancia de las presiones realizadas por Clinton en la lucha por el voto cubano-americano; en particular, del estado de la Florida.

¹⁷ Fundación Nacional Cubano-Americana.

¹⁸ Para ampliar ver del propio autor "Economía y política del conflicto Cuba-Estados Unidos en la se-

gunda mitad de los años 90", en *Revista Economía y Desarrollo*, no. 3 y 4 de 1996, La Habana, Cuba. La revista presenta atrasos en su publicación.

¹⁹ Estas afirmaciones están avaladas por un análisis del documento "La posición común de la UE sobre Cuba: debate interno, reacciones y repercusiones". Informe de IRELA, INF-96/6-Cuba, Madrid, España, 13 de diciembre de 1996, así como por otras consideraciones relativas a los pasos que W. Clinton ha dado para obtener un consenso internacional que permita presionar a Cuba. Ver "Declaración Eizenstat sobre promoción democracia en Cuba," USIS, LSI 402, 08/29/96, Washington, D.C.

señor Eizenstat; en especial, dentro de Europa. Sin dudas, en la actual coyuntura, Clinton no persigue que la Helms-Burton se aplique como tal, sino mantener su efecto intimidatorio contra los potenciales inversionistas, presentando así la mejor cara ante la extrema derecha de la comunidad cubana, y trabajar para que los aliados lo sigan en su estrategia subversiva contra la Revolución Cubana hacia el futuro.²⁰

El presidente aprovechó el *impasse* electoral para negociar un diseño de política hacia Cuba, que deje de ser la política de Estados Unidos, para consustancial con el proceso de internacionalización del conflicto, a que la propia actitud de Estados Unidos dio lugar, esta pase a ser la política de todos sus aliados contra la Isla.²¹ Pero el contexto que se le presenta ahora a Clinton, sigue siendo complejo, por las razones que apuntamos a continuación:

- Las contradicciones con los aliados se mantendrán, a pesar de que el 3 de enero de 1997, Clinton pospuso los procedimientos para la aplicación del capítulo III por segunda vez consecutiva.²² Dado que la UE persiste en mantener el contencioso contra Estados Unidos ante la Organización Mundial de Comercio (OMC), continúan las protestas de Canadá y México dentro del TLC y las leyes antidoto aprobadas esperan su oportunidad para ser aplicadas. Además, no sólo son los capítulos III y IV de la ley los que afectan a los aliados de Estados Unidos, sino también los capítulos I y II, pues estos últimos representan el diseño de una Cuba para los norteamericanos (algunos creen para los cubanoamericanos). Perspec-

tiva con la cual Europa, sobre todo, junto a otros aliados, no puede estar de acuerdo, pues se trata de la ya ancestral intención de Estados Unidos de reservar a Cuba para sí.

- Al mismo tiempo, el paso que Clinton dio al aprobar la Helms-Burton es dramático, por cuanto esta ley cambia totalmente las reglas de la formulación y ejecución de política hacia la Isla. Dado que todas las medidas contra Cuba han quedado codificadas bajo una ley, que sólo el Congreso podría levantar, lo que no deja espacio a Clinton para conducir la política exterior hacia la Isla, sentando además un precedente inaceptable para el presidente.²³

Entonces, la Helms-Burton entra en contradicción con las tendencias de política consideradas por la Torricelli, que sí está más acorde con las pretensiones de contar con los espacios correspondientes para un manejo de la política hacia Cuba de modo más ajustado al enfrentamiento de un proyecto cubano que sobrevive y avanza, trazando un modelo propio, que empieza a distinguirla, atrae la atención de los inversionistas y estimula la solidaridad para con la Isla.

Entonces, la Helms-Burton entra al mismo tiempo en contradicción con sus propios objetivos y las tendencias que están dominando el contexto internacional, debido, entre otras razones, a las siguientes:

- No tiene sentido alguno, en medio del contexto internacional que actualmente enfrenta Estados Unidos, en especial con la política hacia Cuba, recrudescer el bloqueo sobre la base de afectar sus relaciones con los aliados.

²⁰ Tal cosa es comprobable, cuando Clinton vuelve ahora a posponer por seis meses más la prórroga para la aplicación del capítulo III (3/1/97).

²¹ La política oficial del gobierno se ha basado en tres elementos fundamentales: la Helms-Burton, el llamado Carril II y los acuerdos migratorios. Recientemente fue declarado un cuarto elemento, al cual se ha dado en llamar "coordinación con terceros", que ya venía siendo fuertemente utilizado por Stuart Eizenstat. Ver Remarks by Michael Ranneberger, Coordinator for Cuban Affairs U.S. Department of State to the Governor's Cuba Advisory Group. Miami, Florida, February 28, 1997.

²² Este asunto se ha tratado con bastante superficialidad por la prensa en general, lo cual ha provocado la confu-

sión de que el capítulo III no se ha aprobado. La Ley Helms-Burton ha sido aprobada totalmente. Clinton aprobó en julio de 1996 el capítulo III, sólo lo que hizo entonces y renovó por seis meses más en enero de 1997, fue una moratoria para la presentación de los expedientes de acusación por "tráfico". Es decir, el capítulo III está vigente, sólo se han prorrogado los procedimientos para su aplicación. Estas prórrogas, de mantenerse hasta marzo de 1998, provocarán la protesta del segundo tipo de reclamantes: los cubanoamericanos.

²³ En estas y otras razones que veremos más adelante, nos apoyamos para decir que ahora Clinton debe trabajar para desembarazarse de la rigidez que la Helms-Burton le impone a la política hacia Cuba.

• Estados Unidos quiere manejar el bloqueo, pero está obligado a hacerlo dentro del contexto de una política más flexible, que le permita adecuarse a la realidad de una Cuba que sobrevive y avanza y contra la cual ya algunos estiman que es necesario emplear otros mecanismos que han probado ser más efectivos. Es decir, los mecanismos del llamado Carril II, ahora un tanto inhibidos por la existencia de la Helms-Burton.²⁴ Observándose incluso cierto esfuerzo por parte de Estados Unidos para superar la desventaja con relación al consenso europeo de política hacia la Isla y la actitud de Canadá.²⁵

Si Cuba continúa adelante, como está teniendo lugar, lo cual de un modo u otro significa que el bloqueo no es todo lo efectivo que se espera, esto hace necesario priorizar los mecanismos del Carril II, aun sin abandonar el bloqueo, pero manipulando ambos instrumentos de política en un ámbito de mayor flexibilidad.²⁶

Concluido el año electoral, en un escenario de Cuba avanzando, Clinton reelegido a la presidencia, manteniéndose la no aceptación por parte de los aliados del componente transnacional de la Helms-Burton, y junto a ello el debate interno de la política hacia la Isla que parece estar reapareciendo, la Helms-Burton podría verse afectada en su aplicación, dado que ésta rompe con los códigos de una política norteamericana hacia Cuba que, en el futuro, tiene que ser más flexible y consensual, sobre todo a nivel

internacional, lo cual sabemos, de ocurrir, no sería precisamente para facilitarle las cosas a Cuba.²⁷

► Cuba ante las pretensiones de la globalización política, liderada por Estados Unidos

A partir del derrumbe del socialismo en Europa y la crisis multilateral de la URSS, se formó un contexto político-ideológico a nivel internacional, al cual F. Fukuyama trató de darle forma bajo la pretensión teórica denominada como “fin de la historia”.²⁸

En particular, el triunfo de la Revolución Cubana ha tenido un impacto importante a nivel mundial y representó, desde el principio, un reto político de consideración para Estados Unidos, el cual vio quebrarse de pronto la cadena de las democracias representativas en América Latina.

En la Isla, antes casi un “protectorado” norteamericano, surgía un modelo social alternativo al existente en el hemisferio, que, por demás, terminó por identificarse con el socialismo como sistema, principal enemigo de Estados Unidos. Resultado de todo ello, el liderazgo estadounidense a nivel mundial y en particular hemisférico, en su histórico traspatio, se vio de pronto enfrentado a un proyecto social legítimo, nacido de una revolución radical y autóctona.

Por tanto, desde el principio, detrás del conflicto entre ambos países han estado siempre las intenciones de Estados Unidos por hacer re-

²⁴ Carril I es el bloqueo, Carril II está formado por un conjunto de acciones de acercamiento a la sociedad civil cubana, como intercambios culturales, académicos, sociales, ayuda humanitaria, viajes mutuos, etcétera. Si bien tales actividades no constituyen, en sí mismas, acciones subversivas, Estados Unidos pretende que éstas sirvan a esos propósitos y así son consideradas por la política gubernamental hacia Cuba, al lado de las actividades dirigidas a estimular, financiar y organizar la subversión interna.

²⁵ A diferencia de Estados Unidos, donde la extrema derecha impulsó la Helms-Burton, en Europa, la UE sí presenta un consenso de política hacia Cuba, concebido bajo la llamada “posición común”. Esto sin dudas concede a la UE ventajas en la aplicación del llamado Carril II. Ver “La posición común de la UE sobre Cuba: debate interno, reacciones y repercusio-

nes”. Informe IRELA, 13 de diciembre de 1996. INF-96/6-Cuba, IRELA, Madrid, España, 1996.

²⁶ Ello significaría volver a la Torricelli, que aunque cuestionada por los aliados, nunca sufrió ni con mucho los ataques de que ahora es objeto la Helms-Burton. Esto situaría a Estados Unidos frente a los aliados en una posición menos incómoda. Además, ahora los aliados no se verían afectados por la Torricelli, pues ellos mismos han comenzado a cubrir el comercio que las filiales norteamericanas no efectúan.

²⁷ Ya existe un proyecto de modificación a la Ley Helms-Burton en el Congreso norteamericano que busca una aplicación diferenciada de las sanciones implícitas en los capítulos III y IV de la ley.

²⁸ Ver Francis Fukuyama: “¿Debate sobre el fin de la historia?”, en revista *Facetas*, no. 3, 1990, pp. 8-13.

tornar a Cuba a su histórica área de influencia y las acciones e intenciones de la Isla por preservar la independencia que su vocación revolucionaria y socialista le han posibilitado construir.

Entonces Cuba, con su proyecto socialista y finalmente alternativo a los existentes en América Latina, aunque no fuese socialista, se ha estimado como un desafío a la hegemonía norteamericana en el hemisferio occidental. Por lo cual, aun dentro del llamado actual contexto posguerra fría, el proyecto cubano, continúa siendo, considerado como una amenaza a la “seguridad nacional” de Estados Unidos.²⁹ De aquí que, desde el principio, esgrimiendo pretextos que nunca existieron o que después han desaparecido y aun ahora, Estados Unidos mantiene una guerra no declarada contra la Revolución Cubana.

Supuestamente, el peligro de Cuba, para Estados Unidos, provino, durante muchos años, de su incompatibilidad con el hemisferio y más tarde por formar parte del campo socialista.

Pero ahora, desaparecidas las viejas razones, Estados Unidos continúa considerando a Cuba como incompatible con el sistema internacional y pretende elevar esa incompatibilidad al rango de política consensual junto a sus principales aliados en el mundo. Esta política adopta la forma de las exigencias a Cuba de la llamada “transición a la democracia”.³⁰

Entonces Estados Unidos ha tratado por todos los medios de subvertir a la Revolución Cubana y presta especial atención ahora al proceso

por lograr un consenso internacional de política contra la Isla. Es decir, los intentos por internacionalizar el bloqueo, que tantas críticas le han valido, devengan finalmente un régimen de presiones políticas generalizadas contra la Isla. Se trata de aprovechar la internacionalización de la política de bloqueo para volcarla contra Cuba. Para ello, William Clinton está utilizando la Helms-Burton como un instrumento de presión hacia Cuba y sus aliados. Proceso dentro del cual la mayoría acompaña las intenciones políticas norteamericanas para con la Isla.

A mi entender, la “transición democrática” que se le pide a Cuba resulta ser una imposición sobre la base de presiones externas, bajo las cuales el país tendría que abrirse a un “juego político”, supuestamente liderado desde dentro por la propia dirección política cubana, pero realmente manipulado desde fuera y apoyado por una “quintacolumna” que se encuentra en la Isla.³¹

Se trata de una imposición externa, pues en Cuba no existen condiciones políticas para la fundación de otros partidos, programas o liderazgos alternativos, ante los del Partido Comunista de Cuba. Por ello, tales condiciones deben importarse.

Los partidos, líderes y programas alternativos se construirían artificialmente en la Isla, apoyándose en la contrarrevolución exterior, la llamada disidencia interna y las presiones de ciertas organizaciones e instituciones internacionales, como la OEA, la UE, la Comisión Internacional de Derechos Humanos, etc., junto al apoyo que

²⁹ Esta idea ya no es compartida por muchos en Estados Unidos, pero continúa informando la política hacia Cuba, liderada por la extrema derecha. Véase: “Ley para la Libertad y Solidaridad Democrática Cubanas”, más conocida como “Ley Helms-Burton”, Sección 2, Conclusiones, publicado por las Oficinas Auxiliares de la Asamblea Nacional del Poder Popular, mayo de 1996, pp. 6-10.

³⁰ De acuerdo con tales exigencias, Cuba es descalificada como régimen democrático, aún es más, resulta calificada como una “dictadura” y se le exige uniformar su régimen social al de economía de mercado con una democracia liberal pluripartidista. Ver “Conferencia de Prensa de Eizenstat en Madrid”, LSI 501, 09/13/96, USIS, Washington D.C., EUA, p. 2.

³¹ En realidad existen diferencias, aunque sutiles, entre la “transición a la democracia” para Cuba, como la conciben Europa y Estados Unidos. Las presiones que hace Estados Unidos sobre Cuba son para subvertir a la sociedad cubana y, en particular, su régimen político, y no para hacer transitar a la Isla hacia la democracia liberal. Tal cosa se observa claramente cuando esta transición, según la política norteamericana, exige a toda costa la realización de “elecciones libres” internacionalmente verificadas, al mismo tiempo que niega toda posibilidad de que la actual dirección cubana pueda liderar el llamado proceso de transición. De todos modos, el resultado sería el mismo: subvertir el actual régimen político en Cuba, por lo que afirmamos que existe coincidencia estratégica entre Estados Unidos y la UE. Las diferencias sólo son de método.

vendría del democristianismo y la socialdemocracia internacional.

Todo ello sobre la base, al mismo tiempo, de acelerar el tránsito de Cuba hacia la economía de mercado, para apoyar ese proceso desde una plataforma económica, fuera del control estatal. Esto haría aparecer enclaves de intereses económicos, que reclamarían cuotas de poder político y apoyarían los esfuerzos externos por conducir el país hacia el pluripartidismo y la democracia representativa. Sin excluir la posibilidad de usar también los espacios de tensión económica y social existentes hoy en Cuba, ante el aún insuperado “período especial”.

Se trata, así, de frustrar un proceso interno de cambios en la Isla, que aún y cuando a mediano plazo pudiese devenir tránsito hacia un régimen de economía de mercado y pluripartidista, no se quiere esperar por ello. Ya porque existe el peligro de que tal transición no se produzca, o porque en el mejor de los casos, tenga lugar con el control del Estado revolucionario y bajo un liderazgo político marcado por el interés de la independencia, la soberanía y la defensa de la justicia social alcanzada.

De lo que se trata, entonces, es de que aún y cuando Cuba decidiese avanzar hacia el capitalismo, sólo podría hacerlo (como siempre fue) bajo la tutela de Estados Unidos, sumadas ahora las fuerzas contrarrevolucionarias externas e internas y los despojos de la “burguesía suicidada” cubanoamericana, principalmente asentada en Miami.

Considero, sería una verdadera estupidez, después de logrado por las fuerzas revolucionarias el poder en Cuba, por medio de una revolución legítima y radical que tanto ha costado y representado para la transformación del país, perderlo ahora por entrar en un “juego a la democracia”, que las fuerzas que lo han diseñado no lo han hecho para perder, aunque para ello tuviesen que pasar por encima de cualquier cadáver.

Ésa es la forma particular en que Cuba validaría las tesis de Fukuyama acerca del llamado “fin de la historia” y se sometería a la agresividad estandarizadora que la política norteamericana quiere imponerle. Se trata de que cualquier alternativa de Cuba, siempre que sea propia e inde-

pendiente de Estados Unidos, llevará a este último a tratar de promover un cambio en la Isla.

Por ello, las intenciones estadounidenses de fomentar una “transición democrática” de manera pacífica en Cuba, no tienen siquiera que ver con un interés de hacer de la Isla realmente una nación democrática. La democracia aquí no representa nada, porque el interés no es construir algo en Cuba, sino destruir lo existente.

A Estados Unidos no le interesa la democracia en Cuba, lo que le interesa en última instancia es destruir la posibilidad de un proyecto social alternativo, autóctono e independiente, y, por tanto, potencialmente imitable. Es posible que haya personas realmente convencidas de que un régimen democrático liberal sea lo mejor para Cuba y que incluso trabajan de manera sincera y honesta por lograrlo, pero tal cosa no tiene nada que ver con los objetivos de la política norteamericana hacia Cuba. Mensaje que también capitaliza la confusión.

El objetivo es presionar por medio del bloqueo para el desgaste interno de Cuba y en lo externo presionar con la transición democrática. Se trata, en esencia, de aplicar el mismo “Roll Back” que Reagan utilizó con los procesos revolucionarios en su momento.³²

Si la democracia liberal y la economía de mercado constituyen el “fin de la historia”, de lo que se trata es de que ir más allá, va en contra de la historia, porque ese más allá no existe. Todo ello en medio de un proceso de globalización, que estandariza y homogeniza.

Además, el apoyo que Cuba está recibiendo indirectamente dentro de la dinámica de la opo-

³² Estas presiones se combinan con la utilización de los llamados “Principios Sullivan” o “Arcos”, los cuales persiguen el objetivo de convertir al capital extranjero en un instrumento de presión y subversión de la sociedad civil en Cuba. Se trata de que los empresarios extranjeros hagan exigencias de promoción de la economía de mercado y de derechos humanos, internamente en Cuba. Para ampliar sobre este asunto, ver “The Arcos Principles”, por Rolando Castañeda y George Plinio Montalván, en *Cuba in Transition*, vol. 4, Association for the Study of the Cuban Economy, Washington D.C., 1994, Florida International University, Miami, Florida, August 11-13, 1994, pp. 360-362.

sición al bloqueo a nivel internacional, por parte de países, organismos económicos y organizaciones internacionales, representa, al mismo tiempo, un reto en el orden político, de su proceso de reinserción económica internacional.

Cuba también debe escapar de lo que se está conformando, en el sentido de una especie de “trampa moral”, pues si está recibiendo apoyo, indirecto, dado los ataques a la política de bloqueo de Estados Unidos, debiera responder positivamente a los reclamos de hacer la transición democrática. Ese supuesto compromiso moral con quienes se oponen al bloqueo, pero desde la posición del “abrazo mortal”, de la “rendición por amor”, también está presente en el ambiente.

En determinados momentos se ha manejado por la contrarrevolución, y hasta por amigos, la idea de que “no tenemos nada que temer si se está seguro de que al abrir un proceso de ‘elecciones libres’, internacionalmente verificadas, de todos modos el liderazgo político de la Revolución se conservaría y Fidel Castro volvería a ser presidente de la República de Cuba...”. Pero semejante idea, es algo así como una “zanahoria”, por demás sumamente peligrosa, debido entre otras, a las razones siguientes:

- El contexto internacional en que se abriría un proceso como el descrito no resulta favorable a Cuba. Debido, entre otras razones, a que la crisis del socialismo, a partir del derrumbe de Europa del Este, aún no está superada, a la difícil situación interna que todavía vive Cuba, y como es de presuponer, al ambiente ideológico y político que rodea a ambas situaciones.

La consideración de F. Fukuyama de que hemos llegado al “fin de la historia”, y de que ese final son la economía de mercado y la democracia liberal, conceptos equiparables a la idea de Hegel del Estado prusiano como el *sumum* de la perfección, es ciertamente una idea que no tiene demostración posible dentro de la propia realidad histórica actual, pero, ayudada por los más recientes acontecimientos mundiales, sí encuentra un ambiente ideopolítico propicio para ser aceptada y más que ello impulsada por el monstruoso y monopolizado aparato propagandístico que la estimula. Algo que hace pocos años atrás, podía considerarse del todo descabellado, sin

embargo, hoy cuenta con muchos adeptos. Ése sería el ambiente ideológico al cual Cuba tendría que enfrentarse de aceptar semejante posibilidad descrita al principio.

Pero, además, si Cuba asumiera la transición democrática, el camino de las llamadas “elecciones libres”, ¿a qué tendría además que enfrentarse? Veamos.

- Se activarían de inmediato las fuerzas internas, que en Cuba (“disidencia”) se organizarían para participar en tal proceso.

- No se haría esperar un fuerte apoyo material y financiero, que no sólo fortalecería a la “disidencia interna”, sino que también le permitiría ampliar su radio de acción. Ésta saldría del anonimato en que hoy se encuentra, por supuesto, actuando coordinadamente y apoyada por Estados Unidos.

- Grupos aislados que han aparecido en la actualidad dentro de nuestro ambiente social, ligados a la economía del dólar, la prostitución y la delincuencia, podrían servir como fuente nutricia de los grupúsculos, por la vía del beneficio monetario que recibirían.

- No está excluido que otros grupos de la población, afectados seriamente en su nivel de vida por la situación económica existente, se sumen al proceso por medio de la confusión que se crearía.

- Podría producirse un choque, desventajoso para la Revolución, entre lo que la “oposición” podría ofrecer materialmente y lo que el Estado socialista, en muy corto plazo, estaría en condiciones de hacer para mejorar el nivel de vida de la población.

- Se desataría un aparato propagandístico subversivo, el cual sería muy difícil de contrarrestar, no en términos de la credibilidad de sus mensajes, como de su capacidad técnica y material para llegar a toda la población votante potencial.

- La ilegalidad, la “trampa”, el soborno, etc., que han acompañado estos procesos, enrarecerían el ambiente político interno, de tal modo que se haría incontrolable, dado que rompería el contexto ético-moral que aún predomina dentro de nuestra realidad interna.

- Una contramedida revolucionaria fuerte, ante las situaciones mencionadas, sería inme-

diatamente calificada de reacción contra la democracia, y tal situación podría provocar intentos de indisciplina social interna y —por esa vía— ofrecer la justificación para una intervención.

Al final, la dirección revolucionaria se vería en peligro de perder el poder, no por falta de liderazgo ni de apoyo de las masas, sino por quedar atrapada dentro de un mecanismo que, en el fondo, sería subversivo del régimen político y utilizado sin límites ético-morales.

Se trata de que la Revolución Cubana se vería inmersa en una maquinaria tortuosa, controlada internacionalmente y que no tiene nada que ver con su régimen político actual y con los principios ético-revolucionarios que la rigen. La victoria de la reacción podría producirse antes de que los revolucionarios tuviesen tiempo de reaccionar a los mecanismos, métodos, subterfugios y un ambiente cargado de inmoralidades, al cual el cubano común actual no está habituado.

Especialmente en el ámbito hemisférico se está desarrollando una confrontación muy interesante respecto de la política a seguir con Cuba. De un lado, Estados Unidos, con una posición de aislamiento y de recrudescimiento del bloqueo, como instrumentos de presión, para obligarla a la aceptación de un proceso “transición a la democracia”, por caminos que persiguen, sin duda, la subversión y destrucción del actual régimen político cubano.

De otro, representados, principalmente, por la posición de Canadá y Julio César Gaviria, secretario de la OEA, quienes propugnan una política contraria a la Helms-Burton, así como son partidarios de una “salida democrática en Cuba”, de naturaleza gradual, trabajando con el gobierno y el pueblo de Cuba, y con Fidel Castro como principal protagonista de un proceso de esta naturaleza. Estas posiciones de los señores Gaviria y Chretien no sitúan las exigencias de la “transición democrática” en un plano de confrontación, sino de negociación, lo cual los diferencia de las posiciones de Estados Unidos e, incluso de la UE, en la medida en que no

propugnan condicionamientos abiertos para tratar con la Isla.³³

De todos modos, sigue presente el elemento central de la discrepancia, entre qué desea Cuba para sí como régimen político, que no es menos democrático del que se le exige, y las intenciones que subyacen y afloran continuamente en las posiciones de los señores Gaviria y Chretien de uniformarla sobre la base de los principios vigentes en las llamadas democracias representativas latinoamericanas, como “modelo democrático” aceptable por todos (incluido Estados Unidos) para el hemisferio occidental.³⁴

En mi opinión, el único modo que tiene Cuba de escapar de esa trampa es por la vía de:

- Fortalecer su proceso económico interno de superación del período especial.
- Mostrar la capacidad de mantener la estabilidad política interna.
- Interesar a los inversionistas extranjeros, —en especial, a los hombres de negocios norteamericanos— para romper el compromiso ideológico, aún subsistente, con la política agresiva contra Cuba.
- Mostrar a cada paso la irracionalidad de la política de bloqueo de Estados Unidos.
- Continuar el proceso de perfeccionamiento de su régimen de democracia participativa.
- Hacer modificaciones en todos aquellos aspectos que no comprometan su soberanía e

³³ La Unión Europea pone como condición la realización por Cuba de la llamada “transición democrática” a cambio del “acuerdo marco”, algo así como un trato de nación más favorecida que otorga la UE como organización. No así cada país, que por separado mantiene relaciones económicas con Cuba. Ver “La posición común de la UE sobre Cuba”, Informe IRELA, 18 de diciembre de 1996, INF-96-6, Cuba, Madrid, España.

Esta posición común de la Unión Europea se ratificó en la reunión de los cancilleres de la UE, celebrada en Bruselas el 7 de diciembre de 1998.

³⁴ Para ampliar sobre este asunto, ver “Declaraciones del Secretario General César Gaviria a la Agencia de Prensa AFP”, 14 de marzo de 1997, fechada en Miami 15/III/97, EE.UU. *Panorama Mundial*, no. 52, lunes 17, 17/III/1997, pp. 15-17; La Habana, Cuba. Ver también, “Dinámica de las relaciones externas de América Latina y el Caribe”, SELA, Ediciones Corregidor, 1998, Buenos Aires, Argentina, pp. 273-275.

independencia nacional como podría ser: flexibilizaciones en el ámbito económico, flexibilidad informativa, modernizaciones necesarias en el contexto de la sociedad civil y flexibilizaciones de su régimen migratorio, entre otros.

Entre la “transición democrática” que se le exige a la Isla y la defensa del proyecto nacional, de soberanía, independencia y justicia social que ésta defiende, hay espacio para hacer ajustes necesarios al avance y defensa del proyecto. Ante una situación como la que se le presenta a Cuba, en los momentos actuales, no es posible soslayar los retos y peligros siguientes:

- La capacidad de convocatoria de Estados Unidos, afectada ahora por su aprobación de la Ley Helms-Burton y el nivel de “resistencia” con que tropiezan los capítulos III y IV internacionalmente.

- Aunque el componente solidario hacia Cuba está presente en la actitud contraria a la Helms-Burton, la oposición a esta ley responde en lo fundamental al enfrentamiento de intereses que ésta ha provocado entre Estados Unidos y sus aliados. Por lo cual, Cuba debe aprovechar los espacios existentes dentro de la confrontación, pero jugando esta carta siempre sólo como un complemento a nivel externo de una respuesta eficiente a los retos, principalmente internos, que representa la salida del “período especial”.

- El potencial económico de Estados Unidos, en términos de su nivel de articulación con la economía mundial, y la fuerza de atracción que ejerce al ser el mercado interno mayor del mundo, representan un reto de consideración a tomar en cuenta. Situación esta que puede equilibrarse o compensarse, al menos en alguna medida, si Cuba presenta cada día una imagen más atractiva para el comercio y las inversiones extranjeras.

- Un espacio importante para Cuba está en su capacidad potencial para constituirse en un mercado alternativo para los países más pequeños (sobre todo, caribeños), de obtención de algunos productos de alta tecnología, cuyos precios en el mercado mundial son prohibitivos para la inmensa mayoría de los países subdesarrollados.

Cuba, para sobrevivir y desarrollarse, no necesita de Estados Unidos como nación, siem-

pre que pueda articular económicamente de un modo permanente y sistemático con países europeos, asiáticos, Canadá y México, estos dos últimos como sus principales socios en el ámbito geográfico americano. Esto es una expresión clara del proceso creciente de pérdida de oportunidades, que ya ha comenzado a preocupar a ciertos sectores de capital norteamericano.

Cuba debe saber aprovechar la realidad de que el compromiso ideológico del capital con la política agresiva se resquebraja, siempre que aparecen de manera clara las oportunidades de hacer rápidos y rentables negocios. Porque paradójicamente, un mundo como el que se presenta ante Cuba en la actualidad encierra mayores oportunidades que el caracterizado por la confrontación Este-Oeste.

En el caso específico de Cuba, además, porque a diferencia de otros lugares, el bloqueo de Estados Unidos también implica determinadas ventajas, que deben aprovecharse, como las siguientes:

- Como si fuera poco, de una posición geográfica envidiable para el comercio y con buenas vías de comunicación.

- Potencial productor de petróleo, con altos niveles de salud, integración social, unidad idiomática, buen clima, experiencia productiva en ramas tradicionales y potencial desarrollo de nuevas producciones.

Tales ventajas son las que los capitales que vienen a la Isla desean aprovechar, y aquellas que, a pesar de la Helms-Burton, promueven de manera confirmativa el interés de los socios potenciales de Cuba.

Todo parece indicar que la correlación existente entre el tiempo que demorarían las presiones de Estados Unidos sobre Cuba en ofrecer sus resultados y el tiempo que ésta está demorando en reinsertarse en la economía internacional, corre a favor de la Isla. Sobre todo, cuando las últimas medidas punitivas de Estados Unidos han servido, hasta ahora, más para agudizar las contradicciones entre él y sus aliados que para presionar a Cuba. De lo cual son expresión clara las “leyes antídoto”, las recientes votaciones contra el bloqueo en Naciones

Unidas y el panel ante la OMC planteado por la Unión Europea.³⁵

Aun en medio de las contradicciones dinámicas entre política y economía para tratar a Cuba, esta última tiene oportunidades crecientes, según su proceso de superación de la crisis económica y de reinserción internacional avanzan.

Paradójicamente, la propia ausencia del capital norteamericano en Cuba, de manera directa, ha devenido uno de los estímulos de la afluencia de inversionistas, que se desenvuelven en un escenario en el cual la competencia directa con Estados Unidos está ausente.

Por otra parte, la perspectiva, a más largo plazo, de un posible mejoramiento de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, también actúa como un estímulo ante la esperable entrada del turismo norteamericano en la Isla, así como de la cercanía al mercado del TLCAN (Tratado de Libre Comercio del Norte).

► Las perspectivas del conflicto

Un modelo que pretenda caracterizar la perspectiva actual del conflicto Cuba-Estados Unidos, debe considerar sin duda el conjunto de variables que están ahora determinando la relación, al menos como expresión genérica y sintetizadora de tales procesos. Pero tal perspectiva también tiene que entenderse en su interacción con los procesos que están determinando la actual política de Estados Unidos hacia Cuba.

Sin dudas, el derrumbe del socialismo en Europa del Este y, en particular, el desmembramiento de la URSS como Estado multinacional y

país socialista, afectaron seriamente a Cuba. Tanto en su dinámica económica, como en términos de importantes referentes políticos e ideológicos del proceso de construcción socialista en la Isla.

Para el caso de Cuba, a los procesos de globalización que venían avanzando —sobre todo, desde mediados de los años 80—, le acompañaron la pérdida de las seguridades que en el orden económico representaban su pertenencia al CAME y a un sistema de relaciones económicas bilaterales con los países socialistas del Este europeo. Al unísono con estos procesos, dentro de las administraciones de Ronald Reagan (1981-1988) y de George Bush (1989-1992), el bloqueo económico se recrudeció, bajo una política agresiva, hasta desembocar en la llamada Ley Torricelli, aprobada en 1992 y, más recientemente, la Helms-Burton en marzo de 1996. Es decir, el contexto en que Cuba llevaba adelante su proceso de construcción socialista se modificó, complicándose dramáticamente.

Por una parte, con las administraciones norteamericanas de los años 80, la política agresiva estadounidense se recrudeció, hasta cortar la única brecha que se había abierto en el bloqueo norteamericano: el comercio de Cuba con filiales norteamericanas en terceros países, que eliminó la Ley Torricelli. Por el lado opuesto, las relaciones económicas con los socialistas casi llegaban a cero, el CAME se derrumbaba y las relaciones económicas con la URSS se reducían drásticamente.³⁶ Cuba entonces se veía enfrentada —sobre todo, a partir de 1989—, a la crisis económica más fuerte del período revolucionario.³⁷

³⁵ El panel fue nombrado por el presidente de la OMC, pero mientras tanto, Estados Unidos y la UE continúan negociando, tratando de hallar una solución que evite el contencioso. Llegando a un acuerdo entre ambos en abril de 1997 el cual no se logró ejecutar. Recientemente, la Unión Europea suspendió el Panel Contencioso, llegando el 18 de mayo de 1998 a un nuevo acuerdo con Estados Unidos, que aún está pendiente de ratificación por el Congreso norteamericano, dado que éste representa una modificación que afecta a la Ley Helms-Burton.

³⁶ Estas afectaciones son harto conocidas y pueden verse con detalles en los siguientes documentos: “Infor-

me económico, año 1994”, Banco Nacional de Cuba, La Habana, 4 de agosto de 1995 e “Informe económico de Cuba, año 1996”, Banco Nacional de Cuba, La Habana, 1996. También en “Cuba: Evolución económica durante 1995”, Naciones Unidas, CEPAL, 2 de septiembre de 1996, LC/MEXIL.307, México D.F., Anexo Estadístico, pp. 15-17.

³⁷ A pesar de los resultados económicos logrados a partir de 1994 (un crecimiento del 0,6 % del PIB), 1995 (2,5 % del PIB) y 1996 (7,8 % de crecimiento del PIB), Cuba aún enfrenta retos de consideración: deuda externa, capacidades industriales ociosas, alto costo de la energía, junto a un alto componente energético de su producción, entre otros.

Como resultado de las dificultades que la Isla empezó a padecer, en especial a partir de la segunda mitad de los años 80, la política norteamericana varió su foco de atención del activismo internacional de Cuba (que comenzaba a reducirse de manera considerable), preferentemente, hacia la dinámica de la realidad interna que el país comenzaba a vivir.³⁸ Es decir, en tal escenario se vio un cambio de foco de la política de Estados Unidos hacia la Isla y se inició el proceso de conformación del conjunto de variables que hoy caracterizan el contenido fundamental del conflicto y sus perspectivas.

O sea, mientras la revolución cubana era percibida como un proceso consolidado y dotada de un gran activismo internacional, la preocupación fundamental de Estados Unidos se concentraba en que no hubiera más Cubas y en que el activismo internacional de la Isla no molestara la denominada “seguridad nacional de Estados Unidos”, a sus llamados intereses vitales por el mundo.

Pero cuando al entrar en la segunda mitad de los años 80, Cuba empezó a presentar dificultades para seguir adelante con su proyecto socialista y finalmente en 1991, ya había perdido en la práctica su retaguardia económica segura, el foco de la política norteamericana cambió y Cuba pasó a ser, como país en su devenir interno, una variable básica a tomar, más que nunca, en consideración, por la política norteamericana.

A partir de ese escenario agudizado por la aprobación de la llamada Ley Helms-Burton en marzo de 1996, se conforman las seis variables básicas que están determinando las características con que transcurre en la actualidad el conflicto entre Cuba y Estados Unidos, y que están determinando sus perspectivas. Estas variables fundamentales, en nuestra opinión, son:

- La situación interna cubana.
- La correlación dentro del Congreso en la política hacia Cuba.
- La transnacionalización del bloqueo.
- La resistencia internacional al proceso de transnacionalización del bloqueo.
- La negociación en la búsqueda de un consenso internacional de política, para subvertir a Cuba.

• La actitud de W. Clinton como presidente en la política hacia Cuba.

Existe, además, un conjunto de iniciativas desplegadas por ciertos sectores empresariales norteamericanos, que pudieran devenir paulatinamente la formación de un lobby económico contra la política de bloqueo. Sin embargo, tales iniciativas no pueden considerarse aún como una variable estructurada y más bien forman parte del ambiente general antibloqueo que ha comenzado a tomar fuerza dentro del debate actual de la política de Estados Unidos hacia Cuba.³⁹ Veamos de manera muy sintética el contenido de cada una de las variables consideradas.

La situación interna cubana (Si). Ésta se refiere en particular a la dinámica actual del proceso de recuperación económica. Dentro de él, las tensiones provocadas por un conjunto de cambios económicos, bajo el prisma de una política que se ha propuesto sacar al país definitivamente de la crisis, sin hacer concesiones en los puntales básicos que sostienen el régimen político socialista.

A nuestro entender, esta variable sintetiza los retos que enfrenta Cuba en el orden interno, como resultado de su paulatino proceso de acercamiento al capital extranjero en particular y a la economía de mercado en general, y los retos provenientes del impacto de estos acercamientos en la sociedad civil cubana.

La correlación de fuerzas en el Congreso norteamericano alrededor de la política hacia Cuba (Ki). El Congreso ha devenido poco a poco el núcleo del debate. Donde no sólo se encuentran las posiciones liberales y de extrema derecha, sino también las de la administración, lideradas por Clinton, que sin duda busca espacios para hacer su política con relación a la

³⁸ Ver del autor “La política del condicionamiento y el condicionamiento de la política”, en boletín *VISIÓN-USA*, CESEU, Universidad de La Habana, 1994.

³⁹ En marzo de 1998, en visita autorizada por unas horas por el Departamento de Estado, se reunió con Fidel Castro un grupo importante de empresarios norteamericanos que sostuvieron un encuentro en Cancún y otro en La Habana. Sesenta empresarios de los cuales algunos ya habían estado en Cuba en 1990 y 1993.

Isla; frente a la de quienes pretenden mantener a la Helms-Burton, apuntalándola como ley básica de la política hacia Cuba. Como era de imaginarse, al firmar Clinton la Helms-Burton, desplazó el centro del debate hacia el Congreso, el cual aparece hoy como reservorio de las posiciones de extrema derecha con relación a Cuba y de los diferentes intentos por erosionar la política de bloqueo.

El proceso de transnacionalización del bloqueo (Tb) que ha agudizado las presiones sobre Cuba, ampliando el ámbito en que éstas actuaban con anterioridad (tipificado por la Ley Torricelli) pasando, con la aprobación de la Helms-Burton, a los atentados directos contra el proceso de articulación de la economía cubana con el capital extranjero y la economía mundial en general. Esta agudización del carácter transnacional del bloqueo explica de manera básica la tendencia a la internacionalización del conflicto entre Cuba y Estados Unidos.

La resistencia internacional a la transnacionalización del bloqueo (Rtb), que es hija legítima de la Helms-Burton. Por cuanto esta ley ha contribuido, como la extrema derecha nunca imaginó, a internacionalizar el conflicto y a poner en evidencia la irracionalidad de la política de bloqueo creando dificultades importantes a Estados Unidos en sus relaciones con los aliados. Sin duda, la contradicción de intereses a nivel internacional que esta ley ha provocado explica el surgimiento de las “leyes antidotos” y el panel contra Estados Unidos en la organización mundial del comercio.

La negociación (N), como variable que expresa la pretensión de utilizar a la Helms-Burton, para lo que fundamentalmente ha servido: para presionar a Cuba, aunque también a los aliados de Estados Unidos con el objetivo de obligarlos a seguir a Clinton en un consenso por llevar a Cuba hacia la llamada “transición democrática”. Sin duda, la búsqueda de Clinton ha sabido aprovechar la ley como instrumento para tratar de sacar a flote sus más íntimos objetivos de política hacia la Isla.

Finalmente Clinton (C), quien, continúa siendo en cierto modo una incógnita, aunque parece ponerse en evidencia de que después de los

más recientes acontecimientos, busca todos los espacios posibles para ajustar la Helms-Burton a sus verdaderas intenciones de política: La Torricelli, después de haber dado un peligroso rodeo, con la Helms-Burton, para ayudar a salvar su reelección en 1996. Clinton aparece como una pieza clave, dado la capacidad que aún posee para inducir determinados cambios en la política hacia Cuba.

Resulta muy interesante que W. Clinton ya haya suspendido la ejecución del capítulo III por cuatro ocasiones consecutivas y aplicado tan pocas veces el capítulo IV. Esgrimiendo siempre como justificación, que los aliados lo están acompañando en presionar a Cuba para que ésta acepte hacer la “transición democrática”; objetivo también de la extrema derecha del Congreso en la política hacia la Isla, pero seriamente inhibido por la limitación de utilizar otros mecanismos.

Para mí es evidente que se abre paso el interés de hacer ajustes en la política hacia Cuba y que el liderazgo de ese proceso lo ha asumido el propio Clinton, ante las presiones que está recibiendo de todas partes y que, es mi impresión, más que molestarle, lo acompañan en su interés por recuperar de manos del Congreso el liderazgo de la política hacia Cuba.⁴⁰

En fin de cuentas considero que son tendencias que se han abierto y que van más allá de las intenciones de Clinton o del Congreso. Se trata de que mientras Cuba siga adelante con su proceso interno de recuperación económica, al tiempo que avanza en su reinserción económica internacional, y preservando la estabilidad de su régimen político, la política de bloqueo seguirá viéndose crecientemente, como lo que ya es hoy, un evidente fracaso, en su intento por destruir la Revolución Cubana. Se trata de que cada día se hace más evidente que el costo de mantener la vieja política se está haciendo impagable, y que ya es hora de cambiarla, si no en sus esenciales objetivos, al menos en los instrumentos para conseguirlos. Todo lo cual se ha hecho más visible, pues Estados Unidos ha quedado prácti-

⁴⁰ Obsérvese el tono de sus declaraciones sobre todo después de la visita del Papa a Cuba.

camente aislado con sus métodos de política; aunque no totalmente en sus intenciones de llevar a Cuba hacia la economía de mercado y la democracia liberal, en lo que cuenta con el consenso de la mayoría de sus aliados. Aunque ello pudiera tener que ver más con un compromiso táctico con Estados Unidos que de una actitud verdadera a más largo plazo; sobre todo, si la Isla se mantiene firme y en franco proceso de recuperación económica.

Esto no quiere decir que el escenario en que Cuba ya está envuelta resulte más fácil, todo lo contrario, es más difícil, porque de parte de Estados Unidos no es posible esperar una política en la cual el vecino del norte cese en su empeño, ya histórico, por reinstalarla bajo su influencia.

Más difícil, porque el mundo en que Cuba tiene que desenvolverse la obliga a hacer cambios, que le permitan no quedarse al margen, o ser simplemente absorbida por las corrientes globalizadoras, principalmente económicas, que se abren camino hacia el próximo milenio.

A modo de consideración final podemos decir que Cuba no cambiará la actual política norteamericana, pero no es nada despreciable lo que la Isla puede hacer para que la política

cambie, si continúa adelante contribuyendo a que cada día resulte mayor el costo de no cambiar la política.⁴¹



⁴¹ Al concluir este artículo, el acontecimiento más importante consiste en la iniciativa surgida de crear una comisión para la revisión de la política hacia Cuba. La propuesta fue hecha al presidente William Clinton en una carta firmada por el senador republicano John Warner y otros 17 senadores de ambos partidos.

La iniciativa también está apoyada por los ex secretarios de Estado Henry Kissinger, Goerge Shultz y Lawrence Eagleburger y por el ex secretario de Defensa Frank Carlucci.

En las últimas semanas, entre los meses de noviembre y diciembre de 1998, la Casa Blanca y el Departamento de Estado han convocado a influyentes senadores y congresistas para conocer sus opiniones sobre la comisión.

Por otro lado, Michael Rannenberg, jefe de la Oficina de Asuntos Cubanos, y John Hamilton, asistente del Subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, se reunieron con varios grupos del llamado exilio cubano para tomar el pulso en estos sectores.

Hasta el momento existen fuertes comentarios de que la administración Clinton ya tiene decidido aprobar la comisión, faltando sólo la designación de su presidente. Sería la primera vez que, oficialmente, Estados Unidos accede a una revisión de su política hacia Cuba, desde que impuso el bloqueo hace más de 35 años.

Estilos de vida, segmentación de audiencias y comunicación interactiva

Jorge Carlos Potrony García Tema que aborda una de las aristas principales del **acontecer contemporáneo** en las **investigaciones sociales**. En sus planteos teóricos, el autor permite adentrar al lector en un **mundo de concepciones sociológicas**, en el cual la tecnología en desarrollo nos conduce a nuevas y apremiantes soluciones como **vías alternativas de comunicación** descentralizada y participativa para las **amplias capas de la población**. Para ello, **los estilos de vida**, al ser investigados, resultan de sumo **apoyo estratégico**. ● ● ● ● ● ● ●

En las investigaciones sociales, el principio de clasificación más socorrido para el establecimiento de las unidades de análisis ha sido hasta el momento el clasista, el cual, si se combina a su vez con variables sociodemográficas como la ocupación, el nivel ocupacional, la edad y otras pasa a ser socioclasista. En las sociedades de consumo, la segmentación socioclasista de la población se establece principalmente en función de la ocupación, el nivel educacional y la zona o barriada residencial, variables estrechamente relacionadas en el nivel de ingresos, al

cual se asocia a su vez el monto de los impuestos que pagan los ciudadanos o quienes los mantienen económicamente. La clasificación tradicional comprende tres clases: alta, media y baja, cada una dividida a su vez en dos estrados: superior e inferior.

De manera convencional, para los fines de la investigación social, la población cubana suele segmentarse en las siguientes categorías, con las modificaciones dadas por la especificidad de cada investigación: trabajadores estatales, campesinos, trabajadores por cuenta propia, estu-

diantes, personas que no trabajan ni estudian, jubilados o pensionados, amas de casa, otras ocupaciones; a su vez, los trabajadores estatales se dividen en cinco categorías: obreros, trabajadores de los servicios, trabajadores administrativos, técnicos y dirigentes.

JORGE C. POTRONY GARCÍA
Licenciado en Sociología,
profesor en el Instituto Superior de Arte, durante sus años de investigador ha trabajado las áreas de la Sociología, Psicología, Etnología, Geofísica e Informática, en diversos centros científicos y académicos.
Autor de diversos libros, ensayos y artículos, ha participado en eventos nacionales e internacionales de esas especialidades.

Con el decursar del tiempo se han evidenciado circunstancias que dinamitan este enfoque. En el primer mundo, el abaratamiento gradual de los productos ha permitido que personas de clase baja puedan adquirir algunos productos originalmente destinados a la clase alta, hecho que se refuerza por la exaltación de los estereotipos consumistas de la clase alta, lo cual hiperboliza la función de los productos como símbolos de *status* social. Con respecto a las orientaciones valorativas, cada día se hace más difícil predecirlas en función de la posición social, pues las personas de bajo *status* suelen orientarse hacia grupos de referencia distintos al que pertenecen, al tiempo que personas de alto *status*, saturadas de sus valores tradicionales, comienzan a desplazar algunos gustos, preferencias y necesidades en direcciones impredecibles.

En Cuba, país tercermundista, el mundo vivencial de un trabajador de los servicios ocupado en el sector turístico genera valores, necesidades, expectativas y poder de compra sustancialmente diferentes a los de otro trabajador de los servicios ocupado fuera de ese sector. Resulta imposible juzgar los gustos y preferencias probables de una mujer que declara ser ama de casa y se dedica a algún negocio doméstico, pues esa actividad condiciona sus preferencias, juicios de valor y capacidad adquisitiva. De igual modo, es ingenuo suponer que en los países capitalistas, donde existe una cultura tributaria arraigada, las personas declaren siempre sus verdaderos ingresos y, en con-

secuencia, esos ingresos sirven de modo efectivo como uno de los elementos para clasificar a las personas por clases sociales.

Y, naturalmente, en cualquier sociedad existen formas de acceso al bienestar no legitimadas por las leyes y normas sociales, pero de muy difícil detección y sanción legal. Esto permite que un chofer de camión pueda tener un nivel de vida mediante esas formas de acceso al bienestar, inimaginable siquiera para un médico o un ingeniero, y tenga, en consecuencia, gustos y preferencias en correspondencia con su nivel de vida.

Por todas estas razones, la segmentación clasista o socioclasista del público como variable fundamental de segmentación, bajo el supuesto de que la posición social condiciona la esfera valorativa y conductual del hombre, resulta inoperante en la práctica, no sólo en Cuba, sino en cualquier país del mundo. Por consiguiente, este criterio como variable de segmentación se va sustituyendo por otro, basado en la idea de clasificar a los individuos en función de las actividades y valores comunes, que ellos suscriben por selección personal de entre todo el conjunto de valores y actividades que caracterizan su entorno social. Esta variable es el estilo de vida.

La noción de estilo de vida se introdujo con fuerza en Cuba a fines de los años 70 y principios de los 80, insertada en la problemática general del modo de vida. En el plano teórico se debatía entonces cuáles eran las problemáticas del estilo y del modo de vida. El estilo de vida, enfocado desde una óptica sociopsicológica, incluía el modo de pensar —valores, estereotipos, expectativas, intereses y todo lo que compone el mundo vivencial interno de la personalidad— y la conducta, entendida como práctica social del sujeto determinada por su modo de pensar; el modo de vida, asumido desde una perspectiva socioeconómica, comprendía todo el conjunto de actividades que en una sociedad dada realizan sus miembros —con independencia de que sean socialmente aprobadas o no— y las condiciones de vida que posibilitan la realización de tales actividades, o no pueden impedirlos de manera efectiva.

Dejando a un lado debates bizantinos que se originaron en aquellos tiempos en cuanto a cuál de estos dos conceptos subordina, así como a las bondades del modo de vida socialista frente al capitalista, a mi modo de ver, esta conceptualización puede y debe retomarse en el presente. La idea central del concepto “estilo de vida” es el principio de la elección libre. A su vez, la idea central del concepto “modo de vida” es la del condicionamiento socioeconómico de las posibilidades de elección; o sea, el establecimiento del campo de las elecciones legitimadas o penalizadas por el orden social vigente.

El tema de la libertad de elección se ha abordado de dos maneras: en los términos sociofilosóficos antes descritos y en términos de cantidad de opciones.¹ Desde el punto de vista sociofilosófico, una elección libre es una elección inteligente, la cual se basa en el conocimiento de todo el contexto de posibilidades de elección para optar por aquella que, siendo realizable en el plano práctico, optimice las potencialidades del sujeto elector. De esta forma, la elección libre es autodeterminación condicionada de manera externa. En términos de cantidad de opciones, una elección es *más libre* mientras mayor sea el número de opciones posibles; bajo esta óptica, la elección libre o no libre se define estrictamente de manera estadística.

La idea de una selección legitimada o penalizada por determinado orden social, nos lleva de la mano a la distinción entre modo de vida normativo y modo de vida real. El primero circunscribe las posibilidades de elección a las socialmente aprobadas en función de las leyes y normas vigentes, y el segundo también admite posibilidades de elección fuera de ellas, pero factibles dentro de las condiciones de vida existentes, con relativamente escaso margen de riesgo.

Si trasladamos esta problemática al ámbito de la comunicación audiovisual, podemos considerar el estilo de vida desdoblado en dos. Un

estilo de vida deseado; o sea, lo que cada persona, del público, quisiera realizar en su vida, derivable fácilmente de su modo de pensar, y un estilo realizado; es decir, la parte de su estilo deseado que ella puede llevar a vía de hecho en el contexto de su modo de vida. El psicoanálisis del arte ya ha evidenciado bastante que la parte del estilo deseado no realizada en el contexto del modo de vida real, la puede realizar el público en el plano sentimental y emotivo mediante su identificación afectiva con personajes y situaciones del mundo audiovisual.

En cuanto al modo de vida, la vía idónea para desplegar las actividades propias del modo de vida normativo, es transformar en dirección a él las condiciones del modo de vida real, pero como el cambio de estas condiciones es lento y difícil, resulta más expedito realizar el modo de vida normativo de manera virtual, a través de los mensajes de bien público y la propaganda político-ideológica. Estos productos audiovisuales no pueden limitarse, como suele suceder, a señalar el “deber ser” de las relaciones sociales promovidas, sino que también están llamados a sugerir *cómo transformar* las condiciones de vida adversas a esas relaciones.

Justamente esta segunda parte del mensaje permite influir sobre la formación de estilos de vida deseados, que resulten cada vez más congruentes con el modo de vida normativo. El concepto de estilo de vida ha vuelto a cobrar actualidad en Cuba, razón por la cual he querido dotar de una apretada síntesis de su tratamiento en nuestro país al lector que traba conocimiento con él por primera vez. Su actualidad obedece a la irrupción creciente de literatura especializada sobre publicidad en nuestros medios científicos, disciplina en la cual los estilos de vida constituyen la variable esencial para la segmentación de audiencias; vale decir, de los consumidores.

En esa literatura especializada se presentan tipologías de estilos de vida basadas indistintamente en hábitos de consumo —estilos de vida realizados— o en orientaciones de valor —estilos de vida deseados—, en los términos prácticos propios de la publicidad, sin argumentaciones teóricas. Así, por ejemplo, Pere Soler Pujals, al hacer referencia a un estudio del Stanford

¹ R. P. Famelart: “¿Qué es multimedia?”, en Ma. Cristina Capriles: *Reflexión sobre el futuro audiovisual*, 2, UNESCO, Escuela de Cine y Televisión, Caracas, 1995, p. 49.

Research Institute W. Meyer, expone cinco estilos de vida básicos en Estados Unidos: “los ‘integrados’ que son conservadores y conformistas, conducen por lo general un Dodge o un Plymouth, beben Coca-Cola y Pepsi o Budweiser, comen en McDonald... los ‘émulos’ que son gente joven en busca de una identidad y de un lugar en el mundo de trabajo de los adultos. Conducen un Chevrolet Camaro, beben Dr. Pepper —se un Pepper— que ofrece a los jóvenes de 13 a 20 años la aceptación y la amistad de su grupo...”² Para Pere Soler, el estilo de vida define a un consumidor en lo fundamental a través del uso de su tiempo libre y de los productos que compra.

El conocido especialista en mercadotecnia, Philip Kotler, estima que el estilo de vida se refiere al modo distinto de orientación que un individuo o grupo tiene hacia el consumo, el trabajo y el juego.³ Esta definición se inscribe en la línea de pensamiento que conceptualiza al estilo de vida como modo de pensar u orientación valorativa predominante. Kotler refiere dos estudios de estilos de vida realizados en Estados Unidos: uno de hombres y otro de mujeres. El masculino arrojó los ocho estilos siguientes: hombres de familia tranquilos, tradicionalistas, descontentos, éticos engreídos, orientados al placer, logradores, cabales y sofisticados. El femenino arrojó cinco tipos, a saber: formadoras de hogar, matriarcas, mujeres de variedad, cenicientas y encantadoras.⁴

Los estilos de vida, definidos en función de las orientaciones valorativas de las personas investigadas, son aplicables como instrumentos metodológicos también fuera de la publicidad. Por ejemplo, para establecer las tramas y subtramas de una telenovela que quiera escribirse, llamada a realizar los estilos de vida deseados

por los segmentos poblacionales más numerosos y así garantizar una alta teleaudiencia. Una vez en el aire, el guión de la telenovela puede variarse en función de sucesivas investigaciones de público, que revelen sus cambios en las orientaciones valorativas, gustos y preferencias.

Este enfoque investigativo del público, basado en los estilos de vida, permite asimismo trazar estrategias efectivas para el diseño y la realización de espacios humorísticos, noticiosos y propagandísticos, todos los cuales se realizarían conociendo bien las características del público-meta al cual se dirigen.

El principio de la elección libre tiene, en relación con los medios, las dos mismas lecturas que hicimos en el rápido abordaje histórico de la problemática del estilo de vida en Cuba. ¿Puede un niño de 10 años o menos elegir de manera libre, crítica, con conocimiento de causa, su programación televisiva? El modo de vida normativo responde con firmeza: No, no puede, para eso existe una programación dirigida a él en los horarios adecuados. ¿Pueden los padres de ese niño evitar que él vea los programas no propios de su edad? El modo de vida real responde ahora: ellos no siempre comparten los criterios de la política de difusión nacional al respecto; por tanto, permitirán que sus hijos vean los programas que estimen pertinentes.

Nuestro hipotético niño, si lo situáramos en Estados Unidos, podría levantarse de la cama poco antes de las 12:00 p.m., encender el televisor y ver un programa pornográfico que comienza, mientras sus padres duermen —o lo ven junto a él—; si lo situáramos en Cuba podría ver la telenovela y, quizás, hasta una película con la advertencia de “Lenguaje de adultos. Violencia. Sexo”, porque sus padres son indolentes o estiman que su hijo debe “estar preparado para la vida”.

Este ejemplo ilustra las aristas controvertidas de la problemática de la recepción activa y pasiva. El receptor activo es aquel que puede elegir con conocimiento de causa la programación que ver: es crítico, selectivo y tiene la madurez mental suficiente para juzgar por sí mismo lo bueno y lo malo. En un ejemplo elemental como el anterior, resulta fácil admitir que el niño puede ser un receptor activo con respecto a la pro-

² P. Soler Pujals: *La investigación motivacional en marketing y publicidad*, DEUSTO, S. A., Madrid/Barcelona/Bilbao, 1991, p. 124.

³ P. Kotler: *Dirección de mercadotecnia. Análisis, planeación y control*, 4ª ed., México, D.F., 1989, p. 250.

⁴ P. Kotler: *Dirección de mercadotecnia...*, ed. cit., p. 158.

gramación infantil, pero no puede asimilar críticamente el resto de la programación, pues para ello carece de la información y sistematización de conocimientos necesarios; por tanto, es un receptor pasivo con respecto a esa otra programación. Pero, ¿quién decide el tipo de programación con respecto a la cual los padres del niño pueden hacer una elección libre? El Estado, por supuesto.

En los Estados del primer mundo —en particular, en Estados Unidos—, este último ha originado una controversia ética y legal en torno a la libertad de derechos. El derecho de los homosexuales a una programación dirigida a ellos y a verse representados en plano de igualdad en materiales audiovisuales dirigidos a toda la población, puede desviar de “lo políticamente correcto” —*political correctness*— a algunos segmentos poblacionales que son receptores pasivos con respecto a esa programación; capas significativas de la población reclaman su derecho a ver programación pornográfica, sin intromisión estatal de ningún tipo. En resumen, la población adulta reclama su derecho a ser *un receptor activo*, a realizar una elección libre. La televisión interactiva se propone realizar plenamente ese derecho.

Por su parte, los Estados tercermundistas no pueden evitar la penetración cultural e ideológica de la producción audiovisual del primer mundo, pues ella es consecuencia de la dependencia económica y tecnológica. Sus políticas de difusión nacionales no resultan un contrincante efectivo para el bombardeo massmediático a que están sometidos. En el caso de la televisión norteamericana, la penetración alcanza dimensiones de agresión cultural desembozada, de la cual son víctimas también países del primer mundo como Italia y Francia. Un estudio de la Oficina Francesa de Informaciones y Previsiones Económicas (BIPE), señala que “Europa está comprando más programas —de TV— a los americanos que a todos los países europeos juntos”.⁵

¿Y qué decir de la libertad de elección en el caso de las audiencias latinoamericanas? En una región de tan rica pluralidad cultural como Latinoamérica, las televisoras nacionales pro-

mocionan en sus horarios estelares de manera dominante el modelo cultural e ideológico norteamericano, con dos únicas excepciones: Brasil y Cuba.⁶ En Latinoamérica, la televisión por satélite ha permitido un verdadero *boom* de canales a elegir, pero la abrumadora mayoría de los programas extranjeros que se reciben por vía satélite son de procedencia norteamericana.

La política neoliberal de abandono a la identidad cultural y nacional, haciendo pasar el control de la programación audiovisual a manos privadas, ha dado lugar a una audiencia “más libre y activa”, en términos cuantitativos, pero más sometida y pasiva en términos sociofilosóficos y culturales.

El abordaje cuantitativo de la libertad de elección soslaya la escabrosa cuestión del receptor activo o ingenioso y del receptor pasivo o ingenuo, apelando a una lógica de sentido común simple, y, por tanto, poderosa. Referido a los medios, el receptor ahora resulta más libre, mientras más emisoras, televisoras, cines y otros medios audiovisuales tenga a su disposición.⁷ Así, si dispone de 10 canales es más libre que si dispone de uno solo; si dispone de 100, más libre todavía... Esta lógica no analiza la información redundante o la sobresaturación producida por una gran multiplicidad de programas de un mismo tipo, de variaciones sobre un mismo tema, ni la posible riqueza que podría entrañar acaso menor número de canales, pero con programas esencialmente diferentes que darían por resultado una generalidad mayor. La lógica cuantitativa es muy directa: a mayor cantidad mayor selectividad, mayor libertad y también mayor calidad.

⁵ A. Alonso: “El déficit de las industrias de producción de bienes culturales en América Latina y el Caribe”, en Ma. Cristina Capriles: *Reflexión sobre el futuro audiovisual, 1*, UNESCO, Escuela de Cine y Televisión, Caracas, 1990, p. 202.

⁶ M. Bisbal: “Aculturación de la televisión venezolana o todos vemos los mismos programas”, en Ma. Cristina Capriles: *Reflexión sobre el futuro audiovisual, 1*, ed. cit., p. 216.

⁷ R. P. Famelart: “¿Qué es multimedia?”, art. cit., p. 49.

Más allá de esta visión massmediática de la elección libre, la cuestión de la recepción activa o pasiva también tiene un enfoque telemático, cuyo centro es la posibilidad de comunicación interactiva.

La comunicación audiovisual puede realizarse según dos principios básicos: en estructura de pirámide y en estructura de estrella. En el primer caso, existe una instancia central que organiza, realiza y emite la información a un sinnúmero de puntos terminales; estos puntos son receptores pasivos en términos de interacción, pues no pueden ni emitir informaciones ni participar en la organización y realización de las emisiones que reciben, a través del mismo medio audiovisual en cuestión. Tal es el caso de la televisión y otros medios de comunicación masiva que existen mayoritariamente en el mundo, los cuales son en puridad medios de difusión unidireccional.

Una estructura comunicacional en forma de estrella permite, en principio, la interacción entre los abonados a una red telemática de manera descentralizada e igualitaria; o sea, una elección libre tanto en el plano de la recepción como en el de la emisión. Las redes telemáticas persiguen el propósito declarado de establecer una comunicación mundial descentralizada y participativa.

Para nadie constituye un secreto que la desaparición de la confrontación este-oeste, como resultado del derrumbe del socialismo europeo, no ha hecho más que reforzar la confrontación norte-sur, y el cerebro planetario —ya una realidad de la telemática contemporánea—, a contrapelo de sus intenciones declaradas, se fundamenta en el legado tecnológico y cultural del primer mundo. En el caso de la televisión y el cine, como ejemplos muy elocuentes, este legado ha acentuado la brecha norte-sur, ha sido instrumento de dominación imperialista y promovido un modelo cultural ajeno al desarrollo socioeconómico del tercer mundo: el *american way of life*.

La posibilidad interactiva que tienen los usuarios de una red o autopista de información, se organiza de modo análogo a como el cerebro humano almacena y clasifica la información

que recibe. La información que llega primero a nuestra conciencia funge de principio crítico y ordenador de toda otra información que llegue después. En la práctica, esto significa que quienes se integren últimos a la red telemática se verán forzados a aceptar el tutelaje ideocultural y tecnológico de quienes llegaron primero.

L. Brown, fundador de dos prestigiosas revistas especializadas sobre televisión y miembro del Consejo Mundial de Televisión y Radio, patrocinado por la UNESCO, señala al respecto: “TCI, el mayor propietario de sistemas de cable en América, tiene un poder monopólico que le permite determinar cuáles programas resultarán exitosos y cuáles no. Las nuevas redes que son rechazadas por TCI tienen escasas posibilidades de sobrevivir. TCI mantiene un sustancial interés financiero en cierto número de redes de cables ya establecidas. Cualquier competidor que amenaza a estas redes simplemente queda eliminado... Inevitablemente, en algún momento, el propietario del cable toma el control del contenido para forjar un sistema que sirva los mejores intereses de la compañía y fundamentalmente sus intereses económicos”.⁸

La telemática no sólo ofrece amplias posibilidades de seleccionar una programación televisiva particular para cada abonado a un sistema de televisión por cable, también permite recibir todo tipo de informaciones que preparan al usuario profesionalmente para concurrir con éxito en el mercado comercial internacional. La sociedad telemática supranacional despliega un modo de vida con muchas posibilidades de opción; de ahí que sus miembros puedan desarrollar estilos de vida que amplíen sus oportunidades en la vida, su *status* social, su cultura y su fortuna personal.

Por supuesto, quien carezca de una microcomputadora, un modem y las condiciones tecnológicas y socioeconómicas para la navegación multimedia, no puede entrar a la sociedad telemática como miembro con plenos derechos, en donde, además, las posibilidades de supera-

⁸ L. Brown: “Los siete pecados capitales de la era digital”, en Ma. Cristina Capriles: *Reflexiones sobre el futuro audiovisual*, 2, ed. cit., pp. 69-70.

ción, información, cultura y recreación pasan por el drama alucinante de su más plena realización como mercancías. La cruda realidad de la fibra óptica, la compresión digital y la interactividad, por ahora sólo profundiza el abismo entre ricos y pobres, red denominado por la terminología al uso como “*knowledge gap*”.

Resulta dudoso que la sociedad telemática pueda desarrollar estilos de vida con amplia riqueza espiritual, como pudiéramos suponer a partir de las posibilidades que ofrece. El cálculo personal y mercantil de los pro y los contra de un enlace telemático hace perder el sentido de comunidad, la experiencia cultural compartida, el sentimiento macrosocial de pertenencia en aras de intereses individuales inmediatos.

Cuando la información se torna mercancía, la “libertad de elección” produce grupúsculos cerrados en sí mismos, nichos sociales o compartimientos estancos, impermeables entre sí. Un nuevo tribalismo se avizora bajo la égida de esa comunicación distancial, en extremo segregada y sin responsabilidades ni afanes sociales integristas: los puritanos no sabrán que existe un mundo *gay*, los separatistas no tendrán ningún punto de contacto con los integristas, las feministas se desentenderán de cómo piensan los machistas, los católicos nunca harán “clic” para saber de los musulmanes, los populistas pensarán que las elites ya han desaparecido.

Con la complacencia del *Big Brother*, cada grupo se comunica consigo mismo, desconociendo las tendencias generales de la sociedad en que viven, al margen de importantes informaciones y acontecimientos nacionales y mundiales no vinculados a sus estrictos intereses inmediatos; es decir, aislados del resto de la sociedad general, de la nación, para la cual la comunicación multívoca es su base.

¿Cómo puede entonces el abonado tercermundista que se integre hoy a una superautopista de información ejercer una verdadera elección libre de sus posibilidades interactivas? Con otras palabras, ¿está el tercer mundo en condiciones de acceder a la telemática de manera ingeniosa, activa?, o lo está haciendo ya de manera ingenua, pasiva, deslumbrado por una multiplicidad de árboles que le impiden ver el bosque.

La telemática se publicita a sí misma como un intento de escapar al control de los centros, pero precisamente esos centros desarrollan la tecnología y forman de manera mayoritaria a los profesionales, con poder económico suficiente como para adquirir el costoso equipamiento que implica la condición de miembro activo de la sociedad telemática. Si ella podrá o no cumplir su destino manifiesto de crear una ecosociedad descentralizada y organizada de abajo a arriba, es algo que no amerita su discusión ahora. Lo importante hoy radica en tomar conciencia de que el cerebro planetario telemático ya comenzó a pensar y sus sinopsis más frecuentes y poderosas se producen dentro del primer mundo.

Con el acceso a todo tipo de informaciones o servicios mediante redes digitales interactivas como se vaticina hoy, en un futuro próximo los estilos de vida podrán establecerse o investigarse en función de las solicitudes de información o servicio, que haga cada abonado. Por esta vía, la mercadotecnia del futuro podrá segmentar a los consumidores de manera muy precisa y actualizada a partir de la rica información que representan sus solicitudes telemáticas. El *Big Brother* podrá, entonces comprar y vender audiencias, además de pautar las reglas del juego, como ya está haciendo Silicon Graphics, la plataforma de *software* líder para la comunicación interactiva y para la revolución digital en la televisión y el cine.

El tercer mundo debe hallar una estrategia de inserción en toda esta parafernalia de alta tecnología que le permita optimizar sus posibilidades competitivas, y a la vez trabajar en vías alternativas de comunicación descentralizada y participativa que abarque a las más amplias capas de la población. La investigación de los estilos de vida puede ayudar mucho para los fines de esta doble estrategia.



BICENTENARIO DE SU NATALICIO (1799 - 1999)

*La Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz y sus Ediciones Imagen Contemporánea editan, en el contexto de las actividades por el bicentenario del nacimiento de este excepcional naturalista, la versión completa de la **Ictiología cubana**, en dos amplios volúmenes con sus textos y un volumen especial del **Atlas de peces**, gracias al paciente y dedicado trabajo de años del doctor en Ciencias Darío Guitart Manday, quien realizó la transcripción, conjunción y edición científica de esta obra, la cual recibió diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Internacional Colonial de Amsterdam, Holanda, en 1883.*

*A su vez, este proyecto editorial se completa con un tomo único en el cual se agrupa un amplio texto biográfico del Maestro junto a joyas de su trabajo intelectual, entre ellos, los **Escritos Literarios** y la **Geografía de Cuba**, edi-*

ción realizada bajo la responsabilidad de la investigadora Rosa María González.

*Después de su presentación manuscrita en 1883, la **Ictiología cubana** permaneció inédita durante 116 años, hasta que desde 1910 se realizaran varios intentos para darla a conocer: el del sabio naturalista Carlos de la Torre y Huerta, en esa fecha; el de Mario Sánchez Roig y Federico Gómez de la Maza en 1955; y por último, en 1962, por el Instituto de biología.*

Ahora, en su primera publicación completa en gran formato ve la luz esta magna obra de Felipe Poe y, de la cual señalara José Martí, sería el resultado de “todo el vigor de clasificación de un severo filósofo, y toda la bondad que atesora el alma de un sabio”.

FELIPE POEY Y ALOY
OBRAS
(tomo único)

FELIPE POEY Y ALOY
ICTIOLOGÍA CUBANA
(tres volúmenes)

Colección
Biblioteca de Clásicos Cubanos
Ediciones Imagen Contemporánea

DEBATES AMERICANOS

comunica a sus lectores que para suscribirse a esta publicación, debe remitir sus datos personales o insti-

tucionales, a: **Casa de Altos Estudios
Don Fernando Ortiz**
L y 27, Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba

Suscripción anual, para

Cuba \$20,00 M.N.

América Latina

y el Caribe \$20,00 USD

América del Norte,

Europa y otras regiones ... \$24,00 USD

ES AÑO SER ICA B A B A T E S R A M E R

...

y solicita a todo autor que ponga a nuestra consideración la publicación de su artículo o comentario bibliográfico que las versiones originales —textos, tablas, gráficos— se entreguen impresos en papel y en disquete, junto con dos o tres ilustraciones para su publicación. Al texto han de adjuntarse sus datos bibliográficos, y un breve resumen del tema del artículo.

Para los comentarios bibliográficos, las editoriales deberán entregar cada texto, acompañado —de ser posible— del libro comentado, el cual engrosará el centro de documentación de la Casa de Altos Estudios. Con el fin de propiciar una mejor calidad en la publicación,

debates
AMERICANOS

Felipe Poey y Aloy

Desde la conciencia: para una ciencia cubana

El 26 de mayo de 1799 nació en la ciudad de La Habana el más extraordinario naturalista cubano, don Felipe Poey y Aloy. Grande por sus estudios e inteligencia, penetró en los campos del saber, de la literatura, e, incluso, en otras manifestaciones del pensar. Universal por sus conocimientos fue, también, quien con más inteligencia y persistencia bregó en el intento de crear una ciencia nacional que fuese base de una conciencia cubana.

Miembro de varias instituciones académicas de Estados Unidos, Francia, España, Inglaterra y Alemania, obtuvo en 1883 diploma, medalla de oro y la condecoración del León Neerlandés, otorgada, esta última, por el rey de los Países Bajos, Guillermo III; todo en consideración a su *Ictiología cubana*.

Debates Americanos no podía pasar por alto tan significativa fecha para la cultura cubana,

uniéndose a todas las instituciones y personalidades que han dedicado momentos de reflexión, y de justa conmemoración, a uno de los hombres que, como señala el doctor Darío Guitart Manday, “desplegó con toda intensidad sus cualidades personales más sobresalientes: inteligencia, modestia, honradez, rigor, paciencia”.

Debates Americanos tiene a bien anunciar la próxima aparición en la colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, Ediciones Imagen Contemporánea, de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, de una preciosa y cuidada edición de las obras de Felipe Poey. El primer tomo, elaborado por la investigadora Rosa María González López, recoge los textos literarios, la geografía, y otros temas y trabajos surgidos del rigor científico y de la sensibilidad poética, humana y cubana de Poey. Por primera vez en el siglo que termina

se reeditan estas piezas sustanciales para la historia cultural del país. El hilo conductor de este tomo es la excelente biografía de la autora mencionada acerca de nuestro Felipe Poey, sin dudas la más profunda y documentada hasta ahora escrita.

No menos orgullo sentimos al lograr, por fin, la edición completa de la *Ictiología cubana*, acompañada de su *Atlas* de peces. Durante 116 años permaneció inédita, pese a los intentos de varios científicos y académicos cubanos. Al paciente, erudito y cuidadoso trabajo del doctor Darío Guitart Manday debe esta obra su realización.

Debates Americanos, al dedicar este pequeño homenaje a nuestro científico de calibre mayor, suscribe las palabras de Enrique José Varona al referirse a los *Escritos Literarios* de Poey: “Que diversidad de gustos y aficiones en la esfera del sentimiento ha movido a quien se creía embargado por la pasión exclusiva del clasificador. Ciertamente, el naturalista domina desde tan alto al literato

y al poeta, que estos nuevos aspectos no pueden añadir mucho a su mérito incontestable, pero completan por manera singular su fisonomía intelectual (...)

”Sentimos que se mezclan al respeto y a la admiración antiguos algo como una corriente de interés y simpatía (...) Nada tenemos que agregar; sólo recomendar la adquisición del libro a los amigos; discípulos y admiradores del venerable anciano que a pesar de sus años y de sus achaques, trabaja sin cesar”.

Romper las fronteras de las especializaciones estrechas, con una cultura que afiance el sentido y la vida de la propia especialización, obliga a todo joven inteligente a buscar esa cultura, que lo hace comprender más profundamente el objetivo creador de una filosofía cubana, que sostuvo todo el quehacer de Felipe Poey. De esa “sophía cubana que pretendió ser tan sophía y tan cubana como la griega para los griegos”.



Felipe Poey y Aloy, en el bicentenario de su nacimiento¹

Darío Guitart Manday



Distinguidos miembros de la Presidencia de este acto, estimados invitados, apreciados profesores y alumnos, compañeras y compañeros:

Se me ha otorgado el alto e inmerecido honor de dirigirme a ustedes, en este día tan señalado, para hacer el esbozo de quien es el naturalista cubano más distinguido de todos los tiempos: Felipe Poey y Aloy, en el bicentenario de su nacimiento.

Las palabras grabadas al pie de su imagen marmórea, situada en el patio del edificio que lleva su nombre y alberga también el Museo de Ciencias Naturales fundado por él, lo dicen todo: *Tanto nomine nulum par elogiu* (No existen adjetivos dignos para elogiarlo).

Poey nació el 26 de mayo de 1799 en la ciudad de La Habana, de padre francés, natural de Oloron, Pirineos franceses, y madre cubana. De sus primeros cuatro años de vida no se conoce nada, pero a los 5 fue llevado a Francia por sus padres, a residir en Pau, también en los Pirineos franceses, e ingresó en un colegio de esa ciudad para cursar sus primeras letras. Poco después muere el padre y la madre regresa a Cuba, dejando al hijo en el colegio en el cual estuvo tres años más.

De esa época crucial en la vida de un niño para su formación ulterior, nos cuenta otro niño que también atravesó por una situación similar y en la misma región francesa, aunque un poco más tarde, el doctor Luis Montané Dardé, médico y

¹ Discurso pronunciado por el doctor Sc. Darío Guitart Manday, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 26 de mayo de 1999.

antropólogo notable y uno de sus biógrafos: “Lo que aprendió allí, en esa edad, lo adivinamos sin esfuerzo: leer, escribir, algunas nociones de historia sagrada, la lectura de este o aquel trozo escogido de la ‘pequeña moral en acción’, y quizá, a la salida del colegio, a los ocho años, comenzó a balbucear las primeras palabras del texto clásico: ‘*rosa, rosae*’.

”Pero tuvo, como los escolares de todos los países, sus días de salida, sus épocas de vacaciones. Y el niño, bañado en la atmósfera embriagadora del admirable paisaje que le rodeaba, debía, mezclado con otros niños de los pueblecitos y las alquerías próximas, vivir al aire libre; correr sin medias, sin zapatos, sin sombrero, todo el día, como potrillo suelto; andar por prados y montañas.

”A esa edad, pues, en que la vida deposita en nosotros el fermento de los sueños futuros, el niño Poey —todavía no aquejado de la enfermedad que lo baldaría en el futuro— hubo de sentir ya inconscientemente el movimiento de la forma y la expresión del color. ¿Quién podría ignorar que la infancia es, para los que son capaces de haberla sentido, un depósito de imaginación y de poesía al cual se vuelve siempre?

”No lo dudéis; fue allá, en el rincón bendito de aquel país admirable, que ha podido ser designado sin exageración como el más bello reino bajo el cielo, donde el niño Poey vio despertar en sí la curiosidad científica y fue allí, también donde inconscientemente hubo de acopiar incalculables tesoros de poesía que serán el consuelo y la fuerza de su edad madura; y que después de muchos años transcurridos bajo el soplo de las tempestades de la vida, serán aún la alegría y la bendición de su lozana vejez”.

Según Montané, aproximadamente a los 8 años (1807), regresa Poey a Cuba y se matricula en el Real Seminario de San Carlos para continuar sus estudios elementales; pero, de acuerdo con su más reciente biografía, de la licenciada Rosa María González, entre 1810 y 1815, hallándose en Francia, solía pasar vacaciones en el campo, como cuando niño, unos 40 días por año.

Cómo y cuándo regresa Poey, esta vez, de Francia, no lo sabemos a ciencia cierta; pero sí

conocemos que a los 19 años, en 1818, inicia las clases de Derecho Patrio y asiste a los cuatro cursos que formaban el plan de estudios para optar por el título de Bachiller en Leyes, el cual obtuvo en 1821, a los 22 años de edad. En esos estudios ya mostró su clara inteligencia y alcanzó el más grande reconocimiento en los trabajos presentados. En ese mismo año viajó a España para obtener el título de abogado y, después, fue profesor de la Academia Nacional de ambas jurisprudencias de la Purísima Concepción.

En 1823 tuvo que salir de España al implantarse el nuevo régimen absolutista y regresa a la Patria, donde comienza a ejercer la profesión de abogado, pero compartida con su verdadera vocación, la historia natural; recorre costas y campos en la colecta de la fauna y la flora exuberantes de este archipiélago; sobre todo de peces, los que dibuja y después conserva, convenientemente, en alcohol.

En 1824 contrae matrimonio con una criolla, María de Jesús Aguirre y Hornillos; dos años más tarde, en 1826, viaja a Francia con su familia para permanecer en esa nación unos años. Allí perfecciona su profesión y adquiere conocimientos en museos y gabinetes relacionados con la historia natural. El propio Poey describe esta etapa de su vida en el prólogo de la *Ictiología cubana*, al decir: “en 1826, cumplidos mis 27 años, hice un viaje a París, llevando conmigo 85 dibujos de peces de esta Isla y 35 especies contenidas en un barril de aguardiente. Era el tiempo en que el ilustre Cuvier ordenaba sus primeros trabajos para la publicación de su grande obra titulada *Historia general y particular de los peces*; todo le fue entregado, y tuve el honor de ser citado por él y su colaborador Valenciennes, más frecuentemente que don Antonio Parra”.

Regresó a La Habana en 1833, esta vez de manera definitiva, y trajo consigo una sólida formación en el campo de las ciencias naturales, fundamentalmente en la ictiología; se incorpora a sus trabajos científicos habituales y a la enseñanza de nivel primario en el conocido colegio San Cristóbal, en el cual impartió las asignaturas de geografía de Cuba y geografía moderna, y en el nivel secundario las de lengua francesa y lengua latina.

Sus trabajos científicos empezaron a señalarlo como uno de los estudiosos de la naturaleza más destacados del país y diversas instituciones cubanas comenzaron a recibirlo en su seno, como la Sociedad Económica de Amigos del País, la cual en 1838 lo situó en la lista de sus miembros de mérito. A mediados de siglo era ya una autoridad nacional en las ciencias naturales y empezó la publicación en Cuba de obras muy meritorias como las *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba* y el *Repertorio físico-natural*, con dos volúmenes cada una.



De todas las ramas de la historia natural, Poey dedicó casi toda su vida al estudio de los peces, que inició antes de 1826, cuando aún no había adquirido la experiencia que obtuvo en los museos y laboratorios franceses. Desde esa lejana fecha hasta 1883, casi 60 años, se mantuvo inmerso en la recolección, identificación y clasificación de los peces de agua salada y agua dulce de Cuba; en esa última fecha terminó la recopilación de todo su trabajo ictiológico en forma de dos volúmenes de texto y diez volúmenes de atlas, obra que denominó *Historia natural de los peces de la isla de Cuba* o, más brevemente, *Ictiología cubana*.

Este monumental libro fue seleccionado por el Gobierno español como ejemplo del desarrollo científico en las colonias y además se dispuso que fuese enviado, en tal carácter, a la Exposición Internacional Colonial de Amsterdam, Holanda, a celebrarse ese mismo año. En esa exposición, la obra de Poey obtuvo Medalla de Oro y Diploma de Honor, y a su autor se le distinguió con el título de Caballero de la Orden del León Neerlandés, otorgado por el rey Guillermo III. Un poco antes, también se le había concedido, por disposición del rey de España, la Orden de Isabel la Católica.

Otro premio, moral esta vez, pero mucho más valioso, según nuestro criterio, le fue conferido por nuestro Héroe Nacional, José Martí, cuando se refirió a la *Ictiología* en la revista mensual *La América*, editada en Nueva York, en la cual lo calificó de sabio y de cubano; término este último que, de la pluma de Martí, en esa época, te-

nía una gran significación política. Así escribe: “Ya ha salvado los mares la noticia del libro monumental que se prepara a presentar al público el naturalista cubano don Felipe Poey. No hay periódico de Europa que no alabe afectuosamente al sabio ictiólogo. Por los Estados Unidos corre ahora, con igual celebración, un extracto de esta obra mayor de análisis y paciencia, que ha requerido para llevarse a cabo, todo el rigor de clasificación de un severo filósofo y toda la bondad que atesora el alma de un sabio...”.

Y termina diciendo: “Cuando descanse al fin de sus convulsiones, necesarias todas, pero de término seguro, la América que habla castellano, ¡qué semillero de maravillas no va a salir a la luz del sol! Nuestras tierras son tan fecundas en oradores y en poetas, como en sabios. Ya va siendo notabilísimo en los poetas y oradores de nuestra raza el afán de hacerse hombres de ciencia. ¡Y hacen bien! Heredia debe estar templado de Caldas”.

Su visita diaria a la Pescadería Grande durante 20 años, y la admiración y amistad de los pescadores y vendedores de ese lugar, quienes sentían como suyos los triunfos científicos del Maestro, hicieron que, aun después que los años le impidieran realizar las visitas, ellos mismos se ocuparan, cuidadosamente, de hacer llegar al gabinete del sabio todos los ejemplares raros o desconocidos que caían en sus manos. De ahí que cuando David Starr Jordan, el notable ictiólogo y humanista norteamericano, de visita en nuestro país, se dirigiera a ellos interesándose por los peces que vendían, le contestaran de inmediato: “¡Ah!, pero vea usted a don Felipe, él sí sabe de los peces todo cuanto hay que saber”.

La Ictiología cubana, como aparece descrita por el propio Poey en su Prólogo, dice lo siguiente: “Esta obra comprende la descripción de más de 750 especies de peces cubanos, representados por unos 1 300 individuos de todas las edades y multitud de pormenores anatómicos, como esqueletos, escamas, vísceras, cortes verticales, etc. Todas las figuras son originales, sacadas del natural y delineadas por el autor”.

En esta modesta y breve reseña, Poey no se refiere a algunos de los aspectos que describen

la actualización y amplitud de la *Ictiología cubana*; por ejemplo, que el largo trabajo realizado por él, hizo crecer en 10 veces el número de especies conocidas de la ictiofauna cubana.

En 1787, don Antonio Parra trató por primera vez este tema, de conjunto, en la obra *Descripción de diferentes piezas de historia natural* y reseñó 67 especies de peces como integrantes de esa ictiofauna. Al completar Poey su *Ictiología cubana* en 1883, casi 100 años después, ese número aumentó a 667. En 1979, un siglo más tarde, la compilación de nuestros peces solamente ofreció la cifra de 723 especies; es decir, alrededor de 46 más que las encontradas por el Maestro.

Es cierto que este elemental análisis numérico no diferencia las especies de que trata y pueden existir algunas variaciones cuando éstas se tomen en consideración; pero, de todas formas, la desigualdad entre estos casos resulta tan grande, que no por lo dicho, el análisis pierde su valor. Así fue de exhaustiva la recolección, identificación y descripción de la ictiofauna cubana hecha por Poey, en sus más de 60 años de trabajo.

Pero no sólo trató don Felipe en su gran obra los problemas relativos a la identificación y clasificación de los peces; también se adentró en novedosos enfoques como los de la zoogeografía, al dar las diversas localidades de las especies y la explicación de las razones fisicoquímicas y biológicas que influyen en su distribución.

Así, las diferencias existentes en la fauna piscícola entre el banco de Campeche y la plataforma marina continental de la Florida, con aquella que encontramos en las costas de Cuba, es muy notable. Poey ofrece, muy acertadamente, como razón de esas diferencias, las barreras que forman las fuertes corrientes marinas del estrecho de Yucatán y del estrecho de la Florida, como elementos separadores entre las regiones mexicanas y floridananas, de la de Cuba.

La variabilidad en las especies, como elemento para la definición de esa categoría taxonómica, deviene herramienta que utiliza con gran frecuencia en las descripciones de los peces.

La ecología está presente, entre otros estudios, en el del pez mariposa (*Lampris regius*),

especie marina de gran tamaño, en la cual propone que la dureza de su perfil anterior (pecho) está relacionada con su alimentación, al servirle como arado para desenterrar pequeños animales del fondo y utilizarlos como comida, pues la pequeñez de la boca y la forma de su cuerpo —orbicular y poco gruesa—, no son propicias a la captura de animales pelágicos veloces, lo cual la obliga a depender de una alimentación de fondo.

También incursiona en los problemas relativos al cultivo de peces —de agua dulce esta vez— cuando recomienda la biajaca de río como especie que puede servir para ese objetivo, pues se transporta fácilmente en cubas para repoblar los estanques.



Pero Poey no sólo fue un científico eminente: cultivó, además, las artes y las letras. Entre las primeras, devino un notable dibujante y acuarelista, como lo demuestra en las múltiples ilustraciones realizadas para muchos de sus trabajos, de los cuales tomamos como ejemplo los realizados para ilustrar las dos *Décadas* publicadas, dentro de la *Centuria de los lepidópteros*, que vieran la luz en Francia en sus primeros tiempos y calificadas con palabras como éstas: “Sus veinte láminas coloreadas, sus descripciones y observaciones, todo lo hizo Poey. En ella no sabemos qué admirar más, si al naturalista, o al hábil artista que nos muestra las orugas, las crisálidas y las mariposas ya desarrolladas, con sus vistosos colores, y las plantas de que se alimentan: aquí Poey es un delicado dibujante y un acuarelista de verdadero mérito”.

En las letras, se distingue en la prosa y en el verso. De la primera sólo es menester señalar los múltiples trabajos científicos por él publicados. Cada uno de ellos constituye un ejemplo de corrección literaria. También se adentra en la traducción de obras en latín y en francés, como la *Égloga primera* de Virgilio y la *Historia de los imperios de Asiria*.

En el verso, casi toda la producción de Poey está lograda en su juventud, alrededor de 1826, cuando escribió una oda, varias letrillas, redondillas y décimas, una égloga y un idilio, en los cua-

les recoge con genuina emoción, según su más reciente biografía, las perspectivas agrestes de la campiña cubana. Por su égloga “A Silvia”, Manuel Costales y Govantes, publicista de la época, lo califica como poseedor de facilidad de expresión, gusto en las imágenes, naturalidad en los conceptos y, sobre todo, por lo feliz que es el pensamiento con que la cierra.

Para lograr un retrato cabal de nuestro ilustre sabio, tenemos que depender, necesariamente, de aquellos que tuvieron la dicha de conocerlo. Si sumamos las opiniones de personas con esa categoría: colegas, compañeros del claustro de profesores, alumnos, otros, tal vez podamos obtener una imagen fiel del hombre que queremos conocer.

David Starr Jordan, ictiólogo norteamericano ya citado, dijo: “La estatura de Poey es mayor que la mediana, es hombre bien formado, y fue en sus mocedades notablemente activo y vigoroso. Aún hoy, poco pesa el tiempo sobre sus hombros. Su tez es blanca, pelo castaño, tiene muy buen carácter y una simpática sonrisa, amabilísima y peculiar; sencillo, franco, sin afectación alguna, digno y reposado en todos sus modales, es en verdad uno de los hombres más agradables que he conocido, y de los hombres todos, el que mejor ha sabido envejecer”.

De uno de sus más cercanos alumnos y después colega universitario, don Juan Vilaró y Díaz,

es este retrato: “¡Y que profesorado! Distribución de la ciencia por mano de la bondad más grande; fuente pura a toda hora, vívida y risueña; benevolencia inagotable, sin más linde que el deber elevado y culto; inteligencia de sabio y corazón juvenil siempre, y todo coronado por una modestia inagotable”.

• • •

Este hombre, que fue capaz de lograr una gran fama internacional para la ciencia de su país; que fue capaz de formar toda una escuela de naturalistas de muy altos quilates, es el mejor modelo que podemos ofrecer a nuestra juventud, para que cultive las virtudes del ejemplo: sabiduría, modestia, entrega total, difusión del conocimiento y, sobre todo, lealtad a su Patria, que es sinónimo de patriota, pues no de otra forma puede calificarse a quien, nacido en 1799 y minusválido desde la infancia, dedicó toda su vida, con toda su pasión, a crear *ciencia, cultura y conciencia* para su país y para su pueblo, hasta la misma hora de su muerte, ocurrida en la madrugada del 28 de enero de 1891.

Muchas gracias.

• • •

Contribución al estudio de la vida de Felipe Poey y Aloy

Eduardo Torres-Cuevas



Los escasos datos conocidos sobre la niñez, primera juventud, orígenes y características familiares, así como el desconocimiento de las condiciones sociales y culturales en las que se formó nuestro gran naturalista, más que acercarnos a la comprensión de su vocación, personalidad e ideas, han conducido por el siempre errado camino de las especulaciones, muy bien intencionadas, pero poco certeras. Ejemplo de ello son las palabras del notable antropólogo cubano, Luis Montané Dardé, que provocaron la desavenencia de otro naturalista de excepción,

Carlos de la Torre y Huerta. El primero cree descubrir en la estancia del niño Poey en Francia el origen de su vocación científica por lo que afirma categóricamente: “No lo dudéis; fue allá, en el rincón bendito de aquel país admirable, que ha podido ser designado, sin exageración, como *le plus beau royaume sous le ciel* (...) donde (...) vio despertar en sí la curiosidad científica; y fue allí también donde inconscientemente hubo de acopiar incalculables tesoros de poesía”.¹ De la Torre, con menos pasión y más argumentación, afirma que no fue en “el más bello reino bajo el cielo”, sino en “la tierra más hermosa que vieron ojos humanos”, donde se desarrolló su clara inteligencia, su sano juicio y su vocación,² a

¹ Rosa María González López: “Ensayo introductorio”, en *Felipe Poey, Obras*, Biblioteca de Clásicos Cubanos no. 6, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 1999.

² Ídem.

lo que añadido, ante la exuberante y retardadora naturaleza tropical y la actividad creadora de un grupo de cubanos que querían conocer para entender el mundo en formación de la cubanidad. En el intenso movimiento cultural y científico que entonces comenzaba a desarrollarse en la Isla, y sobre el cual volveré más adelante, está el abono nutricional de una generación fundadora de la cual Felipe Poey deviene una de sus columnas más sólidas.

En algunos aspectos creemos que podemos terciar en el tema, como homenaje a los dos ilustres polemistas y en aras de un mejor conocimiento de nuestro excepcional científico.

► I. La Francia del niño Poey

Inicialmente acerquémonos a la Francia del niño y joven Poey. En ella transcurrieron no menos de 12 años de su vida, precisamente aquellos que resultan cruciales en la formación de cualquier personalidad —desde los 5 a los 16 o 17—. Su apellido es ya un llamado de alerta a la tesis de Montané. Es una palabra típica bearnesa no derivada de la lengua francesa; toda la historia paterna se relaciona con esta región. Vista la Francia como un conjunto nacional orgánico y cultural tendríamos esa visión idílica que músicos, artistas y poetas han difundido por el mundo y que convierte a París en la ciudad soñada, la Ciudad Luz. Más allá, está la Francia profunda, y, justamente en su periferia, *Le Béarn*, cuya historia y cultura lo singularizan en el conjunto nacional francés. De allí provienen los Poey y allí pasó parte de su niñez y juventud Felipe.

Bearn comparte con el país vasco francés los Pirineos atlánticos, de los cuales ocupa las dos terceras partes. Surcado en diagonal por los *gaves* (término bearnés que significa río) de Pau y de Oloron, su territorio está compartido por las montañas pirenaicas y los verdes valles de sus estribaciones. Su clima estable, sin los bruscos cambios del norte de Francia o de Inglaterra, lo hacen especialmente deseable, sobre todo en otoño e invierno, cuando el gélido clima de París o Londres está acompañando de

constantes lluvias frías, neblina, nieve y una humedad penetrante. Justamente en los tiempos en que Felipe Poey estaba en Pau, capital de la región, ya se generalizaba entre los ingleses la idea del carácter curativo del clima de Bearn. Unos años después, en 1842, un médico escocés, Alexander Taylor, en un libro que se tradujo a todas las lenguas europeas, recomienda la estancia en Pau durante el invierno. Desde entonces, la fama de la región adquirió carácter universal. Éste es un aspecto que juzgo importante para entender las razones del traslado de los padres de Poey a Pau. Entre los documentos que encontré en mi afán de reconstruir esta etapa de la vida de Felipe Poey, está el testamento de su padre. En él afirma que se quedó “en Pau para restablecer allí su salud”.³ Lo que los ingleses habían descubierto en torno al carácter curativo del clima de Pau es natural que ya se conociese por los nacidos en la región, como es el caso del padre de Felipe. Es, por tanto, el deseo de su padre de curarse en el clima de Pau, una de las razones explícitas del traslado de la familia a esta región de Francia.

En otros sentidos, los años en Bearn pueden haber influido en Poey. El país, en su paisaje, en sus valles y montañas, apenas había sido transformado por la intrusión industrial y citadina. Sus ciudades son pequeñas, incluida su capital, muy alejadas de la clásica urbe metropolitana. Parecen más bien prolongaciones del campo. Allí se está en directo contacto con la naturaleza. Su riqueza está dada en la ganadería ovina y vacuna, y en una agricultura bastante diversificada con excelentes viñedos. Quedan, aún hoy, amplios espacios vírgenes por donde se pasean los restos vivientes de los osos europeos ya en extinción. La tranquilidad y el silencio invitan a la contemplación y a la meditación. El bearnés está acostumbrado a vivir aislado; sin embargo, a diferencia del vasco, es comunicativo; su trato tampoco es el frío y formal del parisino; gusta de la conversación y, a pesar de parecer brusco en un inicio, sabe mostrar una cortesía espontánea a lo que agrega el sentido del humor. En este medio, Poey debió haber recibido la influencia del modo de ser de estos hombres y en su contacto con la natura-

leza virgen, en amplios tiempos de contemplación, bien pudo afinar una sensibilidad y una normativa a la observación y a la meditación. Puede concordarse con Montané en que este adolescente como cualquier otro niño bearnés —como el propio Enrique IV en sus primeros años— corrió sin medias, sin zapatos y sin sombrero por prados y montañas. En sus años maduros, Don Felipe tendrá como cercanos colaboradores a los hombres de vida natural, a los pescadores descamisados y sin zapatos.

Una visión más a fondo nos llevaría a la historia y a la cultura de Bearn. Fue un país caracterizado por el amor a las libertades y donde se expresaron con violencia las luchas religiosas. Su historia resulta muy particular tanto como la vasca, sin que se confundan la una con la otra. Mientras los vascos tienen un origen que se remonta a la prehistoria de la región, el bearnés es el resultado de las invasiones de los visigodos y de los francos. *Le Béarn* ya aparece en el 820 como un vizcondado independiente enfrentado a los sarracenos. Aun frente a los reyes de los Estados cercanos (Navarra, Aragón, Inglaterra, España y Francia) mantiene, cierta independencia que éstos no se atreven a romper. Internamente, los gobernantes estaban obligados a jurar el *For de Morlaás*, fuero que daba garantías a los habitantes y limitaba los poderes de vizcondes y señores. No era una región donde imperó el clásico régimen feudal, sino más bien donde predominaba la organización y legislación pastoriles. Aun después de la unión con Francia, en el siglo xvii, se le garantizó el espíritu particularista del país con la concesión de privilegios y libertades locales. Pau contó con un parlamento del cual carecían otras regiones de Francia y que, en la práctica, le permitía gozar de una autonomía. ¿Acaso esa experiencia no influyó en Poey? ¿Ello no sería uno de los motivos que lo acercaría al padre Varela y a su discípulo José Antonio Saco, quienes aspiraban al logro de libertades para Cuba? ¿Qué pensaría nuestro Poey al contemplar como el obispo vasco Espada levantaba una réplica habanera del templo de Guernica —donde los reyes españoles debían jurar respetar el fuero vasco— como pétreo monumento a las libertades conculcadas por el propio rey al que

se dedicaba? ¿Le recordaría el *For de Morlaás* y el Parlamento de Pau? Lo cierto es que debió conocer esta historia singular de defensa de las libertades y de la independencia. El conocimiento de las estructuras jurídicas autónomas de las que habían gozado el País Vasco y Bearn frente a la política centralizadora de los reyes de España y Francia, constituye, sin duda, una de las enseñanzas más profundas que todo bearnés conocía y el origen de un genuino amor por los valores de una tradición propia. Ese sentimiento lo trajo en su corazón el joven Poey al retornar a su Cuba natal.

El aspecto cultural resulta también de interés en este estudio. La región tenía su propia lengua, el bearnés, que era un dialecto de la de Oc. La fusión de las lenguas que se hablaban en la Galia con el latín vulgar produjo en la Edad Media el surgimiento de dos nuevas, la de Oil y la de Oc (nombres tomados de la forma de decir sí en cada una). Éstas ya aparecen claramente diferenciadas en el siglo x. Una línea divisoria (de Angulema a la frontera italiana) marcaba las regiones de las dos culturas. En el norte, la lengua de Oil y en el sur, la de Oc. Al amplio territorio donde se hablaba la lengua de Oc u Occitan (latinización de lengua de Oc) se le llamó Occitania. Entre los dialectos de Oc se destacan el provenzal, el gascón, el languedocien y el bearnés. La lengua de Oc fue la de los literatos y trovadores que le dieron belleza y flexibilidad. Dantes, a la hora de escribir la *Divina comedia*, vaciló entre el provenzal y el toscano. La decadencia de los dialectos de la lengua de Oc comenzó cuando, en 1539, el Edicto de Villers-Cotterets impuso el francés como lengua jurídica. Éste era resultado de la evolución del *francien*, dialecto de la lengua de Oil, el que se hablaba en la *Ile de France* y en Orleans. La política de los reyes de Francia también estuvo basada en la temprana unificación lingüística. Sin embargo, el bearnés resistió más de dos siglos. Este asunto guarda especial relación con el nombre de nuestro gran naturalista. Quien transite por *Le Béarn* podrá observar la existencia de lugares que se denominan *Poey d'Oloron*, *Poey de Lescar*, etc. Se trata de una palabra bearnesa y, por tanto, no se verá en otras

regiones de Francia. Poey significa “lo alto o pico de la colina”. En otros dialectos de la lengua de Oc aparecen formas parecidas para la misma idea: *Poey* = *Pouey* (otra variante bearnesa) = *Puy* (en Auvergne, región central) = *Poieg* = *Puech* (en la región de Toulouse o Tolosa). El equivalente en catalán lo es un apellido también común en Cuba, *Puig*. Hay un término en bearnés, *Poeymirau*, aún en uso, que significa “mirar desde lo alto”. El apellido Poey es, por tanto, puramente bearnés, y se me antoja todo un símbolo: Don Felipe, es, justamente, lo más alto de la colina científica cubana y, a la vez, lo más alto de la “colina universitaria”.

Hay otro aspecto, al cual le concedo especial importancia, relacionado con esta región francesa donde Poey pasó parte de su niñez y juventud. Me refiero al problema religioso. Resulta necesario remitirse, de nuevo, a la historia de Bearn. Fue esta región una de las más importantes en las luchas religiosas en Francia. El siglo XVI es uno de los más significativos de su historia. El pequeño Estado, bajo la protección de los reyes de Francia, mantenía su independencia y gracias a los enlaces matrimoniales, que llevaron a la casa d'Albret a su trono, incrementó su territorio con el condado de Foix y la Baja Navarra (esta última, una pequeña zona de los Pirineos que quedó separada de España cuando, en 1512, Fernando *el Católico*, unió la Navarra al reino de Aragón. Ello le permitió a los viscondes de Bearn titularse reyes de Navarra). Enrique d'Albret contrajo matrimonio con Margarita de Angulema, “la Margarita de las margaritas” como se le conocía, hermana del rey francés Francisco I. Ella convirtió a Pau en uno de los principales centros intelectuales de la Europa de la época.

Como en el pequeño reino no se aplicaba la ley Sállica, la hija de este matrimonio, Juana d'Albret, de quien se decía que “de mujer sólo tiene el sexo”, asumió el trono. Poco después abandona el catolicismo y se adhiere a la religión reformada. Se inicia así una guerra despiadada por ambas partes. Pau es tomada por el ejército francés que asesina a los partidarios de la Reforma. No obstante, la nueva sensibilidad religiosa ha prendido en el país. Recuperada la capital de Bearn por Montgomery, el lugartenien-

te de Juana, son pasados por las armas los católicos, como antes lo habían sido los protestantes. Para la solución a estas guerras se concibe el matrimonio del hijo de Juana, Enrique de Navarra, con la hermana del rey francés, Margarita de Valois —la reina Margot—. Seis días después de la boda, se produce la Noche de San Bartolomé, en la cual, por orden del rey, son asesinados los protestantes en París, casi todos provenientes del sur; en especial, de Pau y Bearn. Enrique salva la vida al adjurar de su fe. Su padre era Antonio de Borbón por lo cual podía aspirar al trono de Francia como heredero de los Valois.

Enrique de Navarra era un bearnés en toda la línea. Su madre lo parió mientras cantaba canciones en esta lengua, la única que habló su hijo hasta los 12 años cuando se convierte al protestantismo. El futuro rey de Francia pasó su niñez y juventud recorriendo los campos sin sombrero y descalzo. Para la corte de París era, simplemente, un campesino mal educado. En 1589, Enrique de Navarra, a quien se le atribuye la celebre frase —que en realidad parece que nunca pronunció— “París bien vale una misa”, asume la corona francesa, con el nombre de Enrique IV, tras adjurar de nuevo del protestantismo. Con él se inicia la dinastía de los Borbones en Francia y que, aún hoy, reinan en España. Dos expresiones reflejan la mentalidad de este brillante rey bearnés. Para demostrar la independencia de su región se proclamó Rey de Francia y de Navarra, y, a los suyos, les aclaró: “le doy Francia a Bearn y no Bearn a Francia”.

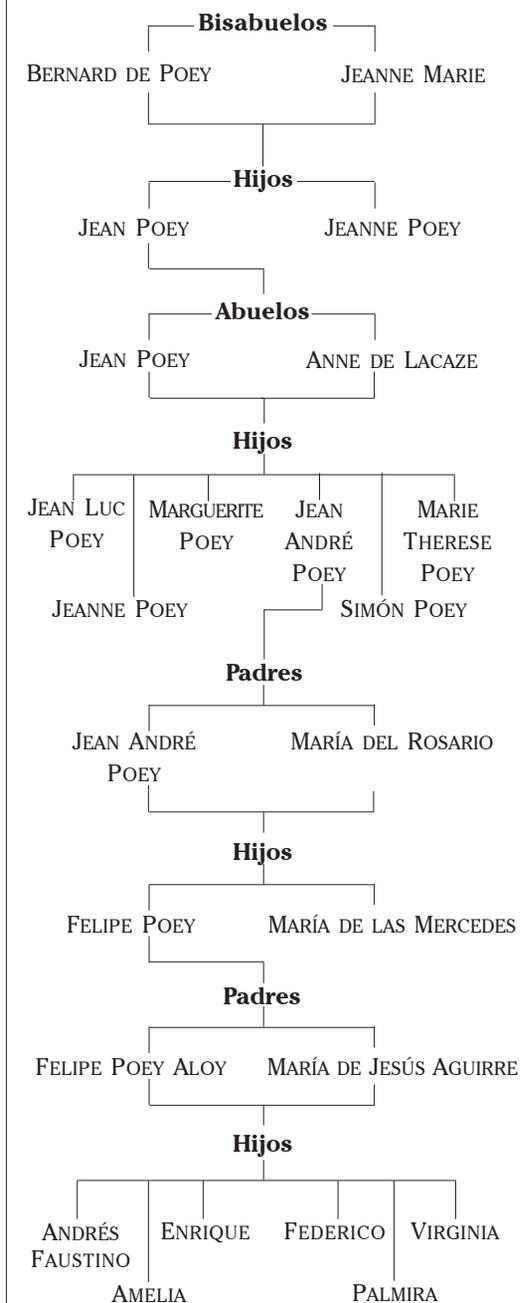
El tolerante Enrique IV dictó el famoso Edicto de Nantes que regulaba la cuestión religiosa con lo cual pone fin a las guerras de religión, pero su sucesor, Luis XIII, sólo adopta el título de rey de Francia, incorpora definitivamente Bearn a su reino, con lo que éste pierde su independencia, y, en 1620, restablece en la región el culto católico, aunque no toca el fuero de Morlaás ni el Parlamento de Pau, dejando así cierta autonomía.

En 1685, Luis XIV —“El Estado soy yo”— revoca el Edicto de Nantes; poco después, sus tropas entran en Bearn y ejecutan a los protestantes. Durante el siglo XVIII se construyen numerosos centros católicos, pero se sabía con

certeza que la Reforma seguía viva en la región; sobre todo, en el interior de los hogares. En realidad, al decir de los autores bearneses, la violencia siempre les vino desde afuera; los naturales de la región se caracterizan por ser tolerantes. La burocracia realista se quejaba de que los obispos y sacerdotes no eran lo suficientemente celosos en el cuidado de la fe. Este espíritu resultaba muy diferente al radicalismo que marcaba al mundo católico hispano.

Durante la Revolución Francesa, Bearn no fue convulsionado con la misma violencia que París o Marsella. Lo que sí estuvo presente fueron las leyes laicales de la República. El pensamiento laico y republicano sentó plaza en la región creando una interesante mentalidad que unía, a la vez, la tolerancia religiosa, el pensamiento laico y la aspiración republicana. ¿Cómo pudo haber influido en nuestro Poey esta historia heterodoxa de Bearn tan distinta a la aplastante hegemonía católica del mundo hispano? ¿Qué se pensaba en el interior de las casas de los Poey de Estos, Oloron y Pau, la familia paterna de nuestro naturalista, por demás activos negociantes, entre quienes pasó años decisivos de formación? Algunos datos nos parecen significativos a este respecto. Entre los documentos estudiados por Rosa María González está uno, obrante en el Archivo Nacional, sobre una caja de libros enviada a Poey desde París, en 1834, con 108 ejemplares de la obra *La España bajo el poder arbitrario de la congregación apostólica*.⁴ Pese a que Poey negó conocimiento de este envío, por lo menos da a pensar que su remitente conocía las ideas del destinatario. Otro dato interesante es el documento que comentaremos más adelante, escrito poco antes de morir. (Ver sección Documentos-Monumentos.) En él expresa que no quiere ningún sacerdote en su lecho de muerte y que, si Dios existe, no juzgara sino por las acciones. En lo que he podido leer en sus escritos no hay duda que un espíritu científico y abierto al conocimiento como el de Poey debió haber estado sometido a toda la amplia gama de inquietudes que sobre temas trascendentes al hombre moti-

Árbol genealógico de la familia Poey



⁴ Loc. cit. no. 1.

varon a numerosos escritores a ideas tendentes a unirse con las tesis de las ciencias naturales. En algunos momentos, Poey ofrece un pensamiento panteísta, pero su rápido acercamiento a la teoría del evolucionismo y el conocimiento del darwinismo lo colocaron, según sus últimas palabras, en el campo del ateísmo. No hay huella que pueda acercarlo al credo católico. Por demás, las fórmulas en los documentos públicos que hacen referencia a ese credo eran necesarias en un mundo hispano cuyas constituciones políticas dejaban explícito que todo español es católico y en el cual la censura político-administrativa y social podían condenar, cuando menos, al peor ostracismo. Por ello, los documentos oficiales no resultan demostrativos de las íntimas convicciones religiosas de las personas mencionadas en ellos. Éste sería el caso del testamento nuncupativo de Poey, firmado el 14 de noviembre de 1888 y que justamente empieza por declarar “que profesa la religión católica, apostólica y romana”.⁵ El que expresa realmente las convicciones íntimas de Poey es la carta privada a su sobrina Serafina Alonso Poey y a su esposo Joaquín Guell Renté, en la cual escribe textualmente: “Me hicieron cristiano sin consultármelo; la razón y la filosofía me han hecho materialista. No creo en Dios”.⁶ Como veremos más adelante, hay antepasados en la familia de Poey que, siendo protestantes, obtuvieron documentos, para entrar en los dominios españoles, que los acreditaban como buenos y fieles católicos.

Al recorrer la ciudad de Pau traté de pensarla tal y como la pudo conocer Felipe Poey; por entonces, los censos apenas le concedían unos 8 000 habitantes. Situada sobre una altura, desde ella se observan los valles y las montañas pirenaicas. Pau (palabra bearnesa que quiere decir “palo” porque en su origen fue un fuerte defendido por una empalizada), considerada la más elegante de las ciudades de los Pirineos, era de viviendas modestas. Tan pequeña era la villa que apenas podía albergar a quienes se reunían en ella aun en el siglo XVIII. Sólo

un edificio monumental domina el panorama citadino, el castillo que, comenzado a edificar por Gastón Febus (1360), fue remodelado, al estilo Renacimiento, por Margarita de Angulema. La edificación, tal y como hoy se ve, es notablemente diferente a la que pudo contemplar Felipe Poey. Su belleza actual se debe a las modificaciones y ampliaciones llevadas a cabo en el siglo XIX por Luis Felipe de Orleans y Napoleón III, que le adicionaron la capilla, el pórtico de honor, la torre Luis Felipe y el decorado neogótico de las fachadas exteriores. La otra gran atracción de la ciudad, el *boulevard des Pyrénées*, amplio paseo-terrace que da al valle de Jurançon y desde el cual se obtiene una impresionante vista panorámica de los Pirineos, sólo empezaba a edificarse en los tiempos en que Poey recorría la ciudad. Después de la partida de Felipe, la ciudad alcanzó un desarrollo extraordinario deviniendo una mezcla de villa bearnesa-francesa-inglesa. El romanticismo de la *Belle Époque* le dio a su urbanización cierto sello británico. Aunque los bellos jardines que la convirtieron en una ciudad de flores se desarrollan en este período, ya éstos tuvieron su base en los que desde tiempos de Margarita de Angulema venían embelleciendo el paisaje; 750 hectáreas de espacios naturales públicos hacen de ella una ciudad única en el verde recorrido de sus arterias. Comparada con La Habana de la época, activo puerto donde convergían navegantes y viajeros de toda Europa y América, Pau podría dar la sensación de una pequeña villa perdida entre las montañas y valles del sur de Francia.

En cuanto a su mundo intelectual, la ciudad sólo contaba con un colegio (que había estado regentado por los jesuitas hasta su expulsión, posteriormente por los benedictinos y en la época por maestros laicos). Salvo los letrados que se movían en el Parlamento local, no existían instituciones académicas o científicas; tampoco universidad o centros literarios. Para poder desarrollar su natural inteligencia, domesticar el pensamiento, adquirir el instrumental teórico con el cual penetrar la naturaleza y, sobre todo, encontrar sus propias raíces, Poey debía partir necesariamente hacia donde exis-

⁵ Ídem.

⁶ Ídem.

tieran las instituciones y el mundo social y científico que le dieran las bases para la vida y la obra. Ese mundo, su mundo, lo halló en su ciudad natal, La Habana. Ciertamente debió diferenciarse de sus condiscípulos en el Seminario de San Carlos y en la universidad habanera en lo referente a algunos elementos que estaban en su formación. Había vivido en la Francia del esplendor del Primer Imperio, aún bajo la impronta de la Revolución, la tolerancia religiosa y la enseñanza laica. Su visión, por tanto, de la Revolución Francesa, de la etapa bonapartista, sin heridas profundas, de la religión y de la sociedad, debieron haber sido notablemente diferentes de las que se tenía al otro lado de los Pirineos y, por transferencia marítima, en la Cuba hispana y católica. Pero, en modo alguno, pudo adquirir las bases del saber y la cultura que, por el simple hecho de haber vivido en Francia, le han atribuido a esta etapa de su vida. Creo, no obstante, que las inquietudes y percepciones adquiridas le permitieron integrarse de manera destacada en la “Generación del 820” junto con Felix Varela, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte, la pentarquía fundadora de la culturación cubana.

► II. De los Poey de Estos a los de La Habana

Los datos hasta ahora conocidos sobre la familia Poey resultaban escasos e inconexos. ¿De dónde provenía y cuál era el origen de su riqueza? ¿Cuál era la posición del padre de Felipe en este conjunto? ¿Por qué llegan a La Habana? Como es común a la hora de constatar la información proveniente de las fuentes secundarias del siglo XIX, se observan errores e imprecisiones. Un detenido trabajo en los archivos de Pau, Oloron y Estos, en *Le Béarn*, Francia, culminado exitosamente gracias a la ayuda del padre Aloys de Laforcade, un verdadero erudito en temas bearneses y conocedor a fondo de los archivos de la región, quien puso a mi disposición documentos imprescindibles; de la estudiante de la Universidad de Pau, Catherine López, que trabajó directamente conmigo y de varios amigos que, con un detalle u otro, ayudaron a precisar aspectos importantes, puedo hoy desentrañar un poco ese

pasado misterioso de nuestro Poey y ofrecer una documentación inédita. A su vez, la información lograda no constituye un cierre al estudio de los Poey; sólo coloca las cosas en otro nivel de conocimientos y abre otras interrogantes.

Una primera precisión. La documentación en Cuba, al referirse al lugar de nacimiento del padre de Felipe, lo denomina Oléron. Esto es un error, por demás, también común en Francia. Se trata de la confusión del nombre de la ciudad bearnesa relacionada con la familia Poey —es decir, Oloron—, y el de la isla más meridional y más grande de la costa atlántica francesa, Oléron. La fama de esta última, de más de 30 kilómetros de largo, unida hoy a la costa por un inmenso puente de 3 kilómetros, se debe a su producción de ostras (entre ellas, la renombrada *Marennes Oléron*). El historiador de Bearn, Chistian Desplat, me mostró como en un mapa reciente de Francia, al señalar la ciudad de Oloron, ponían por nombre Oléron. En la actualidad, Oloron sigue siendo una pequeña ciudad que muchos franceses desconocen y que, unida a Ste-Marie, conforman una urbe de sólo 11 067 habitantes. Pero en otro sentido resulta importante para este trabajo precisar las características de este lugar. Oloron es la última ciudad francesa importante antes de penetrar en el camino de los Pirineos que conduce a la Navarra española. Por este camino, legal o ilegalmente, se mantenía un activo comercio bearnés-español. Su decadencia se inició con el cierre de la frontera en el siglo XIX.

Una segunda precisión. En realidad, la línea de los Poey que conduce a Felipe, pese a que aparece en los documentos cubanos como naturales de Oloron, no son de allí sino de un pequeño pueblecito, hoy apenas tiene unas 300 casas —entonces alrededor de unas 50—, algo más al norte, denominado Estos. Las partidas bautismales, de matrimonios y de defunciones, junto con datos expresados en los testamentos, me han permitido la reconstrucción de la ascendencia de Felipe hasta cuatro generaciones. (Ver en el anexo de este trabajo.)

El bisabuelo de Felipe, Bernard de Poey, ya expresa la política que caracterizará a sus descendientes. Establecen enlaces matrimoniales

Tabla cronológica de Felipe Poey y Aloy

(Archivos comunales d'Estos, Oloron y Pau.
Registres paroissiaux y documentos de La Habana)

- 1676** Nace Bernard de Poey, de Estos, bisabuelo de Felipe.
- ¿? Matrimonio de los bisabuelos: Bernard de Poey y Jeanne Marie Pauque (han sido bautizados).
- 1720** Nace Jeanne Poey, el 29 de octubre. (Madrina: Jeanne de Lassale, de Oloron).
- 1723** Nace Jean Poey, abuelo de Felipe, el 3 de diciembre en Estos. Padrinos: Jean de Poey (tío) y Anne de Garrot.
- 1748** Matrimonio de los abuelos: Jean Poey (25 años) y Anne de Lacaze (20 años), de Monein. Testigos: Bernard de Poey (padre del esposo); Jean de Pauque (tío materno del esposo); y Jacques y Jean de Lacaze (padre y hermano de la esposa).
- 1748** Muere Bernard de Poey, el 15 de enero, a los 72 años.
- 1751** Nace Jean Luc, el 14 de septiembre. Madrina: Jeanne de Poey (tía paterna).
- 1753** Nace Marguerite, el 4 de marzo. Padrinos: Joseph Lacaze (tío materno) —firma a la española— y Jeanne de Marc, de Coarrazé.
- 1754** Muere Marguerite, el 26 de junio.
- 1756** Nace Jean Andre (padre de Felipe Poey), el 30 de noviembre. Padrinos: Jean de Maysonnave, de Estos, y Jeanne de Clavere, de Oloron.
- 1759** Nace Marie Therese, el 24 de marzo. Padrinos: Jean Ricarde, de Oloron, y Therese “Dufor”.
- 1762** Nace Jeanne.
- 1764** Nace Simón, el 19 de noviembre. Padrinos: Simón de Laffargue, de Monein, y Jeanne Marie de Poey, de Estos.
- 1765** Muere Jean Poey (abuelo de Felipe), en Estos, el 9 de octubre a los 41 años.
- 1778** Matrimonio de Therese Poey (tía de Felipe) (20 años) con Guillaume de Casenave (21 años). Notaría de Oloron, 25 de agosto.
- 1783** Nace de María del Rosario Aloy (madre de Felipe Poey), el 6 de octubre. Padres: Narciso Aloy, natural de Jerona —Gerona, hoy Girona—, Cataluña, y María de las Mercedes Rivera, natural de La Habana. Madrina: María de Arango y Castillo. (Iglesia del Espíritu Santo de La Habana.)
- 1798** Matrimonio de los padres: Juan Andrés Poey (42 años) con María del Rosario Aloy (15 años), el 20 de septiembre. Testigos: Francisca Aloy y Félix Madrigal. Padrinos: Simón Poey (hermano del esposo) y Juana Aloy (hermana de la esposa). (Iglesia Catedral de La Habana.)
- 1799** Nace Felipe Poey y Aloy, el 26 de mayo. Padrino: Simón Poey (tío paterno).
- ¿? Nace María de las Mercedes.
- 1804** Muere Anne de Lacaze (abuela de Felipe), el 17 de noviembre, en Estos, a los 88 años.
- 1806** Muere Jean André (padre de Felipe), el 20 de febrero, en Pau, a las 2 de la tarde.
- 1814** Muere Jean Luc (tío de Felipe), el 9 de junio, en Estos, a los 63 años.
- 1820** Matrimonio de María de las Mercedes (hermana de Felipe) con Gonzalo Luis Alfonso y Soler, el 30 de septiembre.
- 1824** Matrimonio de Felipe Poey (25 años) con María de Jesús Aguirre y Hornillos, el 22 de abril. (Parroquia de San Agustín, La Habana.) Tienen seis hijos.
- 1825** Nace Andrés Faustino, en La Habana.
- 1827** Nace Enrique, en París.
- 1828** Muere Jeanne (tía de Felipe y esposa de Pierre Darripe, de Estos), el 12 de marzo, a los 66 años.
- 1834** Nace Federico, en La Habana.
- ¿? Nace Virginia.
- ¿? Nace Amelia.
- ¿? Nace Palmira.
- 1840** Muere Pierre Darripe (de profesión, maestro), el 10 de marzo, a los 82 años, en Estos.
- 1891** Muere Felipe Poey y Aloy, el 28 de enero, a las 6:00 a.m.

•••••

con otras familias de la región dedicadas a la misma profesión. Con Estos como punto de residencia y Oloron como centro de las operaciones comerciales, se unen, matrimonial o económicamente, con negociantes de otros pueblos de Bearn —Pauque, Oloron, Monein, Coarraze—, formando entre todos una verdadera red que trasciende las fronteras de Francia. Dada la cercanía de España y la existencia de una buena vía de comunicación a través de los Pirineos se extienden a la Península.

La unión de los abuelos de Felipe, Jean Poey (a partir de aquí ya aparece suprimido en los documentos el *de* antes del apellido) y Anne Lacaze, es la clásica asociación de dos clanes de negociantes que ya tienen una importante representación económica en España. Un hermano de Jean, llamado Jean Luc, tenía casa comercial en Valencia y un hermano de Anne, Pierre, posee la suya en Cádiz. La fortuna que los Lacaze hicieron en España les permitió a sus descendientes ocupar un lugar destacado en la sociedad francesa del siglo XIX. Uno de ellos donó al museo del Louvre una famosa colección de cuadros. Un dato curioso. La familia Lacaze era conocida como protestante. Sin embargo, en sus habilidades comerciales se presentaron en España como católicos. Se sabe que Pierre Lacaze obtuvo del obispo de Oloron, quien conocía sus ideas religiosas, una certificación para el reino de España que lo acreditaba como “fiel y buen católico”.⁷ En otro sentido, los Poey-Lacaze forman parte del mundo de los negocios cuya mentalidad poco tiene que ver con la de los campesinos y montañeses de Bearn. Su movilidad y relatividad están asociadas al modo de hacer fortuna. Lo mismo son fieles católicos naturalizados en España que buenos republicanos en Francia. La política, la religión y la nacionalidad no forman límites precisos en sus actuaciones.

Los abuelos de Felipe tuvieron tres hijos varones (Jean Luc, Jean André —padre de Felipe— y Simón) y tres hembras (Marguerete, que murió poco después de cumplir el año de nacida; Jeanne y Marie Therese). Jean Luc se inició tempranamente en los negocios familiares con su tío paterno del mismo nombre. A los 27 años,

en 1778, ya administraba la casa comercial de éste en Valencia. Las relaciones internas de los Poey-Lacaze fueron buenas. Cuando se casa la hermana del padre de Felipe, Marie Therese, con Guillermo de Casenave, uno de sus tíos maternos le dona una suma de 1 800 libras y muebles por valor de 400. El hijo menor, Simón, a temprana edad, ya aparece con su tío materno en Cádiz, apoyado, además, por su hermano mayor Jean Luc.

Con la sólida base de los negocios de los Poey y de los Lacaze en España, e involucrados en el movimiento comercial de Cádiz, constituyó una extensión lógica de la familia acudir al auge económico que se desarrollaba en La Habana en las últimas décadas del siglo XVIII. El hermano menor del padre de Felipe, Simón, fue la figura familiar en los negocios habaneros. En la década final del Siglo de las Luces ya aparece en los documentos cubanos. Su casa comercial, sin que en su título aparezcan otros asociados —ni siquiera sus hermanos—, lleva el nombre de Simón Poey y Cía. Pero no hay dudas que detrás y en relación con la firma están otros parientes y los socios que rápidamente consigue entre los comerciantes habaneros. Por entonces, y siguiendo la tradición familiar, contrae matrimonio con la cubana Juana Aloy Rivera, hija del comerciante catalán, radicado en La Habana, Narciso Aloy y de la cubana María de las Mercedes Rivera. Otra de las estrategias seguida por la familia Poey-Lacaze en su expansión en territorios españoles fue naturalizarse como súbditos de “su Majestad católica”, por lo que sus hijos nacieron y se bautizaron como españoles y católicos. Tanto Simón como Jean André, padre de Felipe, hacen constar esta doble condición, aun en los papeles franceses.

Jean André llegó a La Habana unos años después, al parecer bajo la protección de Simón. En 1798 contrae nupcias con la hermana menor de la esposa de su hermano, la quinceañera María del Rosario Aloy, en cuya boda actúan como padrinos los esposos Simón Poey y Juana

⁷ La referencia me la proporcionó el padre Aloys de Laforcade tomada de los archivos de Oloron.

Aloy. Un año más tarde, al nacer el hijo del nuevo matrimonio, Felipe, Simón es el padrino. Por los documentos, la firma Simón Poey y Cía. mantuvo este nombre hasta 1804, año en que muere su propietario. Según el testamento de su viuda, este establecimiento es legado a su hijo mayor, José, y, en caso de la muerte de este último, a sus otros dos hijos, Juan y Luis. De la fortuna de Simón, testamentariamente una tercera parte se dedicará al desarrollo de esta empresa; otro tercio, a la adquisición de bienes estables (posiblemente, éste sea el origen del ingenio azucarero del segundo hijo de Simón y Juana, Juan, lo cual reduce a cenizas el mito de que este último sólo con su trabajo en el campo llegó a poseer uno de los ingenios más eficientes y simbólicos del siglo XIX cubano, Las Cañas); la última tercera parte se enviará a Francia para la compra de bienes en este país en nombre de sus hijos. En este testamento queda claro que sólo los hijos de Simón tenían derecho a la compañía y al considerable capital que éste había acumulado. El padre de Felipe Poey, Jean André, queda como un administrador de los bienes de su hermano. Por otra parte, el hermano mayor, Jean Luc, que parece no haberse trasladado de España, más bien le facilitaba dinero a su hermano menor, pero no formaba parte de la compañía. A su muerte, Simón le era deudor de una fuerte suma, pero no tan importante como para afectar a sus herederos. (Ver apéndice.)

Estos datos despejan un elemento importante con respecto a Felipe Poey. Si bien su padre les dejó algunos bienes, éstos no eran suficientes ni podían parangonarse con los de sus primos. En todo caso, cubrieron sus estudios. En los documentos que Rosa María González consultó, no aparece ninguna gran propiedad a nombre de nuestro naturalista. De ello se deduce que él y su familia vivían de las rentas de unas casas propiedad de su esposa, que Felipe administraba, las cuales, junto a su sueldo y unas escasas acciones que poseía en los ferrocarriles, tuvieron que ser muy bien administradas para llevar una vida decorosa pero sin lujos, que es la que parece que tuvieron Felipe, su esposa e hijos. Las confusiones llegan a tal punto, que muchos autores afirman que Juan Poey y Aloy, due-

ño del ingenio Las Cañas, era hermano de Felipe, cuando en realidad sólo eran primos por ambas ramas familiares; o que el padre de Felipe era uno de los propietarios en la firma de su hermano, cuando sólo fue administrador de ella. La tendencia a catalogar a los intelectuales como clase media o pequeña burguesía, ha llevado a incluir en esa conceptualización a personas que como Felipe Poey no poseían fortunas y no son pocos los casos que vivieron en muy precarias condiciones. Constituyó un rasgo de los intelectuales del siglo XIX el cuidado en la forma en el vestir, en el hablar y en el comportamiento moral, aunque la mesa de comer estuviese falta de ingredientes. Revelador en este sentido es su testamento nuncupativo de 14 de noviembre de 1888. Si se analiza con cuidado en su declaración de bienes, algunos de ellos compartidos con sus hijos, éstos tienen su origen en el testamento de su esposa Francisca Aguirre. Originalmente son de Felipe 33 acciones nominales de los Caminos de Hierro de La Habana, de seguro como resultado de su trabajo a favor de la primera empresa ferroviaria de Cuba.⁸

Lo que ocurre con la firma Simón Poey y Cía. entre 1804 y 1806 no está nada claro, pero puede deducirse que hubo turbios manejos. La viuda del propietario, Juana Aloy, deja al padre de Felipe como administrador, pero éste ya está enfermo por lo que parte para Pau, Francia, donde muere a las 2 de la tarde del 26 de febrero de 1806. Para entonces, la casa comercial ha cambiado de nombre; ahora se denomina Viuda de Poey, Hernández y Cía. Los nombres de cuatro activos comerciantes de La Habana se involucran en las operaciones de la empresa. Por lo menos de forma visible, Francisco Hernández, para este momento, copropietario de la empresa; Pedro Valenzuela, quien, al parecer, fungía como contador y tesorero de los Poey en La Habana; José Chavitau y Miguel Soler. El primero y el tercero aparecen como cuñados del padre de Felipe en su testamento, con lo cual se reafirma el uso del enlace matrimonial como instrumento en el desarrollo del mundo comercial.

⁸ Loc. cit. no. 1.

La firma prosperó con nuevos socios en las primeras décadas del siglo XIX, dedicándose, entre otros negocios, a la introducción de esclavos — Moreno Fragonal le atribuye el traslado de más de 25 000—, a la compra y venta de azúcar y al comercio con Europa.⁹

Llama poderosamente la atención en los documentos como los asociados franceses de Simón Poey, y amigos de Jean André, quedan excluidos de los negocios de la firma. Éstos son los casos de François St. Guily quien, según Juana Aloy, “era uno de los socios de la casa” y a quien le trasmite los mismos derechos que a Miguel Soler, nombrado, este último, a “la cabeza de la casa” y de su administración, en caso de que falleciera el padre de Felipe, y el de Jean Lauriagon, negociante en Pau. La carta que éstos le envían a Felipe Poey, en 1825, encontrada en los archivos del Museo Finlay de La Habana, por Rosa María González y traducida gentilmente por Pedro M. Pruna, deviene la constatación de estos hechos. Por el documento se observa que estos asociados franceses de la firma habanera de Simón Poey, reclaman, desde 1807 —año siguiente a la muerte del padre de Felipe—, unos derechos que hasta entonces no se les han reconocido; piensan que, pese al cariño que los une al joven, su posición no le permitirá “proceder por nosotros contra la familia”; le piden que, por lo menos, no obstruya “nuestro asunto en La Habana” y que ayude al cónsul francés para encontrar una solución “amigable”. El final de la carta refleja la relación tan estrecha que existía entre Felipe y los autores de ésta: “si tú nos quieres tanto como nosotros te queremos, tanto como tú nos has asegurado tanto”.¹⁰ Duro, muy duro, debió haber sido para Felipe el dolor de sus amigos, con quienes había compartido parte de su niñez y juventud, y su imposibilidad de poder actuar contra el verdadero poder en la empresa. En el caso de Lauriagon no hay dudas de que estaba muy íntimamente ligado al padre de Felipe, pues lo acompañó en el momento de su muerte y es uno de los tutores de su hijo durante su estancia en Francia.¹¹ El silencio de Felipe resulta significativo; pero no dudo en pensar que hechos como este e, incluso, la nada favorable situación en que quedaron él, su madre y su her-

mana en la rapiña comercial, fueron determinantes para su total desinterés por el mundo de los negocios. Esta historia también pudo influir en su abandono de los estudios de derecho y su dedicación al mundo de la enseñanza y al de la naturaleza sabia, limpia y pura. Lo cierto es que la vida de nuestro naturalista, ecológica, humanista y cubana lo distanció de un mundo que dañó a seres queridos.

► III. La Habana del joven Poey

En 1818, Felipe Poey matricula en el Real y Conciliar Colegio-Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Su retorno a Cuba parece estar entre 1815 y 1816. La Habana que se presenta a los ojos del recién llegado debió haberlo impresionado; sobre todo, si se le compara con el tranquilo y uniforme espacio bearnés. Sin dudas, este reencuentro con sus orígenes despertó en él sentimientos renovados y curiosidad científica que marcaron los rumbos de su vida.

La ciudad presentaba en su interior un universo de mundos sociales y humanos, una multiculturalidad, retadora a todo intento de comprensión. Estas diferencias estaban agudizadas por el carácter de la sociedad esclavista cubana y por el activo movimiento comercial y aventurero que recorría sus calles. Era tal el impacto que causaba en quienes llegaban a ella que prefiero presentar una muestra significativa de opiniones.

El inglés Francis Robert Jameson escribía a su gobierno: “Estoy convencido que un gobierno hábil y vigoroso podría en el término de medio siglo dejar convertida a la Isla de Cuba en una nación estable y con una perfecta disposición social, con una población activa y numerosa y con multitud de recursos, tanto para fines públicos como privados, en comparación con cualquier otro territorio de su extensión”.¹²

⁹ Ídem.

¹⁰ Ídem.

¹¹ Ver apéndice.

¹² Juan Pérez de la Riva: *El barracón y otros ensayos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 75-76.

El charlestoniano Joel Robert Poinsett, agente secreto de su país, anotaba en su diario: “nunca he visto, en ningún puerto de los EE.UU., con excepción de Nueva York, tanto bullicio de negocios (...) Hay una apariencia de opulencia y de comodidad en los aposentos de los nobles y de los ricos, que nunca he visto en ninguna otra colonia española, debido, se puede suponer, a su comercio exterior. Encontré a los caballeros extremadamente hospitalarios, cortes y bien informados”.¹³

Y el científico alemán Alejandro de Humboldt, uno de los hombres que con mayor esmero estudió la América Latina de entonces, dejaba el siguiente testimonio: “La multiplicación de las comunicaciones con el comercio de Europa y aquel mar [el Caribe] que hemos descrito como un Mediterráneo con muchas bocas, ha influido poderosamente en el progreso de la sociedad en la Isla de Cuba (...) en ninguna parte de la América española ha tomado la civilización un aspecto más europeo”.¹⁴

El impresionante *boom* azucarero-cafetalero-tabacalero colocó a Cuba, ya para la década de los 80, como primer productor mundial de azúcar, uno de los principales en la producción del café, un excelente exportador de maderas preciosas, y productor del mejor ron y tabaco del mundo. Llegar a integrarse a ese mundo de negocios riesgosos pero de relativa facilidad para hacer fortuna, atrajo a comerciantes, o simples soñadores, a su territorio. Éste fue el caso de los Poey. Al calor de ese universo económico, todo un amplio entramado social iba conformándose y adquiriendo fisonomía propia.

La Habana, una de las principales ciudades de América, ya había roto las viejas fronteras en que la enmarcaba su extensa muralla protectora. Para 1817 contaba con 16 barrios intramuros que albergaban a 44 238 personas, y 10 extramuros con 36 073 habitantes. Pero este habitat contenía una población flotante de 29 971 personas; para completar el número de las 145 802 que se mueven en ella, debe incluirse a militares, religiosos y africanos recién llegados que aún no se han integrado a la población fija de la Isla.

En estos inicios de siglo, la fisonomía de La Habana está cambiando rápidamente. Las mo-

dificaciones de la Plaza de Armas y la edificación del Palacio de los Capitanes Generales; la Alameda de Paula y el teatro Principal; los nuevos palacios de los nuevos ricos; los cafés donde se reúnen comerciantes, propietarios, burócratas, aventureros y todo tipo de gente para el descanso del medio día; el activo ajeteo de los negros esclavos en el callejeo ciudadano; los inacabables tugurios de los artesanos, en la mayoría negros y mulatos libres, verdaderos artistas ejecutores de oficios despreciados por blancos, y una amplia gama de vagos que desprecian las artes manuales, conforman las bambalinas que ocultan conflictos en el interior del cerebro de los hombres.

A ese movimiento renovador pero lleno de contradicciones, paradojas y contrasentidos contribuyen figuras de excepción en la historia colonial cubana. Basten aquí los nombres de Francisco de Arango y Parreño, Claudio Martínez de Pinillos, Alejandro Ramírez y Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, verdaderos estrategas en el desarrollo de la colonia. Este último suprime los entierros en las iglesias y construye el primer cementerio de la ciudad, modifica la catedral, contribuye a obras como la Casa de Beneficencia y la de Dementes, entre otras. Pero algo más importante, más permanente que las construcciones pétreas está surgiendo en el interior de esa sociedad: un intenso movimiento científico e intelectual que intenta estudiarla para construir un país.

En la última década del siglo XVIII se observa el surgimiento de instituciones catalizadoras de un movimiento intelectual que ya pretende constituirse en elite cultural, dándole expresión ideológica a la, hasta entonces, oligarquía económica. Dos, en particular, atesoran lo mejor de la época, la Real Sociedad Económica de Amigos del País y el *Papel Periódico de La Habana*. En ellas actúa la generación del Reformismo Ilustrado Cubano. Arango y Parreño, el fundador del proyecto económico; el padre Agustín

¹³ Joel Robert Poinsett: *Notas sobre México*, Editorial Jus, México, 1950, p. 279.

¹⁴ Alejandro de Humboldt: *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*, Cultural S.A., La Habana, 1930, pp. 45-46.

Caballero, proponente de una nueva actitud filosófica; Manuel Tiburcio de Zequeira, el poeta de sensibilidad criolla; Tomás Romay, el científico, son sólo las cimas del movimiento.

Los nombres de más de 50 personas que, desde distintos ángulos, exploran el conocimiento, están en las firmas del periódico habanero y de las memorias de la Sociedad. Los estudios en los campos de la física, de la química, de la zoología y de la botánica, ya son notables en los inicios de la centuria decimonónica, como es presumible, gracias al interés de los grandes hacendados por el desarrollo de los principales renglones productivos de la Isla. El movimiento se extendió, no obstante, más allá del cerrado círculo de sus iniciadores.

Justamente, recién llegado Felipe Poey a Cuba, el 30 de mayo de 1817, se inauguraba el primer Jardín Botánico de La Habana cuyo fundador lo era el habanero José Antonio de la Ossa.

Caracteriza al sector de la Ilustración Reformista Cubana una tan amplia inquietud intelectual que sus casas se convierten en tertulias científico-literarias.

Arquetipo de este movimiento lo es Nicolás Calvo y O'Farril: rico hacendado azucarero, proveniente de la más tradicional oligarquía de la Isla, "dibujaba, pintaba, tañía el clave, seguía adelante en las matemáticas, progresaba en las lenguas italiana, inglesa, y siempre sobre todo en la latina (...) aprendía el derecho de gentes y los principios de la legislación (...) El clave, la cámara oscura, la máquina eléctrica, la máquina neumática, la piedra imán, las esferas celestes y terrestres, el barómetro, el termómetro, el aerómetro, todo un aparato de Química, una colección de las preciosidades de la Botánica y de la pintura, el prisma de Newton, el telescopio, un microscopio solar y que sé yo que otros mil artificios propios de las ciencias exactas eran las halajas que adornaban su incesante aplicación".¹⁵ En el impulso a los cambios necesarios por la naciente sociedad cubana fue, entre

otros, de quienes participó en la suscripción para costear la nueva máquina de moler caña sin auxilio de animales (máquina de vapor), la traducción de las obras de Corbeaux y Dutrone de la Couture para mejorar la elaboración del azúcar, el establecimiento de una escuela pública y gratuita de química y botánica; un instituto habanero para la enseñanza de las ciencias exactas, y costeó maestros extranjeros de química y botánica para instruir a jóvenes cubanos.

Otro sabio cubano, José Agustín Caballero, entre titubeos y paradojas, sugiere la necesidad de un nuevo pensamiento. Al darle título a su obra, la denomina *Filosofía Electiva*. Su legado, más que todo, es una sugerencia no un resultado.

Las dos primeras décadas del siglo XIX recogen los resultados primarios del nuevo e intenso pero no muy extenso movimiento científico-intelectual. Una generación naciente incorpora ese ambiente y, además, halla el espacio ideal para su desarrollo: el Colegio-Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Cerebro, mecenas y promotor de la profunda revolución intelectual que se opera en esta institución lo es el obispo De Espada, "cabeza nacido para todo". Una pléyade de jóvenes catedráticos, afanosos de lecturas actualizadas, sustituye a los viejos profesores escolásticos. Félix Varela, Justo Vélez y Juan Bernardo O'Gavan, constituyen los nombres más brillantes del joven claustro. Todos presentan el preciado enlace entre el pensamiento universal y la búsqueda de un conocimiento de lo propio. En aquellas aulas, Felipe Poey no sólo recibe de Varela y Vélez las lecciones que modernizan y rompen con las estructuras escolásticas a la vez que fijan las líneas teóricas en búsqueda de la comprensión de lo cubano, sino que, además, encuentra a los condiscípulos y compañeros de aventuras en el pensar que, con él, harán época apenas unos lustros después, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte, por sólo citar los más relevantes. Allí en aquellas aulas surgió el movimiento de culturación cubana; el movimiento que pretendió crear una sophía cubana que fuese tan sophía y tan cubana como lo fue la griega para los griegos, y allí nació un sentimiento inapagable de

¹⁵ José Agustín Caballero. *Obras*, Biblioteca de Clásicos Cubanos no. 5, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 1999.

contribuir a edificar una Cuba desde la ciencia y la conciencia que puede definirse, a través de las *Lecciones de Filosofía* de Felix Varela, como el verdadero y auténtico patriotismo: el callado, constante, honesto, sencillo, trabajador y plétórico de amor. Lo otro, el patrioterismo, de alardes bullangueros no sólo resultó inútil, aún más, peligroso en la osadía ignorante.

El padre creador de una verdadera revolución intelectual lo fue Félix Varela. La coherencia teórica del movimiento la definió uno de sus alumnos, José de la Luz y Caballero, en un artículo que tituló *Identificación filosófica con mi maestro Varela*. Por su importancia, este documento se transcribe íntegramente. Con ello iniciamos nuestro homenaje y rescate de ese otro grande del pensamiento cubano. (Ver en esta revista la sección Documentos-Monumentos.)

Otro aspecto no puede dejar de tenerse en cuenta a la hora de juzgar a este grupo y de establecer sus diferencias con la Ilustración Reformista Cubana. Este movimiento intelectual surge después y durante acontecimientos que marcaron los inicios de la modernidad con el pensamiento crítico no sólo del Antiguo Régimen sino también de la Ilustración. La impronta de la época no está en el reformismo ilustrado sino en un nuevo hecho político: la Revolución. La Revolución Francesa; la Revolución de Haití; la Revolución Independentista Latinoamericana; la estructuración del modelo político norteamericano; la Guerra de Independencia española; la existencia, por primera vez en España, de una constitución que colocaba la soberanía en el pueblo y no en el rey; el desarrollo del pensamiento republicano, laico y democrático; la evolución del pensamiento liberal y sus distintas propuestas y bases de sostenimiento, y las acciones de la reacción antiliberal-conservadora a lo largo de décadas decimonónicas, presentan, en su conjunto, un cambio referencial que deviene, en esencia, no sólo teórico, sino, más a fondo, de la sociedad y del hombre mismo.

El desafío es, ahora, científico y social: comprender una realidad —en lo que tiene de universal y en su singularidad— y rehacerla bajo parámetros humanistas, democráticos, laicos, republicanos y científicos. Romper esquemas;

deshacerse de nominalismos infecundos; desterrar a las “señoras categorías” que aprisionan un conocimiento falso; descubrir más allá de lo aparente y del peso “de las autoridades” la verdadera naturaleza de lo diferente, de lo desconocido; penetrar en esta oscuridad de la mano de la Razón y de la experimentación; hacer ciencia nueva con la nueva ciencia, constituye la esencia del nuevo campo intelectual cubano, es su reto.

•••••

Si se estudia toda la amplia gama de actividades de Felipe Poey se comprenderá el enorme espacio que ocupa en esa nueva generación. Fue, de todos, quien más años vivió. Y es, quizá, de todos, a quien menos se ha asociado con el proceso de culturación cubana, perdida la mirada en la obra descomunal y única del ictiólogo. Esta última, por sí sola, demostrativa de su cubanía creadora de cubanidad. En años posteriores irá a Francia, se relacionará con sus grandes científicos, como lo hará con los de otros muchos países. En todos, y de todos, estudia y aprende para luego llegar a Cuba y experimentar, analizar, clasificar, revelarnos lo nuestro, que es lo suyo. Porque el sentimiento nacido del corazón y la idea elaborada en la mente, tenían la coherencia de su formación intelectual cubana. Díganlo sino sus discípulos o sus obras como sus geografías de Cuba y universal. No sólo fue el primero en escribir una geografía de Cuba, que tendrá 19 ediciones, sino que, al escribir la universal, se traza determinados objetivos esenciales. Éstos los expone, refiriéndose al atlas que el hijo de Felipe, Andrés Poey, realizó para ilustrar la obra de su padre, nada menos que Cirilo Villaverde: “El primero y más importante, facilitar a los niños *hispanoamericanos* el conocimiento del globo, multiplicando las cartas generales y particulares de todas las partes y los países más interesantes bajo la relación del comercio, de la política y de la civilización: el segundo, *llenar el vacío que dejan los atlas elementales hasta ahora conocidos, los que ocupándose casi exclusivamente de Europa, ó de América septentrional descuidan Asia y Oceanía (...) y la América meridional;* y

tercero, en suma, ilustrar el texto de geografía general de su padre D. Felipe Poey, tan generalizado en los establecimientos de educación de la Isla, y *desprovisto hasta hoy de un atlas especial que reemplace a los diferentes ingleses, franceses y anglo-americanos*".¹⁶

Con la exposición de estos elementos sobre el proceso de formación inicial de Felipe Poey

cierro estos apuntes acerca del cubano de acento francés y de cultura universal. Sirvan como modesta contribución al estudio de su vida.

¹⁶ Loc. cit. no. 1. (El subrayado es nuestro.)

Otros documentos sobre Felipe Poey y Aloy



TRANSCRIPCIÓN Y TRADUCCIÓN DE DOCUMENTOS OBRANTES EN LOS ARCHIVOS DE FRANCIA

► I. Testamento de Jeanne Aloy

Poey

Archivo de los Pirineos Atlánticos

Notarios de Pau

III E 5863 Jean Louis Legros

Pau: 17 de germinal, año XII

TESTAMENTO DE LA SRA. JEANNE ALOY, NACIDA EN LA HABANA, VIUDA DE DON SIMÓN POEY, TERCER HIJO, NACIDO EN ESTOS, NEGOCIANTE EN LA HABANA, NATURALIZADO ESPAÑOL.

La testadora le lega el establecimiento conocido con el nombre de Simon Poey y Cía. a su hijo mayor Joseph, o caso de que falleciera a sus hijos menores, Jean y Louis.

Para apoyar este establecimiento la Sra. Aloy Poey quiere que la tercera parte de su capital se invierta en él.

Otra tercera parte de su capital se dedicará a la compra de bienes estables.

La última tercera parte se mandará a Francia, donde se encuentran sus hijos, para comprar bienes en ese país.

La testadora lega:

• 5 000 francos a Jeanneton Poey, su cuñada, que reside en Estos.

• 5 000 francos a cada una de las dos hijas de esta última; en caso defunción, la que sobreviva heredará la parte de la otra.

• 6 000 francos a Cⁿ Jean Line, de Oloron, negociante en París, para el mantenimiento de un hijo natural de su difunto marido.

Si su cuñado Don Jean Andrés Poey, su cuñado feneciera, Don Miguel Soler, oficial de la secretaría de gobierno de La Habana se colocaría a la cabeza de la casa y la administraría.

La Sra. Aloy deja también 5 000 francos a Doña Marie de la Merci Rivera, su madre.

Don Simón Poey, su marido, había reconocido serle deudor a Don Jean Lucas Poey, su hermano mayor, de una cantidad de 12 600 gocats, moneda de España. Esta cantidad habrá de reembolarse sobre los bienes propios de la Sra. testadora.

Ésta le transmite los mismos derechos que le dio a Don Miguel Soler a Don Jean François St. Guily, uno de los socios de la casa.

Por fin le deja 1 000 francos a la Sra. Josepha Rivera, esposa de Manuel Mercerón.

*(Traducción directa del original.
Doy fe: Eduardo Torres-Cuevas)*

► II. Testamento de Jean André Poey Poey (en Estos)

Archivo de los Pirineos Atlánticos

Notarios de Pau

III E. 5865

Legros

Pau: 4 de febrero de 1806

TESTAMENTO DE DON JEAN ANDRÉ POEY, NACIDO EN ESTOS, HIJO DE J. M. JEAN POEY Y DE DOÑA ANNE LACAZE, PROPIETARIO Y NEGOCIANTE EN LA HABANA, “SÚBDITO DE S. M. CATÓLICA EL REY DE ESPAÑA”, “QUEDÁNDOSE” EN PAU PARA RESTABLECER ALLÍ SU SALUD.

El estador está casado con Doña Marie “Durosaire” [del Rosario] Aloy, nacida en La Habana. La bendición nupcial se les dio en la iglesia catedral de esta ciudad. Dos hijos nacieron de esta unión:

Philippe, de 6 años de edad, Marie Merci de 5 años de edad.

Don Jean André Poey confía en su mujer para las misas que haya que decir para la paz de su alma.

Interesado en la casa del difunto Don Simón Poey, su hermano —que se conoce con la razón

de Simón Poey y Compañía y que se llama ahora “Viuda de Poey, Hernández y Compañía”—, dejó fondos considerables en manos de Don Pedro Valenzuela, negociante en La Habana.

Según las leyes de España le lega a su mujer 10 000 piastras, para que las utilice a su conveniencia, y le deja además 8 000 piastras que utilizará según la voluntad de su marido que le hizo conocer la manera como tiene que repartirlas.

Le da por fin un inmueble que adquirió, en el barrio de Guasabon, a nombre de ella.

Herederos: sus hijos, bajo la tutela de su madre.

Ejecutores testamentarios:

Don François Hernández

Don Joseph Chavitau negociantes

en La Habana, sus cuñados.

*(Traducción directa del original.
Doy fe: Eduardo Torres-Cuevas)*

► III. Partida de defunción de Jean André Poey

Archivo de los Pirineos Atlánticos

(Microfilm: 5Mi445-20)

PARTIDA DE DEFUNCIÓN

En el año ochocientos y seis, el día veintiséis del mes de febrero a las tres de la tarde, delante de nos Pierre Batsalle, alcalde oficial del estado civil de la ciudad de Pau, departamento de los Bajos Pirineos, han comparecido los señores Jean Lauriagon, negociante de treinta y nueve años, y Pierre Lagarde, peluquero de cuarenta años, que viven en Pau, quienes nos han declarado que en este día a las dos de la tarde ha fallecido el señor Jean André Poey, segundo nacido de cincuenta años, nacido en el municipio de Estos, en el mismo departamento. Propietario y negociante en la Havana, isla española, que vivía en Pau, marido de la señora Rosaire Aloy, y los declarantes han firmado con nos la presente partida después de que lectura les haya sido hecha.

Lagarde

Lauriagon

Batsalle

*(Traducción directa del original.
Doy fe: Eduardo Torres-Cuevas)*

► **IV. Otorgación de poderes**

Poey (d'Estos)

Archivo de los Pirineos Atlánticos

Notarios de Oloron:

III E 5113

Jean Vergez

Oloron: 11 de mayo 1812

Poderes otorgados por el Señor Jean Luc Poey, hijo mayor, nacido en Estos y que allí vive en la actualidad, negociante en el reino de España en la ciudad de Valencia a favor del Señor Ambrosio Dupui, negociante de Oloron, actualmente en España, para cobrar las cantidades que le deben los herederos de la Señora María Rosa de Veo,

viuda del Señor Jean Luc Poey, negociante en Valencia, su tío, sea debido a las donaciones hechas a favor suyo y a favor de la difunta Anne Lacaze, su madre, sea por la administración de la casa de comercio que administró desde 1778 hasta 1783.

(Traducción directa del original.

Doy fe: Eduardo Torres-Cuevas)



documentos MONUMENTOS

DEBATES AMERICANOS No. 7-8 ENERO-DICIEMBRE/1999

La Habana / pp. 133-138

Si bien en el presente año se cumple el bicentenario del natalicio del científico cubano Don Felipe Poey y Aloy, en el próximo tendremos otro bicentenario, el del filósofo y pedagogo de mayor lustre en lo que va de historia cubana, Don José de la Luz y Caballero. Debates Americanos, en sus búsquedas encuentra, en las raíces mismas de una reflexión propia, el nexo que une a ambas figuras, y, a la vez, la expresión de un campo intelectual, de espacio creador en un tiempo de difícil aprehensión. Lo que se presenta a los ojos del buscador de ideas no pocas veces como oquedad, como agujeros negros en la cosmovisión originaria, no es más que insuficiencias en la "tecnología" para descubrir y conquistar ese espacio. Pero, a diferencia de las ciencias exactas, las humanas tienen ese otro componente, algunas veces negado por quienes las estudian: son demasiado humanas; demasiado humanas no tanto por el amor o la pasión sino por las trampas de la Razón y de la Fe, que son, a la vez, trampas de la sinrazón y del fanatismo.

133

Rectificación

Identificación filosófica con mi maestro Varela¹

Al Ciudadano del Mundo, residente en Trinidad. ¡Salud!

Grande es el honor que usted nos dispensa al señor Varela y a mí al insinuar que no obstante nuestra íntima amistad, diferimos en opiniones filosóficas. Pero esta proposición así aisladamente presentada, y sobre todo concebida en los términos en que V. lo ha hecho, merece más de una rectificación. He aquí las palabras del Ciudadano del Mundo:

"Hasta D. José de la Luz Caballero, que según tengo noticias es quizá más amigo que V. [se refiere al Lugareño] del señor Varela, no sigue su filosofía. "Prueba evidente" —añade V. llevando demasiado lejos la consecuencia de su misma premisa— "de que no está acorde ni con su método, ni con sus doctrinas filosóficas".

Dije que los asertos de V. habían menester más de una rectificación, y lo pruebo al punto. Desde luego no por discrepar yo en algunas pocas opiniones de las del señor Varela, puede asentarse con fundamento que no sigo su filosofía, palabra bajo la cual se encierra todo un sistema de doctrinas. Sabido es que la obra de mi ilustre paisano sirve de texto a mis lecciones en todos los días de la semana, excepto el sábado, y a veces más, que consagro exclusivamente a la impugnación de las doctrinas de la escuela ecléctica francesa, valiéndome de los mismos escritos de su famoso *Correo* para blanco de nuestra polémica.²

¹ El título con que se ha conocido este trabajo es el que se mantiene en esta edición del documento, con el cual apareció en el tomo IV de *La polémica filosófica* en su edición de la Biblioteca de Autores Cubanos. Originalmente es una carta de Luz encabezada de esta manera: "Sr. Redactor de la *Gaceta de Puerto-Príncipe*. Puerto-Príncipe, 28 de abril de 1840". Así apareció en ese periódico el 2 de mayo de ese año.

² Esta afirmación de Luz es muy importante. En primer lugar, explica por qué Varela seguía editando sus *Lecciones de Filosofía* en español y en Estados Unidos. (continúa)

El documento que reproducimos a continuación constituye uno de los más trascendentes para entender el censo teórico de los primeros creadores de la culturación cubana. En él, Luz y Caballero expresa su identificación filosófica con Félix Varela, el proscrito sacerdote, por cuyas lecciones impartía sus clases, hecho apenas señalado por los estudios de figuras aisladas. De igual forma, el maestro de El Salvador deja establecido por qué es Varela el fundador del movimiento de ideas que da vida al pensamiento emancipado y, a la vez, emancipador, bajo la relación ciencia-conciencia.

Un aspecto quiero destacar. Éste es el documento en el cual Luz expresa la famosa frase, cambiada de contenido, de que Varela fue “quien nos enseñó primero en pensar”. La rectificación resulta importante. La frase acuñada “el primero que nos enseñó a pensar”, convierte un problema gnoseológico en otro de tipo cronológico. La alteración no me parece casual porque nos deja, de nuevo, en hechos y no en ideas.

Este artículo tiene, además, el valor añadido de haberse escrito en medio de la más violenta polémica filosófica que se haya efectuado en Cuba. Próximamente, la colección Biblioteca de Clásicos Cubanos de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, publicará una nueva edición de La polémica filosófica cubana; le hemos añadido su se-

Y vea V. ahora brevemente, señor *Ciudadano del Mundo*, como soy discípulo de Varela bajo muchos aspectos. Varela derrocó el escolasticismo en nuestro suelo, y yo aplaudo y aplaudiré su ruina. Varela fué nuestro legítimo Cartesio, en más de un sentido, ya por haber destruído el principio de autoridad con el consejo y el ejemplo de palabra y obra, ya por haber introducido en su consecuencia la libertad filosófica de pensar, el verdadero eclecticismo;³ así es que, no contento con destruir, se empeñó por edificar, y edificar con los materiales de más exquisita calidad que tuviera a su disposición; precisamente con los que sirven hoy de base hasta a aquellas de mis doctrinas en que discrepamos o podemos discrepar. Varela dio el grande, el atrevido paso de introducir la filosofía, elemento indispensable para el estudio completo del hombre en el campo de la ciencia; yo, no como quiera, sigo en esto sus huellas, sino que veo en aquel estudio el porvenir no sólo de la filosofía estrictamente tal, sino hasta la Educación, la Moral y la Legislación.

Varela fue enemigo declarado de toda ontología, y yo no ceso de hacerle la guerra a este Proteo, sea como fueren las formas especiosas y aún veneradas bajo las cuales procura presentarse.

Varela columbró primero y más que nadie en este país la importancia de las ciencias físicas, no ya sólo para los adelantamientos materiales de la sociedad, sino para dirigir y robustecer al entendimiento en todo género de investigaciones, y muy particularmente para el progreso de la Filosofía *racional*, o propiamente dicha. Yo tengo por excusado demostrar que abundo en semejantes principios, por ser notorios mis conatos por la difusión de este género de conocimientos, que hacen falta especialmente a una gran parte de nuestra juventud, que dedicada exclusivamente a la Jurisprudencia, carece de criterio para juzgar de infinitos casos que se les presentan después en el vastísimo campo de las transacciones humanas; falta que es también causa muy principal de que cundan entre nosotros muchos errores de que están plagadas las obras de los metafísicos, y señaladamente de los nuevos pseudoeclecticos, incluso los mismos que son los fisiologistas de la escuela.

(viene de la página anterior)

dos. Éstas, remitidas a Cuba, se utilizaban, por lo menos por Luz y Francisco Ruiz, este último profesor del Seminario. En segundo lugar, no deja dudas de la base vareliana de las enseñanzas lucistas. Ausente Varela físicamente, sus ideas y su espíritu seguían llenando las aulas cubanas. Búsqese en ello sino la causa, por lo menos parte del contenido de la reforma de los estudios en Cuba llevada a cabo en 1842: desterrar las ideas del desterrado.

³ En el ensayo introductorio a la edición de la Biblioteca de Clásicos Cubanos de *La polémica filosófica cubana*, se estudia a qué se refiere Luz cuando habla de “verdadero eclecticismo”. Este aspecto resulta vital para comprender los derroteros ulteriores del pensar en el país.

gundo apellido, precedida de un novedoso y enjundioso ensayo introductorio.

Eduardo Torres-Cuevas

Por último, y no por prolongar más esta reseña, Varela no satisfecho con emancipar nuestro entendimiento, no satisfecho con lo que parecía sustancial, queriendo hacer la reforma efectiva, se ocupó también del instrumento, y a manera de Julio César *nihil actum reputans, si quid superesset agendum*,⁴ cortó también las trabas que encadenaban la exposición de las ciencias a los signos de una lengua muerta, aunque idolatrada y poseída por él (¡más mérito!) en un grado, de que todavía no pueden formar idea los que sólo juzgan por sus escritos en aquel idioma divino, a pesar de la elegancia y aticismo que los distinguen; pues para graduar su fuerza, era necesario haber experimentado en el dulce comercio con este dulcísimo varón, la soltura y facilidad con que manejaba en la conversación familiar la lengua de Marco Tulio y de Terencio. Yo, aunque tan aficionado como el que más a la robusta lengua del Lacio, a esa lengua de hombres que eran hombres, no he menester decir (¿y quién puede ya poner en duda semejantes principios, mediando el siglo XIX?) que sacrificaría todas mis aficiones en gracia de proporcionar en vehículo más fácil y expedito para la difusión de los conocimientos.

Y con esto me parece sobradamente rectificado el primer aserto del Señor *Ciudadano del Mundo*: pasemos a la otra rectificación prometida.

“Prueba evidente, añade V., de que no está acorde (el que escribe) ni con su método, ni con sus doctrinas”. En primer lugar, tacho la consecuencia, pues, de que difieran dos individuos en algunas y hasta en muchas opiniones en el vasto campo de una ciencia, no se infiere en buena lógica que discrepen hasta en el método; y tan no hay repugnancia que aún en las ciencias de peculiar experimentación, v.g. en la química, siguiendo todos sus cultivadores el mismo método de apelar al laboratorio, y aún obteniendo a veces los mismos hechos, se suscitan las más acaloradas controversias acerca de las inducciones que de los mencionados datos quieren sacarse, toda vez que esa operación es obra de la causa de cada uno, hay lugar por lo mismo al *tot capita, tot sententiae*:⁵ testigos las empeñadísimas contiendas que median hoy mismo entre el famoso químico sueco Berzelius y uno de los primeros de Francia, que es Dumas.

En segundo lugar muy probable es se haya figurado el señor *Ciudadano del Mundo*, que por tener el señor Varela su *Lógica y Moral* antes que la *Física* en sus *Lecciones de Filosofía*, y haber yo sostenido, y, a mi parecer, probado, que las ciencias físicas deben estudiarse previa e independientemente de las llamadas *morales*, difiramos completamente en la cuestión de método u orden en la enseñanza.

⁴ “Si le queda algo por hacer, pensaba que no había hecho nada”.

⁵ “Hay tantas opiniones como individuos”.

Y a fe que en esta parte ha tenido motivos para juzgar así el *señor Ciudadano*, que no encontrará en mí más que justicia e imparcialidad. Pero voy a exponer con brevedad lo que media en el particular, y espero dejar completamente satisfecho mi propósito de rectificar el segundo concepto de V.

Bien podría ser que el señor Varela no estuviese en aquella época (hace más de 20 años) en mis ideas acerca de la cuestión de método; pero aunque lo estuviera, no se hallaba en sus manos exclusivamente alterar el orden general de los estudios en aquel tiempo, así en el mismo Seminario de San Carlos, como en la Real y Pontificia Universidad, de quien pendía y pende ese establecimiento.⁶ Verdad es que los estatutos del Colegio daban mucha más amplitud que los de la Universidad al profesor para hacer alteraciones y mejoras, y nuestro patriótico y celoso maestro se aprovechó de tan precisa circunstancia para realizar cuantas reformas pudo en obsequio de la juventud estudiosa del país. ¿Qué más? Traspasó los límites del estatuto en más de una reforma importantísima y trascendental, como queda probado, luchando y siempre luchando, que nada grande se consigue sin lucha, y apoyado a veces por las insinuaciones y consejos del grande Espada (*unicuique suum*),⁷ cabeza suprema del Seminario y cabeza nacida para todo.

Diversas, empero, han sido las circunstancias en que yo me he encontrado respecto a la cuestión de orden en los estudios. Puede decirse con verdad, que no he tenido sino querer y *lograr*. Tratábase efectivamente de establecer Cátedras de Filosofía en los Colegios de S. Fernando y San Cristóbal por los años de 1833, y como por la Real disposición del caso de cometiese al siempre señalado señor D. Francisco de Arango y Parreño, a título de Comisionado especial para el plan de estudios, la inspección y sanción interina de cuanto propusiesen al intento los Directores de dichos establecimientos, que lo eran a la sazón D. Narciso Piñeyro del primero y el que habla del segundo, aprovechamos la coyuntura los promoventes de proponer cuantas mejoras y reformas juzgamos útiles, entre ellas, la precedencia, no la preferencia del estudio de la Física en el curso de filosofía, según los ramos que en nuestro suelo lo constituyen; y con más aliento aprovechamos la coyuntura cuando estábamos seguros de la aprobación del ilustre señor Arango sobre cuanto redundase en beneficio del país, objeto incesante de sus desvelos en su larga carrera pública. Tuve la fortuna, la consabida mejora de obtener no

⁶ Hoy mismo, el señor Ruiz que profesa en el Seminario y en Carraguo, principia el curso en el primer establecimiento por la Lógica, y en el segundo por la Física. (Nota del propio Luz.)

⁷ "A cada cual lo suyo".

ya su mera aprobación, sino su más decidido aplauso, como no hay quien lo ignore al presente; y menos en Puerto Príncipe, después de la polémica allí promovida en principios de 1838 por el señor *Rumillio* y continuada por el *Dómine* en la misma *Gaceta del Camagüey* con el que traza estos toscos renglones.

Pero sea de ello lo que fuere, sepa el señor *Ciudadano del Mundo* que me cabe la honra de contar hoy al señor Varela entre los decididos partidarios del método de enseñar Física primero que Psicología, según me lo ha manifestado expresamente en carta escrita meses hace desde Nueva York,⁸ y que no tengo ahora a la vista; por más seña que en ella me agrega, si la memoria no es infiel, “que era en todo de mi opinión, y acaso también por otras razones (ni quito ni pongo) que no había yo alegado” o cosa semejante; pues recuerdo el espíritu más que la letra.

Así que, creyendo haber llenado mi propósito de *rectificar* el equivocado concepto en que labora el señor *Ciudadano del Mundo* respecto de mis opiniones filosóficas en cotejo con las de mi ilustre maestro, concluyo esperando de su justificación se sirva aplicar al caso la preciosa máxima tan oportunamente invocada por *El Lugareño*, por ese patriota a toda prueba, que todo se vuelve hidalguía y buena intención, de *sapientis est mutare consilium*,⁹ y sepa el *Ciudadano*, y sepa el mundo, que al rendir el modesto *Lugareño* aquel testimonio de su celo al esclarificado Varela, no hizo más que ceder a un sentimiento profundo de gratitud, de justicia, de amor a su suelo; pues mientras se piense en la tierra de Cuba, se pensará en quien nos enseñó primero en pensar.¹⁰

José de la Luz.
Habana, 20 de abril de 1840.

P.S. Para que se cerciore el señor *Ciudadano* y todo el mundo de que no soy ciego respecto a la obra del señor Varela, a pesar de mi aprecio por ella y mi amistad por él, lea algunos artículos publicados en estos días por *Filolezes*¹¹ en el Diario de esta ciudad.

⁸ Esta afirmación de Luz aparece confirmada en una carta de Varela a un discípulo, quien se ha identificado erróneamente como Manuel González del Valle, de 22 de octubre de 1840. En ella dice: “Acuérdome que cuando [Luz] me escribió que enseñaba la Física, antes que la Lógica, le contesté que encontraba en ello una ventaja (...) enseñándoles al mismo tiempo la Lógica sin que lo perciban”. Cfr. Félix Varela: *Obras*, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 1997, t. III, p. 234.

⁹ “Es de sabios mudar de parecer”.

¹⁰ Ésta es la forma original y el contexto de la célebre frase de Luz tan infelizmente utilizada.

¹¹ *Filolezes*: seudónimo empleado por Luz durante la famosa polémica filosófica.

Carta de Felipe Poey

La polémica religiosa en Cuba fue especialmente aguda en el campo de la formación de las conciencias durante el siglo XIX. Aunque estos estudios resultan aún hoy incipientes entre nosotros, es notable el amplio campo de ideas que sobre la libertad de conciencia, sobre Dios y otros temas trascendentes al hombre se efectuaron, por entonces. La búsqueda de una conciencia nacional estuvo vinculada al florecimiento de un pensamiento laico para una sociedad laica. Aunque, contemporáneamente, ha surgido una tendencia a devalorar el ateísmo como doctrina desespiritualizada, árida y estéril, producto más de la falta de cultura que de poseerla, esta imagen también resulta simplificadora. Ya en el siglo XIX son evidentes diferentes niveles de aprehensión del ateísmo. Uno lo era el ateísmo por reflexión y que aparece con frecuencia en intelectuales y científicos muy marcados por las ciencias naturales y físicas de la época, en especial el darwinismo; otro, bien distinto, era el ateísmo por indiferencia, éste más bien extendido en la burguesía, cuyos goces materiales no daban lugar a los amplios espacios de meditación; por último, estaba el ateísmo por ignorancia que puede equipararse con otras brotaciones espontáneas, como ciertos tipos de religiosidades, pues este tipo de ateísmo constituye, también, una creencia.

Habana, San Felipe Neri 26 de mayo de 1889, 90 años.

Mis queridos sobrinos Serafina y Guell, Joaquín.

Suplico que a última hora me dejen morir tranquilo, conforme a mi ley. Me hicieron cristiano sin consultármelo; la razón y la filosofía me han hecho materialista.

No creo en Dios.

La idea de Dios, con los atributos que le conceden, es inconcebible; su definición es negativa e impalpable.

El Dios de los cristianos es egoísta y cruel. Si porque no hay reloj sin relojero, se infiere que no hay universo sin Dios, dígame ¿Quién hizo a Dios? ¿Salió de la nada?

Si Dios existe, me juzgará por mis obras, no por mis creencias.

Nadie es dueño de creer o no creer.

Es imposible creer que lo blanco sea negro, ni lo negro blanco.

La Sagrada escritura trae una carta de San Pedro, que dice:

El que tiene malas obras y tiene fé, Dios lo puede salvar por su infinita misericordia: el que tiene buenas obras y no tiene fé, Dios le debe la salvación por débito.

No admito confesores, tan pecadores como yo, y rechazo los auxilios espirituales de la iglesia. Rehúso especialmente a los Jesuitas. Tengo mucha amistad con el P. Viñes, pero á última hora, no quiero verlo en mi cuarto, ni su sombra.

Federico tiene el encargo de conseguir buenamente que mis amados sobrinos me dejen tranquilo: en cuyo caso quemará esta carta; de lo contrario la presentará a los dos, y si con esto no basta, si entran sacerdotes tan hombres como yo, a ponerme en comunión con Dios, conseguirán desesperarme anticipando mi muerte, y oirán blasfemias que nunca han oído.

Quiero morir como Antonio Mestre, sin escándalo.

A Federico Poey— Para entregar a su debido tiempo a Serafina y Guell.

La pluralidad de ideas en torno al tema religioso ya había entrado en el propio entramado del pensamiento cubano, aunque el absolutismo de la Iglesia lo mantuviera forzosamente fuera de las esferas oficiales. Un ejemplo de ello es el documento que Francisco González del Valle pu-

blicó en la revista Social, y que aclara el oculto pensamiento de Felipe Poey y Aloy en materia tan delicada. Porque, si la censura política podía condenar en lo jurídico, peor lo era la censura social que segregaba, condenaba y anatematizaba socialmente al hombre. He aquí el documento.

Don Fernando Ortiz Fernández

Ciencia, conciencia, paciencia

El 10 de abril de 1969 falleció en su residencia de 27 número 160, esquina a L, en la barriada de El Vedado, hoy sede de nuestra Casa de Altos Estudios de la Universidad de La Habana, quien le da nombre a nuestra institución, el sabio cubano Don Fernando Ortiz Fernández. Su actividad intelectual y su obra, tanto en extensión como en profundidad, si bien cubren un amplio campo de especialidades, estuvieron todas colocadas en un afán único de búsquedas incesantes centradas en descubrir la esencia misma de Cuba, de lo cubano, de la cubanidad y de la cubanía. Privilegio extraordinario de un pueblo que ha contado con una historia de “ciencia, conciencia y paciencia”, cuya cima es Don Fernando en el siglo xx.

El estudio de su obra, aún apenas esbozado, demuestra una evolución poco frecuente; sólo hija de una inteligencia de excepción puesta en función de una pasión por conocer lo verdadero que se esconde, a veces fraudulentamente, detrás de un ropaje de oropel barato, y la dedicación paciente por descubrir, con todos los riesgos, allí donde otros no penetran. El Ortiz que retorna a su patria con Lombroso bajo el brazo y con una estructura de trabajo prefijada y prejuzgada por su formación europea, ya en el transcurso de sus primeras investigaciones, observa y comprende que, para entender esa profundidad de lo que es ya su razón científica, el estudio de la sociedad cubana, aquellos esquemas más que ayudarlo le obstaculizan y nublan la pupila.

El más profundo y abarcador de todos los estudiosos cubanos, retorna a su raíces. Estudia su historia, incluso la de los primeros siglos, aquella que otros menosprecian, pero, sobre todo, tiene su reencuentro con los *padres fundadores* del pensamiento cubano: Varela, Luz y Caballero, Poey, Del Monte y, en una dimensión sociológica y nacional de excepcional identificación, José Antonio Saco. Comprende que estos hombres fueron los *verdaderos descubridores* de un saber cubano, los hacedores de una cultura, profunda y humana, que pretendía ser *la expresión intelectual* de una sociedad que apenas comenzaba a fraguarse. De ahí el amor con que reanimara a la Sociedad Económica de Amigos del País, “hija cubana del Iluminismo” y una de las madres nutricias del pensamiento creador del siglo xx.

Don Fernando, en la medida en que se adentraba, por un lado, en la historia y, por otro, en la sociedad real —no en la recreación de fachadas sino en la de los traspatios—, empezaba a reajustar métodos, a decantar, a recrear y a crear una ciencia propia para el estudio de la sociedad cubana. Antropología, etnología, lingüística, historia social, historia de las mentalidades, geografía, nada le resulta ajeno a la hora de integrar en un todo-proyecto el conocimiento necesario. Se convirtió así en el verdadero *conquistador* de las ciencias sociales cubanas y, con ellas, no sólo penetró en el conocimiento de la sociedad cubana, sino que, más allá, descubrió el alma misma de lo

cubano, de la cubanidad y de la cubanía, sin falsas edulcoraciones y, a la vez, sin complejos de culpa reduccionistas.

Fue heredero auténtico de la concepción creadora de *los descubridores*. Si con un nombre pudiera sintetizarse, éste sería el de *la coherencia electiva*. Desde el espíritu de ésta, y desde su época también deformada y, a la vez, formadora, con el nuevo instrumental de las nacientes y autodiscutidas ciencias sociales, Ortiz abre el nuevo espacio que implica su idea de la *transculturación*. A través de esta idea-concepto-instrumento, la imagen cultural de Cuba aparece en sus dimensiones verdaderas. No hay definición racial posible; hay, eso sí, definición cultural. Y esa definición cultural resulta la única posible para *SER* y para *SER LIBRES*. Lo que definió su ciencia fue su conciencia; lo que le permitió hacer ciencias, su paciencia para estudiar sin alardes apresurados, pero derribando los muros de contención que ocultaban *nuestra verdadera naturaleza*.

Desde este ángulo, ciertos conceptos importados, como el tan usado por los europeos de *aculturación*, no resistían el embate del conocimiento. *Transculturación* creó el espacio conceptual que no había tenido la realidad intracultural cubana. Pero este camino nos lleva a la comprensión de un proceso aún más trascendente; éste, definido como *culturación*. Resulta in-

terezante que algunos estudiosos sólo se queden en la primera fase. Trátase de descubrir culturas para crear cultura nueva; descubrir los componentes originales de lo cubano para entender la selección, la recreación y la creación de una nueva calidad cultural, lo cubano. El *ajiaco* de Don Fernando, no sólo era el punto culminante de un saber “con terminitos y contenidos” cubanos, constituiría, ante todo, la colocación del problema a un nivel de estudios mucho más complejo; era la incitación para la conquista del conocimiento cubano. Como el *ajiaco* se cuece con fuego, con el fuego de Prometeo, lo cubano, nos dice Don Fernando, es, ante todo, *la voluntad de ser cubano*; es decir, *la pasión de lo posible*; el amor por conocernos y hacernos a nosotros mismos. Reducir ese Ser cubano a folclor, mal entendido, y exotismo tropical es cercenarle lo más importante de sí. Es ofrecer la imagen vulgar —que no popular—, a veces ridículamente intelectualizada, que convierte lo visual en realidad virtual ajena al fenómeno real que oculta y distorsiona. Y esa capacidad para interpretar las urgencias del saber cubano constituyó, sin paradojas, su más genuino aporte a la cultura universal.

A 30 años de su desaparición física, *Debates Americanos* y la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz rinden homenaje, en su compromiso de estudios, a este grande de la cultura patria.

Tres textos de Fernando Ortiz



El panhispanismo

La fuerza del idioma

Ni racismos ni xenofobias

La obra monumental de Fernando Ortiz es en sí misma un monumento a la interdisciplinariedad científica, mucho antes que la noción de interdisciplinariedad se hiciera protagonista de disertaciones y reflexiones teóricas sobre los caminos actuales y perspectivas de las ciencias. Uno de tantos campos estudiados por Ortiz, bien mediante detalladas monografías o a través de agudas polémicas, fue el legado hispánico a las culturas de América y en particular a Cuba, en la cual alabó virtudes y enjuició defectos.

Su lucha abierta contra las pretensiones hegemónicas dio lugar a reiterados trabajos contra el panhispanismo, en los cuales desmascara la falacia de la "raza", analiza las implicaciones socioculturales del racismo y valora el papel dinamizador de las lenguas en las relaciones culturales.

INTRODUCCIÓN
Jesús Guanche

*Ahora que muchos estudiosos asumen la inconsistencia científica de la noción biológica de "raza" para caracterizar el polimorfismo fenotípico de la especie humana, a la vez que la valoran como una construcción sociocultural, es bueno recordar que desde los años 20 ya Ortiz venía promoviendo la discusión al respecto y pocos lo seguían en este empeño, incluso después que publicó en 1940, *El engaño de las razas*. Paralelamente, frente al atrincheramiento de las diferencias lingüísticas como pretexto político para la incomunicación entre los pueblos, Ortiz vuelve a resaltar el papel de la cultura, en su esencial acepción antropológica, para demostrar la necesidad de comunicación intercultural por encima de esas diferencias. Vaya en esta breve selección un sentido homenaje de Debates Americanos en el 30 aniversario de su desaparición física.*

El panhispanismo¹

En la comunicacion-circular dirigida por la Universidad de Oviedo a los centros docentes de la América de habla española, saludaba aquélla a éstos, en nombre de la comunidad de “la raza” primero y después, en segundo lugar, “de la fraternidad intelectual”.

¿Por qué esa anteposición de la raza a la mentalidad?

En ese criterio estribará principalmente el fracaso del nuevo movimiento americanista español o, por lo menos, la escasez de sus frutos. En ese documento, que por su carácter no puede tildarse de impremeditado, como en todas las manifestaciones de la misma corriente española, se ha antepuesto el factor racista al intelectual o al económico. El español contemporáneo, que en América ha buscado mercado para sus industrias o ambiente para sus publicistas, ha pretendido que le compremos mercancías o que le aceptemos su influencia espiritual, no por la bondad y méritos de unas y otra, sino por razón de raza. Invertidos los términos, el éxito sería halagador: enviarán mercaderías insuperables y literatura insustituible o utilísima por lo menos y el interés de “raza” estaría asegurado.

Sin embargo, el error español es explicable. Pese a los esfuerzos de generosos sociólogos contemporáneos, parece que existe un recrudecimiento del racismo gobinista, especialmente después de los trabajos de Lapouge y de Ammon. El pangermanismo y el paneslavismo son tendencias acentuadas de la política europea, traducidas en una expresión étnica.² La discusión de la decadencia latina y de la superioridad sajona por los Sergi, Fouillèe, Colajanni, Desmoulins, etc., los sacudimientos antisemitas, las disensiones

austrohúngaras, la cuestión irlandesa y la candiota, la prohibitiva legislación contra la inmigración china y cien hechos más demuestran que las cuestiones de raza están a la orden del día, hasta el punto de que el año próximo se reunirá en Londres el “primer congreso internacional de razas”, donde con criterio científico se discutirán los más importantes aspectos que presenta la convivencia social de elementos humanos de diversos caracteres étnicos.

Y España ha sentido también su racismo, el racismo español; y cuando a América se refiere invoca siempre el sésamo de la “raza” para que se le abran las puertas. Caída en honda decadencia, algunos de los que anhelan su salvación han acudido a ese sentimiento colectivo no sólo para que le sirva de reactivo en el interior, sino para darle un campo externo de engrandecimientos: el hispanoamericano.

En otro ambiente, con otros elementos, con carácter distinto y seguramente con otros resultados, el neorracismo español, en el fondo, no es sino la traducción al español del movimiento que iniciara Fichte³ en Alemania para hacerla reaccionar contra la postergación en que la halló sumida el siglo XIX.

El heraldo de esta empresa nacional, Altamira,⁴ fue traductor al castellano de los *Discursos* de Fichte, traducción que llevó a cabo a raíz de los sucesos de 1898 y que tenía por tanto un verdadero significado histórico. Él, como los demás caudillos del neorracismo, como Labra,⁵ por ejemplo, desdoblaba el problema en dos aspectos: uno interno, la consolidación interior por obra principal de la enseñanza y otro externo, la consolidación de la personalidad por obra de una

¹ Tomado de *Revista Bimestre Cubana*, vol. LXX, no. 1, La Habana, enero-diciembre de 1955, pp. 55-59. Este artículo fue publicado también en *El Tiempo*, La Habana, 1910, y luego en el libro *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, Librería P. Ollendorff, París, 1910.

² En esta acepción conceptual de principios del siglo XX, aún la noción de lo étnico se encontraba identificada con lo racial.

³ Se refiere al filósofo alemán Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), quien fue profesor de las universidades de Jena y Berlín.

⁴ Se refiere al historiador alicantino Rafael Altamira (1866-1951).

⁵ Se refiere al abogado y periodista cubano Rafael María de Labra y Cadrana (1841-1918), quien como parte de su campaña abolicionista, abogó también contra la trata de chinos.

diplomacia de concentración étnica, dirigida a los núcleos afines; exactamente como propagara Fichte.

Así vemos a Altamira y a Labra, por no salirnos de los principales americanistas españoles, luchando contra el presente atraso mental de España, pintado por ambos y especialmente por el primero con los más negros colores y promoviendo una corriente de opinión en pro de lo que sin peligro de impropiedad pudiera llamarse el “panhispanismo”, llamado a luchar contra el “panamericanismo”, así como a los pedagógicos consejos de Fichte se unieron sus arengas “pangermanistas”, destinadas a contrarrestar la acción expansiva de las otras “razas”.

El “panhispanismo”, en este sentido, significa la unión de todos los países de habla cervantina no sólo para lograr una íntima compenetración intelectual sino para, también, conseguir una fuerte alianza económica, una especie de “zollverein” [asociación], con toda la trascendencia política que ese estado de cosas produciría para los países unidos y en especial para España, que realizaría así “su *misión tutelar* sobre los pueblos americanos de ella nacidos”.

Estas últimas palabras no son nuestras, sino de los catedráticos de Oviedo, informantes a un Congreso Hispano-Americano de 1900, de que otro día habremos de ocuparnos, como del mismo informe son los demás conceptos del párrafo anterior.

El “panhispanismo” abarca, pues, la defensa y expansión de todos los intereses morales y materiales de España en los otros pueblos de lengua española: influencia intelectual y moral, conservación del idioma, proteccionismo aduanero, privilegios económicos, legislación obrera para sus emigrantes, etc. Mas no quisiera el pueblo de mayor sentimiento imperialista, salvo la directa acción política que no es lo principal ni lo necesario, como en Cuba podemos testimoniar en relación con el imperialismo norteamericano. Así, pues, aunque el panhispanismo sea por ahora intelectual y económico, no deja de ser un imperialismo.

Se trata, y bien claro lo dijo Rueda⁶ en su delirio poético, “de crear la inmensa Hispania”, a su vez traduciendo una expresión “la más gran-

de Alemania”, de un imperialista germano tan significado como Bülow,⁷ equivalente a la “greater Britain”, de los panbritanistas.

Claro está, y el propio Altamira pone buen cuidado en decirlo, que esa campaña de regeneración y en pro de la “afirmación de la influencia espiritual” española en América debe entenderse muy alejada de “la idea suicida de un desquite militar o de un renacimiento del imperialismo como al fin vino a provocar la predicación de Fichte”; pero cierto es que el imperialismo adopta diversas formas, y que el nuevo sentimiento expansivo español, sin poder soñar hoy con dominaciones militares, se polariza por ahora hacia la afirmación o permanencia de la influencia hispana en este continente, o sea, hacia una “rehispanización tranquila” o un “neo-imperialismo manso”. Su falta de carácter militar sólo depende de la falta de medios militares. Dadle a España fuerzas incontrastables y se arrojará prontamente, como todas las naciones fuertes, en brazos del imperialismo más rudo.

Y ante este fenómeno social de la vida española, ¿debemos los hispanoamericanos encoger nos de hombros? ¿No debemos analizar la importancia, valor, finalidad y trascendencia del “panhispanismo”, por lo que a nosotros respecta?

¿Nos conviene ser o no sujetos pasivos del mismo? ¿Debemos resistirlo o abandonarnos a él? ¿Podemos hacer una u otra cosa?

Suicida sería el olvido del problema y estamos satisfechos de haber afrontado su examen en claro y sin rodeos, aun a trueque de acarreamos la enemiga, no ya de la colonia española, cuyos intereses materiales y morales son los mismos nuestros, sino la de algunos directores de la misma, mal avenidos aquí como los politicastos de allá, con todo lo que signifique modernización, americanismo y cambio de horizontes.

Estúdiense el problema desapasionadamente en la pluralidad de sus fases, que, especial-

⁶ Se refiere al poeta, precursor del modernismo, Salvador Rueda (1857-1933).

⁷ Se refiere al político alemán Bernard Bülow (1849-1929), canciller del Imperio de 1900 a 1909.

mente en Cuba, tiene un gran significado para su civilización futura y la orientación de su actividad social. Examínense los aspectos complejos de esos tratos proteccionistas y de esos in-

tercambios profesionales, y de la fuerza del idioma y hasta de la raza.

Hasta la de la "raza"; sí porque, después de todo, ¿existe acaso una raza española?

La fuerza del idioma⁸

Que el idioma une y aproxima a los hombres, no cabe duda. El lenguaje es esencialmente vida de relación. Saben, pues, lo que hacen los panhispanistas que lo toman como lábaro de sus campañas. Si no se hablara castellano en América, las relaciones con la España intelectual serían insignificantes.

Pero ¿la comunidad de lenguaje significa identidad de cultura y de intereses? Y viceversa, ¿la diversidad de idiomas impide la estrecha cooperación social, la fusibilidad de civilizaciones y egoísmos?

Porque hasta ahora, consecuentes con su finalidad exclusivista y nada pedagógica, los hispanistas han hecho su agosto en este campo, han expuesto un solo aspecto del problema y, lejos de favorecer la obra de la civilización en América, con tantos bríos han querido cantar al idioma común, que tal parece que es nociva y antipatriótica la enseñanza de los idiomas extranjeros, cualquiera que éstos sean, y, peor que todas, la del inglés.

Veamos lo que pasa con este idioma. Lo hablan hoy una porción de millones de hombres; viene a sustituir poco a poco al francés en su internacionalidad (en estos días China lo ha aceptado como su idioma diplomático y oficial en los centros de educación superior). Pero limitando la observación al campo donde es lenguaje nacional, ¿se podría admitir una identidad de cultura y de intereses entre los países que lo hablan? ¿Inglaterra y los Estados Unidos tienen igual cultura? ¿No es muy distinta la psicología de ambos pueblos, a pesar de sus indiscutibles semejan-

zas? ¿Los intereses norteamericanos son, por la identidad del idioma, iguales a los ingleses? Y aun dentro del imperio británico: ¿el interés canadiense es el de la Gran Bretaña? Y sin embargo, hablan un mismo idioma. El interés alemán y el austríaco, ¿son acaso idénticos?...

Pero el caso opuesto es aún más expresivo. La diversidad de idiomas no impide, ni dificulta, sino de manera muy accidental, la amalgama de culturas.

En Bélgica hay dos idiomas populares y oficiales y viven los belgas tan campantes. Suiza es una torre de Babel donde franceses, alemanes e italianos colaboran enérgicamente en una sola obra nacional, con energía que ya quisiera la monoglotista Cuba. España misma, ¿no comprende a los gallegos, catalanes y vizcaínos que no hablan castellano? ¿Los vascos franceses no son más franceses que vascos? ¿Significa algo socialmente y fuera del campo filológico la *Euskaria*, distinta de Francia y España, a pesar de su acentuadísima e independiente personalidad idiomática? Por el lenguaje, los gallegos debían ser anexionistas a Portugal, ¿lo son por ventura?

Claro está que el caso de luchas de lenguaje *se presenta* por lo común con trascendencia política. Recuérdese el conflicto de idiomas en Austro-Hungría, o en Rusia y Alemania en relación con el polaco. Pero en todos estos casos sólo se trata de lucha de intereses políticos, apoyados, acentuados y a veces disfrazados por la diversidad de idiomas. Los húngaros, los croatas o los eslavos, no luchan por su lenguaje, sino por su personalidad perdida o menoscabada que vale para ellos mucho más. Los catalanistas en España no trabajan principalmente por el robustecimiento de su habla nativa, que ha dado

⁸ Tomado de *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, Librería P. Ollendorff, París, 1910, pp. 48-56.

ya una fuerte literatura, sino por su personalidad social. Los catalanistas —nos permitimos asegurarlo porque hemos convivido con ellos varios años— se avendrían a perder su idioma con tal de obtener la independencia o por lo menos la autonomía amplísima que es su ideal.

El lenguaje no es más que un *pretexto* en esas luchas, como dijo Gumpłowicz, como lo fue en otros tiempos la religión.

Cuando entre grupos sociales distintos estalla una lucha, se refuerzan todas aquellas características que pueden servir a la mayor cohesión de las energías de los combatientes.

Y este fenómeno social se observa así entre los que van a la lucha para la expansión, como en los que van a ella para la simple defensa.

Rota la unidad política, quebrantada la social, discutible la étnica y atenuada la religiosa, los polacos se aferran a su lenguaje y tratan de salvarlo del naufragio como arca santa de un pueblo absorbido y dominado; pero si se pudiera ofrecerles y darles la soberanía política nacional a cambio del idioma, hablarían prontamente el alemán o el ruso.

Los irlandeses mantienen su idioma que sólo ellos hablan, a pesar de no servirles para la civilización, así como acentúan su fe religiosa, porque ambas son armas de resistencia contra la dominación política de los ingleses.

Y por igual motivo, Alemania en su imperialismo y ahora España, que quiere no sólo defenderse contra los factores externos de su decadencia sino reaccionar en lo ideal uniéndose a la América hispana, buscan en la ilusión del lazo idiomático, como fuerza coherente política, la definición de un mismo imperialismo por la astucia.

Pero la relatividad de la *inmensa Hispania* definida por el idioma, pone a veces a los españoles en calzas prietas y hace bien inestable su posición. Los hispanistas puros, es decir, los sinceros, predicán la unión de los pueblos que hablan español y, sin decirlo, se ven obligados a excluir al Brasil, la más grande de las repúblicas suramericanas, y de un colosal porvenir. Pero, como sostener esa exclusión sería ridículo porque no saben encontrar una razón atendible siquiera que la legitime ni en teoría, convierten el

hispanismo en *iberismo*, olvidándose que al hacerlo tienen que contar con Portugal; y sabido es que a este, que está en íntimas relaciones con el Brasil, nada le importa el idealismo internacional de España, como no sea para defenderse de su hegemonía, que naturalmente surgiría o se procuraría que surgiese, si de una unión entre ambos países, muy desiguales en población, se tratara. Esto aparte, de que España ignora a Portugal a pesar de ser su limítrofe y es difícil encontrar un español que sepa una palabra de sus vecinos como no sea para ridiculizarlos con defectos más supuestos que reales y que de existir son en mucho atenuados por otras cualidades que acaso no se encuentren en Iberia, fuera de Lusitania. (Bien es verdad que el español vive tan encerrado en su casa que desconoce al extranjero y, como es consiguiente, por la falta del contraste que produce la comparación, el juicio y la crítica, resulta desconocedor de sí mismo, hasta de sus mejores cualidades.)

El iberismo, pues, acaudillado por España, es la fórmula usual que recibe el americanismo español, hasta el punto de que en la cubierta actual del órgano oficial mantenedor de la doctrina, o sea, de la revista *Unión Ibero-Americana*, de Madrid, pueden verse los escudos de casi todas las repúblicas americanas, incluyendo la del Brasil, que no habla español, mientras en lo alto está el blasón de España honrando a la formación heráldica con su corona y su toisón de oro. Decimos que están allí representadas casi todas las repúblicas, porque no lo está la de los Estados Unidos por razón fácil de suponer (a pesar de que el objeto oficial de la asociación se refiere a España, Portugal y las naciones americanas sin distinción), ni la de Haití, que aun siendo de la *raza* latina (al menos por su idioma), la han dejado fuera por no ser hija de Iberia (la incluyen en otro sitio con Puerto Rico y Portugal, pero la cubierta nos parece más *sincera*). Y han sido lógicos en esto porque cuando España trata de lazos de amor y de aranceles le teme no sólo a los Estados Unidos, que son su odio más profundo, sino también y mucho a franceses e italianos que le están haciendo quedar desairada en la propia Suramérica.

Quédase, pues, reducida a límites restringidos la llamada fuerza del *idioma* que con la de la *raza* y la *religión*, son las únicas fuerzas de que alardea España, a falta de otras más decisivas y más intensas y reales, como la *industria*, el *comercio*, la *agricultura*, el *ejército*, la *marina*, la *escuela*, la *riqueza*, la *ciencia*; en fin, la *civilización*.

¿Quiere decir esto que nada vale el idioma en la vida internacional? No, sin duda. Él nos basta para ligarnos a España y a las demás repúblicas de idéntica parla, y ella hará que todos, españoles e hispanoamericanos (como Varela quería que nos llamáramos, renegando de iberismos y latinismos hipócritas), nos asociemos en muy agradables empresas de literatura, y que todos disfrutemos por igual y sin hegemonías de las rentas del lenguaje, ya que éste, al decir de Schäßle, no es otra cosa que la capitalización del trabajo intelectual de una nación.

No teman en este terreno los españoles, como no sea que la vitalidad hispanoamericana, abierta a todos los vientos, haga evolucionar el lenguaje castellano más aprisa de lo que sucedería por obra sólo de la cerrada Castilla, temor este muy justificable y que entre otros síntomas parece autorizarlo la propuesta y posibilidad de un *Diccionario de Cervantes*, o sea, realmente hispanoamericano, acogida por la propia Unión Ibero-Americana.

No sentimos, pues, la necesidad de renegar de nuestra habla nativa; pero sí la de acudir al conocimiento de idiomas extranjeros para salvar pronto la deficiencia de la cultura española, que es la nuestra, y la de su actualmente anémica librería, escasa de traducciones buenas y oportunas.

En este sentido seremos firmes propugnadores de la popularización de los idiomas extranjeros, cualesquiera que éstos sean, y más que todos del inglés, de difusión creciente en todo el mundo y en América, y entre nosotros de modo especial, absolutamente imprescindible. Creemos con el citado publicista ruso que el dioglotismo o hasta el poliglotismo lejos de debilitarnos nos daría una fuerza inmensa.

Si todos los cubanos, además del castellano, hablásemos el inglés, estaríamos más lejos

de una absorción política que en la actualidad, porque el poliglotismo es cultura, la cultura es fuerza y la fuerza es independencia.

Esto es tanto más cierto, y tanto más grave y triste nuestra deficiente uniformidad idiomática, si se considera que bajo nuestras palabras más bellas no encontramos la virilidad de los hechos, y éstos son los que gobiernan el mundo, o, como dice Pérez Galdós, recordando añejo refrán e increpando a los españoles del día, que cual nosotros padecen de afeminamiento de la voluntad: *los fechos son omes, palauras son mulieres*. Y en la vida internacional y en la social y hasta en la política, el feminismo está en pañales.

Mas, para terminar, rechacemos un punto de vista español muy curioso y que basta para dar a entender la finalidad que mueve a los españoles al insistir sobre la fuerza y el valor del idioma en la vida internacional. Dice Labra en su reciente obra sobre la *Orientación americana de España* (muy superior a la *España en América* de Altamira): “¿Podemos nosotros creer que teniendo 80 millones de castellanos por la lengua, identificados con nuestra historia, con nuestro pasado, y con nuestras costumbres, podemos abandonar esta *representación*?” Representación, ¿por qué? ¿Acaso el hecho de que nuestra habla sea originaria de Castilla, le da a ésta la representación de nosotros? ¿Desde cuándo Inglaterra tiene la representación de los Estados Unidos, ni siquiera la intelectual? Pues el caso es el mismo, en el campo castellano. Estos Estados se bastan a sí mismos para representarse, como nos bastamos los hispanoamericanos para nuestra propia representación. Sólo que si Inglaterra no quedó retrasada en relación con los Estados Unidos, España se ha dormido hasta el punto de dejar que la adelanten en no pocos aspectos algunas repúblicas de su lengua.

Quitad a la cuestión del idioma en las relaciones hispanoamericanas, lo que Labra llama la *representación* que de ella se deriva en favor de España, y veréis cómo pierde casi toda su importancia. Y es que allá en Iberia, si se canta a la raza, a la lengua y hasta a la religión, es al ritmo del neoimperialismo manso, porque se piensa que reconocida la unidad de estos pueblos con España, no ha de ser sobre bases igua-

litarias, sino sobre la base fatal, lógica e inexcusable de la hegemonía española, de la nación que unas veces llaman *madre con misión tutelar*, como dicen los catedráticos de Oviedo, y otras *hermana mayor y representante* de las demás, como hoy dice Labra; como si ante el mundo entero no estuviese la *madre* o la *her-*

mana en peligro de necesitar tutelas por una posible declaración de incapacidad, si no olvidada sus chocheos y su falta de sentido de vida moderna.

Ni racismos ni xenofobias⁹

Señores Amigos del País:

Un año más en la vida de esta corporación centenaria, y un año más de afirmaciones concordantes con los ideales que encendieron su llama en el siglo XVIII. *¡Luz, más luz!*, hogaño como en los días antañeros, cuando se confiaba en la cultura y se ansiaban sus hálitos para disipar las sombras milenarias de los privilegios y las servidumbres, de las intolerancias y los inhumanos despotismos.

La Sociedad Económica de Amigos del País sigue inspirada como el patriado cubano que la creara bajo la égida de un gobernante español esclarecido; y en la medida escasa de sus fuerzas, las únicas que le restan tras una larga vida de incesadas fecundidades, prosigue su sacra vigilia, cuidando el fuego del ideal que fulguró siempre en este casalicio, aun en tiempos de huracanadas pasiones. Aquí se oyeron en 1793 los balbuceos de la patria, cuando la civilización a que pertenecemos se desgarraba en cruentos alumbramientos de libertades para una era de más justicia humana; aquí se organizaron las primeras escuelas públicas y gratuitas que el Estado debe a sus ciudadanos, y aquí se estudiaron los problemas económicos y sociales de Cuba, proyectando hacia ellos toda la luz del siglo, para someter las riquezas naturales de nuestro patrio suelo al bienestar de sus hijos. Y

siempre fue credo de esta corporación que sólo habrían de lograrse las bienandanzas de la patria por el hermanamiento de la cultura de los cubanos y su capacitación en todos los sectores de la actividad social, con las orientaciones económicas más científicas, que propendieran al adueñamiento del gran acervo natural que nos diera el destino, mediante el trabajo y las virtudes de nosotros mismos.

La historia nos muestra cómo los egoísmos se resistieron, apartando siempre las realidades de la idealidad; pero ella misma nos enseña cómo aquéllos han llegado a ser vencidos siempre en sus intolerables incivildades, a medida que la cultura cubana ha ido templando caracteres e inteligencias para dominarlos y rendirlos.

Hoy, como ayer, nos muerde la medusa de los absolutismos, que quiere envolvernos a todos con sus tentáculos succionadores de las fuerzas vitales de la Nación, en beneficio exclusivo de minorías que han ido estructurando sistemas de sustentación parasitaria y que aspiran a su osificación permanente, con amenaza de peligros próximos y de muy honda trascendencia para la patria. Y hoy como ayer, ante el ara donde arde aún el fuego que llameó en el pasado, renovamos los votos de nuestra fe en el credo de la cultura que nos dio patria soberana, ideales de libertad y un programa revolucionario de varonía nacional, todavía incumplido.

¡Cultura, cultura y cultura! Sin ella la patria no podrá erguirse de esta puericia en que yace, ni podrán sus hijos, privados de posibilidades para expansionar sus conciencias y enlazar libremente sus energías, asumir la plenitud de las

⁹ Discurso en la sesión solemne del 9 de enero de 1929, conmemoración del 136° aniversario de la fundación de la Sociedad Económica de Amigos del País. Tomado de *Revista Bimestre Cubana*, vol. XXIV, no. 1, La Habana, enero-febrero de 1929, pp. 6-19.

responsabilidades públicas y darse los destinos que les dicte la soberanía democrática de la Nación, que sus padres soñaron y por la que quisieron morir.

No otros pensamientos han sido los que quiso interpretar el Presidente de la Sociedad Económica, cuando llevado a Europa por exigencias de salud y sosiego, fue comisionado por la misma corporación habanera para que entregara a la hermana matritense una modesta joya de fraterna estima, que reavivara afectos y estímulos de cooperación, languidecientes si no mortecinos. Y siendo ésta la primera sesión que celebramos después de su regreso, y tanta la resonancia que la benevolencia hispana dio a sus palabras breves y desnudas, no parece impropio que el Presidente os dé ahora cuenta del sentido espiritual de su mensaje y de los ecos que despertara.

Después de una jornada de íntimas congojas y de emociones encontradas e inolvidables, por la difícil situación que a los cubanos en España nos deparaba, en la imposibilidad de un silencio asentiente, la inverosímil incompreensión que, según la prensa oficiosa madrileña, mostraba tener el Jefe del Gobierno español de la personalidad de Martí y de su nimbo ideológico; ya por fortuna aquietado el ánimo ante una expresa rectificación de los infortunados conceptos puestos erróneamente en boca del Sr. Marqués de Estella,¹⁰ que nos fue mostrada con noble orgullo por nuestro preclaro embajador, el Sr. Mario García Kohly, acudimos a la recepción con que se nos honraba en el vetusto palacio de los Lujanes, donde la Sociedad Económica matritense tiene su hogar.¹¹ Excusamos referir la gentileza con que allí fuimos recibidos y obsequiados por razón del cargo con que vosotros nos honrasteis. Ya la pren-

¹⁰ El Presidente de la Sociedad Económica se refiere en esas palabras a una entrevista del señor Marqués de Estella con un periodista de *El Noticiero* de Madrid (19 de noviembre de 1928), en la cual se atribuyeron al actual jefe del gobierno español estas frases desgraciadas: "Esto es un proyecto que encuentro muy razonable, muy ponderado y perfectamente justificado. No así otras ideas que se han querido sembrar alrededor de ésta tan discreta, a virtud de la cual los que todo lo exageran han pretendido que se erigiera en España una estatua a Martí, ciertamente hombre de excelsas cualidades y héroe de la independencia de su patria, pero que nada más que la exageración y el deseo de sacar las cosas de quicio justificaría el que sea precisamente en España donde se le haya de rendir el homenaje de perpetuar su memoria en mármoles y bronce".

El significado de esas frases, después de lo que en Cuba acababa de ocurrir con motivo de un proyectado monumento al "soldado español desconocido", era inexplicable y realmente grave e impresionó justamente al Presidente de la Sociedad Económica habanera. Esas frases no podían menos de herir profundamente el sentimiento cubano del doctor Fernando Ortiz, y de cuantos compatriotas conscientes se encontraban en España. El Presidente de la Sociedad Económica habanera decidió declinar el honor de ser recibido al día siguiente por la Sociedad Económica matritense; pero el señor Embajador de Cuba le informó en altas horas de la noche del día 19, que esas frases eran sueltas y le mostró una rectificación oficial que se hizo pública en la prensa matutina.

El diario gubernamental *La Nación* desmintió al día siguiente esos conceptos erróneos de *El Noticiero*, negando su certeza, y de esa corrección se hicieron eco los demás diarios, disipándose así un nubarrón negrísimo y preñado de tormenta.

Esta explicación que el presidente doctor F. Ortiz dio en su discurso a la Sociedad Económica era necesaria por haberle informado a esta corporación su Presidente de lo ocurrido en Madrid, en su día y por cable. (*N. de la Ed. original.*)

¹¹ La recepción ceremonial en la Sociedad Económica matritense para la investidura como Socio de Mérito, tuvo lugar el día 20 de noviembre de 1928, bajo la presidencia del señor Embajador de Cuba, por solicitud de su Presidente el Excelentísimo Señor D. A. Molina, Senador vitalicio, y con asistencia y adhesión de los ilustres miembros de su consejo, figuras respetables y significadas de la cátedra, del foro y de la aristocracia española, amén de otras no menos significadas, como los Excelentísimos Señor Nuncio Apostólico de S. S., señor Embajador de Méjico y señores Ministros de Uruguay, Salvador, Panamá, Presidentes de la Asociación de la Prensa, de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, Vizconde de Eza, Sánchez Toca, Francos Rodríguez, Bauer, Pérez de Ayala, Marqués de Villa Urrutia, Pedro Saínz Rodríguez, Mariano Benlliure, Elías Tormo, Catalina, S. Moret, M. S. Pichardo, general Ayala, D. Mir, Marqués de la Fuensanta de Palma, Martínez Piñeiro, Estévez, Zurano, Delgado Barreto, Prieto y Pazos, Tabernillas, etcétera.

(*continúa*)

sa os lo dijo en su día, e insistir en ella parecería vanagloria pecaminosa más que inspiración de una incesada gratitud. Pero resta deciros cuáles fueron nuestras palabras, las que allí dijimos en nombre de esta viejecita pulida y soñadora y de su noble abolengo de ideas. Así dijimos:

“Por conocerme a mí mismo y saber cuánto perturban la normal expresión de mis palabras las emociones hondamente sentidas, he querido prevenirme escribiendo en breves líneas algunos conceptos que os reflejen el espíritu con que se acerca a vosotros la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana.

”Ha pocos años que esa centenaria Sociedad Económica de Amigos del País, cuya presidencia desempeño para grande honor mío, creyó prudente reanudar con las corporaciones hermanas de España, las relaciones espirituales, si no rotas, al menos relajadas al fenecer el siglo pasado, cuando el cruento advenimiento de la Nación cubana y su constitución en libre republica de América. Para esa misión renovadora de seculares afectos fue designado por la Sociedad habanera el ‘amigo del país’ Sr. Juan G. Pumariega, español de interrégimas virtudes y amoroso de Cuba, que en pleno siglo xx encarna la hidalguía tradicional de su linaje. La misión de nuestro Pumariega reanudó históricos enlaces con varias sociedades económicas españolas, y vosotros, en esta corporación matritense, tuvisteis para él tan afectuosa acogida y lo colmasteis de tan finas y cordialísimas atenciones, que la Económica habanera se siente tan orgullosa como llena de gratitudes. Por esto, cuando pedí licencia en Junta para ausentarme y venir a España, fue simultáneamente acordado que se me comisionara para entregaros una placa de bronce, que en la humildad de su valor intrínseco fuera prenda de confraternidad espiritual para aseguramiento de colaboraciones

futuras en las tareas culturales que son propias de nuestros institutos.

”La Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana cree que no han cesado aún los nobilísimos motivos de su fundación; estima que aún hoy, como en el siglo XVIII que tanto luchó por libertades y ‘luces’, cuando a sugestión del ‘iluminado’ Ministro Campomanes, hubo de crearse las Sociedades Económicas por S.M.D. Carlos III, los problemas vitales de la nación cubana consisten en el adueñamiento de todas las fuerzas económicas del país mediante su estudio, disciplina y ordenación en forma que sean aprovechadas para robustecer la personalidad social de Cuba y la prosperidad de su pueblo, y en el incremento de la instrucción en todos sus aspectos, así en la popular, apresurando los ya grandes progresos realizados en este campo por la República, como en la enseñanza superior, formando una aristocracia intelectual que inspire el pensamiento cubano, apartándolo de los peligros de la ignorancia y de otros más graves, que son los de la cultura falsa y presuntuosa.

”La Económica habanera fue la cuna donde palpité primero la nación cubana. Creada en 1793 por el venerable Capitán General D. Luis de las Casas, a iniciativa del patriciado cubano, pronto vino a ser el cerebro de Cuba. La confianza del gobierno le permitió una actuación gloriosa; creó las primeras escuelas públicas y rigió durante muchos lustros la instrucción en Cuba, implantando los métodos más recomendados de su época; creó y gobernó durante un siglo la Casa de Beneficencia y Maternidad; inauguró la Casa de Dementes; fundó el primer periódico de Cuba; editó y sostuvo la primera revista enciclopédica en La Habana, la *Revista Bimestre Cubana*, que en sus mocedades fue por Ticknor¹² reputada como la mejor en len-

(viene de la página anterior)

En este acto solemne y con motivo de la investidura y condecoración, usaron de la palabra el señor Presidente de la Sociedad Económica matritense, su Secretario, el señor D. A. Prieto y Pazos; el vocal, señor J. Moret; el señor Maceda, teniente alcalde de Madrid en representación de la Villa y Corte, el homenajeado, y, por fin, el señor Embajador de Cuba, con

su vibrante y característica elocuencia; con gran bondad para la persona del doctor Ortiz y entusiasmos por Cuba, sus glorias y su porvenir. (*N. de la Ed. original.*)

¹² Alude al hispanista norteamericano George Ticknor (1791-1871), autor de una *Historia de la literatura española*.

gua castellana; creó en la Universidad cátedras de Economía Política y escuelas de Química y de Botánica, iniciando así en Cuba los estudios de ciencia positiva; también fundó escuelas de Náutica y de Obstetricia, y la Escuela de Pintura y Escultura de San Alejandro; abrió hace un siglo la primera biblioteca pública de Cuba que conservamos en función; formó una comisión permanente de Literatura, a modo de Academia, que la política obtusa hizo fracasar; recogió los materiales para la historia patria mediante monografías locales, búsqueda en los archivos cubanos y misiones investigadoras en los fondos de los de España, y, en fin, en sus *Memorias* fueron estudiados con hondura y en todas sus facetas los problemas y necesidades de la esclavitud negra, de la inmigración blanca, del azúcar, del tabaco, del café, del cacao, de la maquinaria, del industrialismo... Digamos, para concluir, que a ella debióse la fundación del entonces primer ferrocarril de los dominios españoles. A lo largo del siglo XIX, las exigencias de una política conmovida y atormentada sofrenaron la actividad pública de la Económica habanera, y tuvo que concentrar todo su celo en la administración y fomento de los ingentes caudales con que la dotaron varias personalidades beneméritas para sostenimiento de escuelas y ejecución de mandas pías. Consignemos que entre los benefactores testamentarios, conjuntamente con los cubanos, se encuentran algunos españoles, tales como el asturiano Sr. D. Francisco del Hoyo y Junco, el farmacéutico gallego Dr. D. Salvador Zapata y la vascongada señorita doña María Bilac. Añadamos para mayor encomio de ésta, que jamás estuvo en Cuba y que su noble donación póstuma debióse al amor que siempre tuvo a una dama cubana, fallecida, quien la amparó en graves contingencias de su vida.

"Hoy la Económica habanera continúa su labor histórica con remozadas energías. Colabora por ministerio de la ley en varios órganos consultivos y administrativos del Gobierno de la República, como la Junta Nacional de Sanidad y Beneficencia, la Junta de la Universidad, el Despacho de Marcas y Patentes comerciales, la Escuela Superior de Comercio, la Junta Provincial de Agricultura, la Comisión Nacional de

Estadística y Reformas Sociales, etc., y da su opinión meditada cuando se agitan temas de profundo interés público.

"Pero, aún hoy, su actividad mayor está en la propaganda de la cultura, así en los ocho colegios de índole varia, que sostiene con fondos que sobrepasan el millón de pesos, como con la publicación de la *Revista Bimestre Cubana*, fundada ha casi un siglo, en la que se tratan los problemas y anhelos del país.

"Pero no creyendo eso suficiente, inició la creación de un órgano de inquietudes espirituales, llamado a traer a la clase media cubana las vibraciones del pensamiento moderno. Tal es la hoy próspera Institución Hispanocubana de Cultura, con unos 3 000 socios contribuyentes, en la cual colaboran españoles y cubanos, y se dan conferencias y cursos por profesores de nacionalidades distintas, siendo notable la concurrencia de los conferenciantes hispánicos, que nos llevan sus valores propios y exclusivos, nos estudian los comunes a España y Cuba, y nos traducen los de carácter universal.

"En esa obra de cultura, en su más amplia acepción, cobijados por una profunda tolerancia recíproca, sin exclusivismos de política, de confesión, de escuela, ni de raza, participan cubanos y españoles, y aun ciudadanos de otro origen, por el incremento de la cultura y de la fraternidad humana. La Económica habanera, en cuya entraña se engendraron por el espíritu de los tiempos casi todas las entidades culturales de Cuba, considera que la Hispanocubana debe ser una de las más trascendentes por su acción en el pensamiento popular nacional, sembrando en él las curiosidades y los anhelos de la cultura contemporánea, mediante el idioma cubano, que no por ser cubano deja de ser español.

"Por todo cuanto fue y es hoy día la Sociedad Económica de Amigos del País, viene ella a vosotros con los brazos abiertos en busca de un abrazo más, de gratitud por atenciones exquisitas recibidas y de fraterno anudamiento de vínculos que asegure colaboraciones constantes en el seno de la cultura hispánica, que nos es común y nos une en un mismo orgullo.

”Esto os digo con mi título de Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, que es para mí el galardón más preciado. Por mi cuenta, yo os diré que he de conservaros agradecimiento imperecedero desde el fondo de mi ánima. ¡Gracias a todos!, y en especial al preclaro Presidente de esta corporación centenaria y a su ínclito Secretario, al dignísimo Teniente Alcalde del Ayuntamiento de Madrid y al ilustre ‘amigo del país’ Dr. Moret, por las frases generosas con que me han honrado. A todos, ¡gracias! Y nada más debo deciros. Permitid que encierre en esa palabra breve toda la esencia y la hondura de mi más íntima emoción”.

Fueron acogidos con beneplácito esos conceptos, pero trascendieron al comentario general y público al ser expuestos con más amplitud, aun cuando contenidos en párrafos breves, con motivo de un inolvidable banquete con que fuimos honrados por la más selecta y heterogénea representación de la intelectualidad militante de la España contemporánea.¹³ No han sido recogidos literalmente esos párrafos por la prensa cubana, y estimo prudente repetirlos sin cambiarles un tilde. Helos aquí:

“Hay conceptos muy llevados y traídos, a veces hasta la vulgaridad, que perjudican la buena, íntima y fecunda relación espiritual entre todos los pueblos hispánicos. Tales son:

”Los conceptos políticos, así internos como internacionales, que suelen, consciente e inconscientemente, implicarse en las propagandas hispánicas. Los pueblos que hablamos castellano tenemos constituciones escritas y tradicionales muy distintas, intereses internacionales muy complejos y posiciones políticas permanentes o

transitorias muy diversas, y, en ocasiones, hasta antitéticas. Olvidarlo es un error tan grave como frecuente.

”Dañan también los ‘utopismos’ de los idealistas, que por fuerza de su ensoñación o por afán de estridencia, desearían arrastrar las corrientes hispanistas por torrenteras y despeñaderos a remansos y mares que sólo son espejismos.

”Perturban lo mismo las, más alardeadas que ciertas, aspiraciones hegemónicas de un pueblo o grupo sobre otro, que aun cuando limitadas a lo espiritual, hieren la susceptibilidad patriótica, santamente exacerbada, de las naciones de América, para las cuales la hiperestesia de su patriotismo es a veces necesaria, obligadas como están a una continua vela de armas contra toda fuerza que sea o aparezca como debilitadora de su integridad espiritual.

”Las ideas ‘religiosas’ o ‘antirreligiosas’, por desventura, se han entrecruzado a menudo con los conceptos de pura sustancia hispánica. El mundo hispánico comprende confesiones muy distintas y posturas filosóficas individuales muy acentuadas, todas muy respetables y armonizables en un concepto supremo de cultura hispánica. Toda restricción en este sentido ha llevado a veces fatalmente a considerar el hispanismo como el encubrimiento de un proselitismo confesional, con las series e inevitables repercusiones reactivas que no es difícil imaginar, en detrimento del acervo hispánico.

”Las ideas ‘racistas’ son, al igual, contraproducentes. El concepto de raza, que es el más sobado y de mayor ingenuidad aparente, es también, sin duda, muy perjudicial. Ante todo, porque es falso. No hay una raza hispánica, ni si-

¹³ Este acto celebrese en el restaurante Lhardy, de Madrid, la noche del 17 de noviembre de 1928, por iniciativa de los directores de la Compañía Iberoamericana de Publicidad, presidida por el banquero Sr. D. Ignacio Bauer y con asistencia personal y adhesión de numerosas y connotadas personalidades de la intelectualidad que bulle en Madrid, además de los Sres. Embajadores de Argentina, Cuba, Méjico y Portugal, Ministros de Uruguay y Panamá. Entre aquéllas se contaban Menéndez Pidal, Gómez Baquero, Eugenio de Ors, Valle Inclán, Concha Espina, L. Zu-

lueta, Álvarez Quintero, G. Marañón, P. Baroja, A. Ballesteros, P. Sainz Rodríguez, Ramón Pérez de Ayala, Jiménez de Asúa, L. Araquistain, Q. Saldaña, García Herrero, María de Maeztu, Fidelino Figueiredo, Chacón y Calvo, R. de la Serna, A. Hernández Catá, I. Méndez, M. S. Pichardo, A. Tenreiro, Alberto Insua, A. Ghirardo, Marqués de Valdeiglesias, Mansilla, Sangróniz, Blanco-Fombona, Casares Gil, Fabra Rivas, Bernis, Estalella, varios directores de periódicos, corresponsales y muchos intelectuales más hasta un centenar. (*N. de la Ed. original.*)

quiera española. Y menos en América, donde conviven las razas más disímiles, con tal intensidad numérica que en no pocas repúblicas no es la que pudiera decirse raza hispánica la predominante. El racismo hispánico es tan nocivo en nuestros países de América como puede serlo el 'racismo negro' o el 'racismo indio' y aun el 'nórdico' o anglosajón, que también agitan algunos en aquellas tierras.

"El racismo divide y es disociador, no sólo desde un punto de vista universal, que ahora no interesa tanto, sino también desde una mira estrictamente nacional, allá donde, como en nuestras repúblicas, la nacionalidad necesita robustecerse por la creciente integración patriótica de todos sus complejísimos factores raciales.

"Pero entonces, preguntaréis: ¿Cómo se podrá significar el arca de ese positivo acervo de esencias espirituales que a todos los hispánicos nos corresponde en común? Fácilmente. Pensemos en que lo realmente nuestro, lo que nos pertenece troncalmente a todos, es 'una misma cultura', aunque de matices variados, y en que lo único que puede vincularnos unos a otros en el porvenir para nobles y puras actividades no es sino 'la cultura' en su sentido más comprensivo y supremo, sin las coloraciones parciales de tal o cual política, religión, escuela o raza.

"Claro está que la voz 'raza' ha sido adoptada a falta de otra absolutamente precisa para significar esa comunidad espiritual que nos une y agrupa, a veces aun en contra de nuestra premeditada voluntad, a todos los que hablamos el más bello de los lenguajes; pero ¿es que no hay otra mejor, sin vernos obligados a crear y a dar acepciones sociográficas equívocas a palabras que deben ser de pura etnografía? ¿No es preferible el vocablo 'cultura'?

"La raza es concepto estático; la cultura, lo es dinámico. La raza es un hecho; la cultura es, además, una fuerza. La raza es fría; la cultura es cálida. Por la raza sólo pueden animarse los sentimientos; por la cultura, los sentimientos y las ideas. La raza hispánica es una ficción, generosa, si se quiere; pero la cultura hispánica es una realidad positiva, que no puede ser negada ni suprimida en la fluencia de la vida universal. La cultura une a todos; la raza, sólo a los elegidos o

a los malditos. De una cultura puede salirse para entrar en una cultura mejor, por autosuperación de la cultura nativa o por expatriación espiritual y alejamiento de ella. De su raza propia nadie puede arrepentirse; ni aun puede con su encomio propagarla, porque al extraño nunca le será dado adquirirla ni aun en la sangre de sus hijos.

"En Cuba, por ejemplo, está vigente una ley que impide la formación de partidos con propagandas racistas, porque se estima que el racismo nos llevaría a una desintegración suicida. Y si la ley impide un racismo negro, ¿podemos a la vez permitimos otro racismo cualquiera, por superior que lo creamos? Situaciones parecidas se dan en otros países de allende, donde la idea de raza tiene significaciones demográficas, políticas, históricas y hasta económicas, que son insospechadas en España. Y no es posible ignorar esas realidades ultratlánticas, so pena de errores gravísimos, de irreparables trascendencias.

"Ningún negro, ningún indio, ningún chino, ningún sajón, ningún italiano, pongamos por casos, podrá nunca sentirse atraído por un criterio étnico hispánico, entre otros motivos, porque la raza es algo congénito que no puede perderse, así como en las playas de mi tierra cubana abandonan sus conchas los macaos. ¿Imagináis algo más risible que un negro diciéndose a sí mismo 'de raza española'? ¿No es claro que un hispanismo a base 'de raza' ha de tener la indiferencia o la enemiga de todos aquellos que no sean hispánicos ya, por su nacimiento? En cambio, cualquiera puede incorporarse a una cultura que no sea la nativa, y el ser más etiópico o mongoloide puede llegar a sentirse y proclamarse orgulloso como de hispánica cultura, cualquiera que sea su tez. Una cultura puede atraer; una raza, no.

"Y con esto ya puede darse mucho por dicho, que ahora no hay por que decir mejor.

"Centremos todas nuestras actividades concordantes en una serena, pero vigorosa aspiración superadora de cultura: así de cultura universal, a la que hemos de contribuir con aportaciones propias y a la que debemos estar medularmente incorporados para aseguramiento de nuestro porvenir; como de cultura hispánica, de esa cultura fuerte y fina que a nosotros nos ha sido dada para que sea

el más bello ritmo en la sinfonía de la civilización. Trabajemos juntos por la cultura propia en el seno de la universal, y por captar de todas sus floraciones las más exquisitas esencias. Si lo hacemos tened por seguro que todo lo demás nos será dado”.

La prensa madrileña, y después la provinciana de España,¹⁴ recogieron esas ideas y las señalaron con sus comentarios, casi unánimes en la aprobación. Ya en Cuba han sido leídos los más penetrantes y algún día habremos de recogerlos y reflejar algunos de sus matices, aun de los adversos, que fueron inspirados sólo por la incomprensión de la cultura contemporánea fuera del absolutismo confesional.¹⁵ Pero séanos permitido todavía leer unos párrafos que acaban de llegarnos, debido a uno de los escritores más fervorosos de la España joven, a Benjamín Jarnés.¹⁶

“Problema fundamental para los países de habla española. Fernando Ortiz —ilustre mensajero de la intelectualidad cubana— ha dicho recientemente en Madrid, estas sencillas palabras:

”—Cultura, no raza.

”Pudo asimismo decir:

”—Presente, no pasado. Propósitos, no recuerdos. Reactivos, no bálsamos. Aire libre, no cadenas. Vitalidad, no anquilosamiento. Pedir tales raíces es querer asegurar la futura robustez, la cierta exuberancia del árbol. Se ha llegado a la médula del problema. El llamado hispano-

americanismo está, pues, de enhorabuena. Comienza a meditar de él profundamente (...)

”El concepto de raza se nutre de cadáveres. Por eso, preferentemente lo defiende el hombre de las cavernas. El concepto de raza se nutre de materiales históricos casi siempre de derribo, no de sustancias vivas. Por eso lo defienden en primer término los que viven y se limitan a vivir, de lo heredado. Y en vez de negociar sus talentos, los entierran, plantan encima esas ‘flores naturales’ de falsa poesía, regadas ampulosamente por la inagotable cretinidad.

”La raza está ahí, detrás de nosotros, sujetándonos al pie. Como nos lo sujetan todas las fuerzas oscuras de la vida. Esta o la otra raza no puede ser para los pueblos una gloria común: ‘la raza es un grillete’. Remar juntos, haber remado juntos, en una galera, en una cuna, no puede conducir a nada que no sea embriagarse también juntos, al llegar a puerto. Lazos de sangre no atan inteligencias, las enturbian. Sólo aquellos que desdeñan, que temen, el libre vuelo del pensamiento, recuerdan enternecidos la doméstica docilidad del corazón.

”Ni España ni la América de habla española, si pretenden vivir armónicamente la vida de la inteligencia, única posible entre ambas, se pueden contentar con hincarse de hinojos ante un tálamo común, muy discutible, además, después de tanto injerto. Una cuna será todo lo sagrada que

¹⁴ Todos los diarios de Madrid y provincias dieron cuenta del acto y de las palabras del obsequiado, contestando a las benévolas de los señores doctores Bauer, Bellesteros, Sainz Rodríguez y García Sanchís.

Reprodujeron el texto íntegro de lo manifestado por el doctor Ortiz, *El Sol* y *La Voz* del día siguiente. (*N. de la Ed. original.*)

¹⁵ La nota contraria a las ideas expuestas por el doctor Fernando Ortiz la dio el diario *El Debate*, órgano madrileño de los elementos derechistas e intolerantes de España en el editorial del día 20 de noviembre de 1928, que tituló *Un extraño concepto de cultura*. En ese editorial se atribuyen inexactamente al doctor Ortiz muchos conceptos absurdos, contra los cuales se dieron fáciles y quijotescas lanzadas, como a molinos de viento. Pero... ¡cuán elocuente ese adjetivo: *extraño*, aplicado al con-

cepto de cultura que es propio de la civilización contemporánea!

Pero también sea dicho aquí que en el mismo diario, aunque con firma descubierta de publicista tan preclaro como el doctor D. Antonio Ballesteros, el brillante historiador español, se publicó el día 25 del mismo mes, un artículo, *Raza o Cultura*, en el que se acepta la tesis del Presidente de la Sociedad Económica de La Habana. El catedrático de la Universidad Central, doctor Ballesteros, no extrañó la cultura moderna (*N. de la Ed. original.*)

¹⁶ Estos párrafos son de un artículo, *Raza, grillete*, publicado en la cubana *Revista de Avance*, 1929 y que reproduce la *Revista Bimestre Cubana* (vol. XXIV, no. 1, enero-febrero de 1929), a la vez que otros de conspicuos escritores referentes a las ideas expuestas por el doctor Fernando Ortiz ante los intelectuales españoles, interpretando el pensamiento de los cubanos del día. (*N. de la Ed. original.*)

gusten los innumerables devotos de la desusada retórica 'entrañable', pero en nuestro lenguaje de hoy, tan leal como aséptico, una cuna es, sencillamente, una 'estación', la primera, en la sinuosa carretera vital. Es condenarse a prisión perpetua emocional, acumular ternura inútil sobre una cuna —símbolo de algo animal primitivo, donde el hombre y la bestia apenas se distinguen: Una cuna es, al fin, un cubil mejor aderezado. Es condenarse a un sacrificio infecundo, amontonar cariños sobre algo tan eventual, tan poco voluntario y querido, como una cuna. Mejor es repartirlos entre todas las estaciones del trayecto vital, encauzarlos preferentemente hacia las futuras estaciones, que son estímulos, mientras las pasadas suelen no ser sino remordimientos, testimonios lamentables de nuestra endeble calidad de viajero (...)

"Entre América y España —¿por qué no ahincar bien en esto la atención?— sólo puede existir ya un 'amor platónico'. Es decir, esencialmente comprensivo y alto. El instrumento de comprensión es refinado por la cultura en perpetua inquietud. Cultura es eso, no cierta capacidad de exhumación de registros civiles, no cierta sed pertinaz de seguir excavando. Agilidad para instalarse en el rico mundo espiritual de hoy, para atisbar el mundo de mañana, no para remedar a la mujer de Lot.

"Y la cuna —la raza— es cierta voz doliente que invita al retroceso. La cuna, como todo lo que despierta emociones tan impregnadas de animalidad, es la raíz de todas las incomprensiones, porque lo es de todos los partidarios, de todos los odios. Este concepto uterino del hispanoamericanismo sólo puede ser aprovechado por el fosilizado cultivador de la España tradicional, por ese acartonado filisteo que lleva los ojos en la nuca (...)

"La raza —ha dicho Fernando Ortiz— es concepto estático, la cultura lo es dinámico. La raza es un hecho. La cultura, es, además, una fuerza.

"Exacto. La raza es un hecho. Y no hay por qué tender los brazos hacia un hecho, hacia la afirmación de un hecho. Creo más útil movilizar los ímpetus aprovechables de este resto de lo que pudiéramos llamar 'emoción hispanoamericana' hacia la forja de hechos nuevos. Lo demás sería así como pasarnos la vida demostrando la auten-

ticidad de nuestros apellidos. (Siempre creí que no podemos llamarnos verdaderamente cultos mientras nuestro primer impulso, al sentir nuestra existencia, no sea avergonzarnos de algún antepasado.) (...)

"Una cultura puede atraer, una raza no —añade Fernando Ortiz—. Ésta es, creemos, la suprema razón. La raza limita, como todo lo que procede de la carne; la cultura ensancha el mundo del espíritu: único mundo capaz de contenernos juntos, a América y España".

Terminemos ya, pero sin congratularnos de poder continuar maldiciendo de los racismos perturbadores del amor humano, vanas fantasmagorías de egoísmo que cierran el paso a más nobles progresos. Y resuenen una vez más en este recinto las ideas de superación libertadora; aquí mismo, en esta Sociedad Económica, aquí donde se dieron tantas refriegas contra los prejuicios étnicos y las categorías de servidumbre y desprecio que todo racismo arrastra consigo por fuerza de su más íntima esencia, transida de soberbia diabólica.

Persistamos en comprender y estimar nuestras intimidades fraternas con España, como una necesidad republicana, halagüeña y fácil, para la más perfecta integración de todos los elementos constitutivos de nuestra nación y un más vigoroso y creciente robustecimiento de la personalidad propia, mediante la fuerza del idioma, que es de los más bellos, y de su contenido de cultura, que guarda para el porvenir óptimas posibilidades.

Pero, precisamente por la persistencia de nuestro sentido de cubanismo tradicional, no cejemos en combatir todo lo que para nosotros tuvo de abominable el coloniaje, aun cuando lo viéramos reproducido en plena era republicana; que no por rebrotados en tierra de Cuba libre, dejan de ser execrables, como en tiempos de servidumbre colonial, el absolutismo, la intolerancia, el cohecho, el peculado y los males cívicos de la cacocracia, que los cubanos del ochocientos quisieron con su sacrificio borrar por siempre en Cuba, mediante la soberanía externa e interna de una democracia culta, animada por ese puro espíritu de libertad, que es alma de América, justifica su

historia y debe asegurar los esplendores de su porvenir.

Ni consintamos implicaciones de insidia ni sugerencias denigrativas contra la cordial armonía del pueblo de Cuba con el norteamericano, que nos es vitalmente necesaria, consagrada ya por inolvidables realizaciones históricas y redentoras, y nos es impuesta por una tan biológica compenetración de intereses, que sólo puede ser perturbada por los egoísmos ilegítimos de malvados de aquende o de allende el estrecho, que por sobre los intereses de ambas naciones quieran de la explotación y angustias de sus pueblos hacer medro y granjería.

Cesen rencores y malquerencias contra los elementos y valores hispánicos y norteamericanos, bórrense prevenciones racistas, y fuera de una xenofobia inculta y suicida, con la serena meditación de nuestras congojas y de sus causas, con la íntima contrición de las propias cul-

pas y sincero ánimo de corregirlas, dispongamos todas nuestras voluntades a restaurar el vigor de la democracia cubana, por el libre juego de las fuerzas cívicas y políticas de los nativos y la colaboración cordial y abierta de todos los elementos que con nosotros conviven. Que esos espíritus de protervia, retorcidos como jagüeyes, del coloniaje para envilecernos y del imperialismo para subyugarnos, pueden ocultos ahondar sus raigambres en cavernas lejanas, pero nada serían sus acechanzas si no tuvieran en tierra nuestra, y alimentados con pasiones indígenas, su ramaje, sus bejucos trepadores y su ponzoñosa floración.

¡Por eso aquí brotan frutos de dolor!

He dicho.



La bobería o una nota crítica sobre la intelectualidad cubana

Alicia Conde Rodríguez



La sociedad cubana de la República neocolonial en los primeros años, estuvo profundamente marcada por la intervención norteamericana en la Isla, el Tratado de Reciprocidad Comercial y el apéndice a la Constitución de 1901: la Enmienda Platt. La dependencia política y económica de Cuba era un hecho que envolvía con manto de luto las esperanzas de los cubanos y los hacía gestores, incluso, de su propio drama, al no confiar en su esfuerzo propio. De manera, que se presume previsoramente la carencia de fuerza y vitalidad de la expresión intelectual de aquellos primeros años. Impulso que se revela cuando existe un proyecto por realizar o, al menos, la voluntad de que exista. Muy al contrario, el proyecto se

había frustrado, la independencia quedaba anulada, así como los esfuerzos y consagraciones por el destino de justicia social para la Isla.

La realidad cubana también comprometía el destino de su literatura, de su pedagogía, de sus estudios históricos y sociológicos, de su pensamiento social en general. Se reconoce un ánimo por recobrar, por parte de escasos autores, pero sólidos, de la poesía cubana. Es el caso de Enrique Piñeyra, quien redimió la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda, en 1904; de José María Heredia, en 1907; de Gabriel de la Concepción Valdés, en 1906; de Juan Clemente Zenea, en 1901.

El bibliógrafo cubano Carlos M. Trelles publica en 1914, *Los ciento cincuenta libros más notables que los cubanos han escrito y Los novelistas*, en fructífera compilación de la prosa literaria de los matanceros. Nuestra famosa *Parnaso cubano*, exquisita selección de poesía cubana, vio la luz en 1908 por Adrián del Valle.

De Wilson de Baronesa es *El mundo literario americano. Escritores contemporáneos. Semblanzas. Poesías. Apreciaciones. Pinceladas* del año 1903, en cuyo texto destaca a autores cubanos de gran relevancia.

Es importante considerar la poesía de Regino Boti, en especial *Arabescos mentales* (1913). La naturaleza, el erotismo, el énfasis en la forma, las disertaciones filosóficas, distinguen estos versos. De Agustín Acosta pudiera afirmarse que en el poemario *Ala*, publicado en 1915, el autor se desliza por temas como el amor y la patria, manifestación de la influencia modernista.

Puede decirse que, en estos años, la poesía es fruto de una poderosa inclinación romántica. Habría que anunciar, entre otras razones, el abandono que el propio ensayo social sufre en la segunda mitad del siglo XIX, con el fracaso del reformismo liberal y la influencia perniciosa de la corriente filosófica del espiritualismo francés en ese período histórico. Esta herencia del siglo precedente, unida a la realidad neocolonial, con el proyecto independentista trunco, generó cierto pesimismo social, confusión y hasta deslumbramiento con la nueva sociedad presentada como modelo ante los cubanos: la norteamericana. Además, es necesario plantearse el hecho fundamental de la coexistencia, en estos primeros años republicanos, de generaciones distintas. Una generación que tuvo su formación intelectual en el siglo XIX, alcanzando su plena madurez en los inicios del XX. La otra, nacida en los finales del siglo XIX, se formó intelectualmente en las primeras décadas de la presente centuria. Esta observación permite comprender la complejidad de las diferentes visiones del mundo con que la intelectualidad de esta época proyecta sus reflexiones.

Aparecen nuevas teorías estéticas que amplían el modernismo. Se privilegia la conferencia en la exposición de las ideas. Resulta indudable la pobreza de la novela. Surgen instituciones culturales tan importantes como la Sociedad de Conferencias, el Ateneo de La Habana y la revista *Cuba Contemporánea*, fundada en 1913. Debe destacarse que alrededor de esta revista se nucleó la joven intelectualidad de la época, en la cual exponían los resultados de sus investigaciones

en el arte, las ciencias, los problemas agrarios, jurídicos, educacionales. Esta revista de estudios sociológicos y literarios se enjuicia a sí misma como un intento de rescate de la “personalidad cubana” ante el conjunto de las naciones del mundo y de exposición ante los propios cubanos de una cultura auténtica de la cual eran herederos. Sin embargo, su labor no tuvo resonancias más allá de un estrecho círculo de intelectuales. Jorge Mañach lo expresaría así: “Ella mentía una cultura que no teníamos. Su prestancia intelectual era tan depurada, su intención tan ideal, su espíritu de verificación tan seria, que los de fuera no creyeron que pudiera ser la labor menospreciada de un grupo selecto, sino la colaboración fecunda de todo un ambiente”.¹

El empeño de este grupo intelectual por rescatar la cultura cubana en un ambiente de indiferencia hacia los problemas de Cuba por parte de las esferas oficiales y de luchas cruentas —si bien desorganizadas de la clase trabajadora del país—, quedó cercenado en agosto de 1927. Entre otros, el más poderoso motivo, el económico, decidió ese final, acompañado claro está —como tantos hechos en la historia del pensamiento— del poco aprecio e importancia social que le profirieron aquellos con cuyo concurso el proyecto hubiese sido menos doloroso de realizar y continuar sus anhelos.

De cualquier manera, en las primeras publicaciones se hizo notar lo que constituía una característica de los primeros años de la República intervenida: la cultura elite. Los problemas de Cuba se pasaban por el tamiz de las civilizaciones, lo cual es lícito, pero no se centraba la resolución y el cuestionamiento de su realidad a partir de una transformación de sus bases, de sus relaciones esenciales.

Los textos sobre la enseñanza cubana de Enrique José Varona matizarían la producción intelectual de los inicios de la República. *La Reforma en la Enseñanza Superior* (1900), el *Plan de Estudios para la Universidad* (1900), *La instrucción pública en Cuba. Su pasado y su presente* (1901),

¹ Fermín Peraza Sarausa: *Índice de Cuba Contemporánea*, Municipio de la Habana, 1940, p. 27.

las *Nociones de Lógica* (1902) y el *Curso de Psicología* (1905), reflejan una concepción experimental de la enseñanza y una esencial preocupación por el desarrollo técnico y científico de Cuba, a tal punto que propició el abandono de los estudios de humanidades. Esta percepción del problema tuvo, a nuestro juicio, implicaciones desfavorables, si no negativas.

Un trabajo tan incipiente como “Reflejos” (1909) de Medardo Vitier, dedicado a los maestros de Cuba y a su escuela, refleja la conciencia histórica de una cuestión tan vital para la nación como la educación. Podrían mencionarse diversos autores involucrados en esta misma faena como Ramiro Guerra, Elías Entralgo, Fernando Ortiz, entre otros.

La recuperación de figuras de pensamiento y próceres de las luchas por la independencia, en los primeros años republicanos, no concede señales notables. Félix Varela fue homenajeado en público, el 16 de noviembre de 1911 en el Ateneo de La Habana, por Evelio Rodríguez Lendián y publicado el *Elogio...* en 1912. No se constata más que esto. Igual suerte corrió nuestro José de la Luz y Caballero, quien fue recordado por Manuel Sanguily en su discurso de 1900, por Manuel Valdés Rodríguez en un artículo publicado en 1913, y por Alfonso E. Páez, en 1914, cuyo libro *Estudio sobre José de la Luz y Caballero* es apenas el único texto que aparece en los 16 primeros años de la República sobre el pensador del siglo XIX, quien —según el autor— resultaba asombrosa “su escasa popularidad entre nosotros, entre sus propios compatriotas”.²

La revisión bibliográfica del período sólo nos descubre la personalidad de José A. Saco en dos ocasiones, en 1907 y 1914, y sólo en una ocasión en 1908 y 1915. Se trata de un artículo, dos conferencias y un texto tan epidérmico como el escrito sobre Luz. Debe enfatizarse que el referente mayor del pensamiento de Saco lo era su concepción política y no debe extrañar que así fuera. Sobre José Martí habría que indagar más que de la presencia, de la ausencia de escritos acer-

ca de su pensamiento, en estos años. Los años 1903, 1911, 1913, 1914 y 1916 evidencian este hecho cierto. Sin embargo, en 1913, el pensamiento raigal de José Martí se manifiesta, a través de la prosa antimperialista de Julio César Gandarilla, en *Contra el yanqui*. Las personalidades como Maceo, Gómez, Céspedes, Calixto García, Francisco Vicente Aguilera, Vicente García, entre otros, se mencionaban esporádicamente. Si algo pudiera apuntarse, además, es que, durante estos años, Máximo Gómez, fue el prócer que goza de mayor reconocimiento, quizá por su vivencia en los inicios de la intervención y la labor que desplegó en contra de ella.

En general, se trataban de breves conferencias o estudios muy puntuales que nos sugieren pensar una sociedad que transitaba un camino desconocido, que el dominio que se le ejercía no había sido todavía racionalizado por la colectividad social, sino intensamente sentido. Era necesario el tiempo para que ese proceso histórico deviniera autoconciencia.

En estas condiciones históricas, Fernando Ortiz decide, sin simulaciones, revelar las verdaderas características de la intelectualidad cubana de la época, a propósito de una carta en la cual Miguel de Unamuno escribiera con exagerada benevolencia acerca de ella. Muy brevemente he anunciado la producción intelectual de aquel tiempo; mas, las causas que permitían la “mentalidad anémica de la mayoría” se examinaron por Ortiz con especial preocupación por el futuro de Cuba. La “bobería”, como sutilmente le llamara a la consagración de la cultura, la ciencia, el arte, la política y la economía, no alcanzaba en Cuba sino los primeros peldaños que nos hacía pequeños e infecundos como nación.

Y es que Fernando Ortiz perteneció sin dudas a esa minoría crítica-alentadora que en ocasiones se le adjudicaba el adjetivo siempre a mano por cierto, de antipatriota, precisamente por indagar en los aspectos negativos de la sociedad cubana, debilidades que no tenían otra salida que la denuncia social. Pero siempre como diría él: “censura noble que levanta y estimula”.

Acaso no menos urgente sería hoy revisar y reconsiderar las actitudes y aptitudes de la intelectualidad cubana para detentar o no la certeza

de que las propuestas esenciales de Ortiz se tomaron en cuenta con todo el rigor que entrañan: la creación de un verdadero movimiento intelectual que defendiera, con inteligencia y arte, un

núcleo de ideas que refundaran la patria cubana e hicieran posible un camino con luz propia: nuestra cultura de “estrella nueva y refulgente”.



Tres cartas de Fernando Ortiz a Miguel de Unamuno

► Carta abierta al ilustre señor don Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca³

Señor de Unamuno:

Acabo de leer vuestro trabajo, que tituláis “El Sepulcro de Don Quijote”, y a fe que es oportuno, viril y noble. Os quejáis desde esa vetusta Salamanca, antigua “madre de todas las ciencias”, de la atonía de la patria hispana, anémica de sentimientos, mendiga de ideas, eunuca de voliciones. Y vuestros lamentos llegan como un eco lastimero a esta porción de las Indias hiriendo nuestro ánimo, porque vuestras desdichas y las desdichas nuestras son notas de un mismo acorde en el triste ritmo de la gente ibera.

“Esto —como aquello— es una miseria, una completa miseria. A nadie le importa nada de nada. Y cuando alguno trata de agitar aisladamente este o aquel problema, una u otra ocasión, se lo atribuyen o a negocio o a afán de notoriedad y ansia de singularizarse”.

También aquí hace falta que surja un Pedro Ermitaño, predicando una nueva cruzada, una locura colectiva que galvanice al pobre pueblo.

Proponéis una empresa para rescatar el sepulcro de Don Quijote del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos. Y aquí es asimismo urgente esa cruzada para apoderarnos del sepulcro del Caballero de la Locura, profanada por los hidalgos de la Razón. Nos hace falta, como a vosotros, resucitar a Don Quijote, a nues-

tro ideal, que anda a tajos y mandobles con la farándula. Porque si de miseria, de completa miseria calificáis la vida espiritual de vuestra tierra, la de ésta llega hasta el raquitismo.

Faltos estamos de una estrella nueva y refulgente, como aquella por la que vos clamáis, que guíe a los cruzados de la idea. Tuvimos, sí, una estrella que brilló en nuestro cielo con fulgor divino, que creó el corazón de nuestro pueblo e hizo sentir hondamente a todas sus fibras; que dio fuerza de titán a su voluntad para quererlo todo y hacer dulce el sacrificio y tenaz el esfuerzo; que dio luminosidad a su mente para concentrar un ideal inmovible y ciego como un culto; que bastó, en fin, para convertir nuestro terruño, de región políticamente incarceterizada de la tierra, en nacionalidad socialmente definida.

Sí, tuvimos nuestra estrella, nuestra buena estrella, la estrella solitaria, destinada quizás a fulgar solitariamente en nuestra historia, a no cruzar sus destellos con los de otro u otros luminaires que centellean bajo otros cielos.

Pero ya no guía a nuestros cruzados, si es que con cruzados contamos todavía. Ya se ha apagado en nuestras mentes, como si para fijarla e inmovilizarla en aquella bandera que por primera vez flameó el 20 de mayo, libre, acatada y orgullosa, hubiese sido preciso arrancarla de nuestras conciencias. Al pasar a ser símbolo de la independencia nacional, dejó de indicar el polo de nuestra vida, y hoy ésta se arrastra chapaleteando por los fangales del egoísmo, en noche oscura, sin la luz de aquella estrella que por tanto tiempo nos señaló la vía de nuestra cruzada. Parece que las lágrimas de emoción gozosa con que bañamos entonces nuestra tierra recién libera-

159 ³ *Entre cubanos. Psicología tropical*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, pp. 5-10.

da, regaron las zarzas de las pasiones innobles y las raíces de nuestra cizaña.

No sabemos a dónde vamos; hambrientos de ideales, infelices abúlicos, languidecemos al borde del sendero de la vida, esperando que algún piadoso caminante nos arroje migajas de civilización, o nos lleve compasivamente en su carro hasta un mesón vecino.

Nos faltan caballeros andantes que nos sacudan, que nos despierten de esta modorra tropical en que la victoria nos ha sumido, y que nos conduzcan, como caudillos de la fe, a la conquista de nuevos lauros, que los laureles mamibises no deben servirnos de adormideras.

Suspiramos por Caballeros de la Locura que hagan llover cuchilladas sobre los ridículos retablos y figurillas con que los Maeses Pedros de aquende los mares entretienen nuestras mentes infantiles, que se entusiasman con tal o cual Don Gaiferos y llegan a creer en la libertad de Melisendra; cual si por tamaña empresa ilusoria fuésemos a armar nuestro brazo y a dar nuestra sangre.

Sobrados estamos aquí de Caballeros de los Espejos, que deslumbran a nuestras inteligencias de alondra, y sólo son bachilleres rutineros, vulgares y socarrones, que intentan echar por tierra a todo caballero que defiende a botes de lanza la Dulcinea de su ideal, envidiosos de que la fama llegue a trompetear los nombres de esos esforzados paladines.

Todos nos creemos hijos de la Gloria, y llegamos a tomar en serio como función básica de nuestra vida, la del turiferario, sahumándonos recíprocamente, quemando mucho incienso, para que el humo espeso encubra nuestros andrajos y haga creer a los no iniciados que vivimos entre nubes, como los dioses. Y con frecuencia nos tenemos por tales y nos pavoneamos a nuestras anchas, y vamos hacia el mañana en la carreta de nuestra vida, que chirría quejándose, muy contentos y bullangueros por creernos emperadores y reyes, héroes y superhombres, como iban los farsantes en el carro de la Muerte, que topó el Gran Loco, enmascarados con colorines y llevando cetros de oropel.

Y no somos los menos ilusos los que debiéramos ser savia nueva para el árbol de la intelectualidad nacional.

Nos creemos ungidos por el Gran Espíritu; nacidos, como Minerva, de la frente de Júpiter, armados y prontos para vencer. Somos una legión de genios que escalaremos el Olimpo, si es que hay justicia bajo los cielos. Pero van corriendo nuestros días y permanecemos a ras de tierra, sin que se fijen en nosotros los que pasan y saben do van, tras de su estrella. Y entonces comenzamos por envidiar al compañero, como si no hubiese lugar para todos en la cruzada de las ideas, y tratamos de herirlo a mansalva para que el laurel que él puede ganarse en la lucha no lo reste de nuestra corona la veleidosa Fama. Despreciamos a los que desde la cumbre nos llaman y estimulan y les achacamos nuestro fracaso, cacareando en todas ocasiones la impotencia de los viejos y la esterilidad de sus ideas. La pereza intelectual nos abotarga; desdeñamos a los maestros sin estudiarlos siquiera; criticamos con desenfado la obra ajena, con saña cruel si no es la de un iniciado en la farsa; queremos pintar la vida cuando no hemos aún vivido; intentamos ser poetas y subir al Parnaso con las alas de Ícaro de nuestros inconsistentes pensamientos de cera; pretendemos analizar la sutil psicología de los que viven, aman y piensan, no habiendo conseguido antes definir la nuestra propia, quizás porque la anestesia de nuestra ignorancia nos priva de sentir otras emociones que no sean las ordinarias producidas por el rudo martilleo de la vida sobre nuestro ánimo, bien distintas de las que derivan del suave cosquilleo de aquélla en los sentimientos cultivados.

Nos empeñamos en forzar la natural precocidad tan propia de los pueblos tropicales como de las razas inferiores y escribimos de pesimismo y desengaños cuando el bozo apenas nos hembra y abandonamos los libros cuando deberíamos seguir deletreando.

Y así, tristonos, impotentes inconfesos, envidiosos empedernidos y vanidosos insoportables, vamos subiendo la escala de la vida. Pero eso sí, pretendidos intelectuales o modestos profanos, todos tenemos una vanidad, que pudiera llamarse nacional, por su difusión; la del *choteo*. Es la desgracia criolla. Todo lo motejamos de ridículo; y apenas florece una idea en este nuestro árido campo, la reímos como niñería. Toda nuestra psi-

cología presente, por lo menos en sus aristas más agudas, puede condensarse en una máxima que está de continuo en boca de todos y que nos complacemos en repetir hasta la saciedad, quizás porque comprendemos la amarga verdad que la filosofía popular encierra en ella: *Entre cubanos no andamos con boberías.*

Y *boberías* son aquí todos los móviles que en otras tierras inspiran enérgicamente a los hombres y los hacen vivir con fe, luchar con esperanza y triunfar con caridad.

No tenemos religión alguna. Somos descreídos. Nuestras ideas de ultratumba no pasan de ser burdas y mal pergeñadas supersticiones. Ni somos fervientes de un culto, ni sectarios del libre pensamiento. ¿Para qué? Nuestra mente comodona se deja arrullar por los ritos con el placer nostálgico con que oímos, cuando viejos, las consejas de las nodrizas y sentiríamos perder esa poesía. Y de ahí no pasamos: ser practicantes de un culto o ser ateos, pensar en el gran problema... eso es *bobería.*

Nuestra política es también incolora: hilado de ambiciones, madeja de vanidades, y tejido de amplios programas, tan amplios, que entre sus grandes mallas se escabullen las aspiraciones positivas, aunque no siempre bien determinadas, de nuestro pueblo. Tomar la política en serio es también otra *bobería.* Y hace años que vamos escribiendo nuestra historia, con subrayados de sangre que afligen, con capítulos de guerra santa, intercalados para solaz de los lectores de la edición barata, y con *ilustraciones* vergonzosas que reímos como chistes históricos y que llamamos *chivos*, para no tomarlos en serio y no incurrir así en otra *bobería.*

Nuestra ciencia, ¡ah! Asombro indiscutible del orbe, según convenio tácito entre los hijastros de ella, que casi siempre es la inveterada Celestina de la codicia profesional. Pensar año tras año acerca de un problema filosófico, aislarlos en un laboratorio durante lustros para robar secretos a Natura... ¡bah! *¡otra bobería!*

¿Para qué vamos nosotros a sacudir nuestra somnolencia característica? ¿Para qué sirven si no los extranjeros?

Nuestro arte es mercancía cotizable a bajo precio en este mercado, pero cotizable al fin;

bufón y juglar para los magnates; envases de piropos azucarados para nuestras mujeres; peana arcillosa para nuestro propio ídolo, y retablo de Maese Pedro para nuestro pueblo... Ya no es palanca de verdades y de bellezas, porque ello requeriría un trabajo incesante y el valor de afrontar el ridículo. Resignarse a tales sacrificios para tales conquistas, sería una grande y nueva *bobería.*

Nuestro problema económico, es materia interesante solamente para nuestros tutores, los *yankees*, destinados a beneficiarse de nuestras prodigalidades.

¿Para qué habríamos obtenido su cooperación sino para quitarnos este otro peso de encima?

Y preocuparnos por problemas que otros han de resolvernó ¿no es acaso la mayor de las *boberías?*

Más listos y avisados, pues, que otros pueblos, nos refocilamos de gusto en el lecho de nuestras ilusiones, que quizás algún día sea para nosotros como el de Procusto. Pero estamos padeciendo de un empacho de viveza y nuestra vida puramente vegetativa tiende a ser totalmente parasitaria.

El pueblo cubano, noblote, sincero e infantil, suspira inconscientemente por una de esas *boberías*, que en otros pueblos producen trascendentes sensateces. Recuerda que de bobos fueron tildados los Céspedes, los Martí, los héroes todos de nuestra única *bobería nacional*, que nos dio vida, fuerza y esperanza, y clama por otros bobos andantes que den por tierra con tanto listo como sufrimos. Observa que cuando un individuo de instintos no rebañescos se aparta del montón de los indiferenciados, se le culpa de *bobería*, se le acusa de traidor a la patria por su abstención de la vida gregaria de los más... Ahí están los Lanuza, los Varona, los *Justos de Lara* y demás renombrados y escasos caballeros que calzan espuela de oro y luchan altivos y fieros, pluma en ristre y abrazado el broquel de su ciencia, por esas Dulcineas de las almas nobles que nosotros tomamos por boberías, motejados de *grandes bobos*, como le fue de *gran tanto* el Hidalgo de la Mancha por aquel sesudo eclesiástico que cuidaba de su estómago satisfecho en el Palacio de los Duques.

Y ahora, vos, señor de Unamuno, que en las riberas del Tormes lloráis sobre las ruinas del

templo hispano, hacednos merced y regalo de decirnos si nosotros, los de esta ínsula, que un gran *bobo* llamó *la más hermosa*, debemos o no alistarnos en esa santa cruzada que predicáis con tanto fervor; si encontraremos también la estrella que nos polarice hacia un ideal; y si no os parece a vos que ya va siendo preciso que los

cubanos montemos de nuevo en Rocinante y bajemos de Clavileño.

Os guarde el cielo por luengos años con el acrecentamiento de fama y bienandanzas que os desea vuestro servidor humilde.



► A Unamuno⁴

Mi amigo benevolente y estimado:

No puede resistir la tentación de dar al público unos párrafos que en la última carta vuestra que he recibido, exquisita y chispeante, acabo de leer para mi deleite. Me decía así:

“Hace cosa de un mes estuvo aquí Bobadilla (Fray Candil) y me aseguró que la Habana es hoy acaso el centro de más intensa cultura de la América de la lengua española. Y si el hecho no es tan conocido se debe, me dijo, a que los cubanos son más recojidos y menos exhibicionistas. Así será, pues yo recibo de la Argentina y de Chile mucho más que el doble de libros y publicaciones que del resto de América, y he oído hablar de escritores cubanos a los que apenas conozco.

”Ese recojimiento no es bueno. El viejo proverbio de que el buen paño en el arca se vende, no reza ya en esta época de intensísima lucha de mercado. Se vende sí, al cabo, pero es cuando el pañero se ha muerto de hambre. Si es que al paño no le ha cojido la polilla. El tiempo es un gran factor y el darse a conocer pronto es ganarlo”.

Ciertamente que en Cuba contamos con escritores capaces de sostener el parangón más riguroso con muchos colegas de los que bullen allende los mares; pero no es menos cierto que mi compatriota Bobadilla os ha exagerado la nota lisonjera, y que no se debe a falta de exhibicionismo el escaso nombre que obtienen los intelectuales cubanos.

Precisamente, uno de los factores que más embota nuestra actividad mental, es el elogio desconsiderado que se busca, se suplica y se

obtiene. Apenas sale un rapaz de la Universidad y hasta del Instituto, los amigos (y aquí todos somos amigos) buscamos un periódico donde saludar a la futura gloria de la patria, y le publicamos sus primeros versitos, rimados indefectivamente para *ella*, y lo unguimos con todo el almíbar pegajoso de los adjetivos encomiásticos. Y ya es un genio.

Apenas un indeferenciado cualquiera sube algún escaño político, bien por arte de prestidigitación o por anestesia de su propia ignorancia, que le permite subir sin lastimarse la epidermis en ciertas zarzas, no ha de faltarle un rotativo que ante él queme servilmente sahumeros, ni muchedumbres de mentalidad anémica, que por la ley psicológica del menor esfuerzo aceptarán sin análisis la opinión impresa y doblegarán sus espaldas ante el nuevo titán, asombro del orbe.

No es, pues, la falta de exhibicionismo lo que impide volar a nuestros hombres. Es que, por lo general, no producimos materia exportable a Europa.

La precocidad, el afán de triunfar pronto, la apatía característica de nuestra gente, esa misma vanidad de niños, el bombo al alcance del más microcéfalo, bastarían ya para dificultar en Cuba la producción intelectual legible en los centros de mayor cultura, si no tuviéramos en casa otros dos enemigos formidables, hijos legítimos de este ambiente de colonia y de factoría, de antes y después del 20 de mayo de 1902.

Es el uno la falta de ideales intelectuales. Los más interesantes problemas que en Norteamérica y en Europa no solamente preocupan a los científicos, sino que llegan a interesar hondamente a los gobiernos, aquí son desconocidos por la masa del pueblo y por nuestros ídolos de

barro. Los mismos partidos políticos que padecemos, no tienen programas verdaderamente diferenciados, y todos nosotros, *güelfos* o *gibelinos*, arrastrados por tales o cuales planetas y satélites, giramos en órbitas más o menos concéntricas alrededor del presupuesto, temerosos de que el cruce de algún cometa pueda mostrarnos con su luz propia y refulgente la pobreza de nuestro sistema solar. Y a éstos los llamamos abstenidos y los tildamos de antipatriotas porque perturban la modorra de nuestra digestión o quieren canalizar los impulsos del hambre nuestro.

Y, por fin, aquí todo se mira a través de un peso. Ciencias y artes, honradez y virtudes, alegría y dolores, nada se considera sino con corazón de mercaderes. Y así anda ello, convertido el país por culpa de todos, en desenfrenada almoneda donde se truecan los más puros ideales de la adolescencia por un plato de lentejas o una piltrafa de poder.

He buscado para perfumar su mesa de trabajo el ramito de violetas o de jazmines que duran-

te años me vendía diariamente una encantadora *ciociara* romana; he buscado aquella fe en las ideas que acicateaba en otros países mi afán de razonar; he buscado para mí aquel respeto benévolo y aquella censura noble que levantan y estimulan... ¡bah! ¡quién sueña con esas boberías en este país que no *necesita favores de ninguna extraña tierra*, según reza la fanfarrona copla popular!

Creedme, amigo Unamuno, no es que guardemos el paño en el arca: es que cuando jóvenes, nuestra natural impericia nos hace tejer sin arte, y es que cuando viejos, arrinconamos el arte porque ya hemos convenido en que el mejor tejido es el de la burda tela de las talegas de centenes.

Hacemos y nos conducimos, tal como hacéis y os conducís vosotros en Iberia —según criticáis en vuestra original “Vida de Don Quijote y Sancho”—, y es que Cuba, en no pocos aspectos, es más española que España.



► No seas bobo⁵

Admirador vuestro y devoto amigo.

No ha mucho que contestando a una de las cartas con que bondadosamente me honra Miguel de Unamuno, el original publicista vizcaíno, ponía de relieve el hecho conocido del escaso vuelo que alcanzan nuestros intelectuales cuando se trata de atravesar los mares y llegar, al soplo de la fama, hasta las costas ibéricas, por lo menos, o hasta las metrópolis del saber.

En efecto, en Cuba no producimos por lo general materia exportable a Europa y nos contentamos con el aplauso de los amigos y con el comentario meloso de la prensa local.

Como fenómeno paralelo al expuesto se presenta la escasa importación intelectual que hacemos de los países cultos. No tengo al alcance

de mi mano, ni creo que existan, estadísticas de la literatura que pasa por nuestras aduanas: pero lo cierto es, y ello está a la vista del observador más superficial, que el nivel de cultura medio de nuestro pueblo es bastante inferior al de los pueblos europeos y norteamericanos.

En materia de ilustración, como en todos los aspectos de nuestra vida, la característica es: el choteo. Es la desgracia criolla. Nos burlamos de todo, no con la sonrisa volteriana de un escéptico, sino con la carcajada estúpida de la ignorancia vanidosa. La cultura entre nosotros es pendería. ¿Para qué sirve?, se preguntan los insoportables listos de nuestra tierra. Y a fe que no les falta razón para ser pesimistas.

Por una parte, en el ambiente económico, las fortunas se amasan aquí más con la constancia triunfadora del trabajo que con la intelectual trama de las explotaciones industriales y de las negociaciones mercantiles. Tenemos trabajadores como esclavos: pero no contamos con *in-*

163 ⁵ *Entre cubanos. Psicología tropical*, edición citada, pp. 14-15.

ventores de patentes ni con revolucionarios del rutinarismo mercantil.

El ambiente literario ofrece gran número de escritores profesionales y escasos pensadores especialistas y más productores que autores, más vulgarizadores que originales. El pueblo paga, es un decir, aplaude y hasta llega a convencerse del genio asombroso de quien escribe de todo y en toda la prensa, valorando métricamente los escritos; hablar mucho vale más que hablar bien, y hablar, más que pensar.

El ambiente político es campo de abrojos roturado por el machete, que no por el arado, y donde al abono de ideas se prefiere el abono de sangre y de indignidades.

En todas las fases de la vida cubana se confirma la certeza de un fenómeno social reconocido en todas partes, que puede expresarse de manera similar a la conocida ley económica llamada de Gresham: "La moneda mala aparta de la circulación a la buena; pero la buena no puede retirar la mala", que sólo el Estado podría recoger.

Cuando los que más gritan son los oídos, y cuando el brillar de un machete sugestiona más que el brillo de una idea, los que no pueden dar

a las masas más que el fruto de su cultura y la serenidad de su espíritu tienen que apartarse de la vida pública, y dejar paso al torrente de moda falsa que inunda el país y lastima su crédito, provocando la bancarrota del Estado impotente para retirarla de la circulación.

No importa, pues, en Cuba ser o no mentalmente civilizado; es preciso únicamente ser listo. En otros países, cuando se quiere apartar a un individuo de una senda distanciada de la que sigue la mayoría, se le dice: no seas ignorante; aquí le decimos: *no seas bobo*, porque la cultura no interviene absolutamente en el éxito de los triunfadores, y la bobería es nuestra muerte civil, que castigamos con la más implacable de las armas: con el *choteo*, sin pensar que éste es de dos filos y propia de pueblos que carecen de otras más nobles, más civilizadas y más dignas.



ENTRE EL Autor Y EL Lector

América Latina y la independencia de Cuba

Sergio Guerra Vilaboy

Ediciones Ko'eyú, Caracas, Venezuela [1999],
120 pp., 14 x 22 cm, rústica cromada.

COMO NADIE TIENE EL DERECHO de saberlo todo, y es bueno que así sea, me acabo de enterar de lo que significa en guaraní *Ko'eyú*. Quiere decir *Amanecer*. Y pienso que es un importante amanecer para la cultura cubana —sobre todo para nosotros, en nuestro incansable oficio de investigar y de conocer— el momento en que se van abriendo los espacios para el libro y la posibilidad de que se editen y se entreguen a la imprenta libros de Historia; en particular, de Historia de Cuba. Muy especialmente libros como el que hoy presentamos, en el cual se establecen los vínculos entre la insularidad y el continente. Vínculos que han sido siempre un deseo y una vocación del pueblo cubano.

La psicología insular es única. Ella, creo yo, ha influido muchísimo en nuestro destino. Los cubanos vivimos pendientes de lo que ocurre en nuestro entorno. Y esa frontera azul nos ha salvado de muchísimos inconvenientes. Entre otros, el de no haber tenido en este continente que derramar sangre de hermanos para acentuar nuestra identidad, ya como nación, ya como República. Pero también nos ha permitido mantener nuestra identidad dentro de un sentido muy especial. De ahí la advertencia de los filósofos y los pensadores cubanos desde Varela a Luz y Caballero, en cuyas interrogantes hay mucho que pensar, en sus atrevidas formulaciones a los cubanos del porvenir, para darnos cuenta de cómo se fue elaborando, estructurando ese sentimiento nacional, siempre relacionado, a pesar de las fronteras del mar, con los pueblos que forman una misma estirpe y heredad en este continente.

A partir de esta reflexión me parecía estar escuchando —y aquí voy a la dedicatoria del libro— a nuestro querido e inolvidable amigo Francisco Pividal Padrón, *Pancho*, a quien yo llamaba cariñosamente Bolívar. Él se divertía muchísimo cuando me repetía, ante mi continua insistencia en que debía escribir y publicar sobre muchas cosas que conocía y en las que había trabajado como profesor y estudioso, que el gato tiene cuatro patas y escoge un solo camino. Y él escogió el camino de la América bolivariana y el camino de los eruditos estudios bolivarianos. Y si hay algo que entristece nuestro recuerdo de Pividal es que, en aras de la perfección, no haya publicado más y que nos quede tan poco de los vastos conocimientos que como profesor tenía para enseñar magistralmente la historia de América. Y he ahí por qué el autor del libro consagra su dedicatoria a Pividal, “a quien tanto debe esta obra”. Porque al ser nosotros contemporáneos, con algunos años a favor de él y otros que me pesan ya en contra mía, resulta que hablábamos con Pividal como lo hacía Pablo con Gamaliel, escuchando al maestro hablar de las cosas que había hallado, de las que había conocido, de las cartas que había encontrado. Y de la preocupación constante que tuvo Bolívar —uno de los

grandes genios tutelares, acaso el mayor en la historia hispanoamericana, en la historia de nuestra América— por la cuestión cubana. En algunos momentos, en los estudios históricos, chocamos con las crudas realidades que nos revelan las cosas tal y como son, y no como nosotros quisiéramos que fueran. Por eso, los rasgos del interés, las cuestiones geopolíticas ya presentes en la época, los intereses nacionales a los cuales no se ha de subrogar jamás el de otros, salvo en el caso que así lo pida la solidaridad y un sueño común de identidad participativa, llevó a que la causa cubana quedase tantas veces pospuesta. Y llevó también, hay que decirlo, a pensadores como Félix Varela a dudar de que la cuestión de Cuba tuviese que ser resuelta desde afuera. Y ahí en su precioso libro *Resumen de acertados pensamientos*, el doctor Emilio Roig de Leuchsenring, en “Tradicción antimperialista en nuestra historia” —brillante conferencia suya—, expresa cómo Varela temía la presencia de los colombianos, de los mexicanos y de cualquier otro amigo y aliado que pusiese el pie en Cuba, y que después, enamorado de la fertilidad, el encanto y la maravilla de la Isla, decidiese quedarse a compartirla al menos con nosotros.

Fue otro el caso de quienes, en un gesto magnífico, renunciando a todo egoísmo, se lanzaron a la mar y vinieron al auxilio de la Revolución Cubana. A cada momento, cuando pone un pie en tierra cubana algún estadista de nuestro continente, se le recuerdan esas anécdotas, pues en breve tiempo eso es lo único que puede hacerse. Anécdotas como el desembarco de la expedición de *Vanguardia* venezolano-colombiana, cuya bandera conservamos; la batalla para llegar por tierras desconocidas a los campamentos donde estaba la autoridad de la Revolución; o aquella otra, la del *Perrit*, narrada por Gilberto Toste en su libro sobre Henry Reeve, *el Inglesito*, que cuenta la odisea de los combatientes norteamericanos que tratan de adentrarse en tierras de la Revolución y son interceptados por las tropas coloniales y ejecutados, sobreviviendo en el misterio de la noche y de la agonía, quien iba a ser uno de los héroes más excelsos de la Revolución, caído en

Yaguaramas, en el extremo occidental de las líneas revolucionarias activas y que fue uno de aquellos jóvenes americanos de la expedición del *Perrit*.

Leyendo el libro de Sergio, tan breve, intensa y claramente escrito, se encuentran todos estos caminos a partir de los orígenes. Quiero decir, de los primeros momentos en los cuales alguien se planteó en Cuba tempranamente, muy tempranamente, en los albores de la década gloriosa del primer tiempo del siglo XIX, la necesidad de la independencia o la utopía de una solución mejor a las cuestiones insulares. Vemos también cómo las grandes conspiraciones patrióticas: la de los Soles y Rayos de Bolívar, la de La Gran Legión del Águila Negra, rinden tributo a esas dos partes de América tan intensamente comprometidas con la suerte cubana. A México, siempre presente en nuestra historia, los convoca en la soledad del convento donde el general presidente Guadalupe Victoria crea la Legión, para favorecer la independencia de Cuba y borrar, si fuese posible, con un esfuerzo militar coherente, el pontón que, más allá del Castillo de San Juan de Ulúa, las tropas españolas tenían en la guarnición de La Habana y en general en toda la isla de Cuba.

Vemos, asimismo, a través del libro cómo crece y se desarma la esperanza. Vemos caer a aquel coloso, bastante desconocido hoy, a no ser por una oscura calle de La Habana que lleva su nombre, Aponte, cuya cabeza es colgada en la jaula de hierro situada en Belascoaín y Carlos III, frente al paseo extramural y militar. Lo cual me hizo llevar la imaginación a la Alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato, donde con igual forma de castigo fueron colocadas las cabezas de los padres fundadores, después que un indígena, cargando una losa monumental sobre la espalda, atravesase las líneas de los tiradores para ganar la Alhóndiga y la independencia. Hoy están escritos los nombres de los héroes, entre coronas de laurel, en lo alto de aquel raro castillo y almacén.

Pero también asistimos al proceso conspirativo que, a lo largo de los



años ve, en el Congreso Anfictiónico, convocado por el Libertador y donde se suscitan tantas contradicciones y controversias, debatirse el tema cubano. Y la amargura de Bolívar, rodeado de algunos criollos que le llevaban testimonios claros y precisos de la situación de nuestra Isla y sobre sus elites. Que no hablo de ellas desde el punto de vista financiero, porque Sergio se propone precisamente probar, en los primeros capítulos, que los iniciadores, los verdaderos precursores que inician el movimiento del pensamiento independentista en Cuba, no proceden necesariamente de los altos estamentos, de lo que más tarde alguien llamaría la sacarocracia criolla.

Vemos la participación de los pardos y morenos en sus regimientos; la acción de los predicadores de la causa revolucionaria en estos primeros años. Y vemos también el eclipse posterior al Congreso Anfictiónico, cuando se cae en las alas de la gran águila negra y comienza ese largo período de soledad que va a ser interrumpido por el pronunciamiento cespediano y su demanda de apoyo dirigida a las naciones de América. Esa demanda que fue escuchada por los distintos países donde los cubanos habían alcanzado, o iban a alcanzar, una notable influencia. Vemos cómo, respondiendo efectivamente a ese clamor, y en correspondencia con sus relaciones en México, acuden al general Manuel de Quesada un grupo de combatientes mexicanos que habían ocupado grados de relevancia y estado presentes además en acciones tan comprometidas como el sitio de San Luis Potosí, acompañando a Juárez en calidad de escoltas en las acciones de la Reforma.

Vemos, igualmente, cómo de Venezuela, los ya citados combatientes de la *Vanguardia* vienen siguiendo la acción posterior de Manuel de Quesada, y de sus influencias personales y la de su hermano acerca del Presidente, hombre fuerte en Venezuela, y de su correspondiente en Colombia. Y también, como elemento importantísimo, las declaraciones solemnes de los Estados que, echándose el mundo a la espalda, apoyan la causa cubana. Vemos, como precedente, los desaciertos coloniales en el Caribe y en la América continental, cuando los ministros y válidos de Isa-

bel II la conducen a la utópica idea de que podía recuperar los territorios de Perú. Y se hace, entonces, la afrenta terrible que concluye con el bombardeo de El Callao, el 2 de mayo, entre cuyos defensores hay un joven que luego nunca pondría un pie en Cuba, pero que con sus tres hermanos, hijos del Presidente de Perú, serían luchadores por la causa cubana: Leoncio, Grocio y Justo Prado. Pero es, además, el caso de Chile que, agredida y humillada en Valparaíso, responde a ello con fuerza tremenda, causando destrozos a la armada española que, con su Comandante herido de muerte, pide que lo alejen de las malditas aguas chilenas. Y vemos cómo la bandera republicana de Cuba va a tomar transitoriamente los colores, y también el diseño heráldico, de la bandera de la República de Chile. Hasta que en solemne acuerdo de la Asamblea cubana se determine que la nuestra debía ser, contra otro criterio, la de Narciso López y Joaquín de Agüero.

El apoyo de Chile y de Perú que, como sabíamos, enfrentaban largos problemas comunes. A Bolivia desgajada, precisamente en el movimiento revolucionario, como una nación nueva y a la que Bolívar concede este nombre luego de que sus capitanes encabezados por Sucre, le ofrecen ese gran honor. Y la República de Ecuador que, unida a las tres anteriores, constituye una alianza cuatripartita a favor de Cuba en la cual militan los presidentes que, sin variar su posición por cuestiones internas, apoyan la causa cubana. Es el caso, en Perú, del presidente Pardo Aliaga; el caso de los terribles hermanos Gutiérrez, defenestrados luego desde una de las torres de la Catedral limeña; el del presidente Prado, quien, como decía Juan Marinello, no está en su monumento de la Quinta Avenida por lo que hizo en Perú, ni siquiera por ser el genitor natural de Leoncio, Grocio y Justo Prado, sino por lo que hizo por Cuba, cuando, en medio de sus propios extravíos, apoyó la causa cubana. Es el caso del presidente demente de Bolivia, general Mariago Melgarejo, quien, en un acuerdo único, reconoce la independencia de Cuba. Pero es muy relevante el caso de Perú, que



no reconoce su condición de beligerante, sino de Estado independiente y cuyos Senado y Cámara aprueban un empréstito de un millón de soles para favorecer la causa de Cuba. O es el recibimiento al representante de la Revolución, Enrique Piñeiro, quien con bandera desplegada llega al puerto de El Callao —como hará luego en Valparaíso— y es recibido en Lima por la flor y nata de la juventud peruana en una manifestación pública, pidiendo el reconocimiento de la independencia cubana, en la cual participan figuras tan importantes como los jóvenes Bolognesi y Grau, después héroes máximos de la independencia del Perú agredido.

Pero cuando termina la Guerra de los Diez Años, luego de los reconocimientos que otros hábiles cubanos habían logrado, surgen ejemplos como el de Pedro de Santacilia, en México, a quien Juárez llamaba Santa y que a la muerte del Benemérito se convierte en el protector de su familia y la De la Maza, director de los Archivos Nacionales de México, quien nunca renunció a su condición de poeta del oriente de Cuba, y al mismo tiempo de cubano, y llegó a ser de hecho el Embajador de la Revolución ante la República mexicana. O el de Guatemala, adonde va a vivir el primer biógrafo y gran amigo de Céspedes, el gran orador antiesclavista y buen tipo cubano, José Joaquín Palma, quien, autor del himno nacional de aquella República, abre espacio para los cubanos que unos pocos años después llegarían en milladas a la América Central como exiliados.



Por eso hace unos días le decía a Sergio que este libro será muy útil a los médicos e internacionalistas cubanos que están en tierras centroamericanas y en otros lugares del continente. ¿Por qué? Porque les probará que están sobre las huellas de sus padres: porque los servicios médicos en la República de Honduras fueron fundados por el general del Ejército Libertador Eusebio Hernández; porque el ferrocarril colombiano fue llevado hacia delante por aquel que fuera el jefe de las expediciones republicanas, Francisco Javier Cisneros; porque la prensa

de Colombia es hija de la mano de Manuel del Socorro Rodríguez. Todo esto es verdad, y también es cierto que los presidentes centroamericanos que luchaban por la unidad continental — el doctor Zaldívar, el presidente Bográn, Marco Aurelio Soto, o quien sería gran amigo de José Martí, el general García Granados en Guatemala— en un momento de clarividencia acogieron con los brazos abiertos a los cubanos que venían del exilio. Y por eso, el general Maceo se radicó en Honduras. Y por eso pudo llevar el nombre de San Pedro Sula la gran conspiración en la cual, por vez primera, y tras el inmenso desaliento del 78, de la década tremenda que había concluido con la protesta, se reunieron precisamente en tierras centroamericanas para actuar.

Todo esto es una gran verdad, como lo es la presencia en el Ejército Libertador cubano de hombres de todo el continente. Al ya mencionado Leoncio Prado, de Perú, bastaría recordar a José Rogelio del Castillo y Zúñiga, de Colombia, por solamente mencionar dos. A los dominicanos, porque aquí también en el libro aparece con claridad meridiana el papel anticipador que los dominicanos han tenido siempre en nuestra historia. Y surgen generales y políticos dominicanos que, ya en la aurora de los tiempos, se anticiparon a lo que harían después la historia, la cultura y el arte.

Vemos también, posteriormente, la gran soledad de los años que suceden a la gran guerra. El libro prueba que, bajo la influencia imperial norteamericana, en la segunda etapa de nuestras luchas emancipadoras, ya no pudo lograrse igual apoyo, igual respaldo por parte de las repúblicas hispanoamericanas, un poco aterrorizadas por la presencia imperiosa de los cónsules norteamericanos o por la política española que, armada de nuevos elementos, trató de frenar por todas las vías, usando todos los medios, no vacilando ante el puñal y el veneno, el soborno y el crimen, la unidad de los pueblos hispanoamericanos en torno a la causa de Cuba.

Creo que el libro de Sergio —publicado por *Amanecer*— y el cariño con que nuestro amigo ha presentado su obra, justifican el prestigio y el

buen nombre que el profesor y amigo nuestro tiene en el ámbito latinoamericano. Yo, que lo he escuchado en la tribuna en no pocas ocasiones; yo, que sé del desvelo y la consagración con que ha realizado sus estudios; yo, que sé con cuántos esfuerzos se ha formado esta familia de profesores y cómo han unido el mérito de unos y otros para hacerlo de la Universidad de La Habana y de su propia Facultad, quiero hoy rendir homenaje a Sergio por la obra que nos presenta, justificando sobradamente con este libro, que presta un servicio noble a la causa, su condición de presidente de la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC).

Apoyamos resueltamente a todos aquellos que realicen, como él, investigaciones y obras que nos conduzcan a salirnos de ese ámbito estrecho de la ínsula, que quiso Martí explicar y decir que lo era en lo geográfico, pero no en lo político y en lo cultural. Nuestra vocación americana, nuestra vocación continental, queda aquí glorificada. Y se ve cómo la bandera de Cuba, con la estrella fugada de la constelación americana, la estrella solitaria de nuestra soberanía y de nuestra independencia, se fundó y forjó en años difíciles, de abrazo y solidaridad, de soledad y tristeza, a lo largo de muchísimo tiempo. Que no somos el fruto como nación, en forma alguna, de la dádiva ni de la merced de nadie, ni del esfuerzo siquiera de una sola generación, sino que el pueblo cubano es el hijo de una acumulación de esfuerzos generacionales, de talentos reunidos, de aciertos y errores, de culminaciones y de extravíos. Y que precisamente de la suma de todo eso nace su verdadera y auténtica gloria. A eso ha contribuido Sergio y por eso de corazón lo felicito.

Eusebio Leal Spengler

Cuba. La forja de una nación

Rolando Rodríguez

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro,

Colección *Historia de Cuba*, La Habana, Cuba, 1998,
756 pp., t. I, 760 pp., t. II, 15 x 23 cm, cartóné papel.



ES LA MÁS RECIENTE OBRA de quien nos entregara, en años anteriores, otros trabajos de gran valía e interés como la novela histórica *República angelical* y el estudio historiográfico *Bajo la piel de la manigua*.

Cuba. La forja de una nación consta de dos volúmenes con un total de 1516 páginas, agradablemente encuadernadas en cartóné, en las que el doctor Rolando Rodríguez nos obsequia un minucioso recorrido crítico —más allá de todo tipo de convencionalismos y de posturas dogmáticas o monocordes, propias del seudomarxismo y de la historiografía burguesa o pequeñoburguesa— por el acaecer cubano durante los siglos XVIII y XIX. Por añadidura, el autor nos anuncia que, pese a su extensión y a la diversidad de temas abordados, se trata de una obra aún inconclusa que se coronará con un estudio de la dominación neocolonial norteamericana sobre Cuba hasta el derrocamiento de la dictadura homicida, ladrona e inteligente de Gerardo Machado.

El tomo I, “Despunte y epopeya”, expone el devenir de la mayor de las Antillas desde mediados del siglo XVIII hasta los preámbulos del alzamiento del 24 de febrero de 1895. El segundo, “La ruta de los héroes”, analiza el acontecer nacional desde el comienzo de la Guerra de Independencia de 1895 hasta la disolución —durante la primera ocupación norteamericana— del Ejército Libertador y de la Asamblea de Representantes del Cerro.

Ambos volúmenes reflejan las interrelaciones, influencias y condicionamientos mutuos entre las sucesivas estructuras y las subsiguientes coyunturas y procesos históricos, así como los correspondientes desenlaces y escenarios que se relevan unos a otros. La totalidad es descompuesta en cada uno, de sus muchos componentes, analizada en cada uno de ellos y vuelta a ensamblar y estudiar, en su conjunto, mediante una metodología que desune y une, con gran profesionalismo, los órganos, la anatomía, la fisiología y la psicología del cuerpo social de cada momento.

En este ejercicio académico, obtenemos nuevas luces sobre la conversión gradual del criollo en cubano; el impacto político, social y psicológico de la esclavitud; el crecimiento paulatino e ininterrumpido del monocultivo azucarero y de la monoexportación; la vinculación y dependencia, paso a paso, de la Isla del mercado externo y, en especial, del estadounidense; los propósitos y forcejeos de España, otras potencias europeas, Estados Unidos, y las naciones y próceres latinoamericanos respecto de Cuba; las raíces y características de los movimientos políticos integristas, anexionistas, reformistas, autonomistas e independentistas y el triunfo de los patriotas en la conciencia, los sentimientos y la voluntad de la gran mayoría del pueblo; las guerras de independencia y otros fenómenos.

Para tratar estos y sus restantes temas, Rolando Rodríguez se sustenta en importantes fuentes bibliográficas, hemerográficas y documentales cubanas, españolas, norteamericanas y de otros países, muchas de ellas inexploradas hasta hoy por los historiadores de Cuba y extranjeros. También se sirve de una gran lealtad a la verdad histórica, en la medida en que él, como todo historiador, la percibe individualmente. Este quehacer profesional tiene como fundamento teórico y metodológico, un marxismo vivo, contemporáneo, crítico y nada dogmático, fruto del legado de los clásicos y de sus más preclaros continuadores.

El resultado es un texto, un filme multicolor y vívido, sin escenas en blanco y negro, ni paréntesis aburridores, en el cual los numerosos protagonistas individuales y colectivos, los hechos y procesos, las ideas y las organizaciones, las clases y las relaciones sociales, los intereses y sus paladines criollos y extranjeros, aparecen ante el lector no sólo con sus caracteres definitorios, cardinales, sino también acompañados de sus problemas, paradojas, tensiones, contradicciones, excesos, faltantes, virtudes y defectos. Igualmente, la presencia y el papel de lo objetivo, lo material se hace acompañar de manera indisoluble del papel de lo subjetivo, lo espiritual, la conciencia y la mentalidad, los sentimientos, la ética, los capri-



chos y los azares. Nada, ni nadie es, en este libro, o en la realidad histórica, absolutamente beatífico ni completamente satánico.

Por añadidura, el empleo eficiente del instrumental marxista libera a esta obra de las concepciones pueriles, innecesarias u oportunistas a los intereses, casi siempre coyunturales, de la política cotidiana y de la propaganda política, que tanto daño hicieron a la historiografía —y a todas las ciencias— en los predios del desaparecido socialismo real.

Por demás, el autor es fértil, inteligente e imaginativo, y, a veces, osado al brindarnos, de manera continua y sistemática, sus apreciaciones, dudas y sorpresas en muchos párrafos de su narración. La obra está organizada de manera coherente y apropiada a su temática, y redactada en lenguaje sencillo y ameno, pero culto y sin intelectualismo pedantes. He de subrayar también que *Cuba. La forja de una nación* tiene el mérito de ser un trabajo de historia global y, por tanto, muy necesario en nuestra patria y en la historiografía contemporánea sobre ella. Durante los últimos 40 años, la gran mayoría de los historiadores cubanos hemos publicado —con variada calidad— gran cantidad de monografías, biografías y otros tipos de obras históricas especializadas, de “perfil estrecho”, de enfoque parcial y monotemático sobre género, el movimiento obrero y el estudiantil, la historia de una localidad, aspectos puntuales de la lucha contra la segunda dictadura de Batista y otros tópicos, indispensables e importantes. Sin embargo, durante estas cuatro décadas, ha sido pequeña la producción nacional de libros de historia global y, aún menos, de aquéllos con la alta calidad de los escritos por María del Carmen Barcia, *La historia de Cuba* de un colectivo de autores del Instituto de Historia de Cuba o este que nos ocupa, de Rolando.

Concluyo este comentario lamentando que *Cuba. La forja de una nación* no incluya un apartado en el cual se enumeren las fuentes bibliográficas, hemerográficas y documentales que lo cimientan, con sus referencias correspondien-

tes, por lo que sabemos de ellas sólo a través de las notas de cada capítulo.

En resumen, considero que esta obra de Rolando Rodríguez es y será un material de ineludible consulta para todos los que, por una u otra causa, estén interesados en conocer el pasado y una buena parte de las raíces del presente de esta Gran Antilla.

José A. Tabares del Real

Crecimiento económico y transformaciones sociales. Esclavos, hacendados y comerciantes en la Cuba colonial (1760-1840)

Pablo Tornero Tinajero

Ministerio de Trabajo y Seguridad Social,
Madrid, España, 1996.

IMPORTANTE OBRA en la cual se habla de azúcar, de esclavos y de dueños de ingenios. Pablo Tornero Tinajero contribuye a enriquecer aún más un tema troncal de la historiografía sobre Cuba. La significación que el azúcar y los esclavos tuvieron para el desarrollo (subdesarrollo) de la Isla han atraído el interés de relevantes historiadores interesados en desentrañar la cuestión. Algunas de sus obras se han convertido en clásicas: *Azúcar y abolición...*, de Raúl Cepero Bonilla (Editorial Cenit, La Habana, 1948), o *El Ingenio...*, de Manuel Moreno Fragnals (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, 3 ts.) son ejemplos de ello. El libro de Tornero, por la información que brinda, gran parte de ella procedente del Archivo de Indias, está llamado a ocupar un lugar importante en ese contexto.

Pablo Tornero escribe su libro con una visión de presente. No se trata de reproducir datos, cifras o hechos históricos, sino de explicar los factores que contribuyeron a formar la realidad contemporánea de Cuba. Y como entiende que las bases de este problema se encuentran en el pasado azucarero y esclavista, escoge para su estudio

la etapa de despegue y desarrollo de la plantación: 1760-1840.

El libro está estructurado en cinco capítulos. El primero dedicado a la provisión de mano de obra esclava; el segundo, a los caracteres demográficos que la esclavitud imprime a la Isla; el tercero, a la producción de azúcar, el cuarto, a los factores de la producción en el sistema económico azucarero, y el quinto, al comercio exterior. Cabe destacar que los capítulos cuatro y cinco cuentan con apéndices muy valiosos por la información que contienen, sólo echamos en falta la ausencia de las fuentes que le sirvieron de base para su elaboración.

De especial interés nos parecen los epígrafes dedicados a la organización de la trata esclavista y, en ese contexto, a la temprana relación comerciante-hacendado-funcionario, que transita rápidamente a la propiedad de fábricas de azúcar y que modifica los presupuestos establecidos en esa dirección por la historiografía cubana. Ésta tiende a ver con cierta inmovilidad, hasta los años 60, al sector de los hacendados y ha establecido un falso paradigma que define a los dueños de ingenios como criollos y a los comerciantes como españoles.

Tal vez podamos estimar como muy absolutos algunos planteamientos del autor; sobre todo, aquellos que limitan la historia de Cuba a la de su producción azucarera, ante todo, por las implicaciones políticas, sociales y culturales que tiene esta cuestión. Considerar la economía de la Isla a partir de una raíz exclusivamente plantacionista y definirla como una colonia de plantación, limita la perspectiva histórica y puede fragmentarla. Equivale a obviar todo el desarrollo regional anterior a la segunda mitad del siglo XVIII y posterior a éste, y desconocer actividades económicas, indudablemente de escaso peso, que no pueden ignorarse si se pretende tener una visión total del proceso histórico cubano.

Interesante resulta la imbricación entre el desarrollo azucarero y las preocupaciones científicas —y, sobre todo, tecnológicas— de la oligarquía



criolla. Ella procuró a la Isla un desarrollo que, si bien fue desigual y de origen foráneo, estableció una serie de parámetros que también han tenido una continuidad histórica y que pueden visualizarse en determinados acontecimientos: introducción del ferrocarril, temprana difusión de la vacuna variólica y de la anestesia, por ejemplo. Tornero comprende y expresa el temprano interés de la oligarquía criolla en poner la ciencia y la técnica al servicio de la producción, aun cuando finalmente estime que “sacrifica sus aspiraciones intelectuales, en lo científico igual que en lo político, en función de su sueño esclavista”.

Resulta de interés, en el contexto destinado a estudiar los factores de la producción, el análisis de la demolición de los hatos y corrales para convertirlos en haciendas azucareras, la productividad y rentabilidad del trabajo esclavo, la condición de éstos en el ingenio azucarero y el capital que requerían los hacendados para el fomento y desarrollo de las fábricas de azúcar. Para la elaboración de estas cuestiones, Tornero acudió al análisis de testamentos y tasaciones, fuentes que requieren para su estudio y procesamiento de un cuidadoso trabajo, pero que suministran resultados de indiscutible valor.

La evolución del número de esclavos por ingenios y su periodización, la consideración de que para producir más con el menor costo, era necesario adecuar el número de esclavos a la extensión sembrada de caña, en lugar de incrementar el número de éstos; la cuantificación del número de siervos que tenían oficios en los ingenios, cuestión que desmitifica su incapacidad para la producción fabril, constituyen aspectos tratados con habilidad y que suministran una visión nueva en torno a estas temáticas.

También resulta sugestivo el análisis de la rentabilidad del esclavo a través de los parámetros de su rápida amortización, del nivel de los precios a lo largo del período que aborda y de la composición demográfica de esta población en los ingenios. A partir de estos presupuestos, Tornero demuestra la alta rentabilidad de los esclavos entre



1760 y 1840. En este epígrafe abundan los gráficos que permiten una comprensión más rápida del proceso que estudia el autor.

En el epígrafe destinado al estudio de la condición de los esclavos resulta muy atrayente la conclusión, demostrada a partir de las fuentes, de que los hacendados en sus ingenios agrupaban esclavos de diferentes etnias, con el interés específico de compartimentar a los negros dificultando su relación. De 1784 a 1834, los ingenios de Cuba tenían, como promedio, la siguiente proporción de esclavos: 17 % criollos, 12 % lucumíes, 10 % gangás, 7 % mandingas, 5 % minas, 18 % congos, 26 % carabalíes y 4 % de otras etnias.

El fomento y desarrollo de un ingenio exigían una apreciable inversión de capitales. Como promedio se dedicaba el 27 % a la tierra, el 21 % a la fuerza de trabajo esclava y el 52 % a la infraestructura fabril. En este epígrafe se grafica el número de ingenios entre 1767 y 1836 en relación con su valor total y, posteriormente, se hacen interesantes consideraciones sobre la refacción a los ingenios, fenómeno a través del cual el capital comercial controlaba las ganancias logradas en la esfera productiva, marginando a los hacendados que limitaban sus intereses a la explotación de la tierra y no tenían inversiones de otro tipo.

Otras muchas cuestiones interesantes podrían ser comentadas, pero no es ese nuestro propósito. Más bien deseamos interesar a los especialistas en la consulta del libro que reseñamos. De antemano, les garantizamos que en él encontrarán ideas interesantes, información de primera mano y una visión sobre el proceso histórico cubano que, aunque se limita al campo económico, debe tenerse en cuenta para el estudio de la contemporaneidad. El libro *Crecimiento económico y transformaciones sociales. Esclavos, comerciantes y hacendados en la Cuba colonial (1760-1840)*, constituye una obra de imprescindible consulta para los estudiosos de la Historia de Cuba; en especial, para quienes se interesan en la esfera socioeconómica.

María del Carmen Barcia Zequeira

Herida profunda

Francisco Pérez Guzmán

Ediciones UNIÓN,
Unión de Escritores y Artistas de Cuba,
Colección Clío, La Habana, Cuba, 1998,
264 pp., 14 x 21 cm, rústica cromada, ilustrado.

HASTA CIERTO PUNTO, esta obra es también un libro de memoria, pues los historiadores, artesanos del recuerdo, quizá no hacemos otra cosa que trabajar sobre la memoria colectiva.

Bajo el título *Herida profunda*, Francisco Pérez Guzmán nos entrega el estudio de un acontecimiento que ha dejado una huella indeleble en la memoria de los cubanos: la Reconcentración de Weyler. Las escalofriantes escenas recogidas en las fotografías de la época, las reiteradas —y disímiles— estimaciones de las pérdidas humanas ofrecidas por los textos de historia, las narraciones transmitidas de una generación a otra en el ámbito familiar, han nutrido a lo largo de un siglo nuestra visión de la atroz medida que contra la población rural de Cuba, tomaran las autoridades coloniales españolas durante nuestra Guerra de Independencia.

El triste episodio, sin embargo, es todavía poco conocido. Sus múltiples aristas —militares y políticas, demográficas y económicas— han hecho muy difícil una reconstrucción de conjunto. Por ello, cuando Pérez Guzmán propuso inscribir un proyecto sobre la reconcentración dentro del programa de investigaciones desarrollado por el Instituto de Historia de Cuba en torno a los Centenarios, todos pudimos calibrar el reto que asumía.

Empeño riesgoso, sí, pero en modo alguno aventurado. Quien más de 20 años atrás, y siendo casi un aficionado, había estrenado sus armas con un estudio sobre la acción de San Pedro —uno de los hechos más controvertidos de nuestra historia—, podía calcular exactamente la envergadura de la empresa científica que se proponía. A lo largo de dos décadas, Pérez Guzmán ha madurado como uno de nuestros más

destacados historiadores militares, con una trayectoria jalonada por estudios tan relevantes como los dedicados a la batalla de las Guásimas o a la ejecutoria militar de Máximo Gómez, y que, en fecha más reciente, culmina en una amplia indagación sobre el desarrollo de la Guerra de 1895 en el Occidente de Cuba, la cual debe publicarse próximamente. Su quehacer historiográfico, extendido también a otros terrenos, ha cuajado en una vasta concepción de la guerra como fenómeno social, indispensable para abordar un fenómeno de tan compleja naturaleza como la Reconcentración.

Todo ello permite comprender la medida en que *Herida profunda* responde a un planteamiento integral de la Reconcentración como problema histórico. Iniciada con una breve exposición de antecedentes e importantes precisiones conceptuales, la obra recoge las circunstancias prevalentes en Cuba al implantarse la Reconcentración, rastrea los móviles y factores de la fatídica decisión y establece con meridiana claridad la responsabilidad que incumbe a Valeriano Weyler en la proyección y consecuencias de aquella medida. Una vívida narración de los espantosos sufrimientos experimentados por la población civil —principalmente, en el occidente de la Isla— permite apreciar la magnitud del genocidio, palpable en la manera irresponsable e inhumana con que los mandos militares y las autoridades colonialistas instrumentaron las órdenes de concentrar a los “pacíficos” en las poblaciones y, sobre todo, en la progresión incontenible de la muerte, cuyas principales causas se evalúan cuidadosamente. El fracaso de Weyler en la consecución de los objetivos militares perseguidos por la Reconcentración y la comprometida situación política del gobierno español, han servido de base para la explicación del proceso que condujo al relevo del sanguinario general y al abandono progresivo de la estrategia que él representara. En esta línea de análisis, Pérez Guzmán presta especial atención al uso que de la Reconcentración hicieron los gobernantes norteamericanos para desplegar sus presiones sobre España y, al final, justificar una intervención “humanitaria” en el conflicto cubano. Las implica-



ciones que tuvo la entrada de Estados Unidos en la guerra, con la implantación del bloqueo naval y el súbito deterioro de las condiciones de abastecimiento, para una población todavía inmersa en las terribles circunstancias creadas por la Reconcentración, se abordan en el capítulo final de *Herida profunda* en páginas que cautivan por la sensibilidad con que reflejan el tono de la vida en aquella singular y difícil coyuntura.

Estamos, pues, ante el estudio más completo que se haya realizado sobre la Reconcentración, pero en modo alguno éste constituye un trabajo definitivo. Y créanme que no incurro en lugar tan común como recurso obligado. Más allá de la premura que hubo de imprimirle a la redacción, la posibilidad abierta por la presente edición —lo cual puede advertirse en algún rincón del texto—, lo cierto es que el proyecto original de Pérez Guzmán contemplaba la realización de un grupo de estudios de caso a escala local que habrían de posibilitarle mayores precisiones y una evaluación más exacta de los efectos de la Reconcentración; pero dificultades con las fuentes, así como de orden logístico, le impidieron llevarlo a cabo. Queda como botón de muestra, presentada a manera de apéndice, la investigación que —por razones obvias— pudo realizar sobre Güira de Melena. Me parece un análisis ejemplar, digno de encontrar continuación entre nuestros cultivadores de la historia regional.

Herida profunda es, por otra parte, un texto de lectura fácil y sobrecogedora, en el cual el dato preciso se entremezcla con la anécdota insospechada para ofrecernos una visión íntegra y múltiple de la Reconcentración. La profesionalidad de Pérez Guzmán lo ha conseguido, empleando con suma inteligencia una pluralidad de recursos informativos. Datos de una lista de precios y el testimonio de las víctimas, los bandos militares, las noticias de prensa, la nota diplomática, se han entretejido en una red de imágenes de impresionante riqueza. Entre los muchos atributos de este libro, resulta imprescindible mencionar el hermoso diseño de Masvidal, con esas velas encendidas en homenaje.

Es difícil dentro de un cuadro tan variado como coherente segregar una escena de especial valor ilustrativo. Pero si me viese forzado a ello escogería la imagen de Felipa de la Cruz llorando a sus hermanos muertos de hambre, enterrados en una playa de Batabanó que nunca llegaría a conocer; o la de Eloína Moreno con su hermana pequeña, compartiendo el lecho con los cadáveres en el portal de un almacén derruido en Corralillo; o la de aquel anciano abandonado, único sobreviviente de su familia, que desesperado se arrojó de una azotea en la calle Corrales. Sus imágenes, rescatadas en *Herida profunda*, quedarán definitivamente inscritas en nuestra historia, junto a la de Serafín Sánchez, herido de muerte, ordenando a sus hombres continuar la marcha, o a la de los héroes anónimos de aquella impedimenta de Maceo que cargaron contra el enemigo armados sólo de sus jarros. Porque con el sacrificio de todos ellos se hizo la patria.

Oscar Zanetti Lecuona

La guerra de Cuba (1895-1898)

*Antonio Elorza y
Elena Hernández Sandoica*

Alianza Editorial, Serie H-4153,
Madrid, España, 1998, 496 pp.,
15 x 22 cm, rústica cromada, ilustrado.

DOS HISTORIADORES ESPAÑOLES de amplia experiencia en la investigación de la Historia de Cuba, y un sólido conocimiento de las fuentes para trabajarla, presentan a la consideración de los estudiosos el resultado de un esfuerzo común. Inscrito en la muy amplia bibliografía que la revolución nacional-liberadora cubana de 1895 ha desatado en los años 90, el libro de Elorza y Hernández Sandoica impone, ya sea por el objeto de estudio propuesto como por los resultados científicos que en sí representa, su obligada lectura.



Lo primero que amerita destacarse en un análisis de la obra en cuestión, viene dado por un elemento que literalmente “aplata” al lector: la impresionante masa de fuen-

tes utilizadas. Lo mejor de la literatura histórica española, los trabajos más serios de historiadores cubanos en cuya actualización, los autores hacen gala de un conocimiento notable, la producción científica de mayor calidad generada en Estados Unidos, sin descartar obras de diferentes regiones europeas, se engarzan, críticamente, en el decursar del discurso histórico propio de los escritores. Junto a esto, los documentos de archivo revelan la muy consistente labor de establecimiento de la información que precedió a la redacción de la monografía. La riqueza del material empleado y su diversidad garantizaron, desde la arrancada, el éxito final obtenido.

Paralelo a lo anterior, resulta conveniente señalar que Elorza y Hernández Sandoica fueron —yo diría— extremadamente cuidadosos en no adscribirse a ninguna de las versiones “al uso”, en asunto tan importante como el cese del colonialismo español sobre la Perla de las Antillas, máxime aun tratándose de autores “metropolitanos”. Hasta donde es posible que un analista en ciencias sociales lo logre, la obra se caracteriza por su objetividad científica. Ni se halla en ella una defensa a ultranza del régimen colonial, ni por el contrario se justifica de manera constante el legítimo derecho de un pueblo a su existencia independiente en tanto nación. Un equilibrio ponderado, “objetivo”, matiza cada párrafo escrito, en la seguridad de sus autores de que la dinámica interna de un proceso histórico puede desentrañarse, sin una falsa asunción de posiciones enjuiciadoras ya trasnochadas 100 años después. Para el lector cubano resulta una agradable sorpresa, nada común en la literatura sobre la etapa, no encontrarse con frases denigrantes para los combatientes insulares, ni alabanzas imposibles de argumentar a la política colonialista de España en Cuba. En su justo medio —mejor sería escribir, entendiendo a los cubanos mambises—, la obra opera como un adecuado ejemplo de seriedad profesional e histórica.

Quedé gratamente impresionado con la estructura narrativa utilizada, y me parece que ésta constituye uno de los grandes aciertos del libro. Las primeras 177 cuartillas se dedican a un



muy buen recorrido histórico por las aguas de la evolución cubana previas al 95. Aunque pueda estimarse excesivo, el espacio dedicado al surgimiento y consolidación de la sociedad criolla y al desarrollo de la conciencia nacional, se justifica a plenitud al proseguirse en la lectura de la monografía. Llama la atención el serio esfuerzo de síntesis hecho por los autores y la responsabilidad científica con que asumen las valoraciones establecidas. Un correcto encuadre de los problemas económicos, sociales y políticos por los que atravesó la isla de Cuba —sobre todo, en la primera mitad del XIX—, sin descartar muy sólidos elementos de la historia demográfica, las mentalidades y la cultura insular, viabilizan responder una pregunta capital, a la cual se dedica el cuerpo fundamental del ensayo: ¿Por qué una guerra anticolonial?

Y la respuesta viene, rotunda y convincente, plena de veracidad histórica, en uno de los acápites finales de la obra, que llega hasta analizar las consecuencias de la destrucción del imperio, tanto aquende como allende el océano. Esos acápites (11 dedicados a la revolución) no constituyen una sucesión mejor o peor establecida de la información empleada, sino que, por el contrario, reflejan de manera constante la concepción que sobre un proceso histórico tienen dos intelectuales de probada formación académica. Cada subdivisión del libro cumple una función específica, para la cual fue prevista, y una función globalizadora, en el contexto general del plan de la obra. Ésta demuestra, a lo largo de su construcción narrativa, la insoslayable necesidad de la separación de Cuba de la monarquía española, sin eludir los aciertos y desaciertos con que ésta se concibió, y los errores cometidos por las partes concurrentes en su plasmación histórica. En el contexto del conflicto cubano-español se insertan los elementos convenientes que permiten comprender el porqué de la intervención de Estados Unidos en la realidad antillana finisecular.

Diversos factores contribuyen a la calidad final del estudio y a su presentación; de entre ellos, vale la pena destacar las caricaturas selecciona-



das de la prensa, que ayudan grandemente a formarse una idea precisa acerca del conflicto, en especial sobre la forma en que los medios masivos atizaban y capitalizaban a su favor las contradicciones a resolver; los diagramas y croquis utilizados que coadyuvan de manera eficaz a agilizar el texto, y, por encima de todo, la validez del cuerpo referativo. Más de 270 citas y notas se suceden divididas por capítulos, dándole a la monografía no ya tan sólo la “seriedad” reclamada por tantos miembros del gremio, sino que cumplen una función imprescindible: no agobiar al lector por el excesivo oscurecimiento del texto. Las notas devienen parte importantísima del trabajo, al cual consolidan y complementan, ampliando lo expuesto en la narración de algunos casos, precisándola en otros, y siempre ayudando al lector en la ubicación lógica y cronológica del proceso estudiado, presentando en ocasiones las diferentes versiones o interpretaciones que puedan existir en torno a un acontecimiento puntual. Junto a ellas, la claridad en la exposición, el estilo directo en la redacción, logran evitar diferencias que pudieran ser demasiado ostensibles en una obra escrita por dos autores, acostumbrados ambos a un particular estilo narrativo. El cuidadoso trabajo de edición garantiza la calidad del material expuesto, y la escasez de erratas, hecho destacable en un volumen de casi 500 páginas.

La preocupación constante de los autores por historiar la Guerra del 95, en su triple vertiente de Cuba-España-Estados Unidos, y por no analizar la guerra de Cuba en sí misma, como es notorio en otros estudios (mayormente, de autores antillanos), hizo que algunos aspectos de interés no se trabajaran suficientemente, o que al menos no se diesen los elementos valorativos que ellos, por su incidencia en el decursar general de la revolución, tuvieron. Tal es el caso de las discrepancias en el seno de la cúspide de poder insurrecta entre el General en Jefe y el Consejo de Gobierno, particularmente entre Máximo Gómez y Salvador Cisneros; asunto capital para entender acontecimientos posteriores; o los cambios acaecidos en el Partido Revolucionario Cubano —vale decir,

en la composición dirigente y en las proyecciones ideopolíticas en la emigración— una vez muerto José Martí, con el ascenso de Tomás Estrada Palma al cargo de delegado, y la dicotomía y contradicción que se establece a raíz de su nombramiento como ministro plenipotenciario por el Consejo de Gobierno de la República de Cuba en Armas. De igual manera, se nota la ausencia de un acápice en que se valoran las actitudes asumidas —o no asumidas— por el General en Jefe y el Consejo de Gobierno de 1897 (Bartolomé Masó, presidente) ante la avalancha mediatizadora de la revolución y de sus proyecciones ideológicas radicales que representa la intervención de Estados Unidos en la contienda nacional-liberadora. Si bien en los tres elementos señalados no interviene de manera directa España o el régimen colonial, forman parte imprescindible del contexto en que debió desenvolverse la revolución, y de los problemas a los cuales debió enfrentarse y ofrecer históricamente una respuesta válida, no lograda en todos los casos, y cuya no solución afectaría de manera sensible el rediseño de la realidad cubana, ya en el siglo xx.

Un proceso histórico de la trascendencia de lo que se ha dado en llamar “el 98”, en el cual se vieron inmersos todos los continentes en mayor o menor grado, tenía necesariamente que provocar una eclosión bibliográfica. Cuba, Puerto Rico, España, Estados Unidos, Filipinas, y la restructuración del mundo colonial como antesala de la Primera Guerra Mundial, han generado estudios de muy diversa naturaleza, en la presente década. No pocos de entre ellos adolecen de una visión parcializada, demasiado subjetiva, que repite, un siglo después, con muy ligeras variantes, los errores y tendencias de la historiografía post-98.

Como cubano, y como estudioso de la historia nacional, saludo efusivamente la obra *La guerra de Cuba*, de dos colegas españoles vinculados de antaño con la historia de mi patria, por la seriedad de la investigación realizada, la ponderación equilibrada de los juicios emitidos y el interés esclarecedor que anima todas sus páginas. De manera incuestionable, la historiografía sobre el tema, ya finalizando el año central para-

digmático, se ha enriquecido apreciablemente con el volumen reseñado. Sirva lo obtenido de ejemplo a otros autores, de que el acercamiento “objetivo” a un tema tradicionalmente difícil, puede ser logrado de manera muy decorosa si prima, como en este caso, la profesionalidad y la probidad intelectuales.

Oscar Loyola Vega

Cuba y su historia

**Francisca López, Oscar Loyola y
Arnaldo Silva**

Editorial Gente Nueva,
Instituto Cubano del Libro —Prensa Moderna
Impresores S.A., Cali, Colombia—,
La Habana, Cuba [1998],
328 pp., 12 x 19 cm, rústica cromada.

“Yo no conozco lectura más entretenida y de largo aliento que la de algunos libros de historia”.

G. K. Chesterton.

mostrar un texto sintético y acucioso sobre un proceso que abarca cinco siglos, desde las épocas tempranas de la conquista-colonización.

Si bien es verdad que quedan fuera, como reconocen los autores, datos y acontecimientos que han tenido lugar durante ese largo período, es cierto que los presupuestos filosóficos y el aparato analítico con que se ha enfocado la obra, cumplen con el requisito esencial de acercarse a la tan controvertida realidad histórica entrando en zonas insondables con luz esclarecedora. El discurso literario del libro está resuelto armónicamente y sus hilos conductores nos llevan a una comprensión profunda de hechos y acontecimientos que han requerido de serias reflexiones y recursos de modernidad en el arranque metodológico.

Atendiendo a un criterio de periodización, los autores han dividido la obra en tres partes para marcar

COMO NINGUNA OTRA anterior, pero sí con el antecedente del libro de Julio Le Riverend, y otros menos notables, esta obra cumple cabalmente con el propósito pedagógico de

cortes históricos que han definido la evolución de la nación cubana. La preocupación por dar una imagen certera de nuestra historia, basada en las coordenadas principales del desarrollo y consolidación de la nación cubana, así como de sus aspectos económicos y sus estructuras sociales, ha sido un asunto medular en el que cada uno de los autores ha hecho énfasis. Las luchas sociales, desde la heroica gesta de Hatuey y las revueltas de los vegueros en 1717 y 1720, las contradicciones generadas por el sistema de plantación, el cimarronaje, las guerras de independencia, contiendas de la república mediatizada —revolución del 30— hasta el asalto al cuartel Moncada y sus consecuencias con el tiempo de la revolución de 1959, capitaneada por Fidel Castro, adquieren en esta obra el hilo que las define como decisivas en el proceso de gestación de la nación cubana.

Aunque la obra esté concebida como una unidad coherente, cada capítulo identifica al autor que lo elaboró, pero a su vez evidencia el flujo de ideas, la discusión y el taller de reflexiones que hubo detrás de cada línea, de cada planteamiento como punto de discusión y el análisis compartido en colectivo. A veces da la impresión de que el libro está escrito por una sola persona.

Oscar Loyola traza un fresco amplio que abarca la conquista-colonización, la plantación esclavista y las luchas por la independencia nacional. Es un capítulo enjundioso que nos aclara aspectos muy discutidos de nuestra historia con rica documentación y enfoque marxista, colocando el concepto de burguesía esclavista dentro de un sistema anómalo que ha recibido diversas clasificaciones subjetivas. La plantación como fenómeno económico en occidente determinó la vida del país. Loyola lo demuestra con creces. Asimismo afirma que Cuba entraría en la primera intervención yanqui con “un patrimonio ideológico que impedirá su absorción por los ocupantes foráneos”.

Francisca López Civeira (*Paquita*) en su capítulo de la “República” que abarca 60 años decisivos también para nuestra historia, desenmascara los sólidos intentos de Estados Unidos para condicionar el movimiento y la acción de los factores in-



ternos. Habíamos ganado una guerra cruenta y dolorosa, pero perdíamos el país. La confusión creada con la intervención, así como el soborno por parte de los funcionarios norteamericanos a los cubanos que participaron en las guerras de independencia y la implantación de nuevas estructuras sociales y políticas, condujeron a la Isla a una situación de dependencia casi total y a un trauma psicosocial que la autora expone a lo largo de su trabajo. La Asamblea del Cerro fue el centro de este debate que no halló finalmente el rumbo para la unidad nacional. La Enmienda Platt fue el cuerpo extraño que se nos impuso.

En 1923, Fernando Ortiz presidió la Junta de Renovación Nacional que abogó por consolidar la república y terminar pacíficamente la obra de la Revolución. La presencia de la mujer, de la vanguardia cultural y del estudiantado en esta lucha, aparecen destacados en este capítulo que fija una etapa crucial y dramática de nuestra historia con poder de síntesis y visión objetiva. Partidos y más partidos. Frustración y más frustración.

“La Revolución en el poder”, capítulo redactado por Arnaldo Silva León, entra a explicar por qué el proceso que se libró contra la dictadura de Batista condujo a la revolución socialista. La débil, casi inexistente, burguesía cubana fue incapaz de liderar, ni siquiera de sumarse a un movimiento de carácter antimperialista. La conquista de la plena independencia nacional, como demuestra Silva, no habría sido posible sin la ascensión de un régimen socialista y sus medidas radicales de mejoramiento humano y resquebrajamiento de las clases sociales. La virtual extinción de los partidos políticos de cepa burguesa y las luchas revolucionarias de intelectuales y obreros, llevaron al pueblo de Cuba a la victoria. Fidel Castro se erigió, de entre el lastre burgués y la corrupción administrativa, como el líder único frente a conservadores, reformistas de derecha y revolucionarios auténticos. Medidas y leyes revolucionarias, directivas económicas, congresos del Partido y la creación de una Asamblea Nacional del Poder Popular, consolidaron la Revolución, cuyo programa básico estaba contenido en un texto que sería antológico: *La Historia me absolverá*.

Estamos a las puertas del siglo XXI y finalizando el milenio. Hay necesidad de hacer balance con presupuestos nuevos y como resultado de largos procesos de reflexión y criba. Con un saludo de enhorabuena celebro la salida de este libro de gran utilidad para el lector que quiera conocer mejor a Cuba.

Miguel Barnet

La detención y el aseguramiento del acusado en Cuba

Jorge Bodes Torres

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro.
Colección Jurídica, La Habana, Cuba, 1996,
330 pp., 14 x 21 cm, rústica cromada.

SEGUNDA EDICIÓN actualizada de la de 1988, cubre en todo lo posible el examen analítico de la legislación vigente en cuanto a detención y aseguramiento de acusados se refiere; incluso, de la especial para militares. Con este empeño, el autor —atiende la Presidencia de la Sala de lo Penal del Tribunal Supremo Popular— penetra, con profesional intención jurídico-penal, en el entramado y controvertido terreno de la teoría que, para los trabajadores del Derecho, resulta literatura jurídica de necesidad apremiante. ...

Cartas a Elpidio

Félix Varela

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro —tomado de la edición de la Universidad de La Habana, 1945—. *Colección Historia*, La Habana, Cuba, 1997, 292 pp., 14 x 21 cm, rústica cromada.

PENSANDO EN LA JUVENTUD, Félix Varela escribe esta obra vislumbrando en aquella la única dispuesta a entender, asumir y querer la libertad de Cuba, más que a su propia vida. En esta obra —con prólogo de Armando Hart Dávalos e introducción de Emilia Gallego Alfonso— se describirá al patriota entero, quien en su ejercicio de pensamiento proyectó su trayectoria educativa y formadora en esta, su última obra escrita. ...

La Habana, clave de un imperio

Francisco Pérez Guzmán

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro
—Prensa Moderna Impresores S.A.,
Cali, Colombia—. *Colección Historia de
Cuba*, La Habana, Cuba, 1997, 200 pp.,
14 x 21 cm, rústica cromada, ilustrado.

socioeconómica de aquellas construcciones en el desarrollo esclavista y el crecimiento económico, en particular, durante la segunda mitad del XVIII cubano. ...

Todo lo olvida Nueva York en un instante

José Martí

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro
—Prensa Moderna Impresores S.A., Cali,
Colombia—. *Colección Historia de
Cuba*, La Habana, Cuba, 1997, 296 pp.,
14 x 21 cm, rústica cromada.

neoyorquina, la vida de los hombres y los sucesos del país que llegó a conocer, reflejados en sus crónicas que, a manera epistolar, publicarán *La Nación* de Buenos Aires y *La Opinión Nacional* de Caracas, durante aquella década fecunda de 1881 a 1891. ...

La reconcentración. 1896-1897

Raúl Izquierdo Canosa

Ediciones Verde Olivo, La Habana,
Cuba, 1997, 96 pp., 11 x 17,5 cm,
rústica cromada, ilustrado.

pa final de la lucha independentista contra el colonialismo español. Acerca de las verdaderas consecuencias de tan inhumana medida, así como del bloqueo naval norteamericano en 1897, el autor trata en las páginas de este libro. ...

179

IMPORTANCIA HISTORIOGRÁFICA la de este libro, en el cual su autor ofrece reflexiones originales acerca de las fortificaciones en la región occidental de la Isla, más allá de su incidencia militar; en estas páginas se aborda la significación

SELECCIÓN DE TEXTOS agrupados por Jorge de J. Aguirre y María A. Juliá, muestra, en perspectiva inigualable, la aprehensión martiana de la compleja realidad estadounidense en los tiempos en que vive en la opulenta ciudad

CRUEL Y DESPIADADA resultó la política de reconcentración de la población campesina decretada por el capitán general de la Isla, Valeriano Weyler, en la eta-



El último hombre y la última peseta

Raúl Izquierdo Canosa

Ediciones Verde Olivo, La Habana, Cuba, 1997,
104 pp., 11 x 17,5 cm, rústica cromada, ilustrado.

COMO FIN DEL DOMINIO COLONIAL fue para España el conflicto que tuvo en Cuba contra las fuerzas revolucionarias al concluir el siglo XIX. Su desastre y el expansionismo norteamericano sobre Puerto Rico, Filipinas y Cuba, resultaron de aquella contienda y de la intervención yanqui en ella. El autor de esta obra se propone, en apretada síntesis y con el empleo en lo fundamental de las valoraciones y expresiones de los protagonistas de aquellos acontecimientos, una percepción de la guerra y sus juicios acerca de la situación político-militar en la Isla a inicios de 1898. ...

Élites y grupos de presión. Cuba 1868-1898

María del Carmen Barcia

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro
—Imprime S.S.A.G., S.L.-Madrid, España—. *Centenario Guerra Hispano-cubano-norteamericana*, La Habana, Cuba, 1998,
220 pp., 11 x 16,5 cm, rústica cromada, ilustrado.

CENTRO DE ATENCIÓN constituye en esta obra el estudio de los grupos de presión y de interés en la sociedad colonial cubana durante las tres décadas finales del siglo XIX; en ella, su autora pone de manifiesto el accionar político de esas agrupaciones en el devenir de tan compleja etapa de la historia nacional y su vinculación con el decursar histórico español. Las reflexiones que el lector encuentra en estas páginas, reflejan el múltiple contexto de tendencias en su movimiento e, incluso, decisión, de cuestiones de principal trascendencia para la política colonial. Por el resultado de investigación científica destacado en Ciencias Sociales y Humanísticas, esta obra recibió el premio otorgado en 1997 por la Academia de Ciencias de Cuba. ...

Cuba: cuaderno sobre la familia (época colonial)

Ana Vera Estrada

Editorial de Ciencias Sociales,
Centro de Investigación y Desarrollo de la
Cultura Cubana Juan Marinello,
La Habana, Cuba, 1997, 204 pp.,
14 x 27 cm, rústica cromada.

EL TEMA DE LA FAMILIA ha sido uno de los más mencionados con mayor frecuencia, sobre todo a inicios de los años 90; con independencia de que se hayan realizado estudios para mostrar el papel desempeñado por ella en la génesis de numerosos problemas y, también, en su posible solución, ocurre que ellos no han sido divulgados con amplitud y, por excepción, han atendido el desarrollo histórico de las familias —en plural— cubanas. Esta obra encamina sus páginas a procurar la comprensión de la importancia de estos estudios para la historia, no sólo de nuestras familias, sino, también, de nuestro país. •••

Iglesia y política en Cuba revolucionaria

Aurelio Alonso Tejada

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro
—Imprime S.S.A.G., S.L.
—Madrid, España—. *Colección Sociología*,
La Habana, Cuba, 1997, 132 pp.,
11 x 17,5 cm, rústica cromada.

IMPORTANTE CONTRIBUCIÓN es el calificativo de Frey Betto para esta obra, en la cual su autor hace un análisis detallado de la génesis colonial de la Iglesia cubana y sus desaciertos con relación al proceso que tuvo culminación con la victoria rebelde de la Sierra Maestra. Así en su Prefacio, Betto apunta como se “analiza también las concepciones del Partido acerca de la religión, sus posiciones y cambios en relación con la cuestión religiosa y su política más flexible en los últimos años”. •••

Procesos agrarios en Cuba. 1959-1995

Juan Valdés Paz

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro
—Prensa Moderna Impresores S.A.,
Cali, Colombia—. *Colección Economía*,
La Habana, Cuba, 1997,
260 pp., 11 x 17,5 cm, rústica cromada.

180

EN LA ETAPA ACTUAL, el desarrollo económico y social cubano se presenta vinculado con cambios radicales que permitan recuperar las conquistas erosionadas por la crisis o integrar la agricultura a una nueva fase de desarrollo. En estas páginas, el autor presenta tópicos relevantes acerca de la política y procesos de cambios en la sociedad ur-

ral durante diversas etapas de transformaciones agrarias; en particular, en la evolución de la estructura de tenencia de tierras y de las formas organizativas de sus tenentes. A los cuatro períodos de transformaciones en este sector, desde inicio de los 90, uno nuevo se agrega hoy. •••

Emigración cubana actual

Ernesto Rodríguez Chávez

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro
—Impreso en los Talleres Gráficos Sociedad de
Servicios de Artes Gráficas. S.L., Madrid, España—,
La Habana, Cuba, 1997, 216 pp., 11 x 17,5 cm,
rústica cromada.

EN PERSPECTIVA SOCIOLÓGICA, también histórica, el autor aborda con rigor académico el desarrollo de la emigración cubana desde la firma del acuerdo migratorio entre Cuba y Estados Unidos (diciembre del 84) hasta diciembre de 1995. Aristas conceptuales de la emigración insular, cambios en el patrón migratorio, características y formas de la emigración legal o ilegal en el período, así como la relación con otros flujos inmigrantes en el país norteño desde el resto de América Latina y el Caribe, crisis migratoria del 94 y los acuerdos cubano-norteamericanos firmados entre ese año y el 95, son analizados en este necesario y objetivo libro. •••



Breve refranero cubano

María del Carmen Victori

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro
—Impreso en los Talleres Gráficos Sociedad de
Servicios de Artes Gráficas, S.L., Madrid, España—
La Habana, Cuba, 1997, 64 pp., 11 x 17,5 cm,
rústica cromada.

PEQUEÑA MUESTRA del refranero cubano, pero representativa de las diferentes zonas del país. Investigadora de cultura popular tradicional en el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, la autora ha ordenado los

refranes en consejos, reflexiones, órdenes, apreciaciones o advertencias, muchos de ellos de origen tradicional español, otros de sentencias africanas; una buena parte están salpicados con la gracia de la picardía cubana, en simpática amalgama de la herencia de colonialistas y esclavos, con la inclusión de voces cubanas y americanas, además de las surgidas desde la propia experiencia cultural de la nación cubana. •••

La neocolonia. Organización y crisis, desde 1899 hasta 1940

Colectivo de autores

Instituto de Historia de Cuba,
Editora Política,
La Habana, Cuba, 1998,
428 pp., 17 x 23 cm,
cartoné con sobrecubierta, ilustrado.

TERCER VOLUMEN de una obra mayor, la continuación de esta historia de Cuba, ahora redactada por un equipo de especialistas en este período de cuatro décadas, penetra en el complejo entramado social del decursar republicano. En sus contenidos

temáticos, las interpretaciones históricas aquí hechas —con la lógica diversidad autoral— abordan una multiplicidad de problemáticas desde el inicio de esta centuria, dada ya desde su primera etapa con la injerencia militar en la guerra independentista cubana por parte de Estados Unidos, y que conduce a la primera ocupación por ese país; búsqueda de formas de dominación y desmembramiento de las instituciones revolucionarias, hasta la batalla antiplattista y la instauración del Estado dependiente. La organización de la república neocolonial y su primera administración con Estrada Palma, sociedad, economía, mecanismos de control político, reelección estradista, segunda ocupación estadounidense en la Isla, hasta el montaje de la segunda administración criolla con José Miguel Gómez y los conflictos raciales, políticos y componendas múltiples. Una década de estructuración institucional básica y de sujeción neocolonial, junto al montaje de lacras funcionales y violencia represiva, se plasman en una primera parte.

La consolidación del dominio imperialista hasta las primeras manifestaciones de la crisis del sistema en la neocolonia hacia 1925,

ocupan espacio de reflexión en esta obra. Cuba en los umbrales de la primera contienda bélica y su conversión en “azucarera del mundo” con una industria en expansión, en conjunción con un proceso gubernamental conservador, en reforzamiento de los lazos de dependencia de Estados Unidos durante los períodos presidenciales del general García Menocal, son tratados junto a temas de igual importancia; entre otros, como las disputas militares en tiempos de “La Chambelona” en la adversidad política, así como el enlace “aliado” de Cuba con el vecino del Norte ante la conflagración internacional, los problemas sociales en “las vacas gordas”, el paisaje de la sociedad burguesa, el aviso de una crisis y el *crack* del 20 y, ante nuevos aires de poder republicano desde Washington, las medidas del proteccionismo en las relaciones mercantiles internacionales y la desaparición de instituciones comerciales y de crédito domésticas.

En esa dirección también se encaminan los análisis del período en el cual, bajo el impacto de la penetración del capital financiero yanqui y el control comercial norteamericano, el modelo económico establecido transita las fases de un ciclo vital hasta el agotamiento de sus posibilidades. Así resultan de valor los estudios referidos en los capítulos cuarto y quinto, en los cuales se tratan el asalto de la Isla por esos capitales y sus consecuencias, organización del crédito, el predominio de la producción industrial estadounidense en el mercado cubano, las incidencias de los mecanismos económicos de dominio neocolonial y de la expansión azucarera sobre la situación de las clases sociales, así como los determinismos demográficos, económicos, psicosociales y culturales, en la disgregación social e ideológica del pueblo-nación.



En este aparte de la obra, deviene de significación el análisis de los años 1921 a 1925, no sólo al abordarse las aristas económicas y comerciales, sino también el injerencismo imperialista y las características de adminis-

tración corrupta de Alfredo Zayas; aquí se resume acerca de la democracia representativa y el desarrollo de una nueva conciencia nacional, patriótica y revolucionaria: Movimiento de Veteranos y Patriotas, rebeldías campesinas, congresos de mujeres, Primer Congreso Nacional de Estudiantes, Universidad Popular José Martí y las luchas proletarias que conducen a la fundación de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, la Agrupación Socialista de La Habana y al primer Partido Comunista de Cuba.



Los tres últimos capítulos de este libro estructuran una etapa medular de la historia nacional republicana: la alternativa oligárquica-imperialista con Gerardo Machado, el proceso revolucionario de 1930-1935 y el reajuste para la estabilización del sistema neocolonial, para concluir con las valoraciones acerca de la apertura y reformas de corte democrático desde finales del 37 hasta 1940 que permitió la convocatoria a elecciones para la Asamblea Constituyente. La campaña política del liberalismo llevó al general Machado a la presidencia en 1925, cuyo régimen se trata en el análisis de los lineamientos económicos emprendidos, de la represión instaurada contra la oposición burguesa, el movimiento sindical y sus dirigentes, así como contra el movimiento antimperialista, el estudiantado universitario y los comunistas. A su vez, se particulariza en esas páginas la situación de crisis económica mundial y la incidencia de esa depresión de 1929 en las diversas esferas de la vida del país, en específico, en la producción y comercio azucareros; de igual forma se integra a estos acápites del libro el proceso del continuismo machadista, las manipulaciones en la Sexta Conferencia Internacional Americana a principios de 1928 y los trabajos de la Convención Constituyente en ese año, cuyo fin principal sería la reelección de Machado.

La lucha antimachadista queda reflejada hacia las páginas finales de esta obra, con el destaque del accionar revolucionario de Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, quienes impulsaron todo un proceso popular cuyo auge

conduciría desde 1931 al derrocamiento de la dictadura en el 33. En el contexto de estas interpretaciones, queda reflejada la administración mediacionista de Céspedes con el apoyo estadounidense y el golpe del 4 de septiembre, proceso que permitiría el gobierno provisional de Grau San Martín y la realización revolucionaria y antimperialista de Antonio Guiteras en el ámbito del combate popular ante la reacción y el militarismo, hasta el fracaso de la huelga general revolucionaria de marzo del 35.

En su último capítulo, en esta obra del Instituto de Historia de Cuba se exponen, entre otras, valoraciones de las reformas en los mecanismos de dominación imperialista y el reordenamiento del sistema político de la oligarquía cubana; las contradicciones del gobierno civil y los militares; el desarrollo del movimiento popular, los problemas de la unidad y la democracia, y el proceso constituyente que haría promulgar la Constitución de 1940, hija de un precario y circunstancial equilibrio de fuerzas. No obstante, a partir de ella —y como bien se señala en las líneas finales del libro— se “establecería los marcos de la legalidad en una nueva etapa del proceso político cubano”. ...

Un gran olvidado: Juan Gualberto Gómez

Sergio Aguirre Carreras

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro,

Colección Centenario, La Habana, Cuba, 1998,
220 pp. 14 x 21cm, rústica cromada.

OBRA PÓSTUMA, que devino justo homenaje al profesor Sergio Aguirre en el quinto aniversario de su muerte, resulta rigurosa investigación acerca de la personalidad del insigne patriota. En sus páginas, el autor sigue a Juan Gualberto como hijo de esclavo, luego periodista y constante luchador por la independencia y la abolición, devenido infatigable trabajador por la eliminación del racismo; así como su quehacer de primera línea en las tareas revolu-

cionarias junto a José Martí por el reinicio de la guerra independentista.

Como apuntara la editora de este significativo texto, Olga Montalván: “Presta mayor atención a lo menos conocido. Juan Gualberto discriminado en general de 1901 a 1914; representante a la Cámara en ese año; senador de 1916 a 1925; erguido contra la tiranía machadista y contra la Constitución cubana de 1928, hasta su muerte en la pobreza en 1933. Es este balance —señala— de un hombre que, más allá de aciertos y desaciertos con que la historia pueda señalarlo, sintió un gran amor por Cuba, signado por su grandeza de carácter”.

Esta publicación deviene importante aporte a la historiografía contemporánea cubana y hecho de recordación al doctor Aguirre, quien desde su juventud y hasta su desaparición física, fue consecuente con sus ideas y principios marxistas, dedicado a la docencia y la investigación, reconocido entre otras con la Orden Carlos J. Finlay y la condición de Héroe Nacional del Trabajo. ...

Guerra de Independencia 1895-1898

***Francisco Pérez Guzmán,
Rolando Zulueta Zulueta
y Yolanda Díaz Martínez***

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro,
Colección Historia de Cuba, La Habana, Cuba, 1998;
Edición financiada por el Fondo de Desarrollo de la
Educación y la Cultura,
208 pp., 14 x 21 cm, rústica cromada.

ACERCAMIENTO AL ESTUDIO de la Guerra del 95, en estas páginas se agrupan tres artículos de sumo valor para el conocimiento del desarrollo de la contienda independentista de finales del siglo pasado. En “Occidente: el gran desafío de la guerra de Cuba”, Pérez Guzmán reflexiona acerca de la lucha en esa región, la cual se considera decisiva en la victoria del movimiento insurgente; por su parte, Rolando

Zulueta valora en su análisis las operaciones militares en los entonces territorios de Camagüey y Oriente, como escenarios tradicionales y que devinieran, otra vez, centro de los mayores combates de la guerra; mientras, en su trabajo, Yolanda Díaz brinda un sugerente estudio referido al movimiento de tropas entre España y Cuba, al analizar ese trasiego de fuerzas militares españolas, cuantía y características de éste; así como una valoración de la evacuación de ese contingente tras su derrota y capitulación en el verano de 1898. ...

Un hombre de todos los tiempos: Juan Marinello

***Carmen Gómez García
y Humberto Ramos Valdés***

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro, *Colección Política*,
La Habana, Cuba, 1998 —S.S.A.G., S.L., Madrid,
España—, 296 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

LA OBRA POLÍTICA DE JUAN MARINELLO, extensa y dispersa en periódicos, revistas y otras publicaciones —muchas de ellas extranjeras— agrupan sus artículos, discursos, conferencias, correspondencia e intervenciones polémicas, en un largo período que ocupa su accionar de político revolucionario, desde 1923 con la Protesta de los Trece, junto a Rubén Martínez Villena, hasta su muerte, en 1977. En el primer centenario de su natalicio, este libro es un homenaje a su memoria, en la rigurosa selección que temáticamente constituye una muestra significativa que permite al lector, recibir una fiel imagen de su trayectoria, al ofrecerle aquellos temas en los cuales incursionó y que son tónica fundamental de su pensamiento político. ...

Del ingenio al central

Fe Iglesias García

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro, *Colección Historia*,
La Habana, Cuba, 1999 —Prensa Moderna Impresores,
S.A., Cali, Colombia— 224 pp., 14 x 21 cm,
rústica cromada, ilustrado.

DIFÍCIL COMPRENDER el curso desarrollado por la historia de Cuba en sus dos últimos siglos, sin considerarse la presencia decisiva de la industria azucarera en la vida económica del país. El acercamiento del lector a los contenidos de esta obra se realiza en niveles generales como en las particularidades propias de cada región azucarera, diferencias regionales que, de alguna manera, significan el tránsito histórico entre el ingenio —unidad industrial semimecanizada— y el central —entidad de grandes extensiones de tierra, alta capacidad industrial y moderna tecnología—, lo cual definiera el carácter de esta industria en la primera mitad del presente siglo.

El estudio de este libro, a su vez, supera el ámbito específico por el interés de análisis de la industria azucarera en la historia nacional cubana, al proyectarse como obra fundamental para una reflexión comparativa de la agroindustria del azúcar de caña en el contexto antillano hacia finales del XIX ...

Rubén Martínez Villena

Ana Núñez Machín

Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro,

Colección Biografía, La Habana, Cuba, 1999;
392 pp., 14 x 21 cm, rústica cromada, ilustrado.

UNA TRAS OTRA, las páginas de este libro atrapan la vida de acelerada maduración de pensamiento y acción de Rubén Martínez Villena, quien, como intelectual de una nueva concepción, se entregará hasta el último aliento a la

causa revolucionaria de su pueblo. Rubén queda reflejado en esta obra —en su tercera edición corregida y aumentada— en los rasgos distintivos de su carácter decidido, humano, combativo y romántico. Unas veces, las anécdotas y recuerdos de quienes con él vivieron y lucharon; otras, sus poemas, artículos y cartas, nos muestran sus sentimientos e ideología que trasciende su época. A cien años de su nacimiento (20-XII-1899), esta edición permite a quien no ha leído su biografía, acercarse a una personalidad excepcional de la nación cubana.

•••

Cuba, factoría yanqui

Rubén Martínez Villena

Prólogo y notas Ana Núñez Machín,
Editorial de Ciencias Sociales,
Instituto Cubano del Libro,

Colección Historia de Cuba, La Habana, Cuba, 1999;
84 pp., 11 x 18 cm, rústica cromada.

EL PRESENTE ENSAYO fue redactado por Villena en 1927 y enviado al Congreso contra la Oposición Colonial y el Imperialismo en Bruselas, del 10 al 15 de febrero de ese año. Su texto leído por Julio Antonio Mella, desenmascara la injerencia cada vez más creciente del capital estadounidense en la economía cubana, una denuncia, como apuntara Raúl Roa, que constituye “el primer intento de interpretación marxista del proceso de penetración y absorción política y económica del imperialismo norteamericano en Cuba y que se ilustra con cifras y hechos irrefutables”.

•••

VII TALLER CIENTÍFICO *DINÁMICA DE LOS PROBLEMAS DEL MUNDO* CONTEMPORÁNEO

Constituye una tradición la celebración anual de los talleres sobre la contemporaneidad del Departamento de Historia

de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. Éstos han ido ganando cada vez más el interés de todos los que se dedican a la investigación y el estudio de aquellos acontecimientos históricos, políticos, sociales, económicos, culturales y filosóficos que han marcado el mundo contemporáneo. Este último taller celebrado del 23 al 25 de junio de 1999, rebasó las expectativas y experiencias anteriores, tanto por la amplia participación como por la variedad de temáticas abordadas, la calidad de los trabajos presentados y los debates provocados por las diferentes mesas.

Se desarrollaron diez paneles con un total de 64 ponentes procedentes de diversos centros e instituciones, como: los departamentos de Historia, Historia de Cuba, Sociología, Filosofía y Ciencias Políticas de la Facultad de Filosofía e Historia, el Centro de Alternativas Políticas, el Centro de Estudio sobre los Estados Unidos y el Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, todos pertenecientes a la Universidad de La Habana; el Centro de Estudios sobre África y Medio Oriente, el Centro de Estudios sobre Asia y Oceanía, el Centro de Estudios de Europa, el Consejo de Estado, el Ministerio de Justicia, el Instituto Superior de Relaciones Internacionales, el Ministerio de Educación, el Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona, el Archivo Nacional, el Instituto Superior de Educación Física Comandante Manuel Fajardo y la Asociación por la Unidad de Nuestra América. Otro aspecto a destacar fue la participación con trabajos de alumnos de la *Maestría en Historia Contemporánea y Relaciones Internacionales* del Departamento de Historia. Al taller también asistió un importante número de estudiantes de la Licenciatura en Historia y de las otras especialidades de la Facultad de Filosofía e Historia.

Antecedentes y proyecciones

Los paneles se organizaron por temáticas agrupadas de la forma siguiente: Asia y el Pacífico en las postrimerías del

presente siglo; El debate historiográfico actual; Revolución y migración; Temas europeos; El franquismo y la transición; Conflictos y soluciones en África subsariana; Teoría y sociedad; África, otra visión; Hombre y naturaleza; El conflicto de Kosovo, antecedentes y desarrollo; Filosofía y globalización; Movimientos islámicos en el Medio Oriente, y una titulada Temas americanos. El debate ocasionado por las diferentes mesas contribuyó a una amplia participación de todos los asistentes al evento. Indiscutiblemente que el panel sobre el conflicto de Kosovo convocó a un nutrido grupo de asistentes muy interesados en el análisis de una problemática tan actual y que se abordó desde los más diversos ángulos: histórico, étnico, religioso, político, jurídico y de las relaciones internacionales.

Las palabras de apertura del Taller estuvieron a cargo del doctor Rubén Zardoya Loureda, decano de la Facultad de Filosofía e Historia, quien además de dar la bienvenida a los participantes destacó la significación que ha venido adquiriendo este evento en el cual participan, no sólo historiadores, sino especialistas de las más diversas ramas de las ciencias sociales, lo que le ha otorgado un carácter interdisciplinario al análisis de los problemas del mundo contemporáneo.

Este VII Taller se clausuró el 25 de junio en horas de la tarde con un brindis. En la clausura hicieron uso de la palabra el doctor Sergio Guerra Vilaboy, jefe del Departamento de Historia, quien agradeció el apoyo de la Facultad de Filosofía e Historia, la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana y de la Asociación por la Unidad de Nuestra América. El doctor Guerra anunció que, al cobrar el Taller resonancia internacional, y la Universidad de Alicante de España se ha interesado en copatrocinar

el del próximo año, del mismo modo que apoya el nuevo ciclo de la Maestría en Historia Contemporánea y Relaciones Internacionales en octubre de 1999 y cuyo claustro contará además con la participación de profesores españoles, franceses y mexicanos. A continuación, el doctor Eduardo Torres-Cuevas, director de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, a manera de conclusión, reconoció la alta calidad alcanzada en este VII Taller por la organización, el

incremento del número de participantes, el nivel de los trabajos expuestos y de los debates desarrollados. Torres-Cuevas felicitó a los organizadores —en particular, al Mc. Pablo Arco—, y convocó al VIII Taller en el 2000, seguro de que éste habrá de alcanzar logros superiores. Igualmente anunció que la revista *Debates Americanos* dará a conocer, en próximos números, algunas de las mejores ponencias.



XIX Festival del Caribe, dedicado a la diáspora caribeña y a la lucha contra el desarraigo cultural propio de las migraciones. Este festival, también conocido como *Fiesta del Fuego*, reunió en Santiago de Cuba, al concluir el primer semestre del año, a medio millar de participantes de unos 25 países. Entre las diversas actividades del encuentro se destacó el coloquio “El Caribe que nos une”. Este Festival, el cual trasciende las fronteras caribeñas del oriente cubano, cuyo muestrario de una amplia cultura popular afincada, en lo fundamental, en la música y la danza, programa junto a sus reuniones teóricas en talleres y seminarios, para el 2000, un festival caribeño dedicado a África.

* * *

Miradas de fin de siglo conceptuó, en su esencia convocatoria, el revitalizar el papel contemporáneo de la gráfica política en Cuba. Este encuentro, propiciado por la revista *Alma Mater*, ha contado con el auspicio de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) y el Ministerio de Cultura.

* * *

XXXI Conferencia de la Asociación de Historiadores del Caribe. En el Salón de la Solidaridad del hotel Habana Libre Trip, en la capital cubana, sesionó, a mediados de abril de 1999, este importante evento que agrupó a más de 200 investigadores y docentes de las Antillas anglófona y francófona, Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Holanda y Cuba. La Conferencia, inaugurada en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, contó con la presencia de destacadas personalidades académicas y científicas de las Ciencias Sociales y representantes de importantes instituciones que, como además de esta Asociación, lo son la Latin American Studies Association (LASA), la West Indies University (Jamaica) y la Facultad de Geografía de la Universidad de Oxford (Inglaterra). Problemas referidos a la cultura y política del Caribe, la sociedad y la situación de los trabajadores después de la abolición de la esclavitud, así como la problemática de la mujer en la región, entre otros temas, fueron debatidos en la reunión.

* * *

IV Congreso Orgánico de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba y el XV Congreso de Historia. En octubre de 1942, bajo el auspicio de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, fundada por Emilio Roig de Leuchsenring en 1940, se celebró el I Congreso de Historia. Desde entonces, estos congresos han estimulado el estudio y difusión de la historia de Cuba, en la búsqueda de extender al conocimiento del pueblo la evolución histórica de la nacionalidad. Durante la primera semana de junio del 99, ambos encuentros realizaron sus sesiones en la ciudad de Sancti Spíritus que, como conclusión de sus actividades, tuvo la entrega del *Premio Nacional de Historia* al historiador *César García del Pino* y el *Premio Ramiro Guerra* a la obra *El autonomismo en Cuba*, de la investigadora *Mildred de la Torre*.

* * *

La Conferencia Internacional la Diáspora China en América desarrolló sus sesiones del 10 al 12 de diciembre, coauspiciada por la Asociación Internacional de Estudios sobre la Diáspora China (ISSCO), la Universidad de Berkeley y la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana; en su organización también participaron el Grupo Promotor del Barrio Chino capitalino y el Casino Chung Wah. Por vez primera este encuentro se realiza en un país latinoamericano, en el cual participó un centenar de investigadores de Estados Unidos, Canadá, Australia, países en la región y Cuba. Las actividades teóricas y culturales de la Conferencia concluyeron con la constitución de la *Cátedra de Estudios sobre la Emigración China y su permanencia en Cuba*, con el coauspicio de la Sociedad Internacional para Estudios de la Emigración China, el Departamento de Estudios Étnicos de la Universidad de California, el grupo Promotor del Barrio Chino y la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, esta última, sede de la cátedra.

* * *

El Premio Nacional de la Enseñanza Artística fue recibido por la doctora *Rosario Novoa* el 22 de diciembre de 1998 en la Basílica Menor de San Francisco de Asís, en la capital cubana. Este Premio Nacional, el más alto reconocimiento que se otorga a un Maestro de Arte por la obra de toda la vida le fue entregado a la doctora Novoa por su ejemplar trayectoria docente de más de 60 años, en la que aún se mantiene en plena y fecunda actividad. En ese *Día del Educador*, también se concedió la *Distinción Alejo Carpentier* a la *Facultad de Arte* de la Universidad de La Habana.

* * *

Premio Nacional de Ciencias Sociales le fue conferido en 1998 a la doctora Isabel Monal, una de las más importantes investigadoras y promotoras del estudio del marxismo en Cuba, quien desde las aulas universitarias, desde el Instituto de Filosofía o desde las páginas de la revista *Marx Ahora* que dirige, así como en su incansable quehacer intelectual en la Isla y en el exterior, ha conformado un conjunto de pensamiento de solidez marxista.

* * *

* * *

Premio Nacional de Literatura se le otorgó a fines de 1998 a *Roberto Friol*, poeta, crítico y ensayista literario, poeta esencial de profunda humanidad, quien asume en sus versos lo cubano universal, de amplio rigor en sus investigaciones, de suma honradez intelectual y de vasto quehacer en el ámbito de las letras cubanas. Este premio, el número 19 entregado, le fue conferido por vez primera al poeta nacional *Nicolás Guillén*, en 1983.

* * *

El Premio Fernando Ortiz, otorgado a *Manuel Rivero de la Calle*, científico social de primera magnitud en las especialidades de la Antropología y la Arqueología. El premio, entregado por la fundación Fernando Ortiz el pasado 5 de enero, significa un merecido reconocimiento a su trayectoria intelectual en el quehacer de las ciencias y la pedagogía universitaria, así como por la divulgación nacional e internacional del desarrollo de nuestros estudios antropológicos.

* * *

El premio Especial de Ensayo Juan Marinello le fue otorgado en 1999 al especialista en Historia de la Filosofía y vicedecano de la Facultad de Filosofía e Historia, Rigoberto Pupo Pupo. Este Premio Especial fue convocado por la Biblioteca Memorial y el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y otorgado a Pupo Pupo por su ensayo "Existencia y devenir de un intelectual integral".

* * *

DÍA DE LA CULTURA CUBANA

El 20 de octubre de 1999, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, se efectuó un acto conmemorativo en el 131 aniversario de tan significativa fecha nacional, momento que constituyó ámbito inigualable para dar a conocer, de manera oficial, la puesta en circulación de la ***Biblioteca de Clásicos Cubanos*** por la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, con sus dos primeras ediciones: *Obispo de Espada. Papeles* y *José Agustín Caballero. Obras*.

Esta reunión académica conmemorativa, a la cual asistieron personalidades nacionales y extranjeras, profesores y estudiantes universitarios, estuvo presidida por el doctor Juan Vela Valdés, rector de la Universidad; la doctora Gloria López Morales, directora de la Oficina Regional de Cultura de la UNESCO para América Latina y el Caribe; el doctor Eusebio Leal Spengler, historiador de la ciudad de La Habana, y el doctor Eduardo Torres-Cuevas, presidente de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz y director de esta *Biblioteca*.

CENTENARIO

NATALICIO DE RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA

Un siglo después del nacimiento de Rubén Martínez Villena en el poblado habanero de Alquízar, un 20 de diciembre de 1899, diversas fueron las actividades científicas, culturales y de participación popular, en conmemoración del natalicio de un hombre de su tiempo, y del nuestro, cuyo accionar y pensamiento, trascendió a nuestras generaciones.

En el Aula Magna de la Universidad de La Habana se efectuó el acto central con la asistencia de personalidades políticas, culturales y académicas del país. Diversos fueron los hechos de recordación en esos días de diciembre de 1999, entre ellos: el Sexto Encuentro Científico “Rubén Martínez Villena, su época y contemporáneos”, desarrollado en la casa natal del destacado intelectual y revolucionario, donde también se otorgaron galardones del Premio Nacional Rubén Martínez Villena, por la CTC nacional, y la inauguración de la Cátedra Rubén Martínez Villena en el Ins-

1899-1999

Conmemoración, eventos científicos y culturales a un siglo de su nacimiento

tituto Pedagógico que también lleva su nombre, en la provincia de La Habana. “Villena: Cultura y Revolución”, taller científico que reunió a diversos especialistas de las ciencias sociales quienes analizaron acción e ideología, en su tiempo y trascendencia, del gran dirigente comunista, en la sede del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello. Mientras, la biografía *Rubén Martínez*

Villena y el ensayo de éste —escrito en 1927— *Cuba, factoría yanqui*, fueron presentados por la Editorial de Ciencias Sociales en el Palacio del Segundo Cabo, sede del Instituto Cubano del Libro.

Otros encuentros se han programado para la Universidad de La Habana, Instituto de Historia de Cuba, y otras instituciones.

La conmemoración del siglo de Martínez Villena culmina con el 77 aniversario de la Protesta de los 13, 18 de marzo del 2000.

BIBLIOTECA

DE CLÁSICOS

CUBANOS

Ésta es la biblioteca que demanda quien quiera conocer el porqué de una historia; y, también, quienes la hicieron y escribieron.

La evolución de las ideas en Cuba constituye uno de los procesos más trascendentes en la explicación y fundamentación del desarrollo socioeconómico, político y cultural del país. La dinámica y riqueza de la cultura cubana generaron un pensamiento enraizado y amplio, gestor de proyectos transformadores de la sociedad, dando consistencia propia a la formación y profundización de las aspiraciones nacionales.

Este empeño resulta monumental, en su compromiso con Cuba, su historia y su cultura, y ante las condiciones a que estamos sometidos en los finales de esta centuria y los comienzos de la próxima. En cumplimiento de esta resolución editorial, *Ediciones Imagen Contemporánea* de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, ha iniciado la pu-

blicación de las obras que conforman temáticamente la primera etapa de esta colección: “Clásicos de los orígenes del pensamiento emancipador y de las ciencias hasta 1868”.

Primer resultado de este empeño editorial lo constituyó la edición, en tres volúmenes, de *Felix Varela. Obras* (1997), en coedición con la Editorial Cultura Popular, cuya selección documental estuvo bajo la responsabilidad de los historiadores Eduardo Torres-Cuevas, Jorge Ibarra Cuesta y Mercedes García Rodríguez.

Para el segundo semestre de 1999 y de manera continuada, ven la luz los títulos:

- ***Obispo de Espada. Papeles***, tomo único, ensayo introductorio, selección y notas de Eduardo Torres-Cuevas.
- ***José Agustín Caballero. Obras***, tomo único, ensayo introductorio, antología y notas de Edelberto Leyva Lajara.
- ***Felipe Poey y Aloy. Obras***, tomo único, ensayo introductorio, antología y notas de Rosa María González López.
- ***Felipe Poey y Aloy. Ictiología cubana***, en tres volúmenes, transcripción, conjunción y edición científica de Darío Guitart Manday.
- ***La polémica filosófica cubana. 1838-1842***, en dos volúmenes, ensayo introductorio, compilación y notas de Alicia Conde Rodríguez.
- ***José Antonio Saco. Obras***, en cinco volúmenes, ensayo introductorio, compilación y notas de Eduardo Torres-Cuevas.

A su vez, en proceso de montaje se encuentra ***José de la Luz y Caballero***, en tres volúmenes, edición conmemorativa en el bicentenario del natalicio de “el que nos enseñó a conocer”.



BIBLIOTECA DE CLÁSICOS CUBANOS

Surge con el fin de promover el conocimiento de las obras de
nuestros más destacados hombres de pensamiento

**CLÁSICOS DE LOS ORÍGENES DEL PENSAMIENTO EMANCIPADOR
(HASTA 1868)**

**CLÁSICOS DE LA LIBERACIÓN Y DEL CAMBIO
(1868-1920)**

**CLÁSICOS DE LA REPÚBLICA, LA REESTRUCTURACIÓN Y LA CRISIS
(1920-1959)**

La Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, en coordinación con
otras instituciones, crea, con este empeño editorial, la biblioteca que
demanda quien quiera conocer el porqué de una historia y, también,
a quienes la hicieron y la escribieron

Ediciones
IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27, Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba.
Telf: 32-6841





En este número
**Formación nacional, histo-
riografía y nación cubanas**

•
**Un problema..., el de las
denominaciones de América**

•
**Conflicto bélico e inmigra-
ción. Impacto demográfico
y composición étnica**

•
**Cultura y desarrollo..., con-
sideraciones a debate**

•
**Mundo de concepciones
sociológicas, vías alternati-
vas de comunicación**

Secciones especiales
Felipe Poey y Aloy.

•
Don Fernando Ortiz